

A woman in a white dress is shown from the waist down, holding a red lace garter. In the background, a man is sitting on a bed, looking towards the camera. The scene is set in a bedroom with a wooden floor and a bed with a patterned headboard.

RUBRIC

Atrapados  
por el

*Deseo*

MIREIA HERNÁNDEZ BELLAVISTA

*Atrapados por el deseo*

Primera edición, marzo 2020

© de la obra : Mireia Hernández Bellavista

Facebook: Mireia Hernández Bellavista

Instagram: mireiahdz

Edita: Rubric

[www.rubric.es](http://www.rubric.es)

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

Diseño de cubierta: Rubric

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mi marido, mi cómplice, mi amante.  
Por muchas montañas rusas más.

MIREIA HERNÁNDEZ BELLAVISTA

**Atrapados  
por el**

***Deseo***

## ÍNDICE

1. Vacaciones
2. Iván y sus amigos
3. Cenamos juntos y el postre eres tú
4. Excursión en catamarán
5. Confesiones
6. ¿Qué quiere de mí ahora?
7. La cena del reencuentro
8. ¿En qué punto estamos?
9. Una solución al problema
10. ¿Me vas a contar qué te pasó?
11. Quieren que escriba un libro
12. Intercambiamos la piel
13. Vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto
14. No te voy a dejar solo
15. vuestras locuras hacen que os quiera
16. Si te hubiera conocido antes, todo sería diferente
17. La he cagado, y lo peor es que no me acuerdo
18. Los padres de Iván
19. Secretos y revelaciones
20. Martina, lo siento
21. El gran día, la presentación
22. Destino con sorpresa
23. Una excursión solo con las chicas y el italiano
24. No sé qué haría si te perdiera
25. Necesitaba oír tu voz
26. Ni convaleciente me dejaba de seducir
27. Reanudando lo que habíamos dejado a medias
28. Volvemos a casa
29. Juntos, las cosas se viven mejor  
Quince años más tarde

CONFESIONES DE LA AUTORA

## AGRADECIMIENTOS



## 1. Vacaciones

Era viernes, las cuatro de la mañana. Mi equipo y yo estábamos abriendo la pastelería, era nuestra última hornada de la semana. Al día siguiente me tocaba madrugar, pero iba a ser diferente, iba a coger un avión con destino a Cerdeña; qué ganas tenía de desconectar. Digo «desconectar» porque relajarme sería imposible, iba con cuatro chicas muy locas, a las que podía llamar AMIGAS, dispuestas a divertirse.

—Martina, ¿vamos cargando los pedidos de lunes y martes, para empezar a organizar la semana? —me preguntaba Judith. Ella era la responsable del equipo, lo tenía todo controlado, o eso intentaba. Era quien hacía los *plannings* semanales, para que no se nos olvidara nada y a nadie le faltara su pedido.

Cuando se incorporó a Martina's Cake fue la que puso orden. Tengo que confesar que soy un desastre y me gusta ir al día, pero para mi negocio eso era negativo. Como ella dice: «hay que prevenir las cosas, para que luego no haya sorpresas».

—Sí, Judith. Descárgate los pedidos de lunes, martes y miércoles, así hacemos cuadrante.

Me sonrió mientras cogía la *tablet* y se fue al despacho para ponerse manos a la obra.

Judith era una chica segura de sí misma y muy reservada en sus cosas, nunca nos contaba nada, ni siquiera a dónde iba o dejaba de ir en vacaciones. Siempre con su pelo liso, moreno, perfectamente recogido y la cara bien lavada; fuera la hora que fuera, parecía que llevara más de dos horas despierta. La envidiaba. Sus ojos grandes y de color marrón, acompañados por unas pestañas cortitas y tiesas, enmarcaban una expresión penetrante. Cuando te hablaba no apartaba la mirada de ti, la posaba fijamente en tus ojos y eso creaba en ella una seguridad increíble. Llevaba gafas de pasta y, cuando algo le preocupaba, hacía un pequeño gesto con su dedo índice, subiéndoselas; resultaba muy gracioso. Era poquita cosita, muy delgadita y, sobre todo, muy blanquita de piel. A veces le decíamos en broma que estaba manchada de harina y se tenía que limpiar. Hay que admitir que no le gustaba nada.

Luego estaba Dani, un chico de media estatura y un poco corpulento. Tenía el pelo moreno y siempre iba rapado (comentaba que era más fácil de peinar, no perdía tiempo), y su tez también era morena. Sus ojos, almendrados y de color miel, mostraban como unas rayitas en el iris de color amarillo; en verano, cuando le daba el sol, aparte de ponerse más moreno, esas rayas amarillas se le aclaraban y daban un efecto de forma de estrella. Lo mejor de su mirada eran sus pestañas negras y rizadas. Siempre estaba sonriente y además tenía una bonita sonrisa, blanca y perfecta. Una de sus peculiaridades era que cuando sonreía se le creaba una pequeña curva en la comisura de cada extremo del labio. Lo conocía de toda la vida, era mi compañero creativo.

Él temblaba cada vez que Judith se ponía a hacer el cuadrante.

—No te vayas de vacaciones, por favor —me rogaba Dani mientras me miraba con cara de lástima, suplicándome con las manos.

Alargué el brazo para tocarle la cara y le comenté:

—Ya sabes que tengo que recargar pilas. No te quejes, que de aquí a quince días te va a tocar a ti.

Puso su carita, la de cuando no le convencía lo que le decía. Se giró hacia la zona del café, nuestra favorita, y empezó a preparar el brebaje mágico, ya que ni él ni yo éramos capaces de abrir los ojos sin tomar uno. La verdad era que nos compenetrábamos muy bien. Estudiamos juntos repostería años atrás, le propuse mi proyecto y le encantó. Sí...; tuvimos un rollete, pero de ahí no pasó, fue un desahogo tensional y no funcionó.

Se giró con los cafés en la mano, y acercándome uno me dijo:

—No te traigas a ningún italiano de allí, ¿eh?

—Ya sabes que no lo decido yo..., es mi personalidad, que los atrae.

—Sí, porque por lo de ordenada no será.

Se oyó a Judith murmurar desde el despacho, era una de mis cosas que la sacaban de quicio.

Puse los ojos en blanco y le saqué la lengua; no nos podía ver porque había un muro en medio. A Dani se le escapó una carcajada y, tapándose la boca, me susurró:

—Me vas a decir a mí lo que es tu personalidad, que me tiene loquito...

Le empujé el brazo y nos pusimos a reír.

Mientras Judith estaba concentrada en el cuadrante de la semana siguiente, Dani y yo nos pusimos a hablar del viaje a Cerdeña. Cuanto más me adentraba en la conversación de mis vacaciones, mi cuerpo lo iba notando y aumentaban mis ganas de estar allí. Habíamos pasado meses muy duros, con muchísima faena, y nosotros contentos de que fuera así. Pero era un ritmo muy intenso, de lunes a domingo sin parar y haciendo más horas que un reloj, para que todo el mundo tuviera su pastel, mona o coca.

Fue transcurriendo la mañana sin darnos cuenta, muy rápidamente, e íbamos acabando los pedidos. Judith estaba fuera, en la tienda, entregando pasteles (era un no parar) cuando sonó el teléfono de Martina's Cake.

—¿Diga? —contestó Dani, ya que yo tenía las manos ocupadas acabando de pegar la cola de una Sirenita; era un pastel para una niña que cumplía ocho años, enamorada del mar y de las sirenas.

—Hola, Esther. Sí, ahora se pone. ¿Cómo? ¿Si sigo soltero? —Tapó el teléfono y me miró sorprendido, con los ojos bien abiertos. Reí, era mi amiga Esther, una persona que no conocía la vergüenza. Nunca la había visto ponerse roja.

—Sigo entero, si te sirve —le contestó Dani sonriendo.

Esther le había tirado la caña todas las veces que se había cruzado con él. El pobre lo pasaba fatal, no sabía cómo actuar. Hasta dudo si a Dani realmente le gustaba de verdad, por cómo reaccionaba. Se pensaba que no me daba cuenta, pero de vez en cuando me preguntaba por ella, como si no quisiera la cosa.

Cogí el teléfono.

—Dime, flor. Tengo que ir a casa para acabar la maleta, la dejé ayer a medio hacer. ¿Os venís todas a dormir a casa? Vale, sí, sobre las seis y media de la tarde, estaré allí. Tranquila, vamos con mi coche al aeropuerto.

Colgué el teléfono y cogí aire. Esther ya me había vuelto a liar; no sabía cómo se las apañaba, pero nunca le podía decir que no.

Una vez que fue hora de cerrar me fui para casa, pero antes pasé por el supermercado a comprar *pizzas* y vino, ya que venían todas a cenar y a dormir.

Tuvimos una cena muy divertida, llevábamos mucho tiempo sin hacer algo así, solas. La verdad es que, desde que Gloria y Nuria tenían novio, no nos dedicábamos tanto tiempo a nosotras, por eso el motivo de aquel viaje, para poder seguir cuidando de nuestra bonita amistad.

A Esther no le hace falta vino para ser divertida, es una chica que desprende felicidad y si

tienes un día gris, sin decirle nada, hace que salga el sol. Siempre provoca alegría en los demás.

Cristina es la más reservada de todas, pero con dos copas de más hace sacar su yo interno, y es la bomba. Gloria, desde que empezó con Rafa, su pareja, se fue distanciando. Pensándolo bien, no sabíamos mucho de ella, ya que apenas se comunicaba con nosotras ni venía a las quedadas si no era con su pareja. Nuria es una persona cariñosa, muy empática. Ella y Albert llevan muchísimo tiempo juntos, no recuerdo si cuando empezamos a ser amigas ya estaba con él. Es una pareja a la que yo envidio muchísimo, están hechos el uno para el otro.

Nos pusimos hora límite para ir a dormir, porque sabíamos que se podía alargar la cena con conversación incluida y teníamos días por delante para hablar hasta hartarnos.

Eran las cuatro de la mañana y el despertar fue muy duro, tenía los ojos pegados; al final nos alargamos un poquito más de la hora que nos propusimos inicialmente.

Llegamos al aeropuerto justas de tiempo, tanto que cruzamos el control cuando abrían la puerta de embarque. Dimos una buena carrera con la maleta de mano a cuestas hasta llegar al avión, y fuimos las últimas en sentarnos. Lo que más me fastidió de ese momento de tantas prisas fue que me quedé sin café y me pasé todo el trayecto durmiendo. Después de una hora y media de vuelo, me levanté agotadísima. Desembarcamos y nos dirigimos a la empresa de alquiler de coches, el siguiente destino fue hacia el apartamento.

Una vez que estuvimos en el lugar, aparcamos en un descampado asfaltado que se encontraba en un lateral y pertenecía a los apartamentos. Por fuera estos parecían pisos de playa normales, de toda la vida... La verdad es que no miramos hoteles, ya que queríamos ir sin horarios de comida y hacer lo que nos apeteciera, cuando quisiéramos. Las vistas desde arriba eran espectaculares, salí al balcón y, apoyada en la barandilla, respiré hondo. Me encantaba esa sensación, ese olor tan peculiar que tenía el océano me hacía sentir bien, me relajaba. Era como si entrara por mis venas y fuera disminuyendo el ritmo en todo mi cuerpo. Teníamos vistas a la playa, que se mostraba limpia, con arena fina y blanca. El agua era cristalina, se podía ver el fondo del mar. En España tenemos playas muy bonitas, pero las de Cerdeña eran espectaculares, tenían forma de dunas.

Entretanto, las chicas decidían qué cama era la suya y empezaban a deshacer las maletas. Desde el balcón me fijé en que había una cafetería con terraza enfrente de los apartamentos y decidí bajar para tomarme mi primer café de la mañana y así poder estar activa todo el día, ya que iba a ser movidito (por lo que tenía planeado Gloria).

La cafetería estaba a pie de playa. Me senté en una de las mesas de la terraza, necesitaba que me tocara la brisa y poder oír las olas del mar. El mobiliario del local era bastante moderno, tenía sillones grandes con cojines, todo de color negro. Las mesas, de un tono gris acero y en acabado mate, eran de forma redonda. La separación entre la terraza y la arena de la playa consistía en un muro gris con cañas de madera natural barnizadas. En vez de sombrillas, un porche de madera con toldos blancos proyectaba sombra a la zona de las mesas. La gama de colores formada entre el negro, el gris y el blanco, con el azul turquesa del mar, creaba un estilo muy chic.

Salió un camarero muy simpático; era moreno, con el pelo muy cortito y ojos marrones. Según Esther, que tenía estudiados los rasgos de allí desde antes de salir de viaje, sería el típico italiano. Sin dejar de sonreír y con las manos atrás dio los buenos días y se acercó a mí para tomar nota. Yo le devolví una sonrisa de agrado con los ojos medio cerrados, porque me faltaba cafeína en todo mi organismo. Le pedí un café cargado con hielo.

Una vez que tuve el café delante de mí, empecé a moverlo. Los hielos emitían un pequeño sonido, el olor del líquido fluía alrededor y mi boca comenzó a salivar. Mientras me lo iba tomando, miraba embobada hacia la playa, era mi mejor momento. De lejos, hubo algo que me

llamó la atención. No podía dejar de mirarlo, era un chico alto, musculoso, que estaba saliendo del agua, cogía su toalla y se dirigía hacia la terraza secando sin parar su cuerpo. Tenía el pelo mojado, pero se podía apreciar que era rubio. Lo tenía algo largo, con un aire más bien desenfadado, y no paraba de peinárselo con la mano de un lado hacia otro. Sus ojos eran prominentes y de color verde, se le podían ver desde lejos. Sus pestañas, largas y rizadas, tenían un tono claro, como sus cejas. Su abdomen... ¡madre mía, qué abdomen!; se podía contar cada uno de sus cuadrados. Mi mirada fue bajando, no podía frenar, hasta llegar a su pronunciada pelvis. Llevaba un bañador de color azul, un poquito más abajo de su ombligo, dejando ver ese cuerpo de infarto. Su tez estaba morena, pero no porque lo fuera, sino por el bronceado. Se iba secando las gotas que hacían carreras por todo su cuerpo y mientras se acercaba hacia donde yo estaba sentada mi mente me indicaba que tenía que mirar hacia otro lado, pero mis ojos no querían. Hasta que mi mano tiró el café. Cerré los ojos rezando para que no se diera cuenta de mi nerviosismo, pero no tuve tanta suerte, el chico acudió a mí.

—¿Estás bien? —Miré la mano masculina que se acercaba a la zona del café para recoger el vaso y mirar si estaba todo bien. Se apreciaba la piel suave, daban ganas de acariciarla. Fui subiendo la mirada y delante de mí me encontré con ese abdomen tan seductor; seguí subiendo hasta llegar a su cara: era aún más guapo en distancias cortas. Sonreí y dije que sí con la cabeza, no era capaz de formar un monosílabo. Su mandíbula era muy marcada y desde cerca pude comprobar que el color de sus ojos era una combinación entre verdes, amarillos y azules. Juntos creaban un color como turquesa, eran muy llamativos, se me iba la vista a ellos—. ¿Quieres que pida otro?

—No, no hace falta, ahora lo pido yo. Gracias. —Tuve que pellizcarme para que mi mente empezara a formular frases. Me puse de pie enfrente de él, no era capaz de quedarme fijamente mirándolo, me ponía nerviosa. Le sonreí y pude ver cómo se humedecía el labio con la lengua y seguidamente se lo mordía.

Entramos juntos al interior del establecimiento, avisó al camarero y le pidió gesticulando con las manos. Me quedé embobada mirándolo, aún tenía el pelo mojado y se le iban cayendo gotitas desde la punta de su cabello hasta colisionar con su cuerpo. En un instante acudió el camarero, nos traía otro café con hielo y un zumo de naranja.

—Veo que me has podido entender —le dijo el chico con una sonrisa perfecta al barman.

—Sí, señor; también le traigo su zumo, como siempre pide —contestó el amable camarero.

Cogimos cada uno nuestra bebida y nos fuimos hacia la terraza; él se sentó en el sillón que había al lado del mío. Lo miré con una sonrisa en los labios y para controlar mis nervios y mi respiración giré la vista en dirección a la playa, hacia el lado opuesto de donde estaba él. El chico, para romper el hielo, comentó:

—Son bonitas las playas de aquí, ¿verdad? Nosotros venimos todos los años a pasar un mes de vacaciones.

Mmmmm...; había dicho «nosotros», eso no me sonaba bien. Aquello demostraba que no podía ser verdad que fuera todo tan bonito.

—¿Vosotros? ¿Tu pareja y tú? —Bien, mi mente empezaba a formular las preguntas correctas.

—¿Mi pareja? No, no. Nada de novias, mis amigos y yo. —Señaló a los apartamentos donde estábamos también nosotras alojadas—. Vinimos un año a probar y este lugar nos robó el corazón. Cada año cogemos un pueblo distinto, pero el destino es el mismo. Es nuestra tradición.

—¡Ah, mira! Nosotras también estamos alojadas aquí. Por cierto, mi nombre es Martina. —Alargué la mano para saludarlo. Mi cerebro empezó a dominar a mi cuerpo.

—Yo Iván, encantado. —Me agarró de la mano y me acercó hacia él, dándome dos besos justo

donde acababa la comisura de mis labios. Estábamos tan cerca uno del otro que fue notar su calor corporal y mis sentidos empezaron a revolucionarse. No entendía muy bien lo que le estaba pasando a mi cuerpo, como si estuviera falta de sexo. Nunca me había ocurrido.

En ese momento se oyeron unos gritos de lejos, no se entendían bien. Iván miró en la dirección de aquellas voces, como si las reconociera. Se bebió de un trago el zumo de naranja.

—Discúlpame, pero mis amigos me reclaman. Nos veremos pronto.

Se despedía sin dejar de sonreír; qué boca más perfecta, no podía dejar de mirarla, tenía ganas de besarla. Levanté la palma de mi mano para que me esperara, acabé el café de un sorbo y nos fuimos juntos hacia los apartamentos.

Me dejó pasar delante y empezamos a subir escaleras. Cuando llegamos a su planta, nos quedamos delante de la puerta, uno enfrente del otro. Nuestros ojos no paraban de seguirse, empecé a inquietarme. Así que actué rápido para que no se me notara: me despedí de él con la mano, sin mediar palabra, y empecé a subir escaleras en dirección a lo que iba a ser por unas semanas el piso de las chicas. Abrí la puerta y me encontré a Gloria y a Nuria haciendo un listado para el tema de los desayunos, las bebidas y tener algo de comida por si algún día no queríamos salir. Cristina estaba sentada en la mesa escuchándolas y asintiéndoles con la cabeza. Me fui hacia las habitaciones para saber qué cama me había tocado.

—Bueno, perdida, ¿dónde estabas metida? —decía Esther mientras salía del baño, dándose toques en el reloj.

—Pues estaba tomando un café.

Puso cara de extrañeza, daba la sensación de que ella sabía algo de lo sucedido. Quise escabullirme y corrí hacia la primera habitación que me encontré abierta, no quería que me bombardeara a preguntas. No sabía cómo lo hacía, pero Esther se enteraba de todo. Tuve suerte y, sin saberlo, resultó que aquella era mi habitación, ya que allí estaba mi maleta. Fui colocando la ropa en el armario. Después de veinte minutos y tener todo colocado a mi manera, salí hacia el comedor para saber cuál era el plan de ese día. Mi sorpresa fue encontrarme a las cuatro sentadas en la mesa, calladas, con los brazos cruzados y con la vista puesta en el pasillo por el que yo llegaba. Me detuve en la puerta y extrañada les pregunté:

—¿Qué ocurre, chicas? —Las miraba aterrorizada, no sabía qué había ocurrido para que actuaran así.

—Cuéntanos tú. ¿Quién es ese chico de la terraza? Que te he visto desde el balcón... —dijo Esther mientras se echaba hacia delante, dejando caer la barbilla encima de sus manos.

Se me escapó una risotada; por un momento no quise contar nada, ya que era una simple tontería, pero las caras de todas ellas hicieron que empezara a hablar:

—Me he ido a tomar un café a la cafetería de enfrente, que tiene terraza, y mientras miraba la playa un chico salía del agua.

—¡Al grano, Martina! —requirió Gloria, que estaba algo nerviosa y no paraba de morderse las uñas.

—El chico se fue acercando a la terraza (estaba buenísimo), vi que me miraba y me puso muy nerviosa, tanto que tiré el café. Eso hizo que se fijara más en mí, se acercó y me invitó a otro café. Estuvimos hablando; bueno, el que más hablaba era él. Se presentó, su nombre es Iván, y viene con sus amigos cada año a veranear a Cerdeña.

Esther dio un golpe a la mesa, Cristina se sobresaltó asustada.

—¿Están solteros? —me preguntaba emocionada Esther.

—Hasta ahí no he llegado, tía.

—Pues no entiendo por qué no, si es fácil: «Hola, ¿estás soltero?».

—¿En serio? Yo no puedo hacer eso, es como si le dijera: «Hola, estoy desesperada, ¿me tocas?».

Nuria y Cristina empezaron a reírse, Esther tenía cara de no entender por qué no se lo había preguntado. A veces me sorprendía su forma de relacionarse con los chicos, era tan directa... Gloria se levantó de la mesa y se fue a la cocina, la noté rara. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Qué ocurre, Gloria?

—Pues que no quiero líos con chicos, a Rafa le ha costado aceptar que me viniera con vosotras sola. —Me hablaba mirando en todo momento hacia la pila.

—Gloria, tranquila. Son personas, no hay que mirar el sexo. Sabemos que no vas a llegar a hacer nada. —Puse mi mano encima de la suya, para tranquilizarla.

—No quiero líos, Martina. Solo pensar que esto puede ir a más... Si Rafa ya me hace un interrogatorio con vosotras, imagínate si se entera de que has conocido a un chico. ¡Buf! Se planta aquí.

—Pues no se lo cuentes. A veces hay momentos en las relaciones, como en la vida, en los que, si no va a pasar nada, no hace falta dar más información de la cuenta. ¿Para qué vas a provocar una situación en la que vais a sufrir sin que haya pasado? —Se giró hacia mí con una leve sonrisa y con mirada lagrimosa. Le aparté el flequillo que le cruzaba parte de la cara—. Nosotras no vamos a contar nada, estate tranquila. Además, él no está aquí.

Gloria era bajita y morena, siempre iba con recogidos porque tenía muchísima cantidad de pelo y era un poco indomable. Siempre había sido una chica a la que le encantaba salir y disfrutar con sus amigos, pero desde que Rafa se cruzó en su vida todo cambió. Dejó de ser sociable, no se arreglaba... Y era un suma y sigue de cosas.

Aquello me rompía el corazón, ese era uno de los motivos por el cual se me quitaban las ganas de tener algo serio con alguien: que ese alguien quisiera cambiar mi forma de ser y eliminar mi esencia. Odio a los chicos celosos, no puedo con ese tipo de personas, su actitud hace que te sientas insegura. Por eso pensaba que lo mejor era estar soltera, qué manía con el compromiso. Gloria no creía en ella misma, y eso le ocurría desde que estaba con Rafa. Ella actuaba de acuerdo a lo que a él podía molestarle o no. Ya no iba a nuestras cenas mensuales, no estaba tan activa en nuestro chat, dejó de disfrutar por la felicidad de su pareja.



## 2. Iván y sus amigos

Mientras Nuria, Gloria y Cristina iban al súper para hacer la compra, Esther y yo nos fuimos un ratito a la playa. Ellas decidieron organizarlo así, ya que nosotras habíamos trabajado el día anterior. Esther era la encargada de una empresa de reciclaje, tenía a sesenta camioneros a su cargo y trabajaba en el turno de noche. Era la responsable de poner orden, sobre todo cuando alguno de ellos quería rebelarse. Por una parte, de ahí venían su carácter y su forma de expresarse. Recuerdo un día que fui a buscarla a su trabajo. Me hizo mucha gracia, porque ella es bajita (mide un metro con cincuenta y poco) y rubia, con una gran melena que siempre lleva despeinada. Es puro nervio. Resultaba impresionante ver a sesenta hombres —corpulentos la mayoría de ellos—, serios, con los brazos cruzados escuchándola, todos callados. Hubo uno que la interrumpió y lo mandó callar. Increíble, con lo pequeña que era y el carácter que tenía. A ella lo de «sin pelos en la lengua» la describía perfectamente.

Yo disfrutaba estando con ella, siempre tenía algo que contar, y la mayoría de las veces eran cosas muy divertidas.

Llegamos hasta la arena y extendimos las toallas a un metro de la orilla. A continuación fuimos a refrescarnos, y aprovechando que el mar estaba tan cristalino cogí las gafas de bucear. Esther se aburría y se fue a tomar el sol. Me encantaba mirar debajo del mar, era recordar mi infancia, cuando íbamos a La Rabita, en Granada, a veranear con mi tío Jesús: nos poníamos a mirar los peces y las piedras extrañas que había. Podíamos pasarnos así horas y horas, hasta llegar a quemarnos los hombros.

Bucear y observar la vida marina me relajaba muchísimo, dejarme llevar por las olas hacía que mi cerebro desconectara. El no escuchar el ruido exterior, solamente tener en los oídos la presión del agua, hacía que cada músculo de mi cuerpo se destensara. Empecé a notar el calorcito por mis hombros y decidí salir. Mi sorpresa fue ver que Esther no estaba sola, sino rodeada de tres chicos, y me iba diciendo «hola» con la mano.

No podía haber dejado, aunque fuera un solo día, de ligar...; era increíble.

Me fui acercando, y uno de ellos se dirigió a mí:

—Martina, ¿verdad?

Fijé mi vista en él, por si me era familiar. Llevaba gorra, tenía los ojos marrones y era rubio; pero la verdad era que no me sonaba de nada.

—¿Nos conocemos? —le pregunté extrañada. Esther, como siempre, no paraba de sonreír y tonteaba con un chico enteramente tatuado.

—No, a mí no, pero a Iván sí. —Señaló con su dedo índice y una sonrisa bastante pícaro hacia la playa, y vi que allí volvía a salir él del agua. Vestía otro bañador, esta vez era de color verde y permitía ver más su cuerpo. Me fijé en su pelvis, bien pronunciada, y su abdomen era irresistible, tan suave... Me habría tirado encima de él solo por rozarme con su piel. Nuestras miradas se cruzaron y se le dibujó una sonrisa de felicidad. Mi cerebro me la volvió a jugar y tuve que mover

la mano para saludarlo.

Reparé en Esther y en todo lo que tenía a su alrededor; decidí irme a andar un poco, necesitaba despejarme. Conseguí que Esther dejara de estar atenta al chico moreno con barbita, lleno de tatuajes, y le indiqué que me iba a dar una vuelta.

Empecé a andar y noté a alguien cerca de mí.

—¿Puedo acompañarte? —Me giré y vi que allí estaba él. Joder, solo era verlo y me paralizaba todo el sistema nervioso, aquello no era normal—. No hagas caso a mis amigos, esta mañana les he hablado de ti, y al decirles que erais también españolas, se ha animado más la cosa. Roberto, el que te ha preguntado, os ha visto venir a la playa, y el resto ya lo sabes.

Nos pusimos a andar por la orilla del mar.

—¿De dónde sois? —le pregunté.

—Nosotros somos de un pueblo cercano a Barcelona. ¿Y vosotras?

—De Las Franquesas del Vallés, está cerca de Granollers, Barcelona. ¿Te suena?

—Ahhh... Estamos cerca, nosotros somos de Parets del Vallés. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Estamos lejos de casa y nos cruzamos con personas a las que podríamos haber visto el día anterior por la calle.

Le asentí con la cabeza. Miré hacia el mar, sus ojos me ponían nerviosa y necesitaba distraerme.

—¿Cuánto tiempo vais a estar por aquí? —Aún no sé por qué le pregunté eso; como mi mente hacía de las suyas, salió solo.

—Dos semanas más. Estoy pensando que podríamos hacer algo juntos, ¿te apetece? —En ese momento se giró hacia mí y su mano se rozó con la mía. No sé si fue por casualidad, pero mi corazón empezó a latir tan fuerte que pensaba que se me iba a salir por la boca.

—¿Tú y yo? —«Martina, ¿qué estás haciendo, hija? Pareces una adolescente que empieza a relacionarse con chicos», me iba diciendo a mí misma.

Nuestras manos parecían imantadas, se volvieron a rozar, pero esa vez fue diferente, me la cogió. Tragué saliva, porque noté cómo mi estómago se fue haciendo diminuto, creando un escalofrío que recorría todo mi cuerpo sin destino alguno. Empecé a coger aire profundamente por la nariz, para poderme tranquilizar sin que él notara nada.

—Sí, si tú quieres —me comentó mientras mis ojos esquivaban los suyos—. Si lo prefieres, vamos todos juntos.

—No, no, está bien. Tú y yo, solos. —Agarré un mechón que me rozaba la cara y me lo puse detrás de la oreja—. ¿Qué me propones?

—¿Te gustan las sorpresas? —Aprovechó para cogerme la otra mano. Me giró hacia él, de manera que nos pudiéramos ver, y asentí con la cabeza.

—¡Perfecto! Quedamos en la portería a las siete, no tardes. ¡Por cierto!, lleva traje de baño —me dijo con euforia.

Dejó salir un lindo sonido de su boca, similar a una risita. Dimos la vuelta, ya que estábamos bastante lejos del resto del grupo. A medida que íbamos acercándonos, vimos que las chicas regresaban de comprar. Gloria no tenía muy buena cara, andaba todo el rato con la cabeza baja.

Eran las dos del mediodía y decidimos comer en la terracita de al lado del apartamento, finalmente se unieron los chicos a nosotras. Pedí *rigattoni*, ciertamente sabían diferentes a los que hacíamos en casa; no sabía si era porque estábamos en el país de la pasta o por el «modo vacaciones».

Me fijé en Gloria; me tenía preocupada, si bien se la veía cada vez más cómoda. Al principio

no hablaba con nadie, ni con nosotras, pero fue cogiendo confianza con uno de los chicos, que era delgadito, alto y moreno. Hasta llegó a sonreír, daba gusto verla así. Pensándolo bien, creí que ese viaje nos iba a ir bien a todas. Inesperadamente noté que alguien me miraba, de manera que giré la cabeza en la dirección desde la que sentía que me estaban observando y comprobé que era Iván, con esa carita y sus facciones marcadas. Solo mirarlo provocaba que me subiera la temperatura del cuerpo. Sonrió. Le respondí con otra sonrisa y levanté el mentón, preguntando qué le pasaba. Se puso en pie y me indicó con la cabeza que lo siguiera.

Salimos de la terraza en dirección a la playa.

—¿Y dónde van estos tortolitos? —preguntaba uno de sus amigos. Por la voz pensé que era Roberto, el marujo del grupo. Estaba atento a todo.

—Martina... —Iván se detuvo un segundo, entrelazó sus dedos con los míos y cogió aire. Me quedé expectante mirándolo; ¿qué me quería decir? Mi corazón comenzó a acelerarse—. Quiero...

—¿Qué quieres? —No dejé que acabara, me estaba poniendo nerviosa. Empecé a respirar cada vez más rápido.

—Saber si...

—¿Si qué? —Qué inquietud, parecía que se hubiera quedado sin habla.

—Necesito saber... ¿si tienes a alguien! —Por fin, lo soltó.

—¿Yo? Yo no. —Se lo decía extrañada.

—Es que me desconciertas. Cuando estamos juntos, tienes momentos de pausa, en los que no medias palabra. O giras tu mirada hacia otro lado. No sabía si te incomodaba por alguna causa.

¿Cómo le explicaba que era mi cerebro, que me la jugaba de vez en cuando, o que miraba hacia otro lado para calmar mis pulsaciones por lo bueno que estaba? Que cada parte de su cuerpo hacía descolocar todos mis sentidos...

No me lo pensé, coloqué mis manos alrededor de su cuello y me lancé a darle un beso. En el instante en que mis labios tocaron los suyos y nuestras lenguas empezaron a entrelazarse jugosamente una con la otra, mi respiración fue acelerándose. Desde luego qué forma de besar tenía. Su boca era tierna, nuestras lenguas se compenetraban a las mil maravillas. Hacía un movimiento con ella que provocaba en mí excitación y que quisiera cada vez más de él. Bajé mi mano hacia su abdomen, estaba suave y duro, era perfecto. Noté cómo su respiración iba siendo más profunda. Una de sus manos estaba en mi nuca apretándome lo justo para estar cerca de él, la otra la fue bajando por mi espalda hasta llegar a la curva de mi lumbar. La detuvo justamente por encima de mi culo, aunque me hubiera gustado que la bajara más y me lo agarrara con pasión.

Paró un momento, se separó para quedarse a escasos centímetros de mi boca. Notaba cómo su aliento acariciaba la piel de mi cara, eso provocaba que mi corazón bombeara más rápido. Y susurró:

—¡Joder, Martina! Qué fogosa eres. Creo que esto lo tenemos que continuar en otro sitio.

Se me escapó una carcajada, lo abracé y miré hacia la terraza. Sí, allí estaban mis amigas y sus amigos observando con la boca abierta. Esther era la única que mostraba alegría, dando palmas y muy eufórica. Lo cogí de la mano y tiré de él en dirección a la playa. Me quedé embobada por el brillo especial que desprendían sus ojos. Nunca antes alguien me había mirado así, lo cual hizo que yo cogiera aire con intensidad, y nos pusimos a andar.



### 3. Cenamos juntos y el postre eres tú

Eran las siete de la tarde y acababa de darme una buena ducha que me hizo recordar todo lo sucedido hacía unas horas... Qué forma de besar, descontrolaba todos mis sentidos. Sus labios eran tan dulces, tan esponjosos..., buf, acabé duchándome con agua fría. Me costó un poco decidir qué ponerme, pero al final me decanté por un vestido de hilo blanco: tenía un bordado de flores que permitía ver lo que llevaba debajo, que era el bikini. Me maquillé sutilmente, con tonos tierra muy suaves, pero lo rematé con un pintalabios de color rojo potente, quería llamarle la atención; deseaba crearle ansiedad y que me besara una vez más. Ese vestido lo compré antes del viaje para ponérmelo en Cerdeña, y decidí que era la mejor ocasión para estrenarlo.

Bajé las escaleras y cuando crucé la portería pude ver que Iván me estaba esperando subido en una motocicleta. Era del mismo estilo que las Vespas antiguas, pero modernizada, de color rojo brillante y con dos rayas blancas. Le colgaba un casco del brazo, era para mí. Monté en la moto y nos fuimos.

Mirara por donde mirara, Cerdeña era preciosa: sus paisajes, sus playas, sus montañas, sus carreteras... De vez en cuando observaba a Iván, que iba concentrado en la carretera; aproveché y pasé de agarrarlo por la cintura a abrazarlo. Giró un poco la cabeza para mirarme de reojo y me sonrió.

El sol se iba atenuando y nos rozaban los últimos rayos, levanté la cabeza dejando que el aire corriera por mi cara y abrí los brazos para disfrutar del momento. Iván se volteó y dejó ver sus perfectos dientes.

Llegamos a un pequeño acantilado, donde dejamos la motocicleta aparcada debajo de un árbol. Vi una escalera formada por piedras que llegaba a una cala íntima en la que no había apenas gente, solo dos parejas. Nos dimos la mano y comenzamos a bajar; de vez en cuando él se iba girando, lo notaba nervioso. Conforme nos íbamos acercando a la cala me di cuenta de que había un pequeño chiringuito de madera, con guirnaldas de luces y una mesa con dos sillas a la orilla del mar.

—Iván, ¿esto es para nosotros? —Le señalé la mesa muy sorprendida. Miró y asintió con la cabeza.

La mesa tenía dos velas encendidas en el centro, una más grande que la otra, dos copas y una botella de vino en la cubitera.

Estaba asombrada; si eso lo había pensado en menos de cuatro horas, ¿qué prepararía con tiempo de antelación?

—Jolín, qué romántico todo. Esto se merece...

—Un buen beso, ¿no? —Se acercó a mí, dejando un pequeño espacio entre nuestros rostros. Me fijé en sus labios, que se abrían y cerraban lentamente. Y me besó. Lo cogí por el cuello para que no se acabara nunca, pero notamos una presencia.

—Os dejo aquí las cartas para que podáis ver lo que hay, y en un rato vuelvo para saber qué queréis cenar.

Nos sentamos; eran sillas de madera antiguas, combinadas con mimbre, con un pequeño cojín para que la ropa no se enganchara con este. Cogí a Iván de la mano y con el dedo pulgar lo fui acariciando. Qué piel más fina tenía; me ponía a pensar y ya estaba deseando tocar más partes de su cuerpo... Continuamos con la conversación que habíamos dejado a medias.

—Bueno, yo me refería a otra cosa, pero el beso ha estado genial.

Eché mi cuerpo hacia delante y apoyé mi mano en la barbilla consiguiendo su atención, pero sus ojos fueron bajando.

—Qué bien te queda este vestido, aunque sin él seguro que estás mejor... —Torció un poco la cabeza para poder ver más del vestido. Yo dejé caer mi sandalia al suelo para rozar mi pie por su espinilla; él acercó su mano hacia la mía para cogerla y la apretó sutilmente.

Se acercó el camarero y pedimos lo que íbamos a cenar. El vino, suave y afrutado, entraba de maravilla, lo cual hizo que acabáramos con dos botellas. Estuvimos hablando durante toda la noche, explicándonos mutuamente anécdotas diarias. Me contó que era profesor de primaria, aunque por su aspecto yo no lo hubiera dicho nunca. Mis profesores de la infancia no estaban así de buenorros; debía de tener a todas las madres y personal escolar femenino alborotado.

No paré de tocarme el pelo en toda la cena, me ponía nerviosa. Cada historia que me contaba, cuando me miraba, me sonreía..., todo ello hacía que mi cuerpo se revolucionara.

Seguimos con nuestra charla, hasta que el camarero se acercó para decirnos que debíamos irnos, que lo sentía mucho, pero que ya se había superado la hora de cierre. Estábamos tan cómodos que no nos habíamos dado cuenta de las horas que llevábamos allí hablando.

Miré el móvil, Gloria me había escrito preguntando si estaba bien. Le respondí que sí y compartí con ella mi ubicación para que se tranquilizara. A Iván le escribió Christian, el chico con el que conversaba Gloria en la comida, preguntando lo mismo. Iván le envió un selfi nuestro.

—Mira, nuestro primer recuerdo juntos —me dijo mientras me enseñaba la foto.

—Espero que sea el primero de muchos. —Dios, aquello no era normal en mí. No supe por qué mi mente había soltado eso, pero la verdad era que no me incomodaba saber que podríamos repetir más veces. Se hizo un silencio que creó una situación bastante tirante. Tuve que contar hasta diez para no lanzarme encima de él, mis músculos empezaron a ponerse tensos y se oyó un pequeño ruido de fondo, fue el que rompió la tensión que teníamos entre los dos. Eran los chicos del chiringuito, que estaban cerrándolo.

—¿Te apetece bañarte a la luz de la luna? —me propuso Iván.

Sin apartar la vista de él, me fui bajando los tirantes y me quité el vestido. Él se fue quitando la camiseta y los pantalones, se quedó en *slip*. Empecé a respirar más rápido de lo normal; ¿ese chico tenía que estar siempre marcándolo todo? Podía haber llevado un bañador, ¿no?

—¿Hacemos una carrera? Tonto el último. —Fue lo primero que se me ocurrió para no arrancarle ese *slip* y hacerle el amor allí mismo, en la arena.

En el momento de llegar al agua, me cogió por la cintura y nos hundimos los dos. Cuando salí a la superficie, lo vi a él mojado y con la luz de la luna reflectándole, hacía que su cuerpo musculoso se le viera más marcado. Tenerlo a poca distancia de mí, casi desnudo, lo descontrolaba todo: mi respiración se aceleraba y tenía que coger aire profundamente para que mis pulmones pudieran controlar mi sistema nervioso. Él no me quitaba los ojos de encima, los tenía clavados como alfileres; era como si no tuviera ninguna distracción más y solo pudiera verme a mí. Me pellizqué el labio inferior con los dientes y mi corazón empezó a latir fuertemente, daba la sensación de que se me fuera a salir del pecho. Nuestros cuerpos se iban acercando

lentamente uno al otro, no sé si era por la marea o porque se atraían como polos opuestos. Agarré mi pelo para escurrírmelo.

—No te toques más el pelo, me estás volviendo loco. —Me cogió por la cintura y me aproximó hacia él hasta quedarnos más cerca de lo que estábamos, tanto que el agua no podía correr entre nosotros.

Respiré profundamente y pude percibir su olor corporal mezclado con el salitre del mar, era intenso y penetrante. Tragué saliva y noté cómo cada músculo de mi cuerpo empezaba a tensarse por momentos. Le pasé mis manos por la nuca y nuestros labios empezaron a rozarse con mucha tensión contenida. Mi estómago se encogió y la temperatura de mi cuerpo empezó a elevarse cada vez más, creo que llegué hasta a evaporar agua. Pasó su mano por detrás de mi espalda, bajándola lentamente, pero esta vez no se detuvo, llegó hasta mi glúteo y lo agarró con fuerza, y en un instante, sin esperármelo, me subió encima de él. Dirigió su otra mano hacia mi cabeza, entrelazó mi pelo con sus dedos y me lo agarró; aquello me puso mucho, arqueé mi espalda hacia atrás y mis manos lo cogieron por sus hombros, que estaban firmes y duros... Qué musculatura tenía. Empecé a frotarme con él y noté cómo se le iba endureciendo, lo cual me puso aún más a tono. Subí la cabeza mirando hacia el cielo y solté un pequeño gemido.

A continuación pasó su jugosa lengua por mi cuello, provocando que mi piel se erizara; me estaba excitando muchísimo y mi cuerpo pedía más. Mis piernas se cerraron y eso hizo que se acercara tanto que noté cómo quería entrar en mí. Bajé la vista hacia él, sus ojos eran de deseo, qué mirada más penetrante. Sus pestañas estaban mojadas y hacían que su verde fuera más intenso, acerqué mis labios hacia los suyos y no me pude controlar, los mordí suavemente. Se separó de mí lamiéndose el labio y negando con la cabeza, y acto seguido me atrajo con sus manos y nos empezamos a besar desenfrenadamente.

Miré en dirección al chiringuito y vi que estábamos completamente solos; gracias a Dios, porque no sabía si podía controlar mi sed en ese instante. Sus manos treparon hacia mis pechos. Metió una de ellas por debajo de mi bikini, cogiéndome un pecho; con el dedo apartó la tela y empezó a pasar su lengua por mi pezón, poniéndome más duro de lo que lo tenía. Notar cómo con su boca me iba succionando y lamiendo hacía que esa loba que tenía enjaulada dentro empezara a querer salir. Bajé la mano para quitarle el *slip* y me di cuenta de que no lo tenía puesto. Sin parar de besarnos me llevó hasta la orilla, donde me tumbó con delicadeza; no me dio tiempo ni a suspirar cuando lo tuve encima de mí. Respiraba dejando escapar aire por mi boca, me era imposible parar de mirar.

Quería más y con mis manos le apretaba el culo pidiéndole que entrara en mí, deseaba sentirlo. Su cara estaba a cinco centímetros de la mía, su mano fue acariciándome el cuerpo desde el pecho hasta llegar a mis braguitas, rozó sus dedos por encima de mi pubis y suavemente me las fue quitando. Todas sus caricias, su forma de tocarme, revolucionaban cada sentido de mi cuerpo. Al mismo tiempo también me creaba excitación cuando notaba su aliento cerca de mí, dejándolo salir por mi cuello, o bien cuando se le escapaba cerca de mi ingle. Abrí un poco las piernas para que se pudiera aproximar más a mí, notar cómo se le iba endureciendo me ponía a mil. Por un momento centré mi atención en su rostro, era precioso. Observé cómo presionó sus labios entre sí, su mirada fue transformándose; estaba disfrutando y, lentamente, fue introduciéndose en mí, sin dejar de hacerlo una y otra vez. Mis manos se volvían locas y no paraban de tocar a Iván, notaba su espalda tensa cada vez que entraba en mí. Sentir esa presión hacía que le agarrara con fuerza el lumbar, y cada vez que lo hacía oía que le salía un pequeño gemido. Me incorporé hacia él, empujándolo suavemente hacia atrás, para así poder sentarme encima. Deseaba que me penetrara hasta dentro. No nos hizo falta compenetrarnos en ese momento, lo estuvimos desde el principio.

Qué manera de moverse, de entrar en mí una y otra vez... Yo quería más y más, y que no parara. Parecía que conociera la forma de excitarme y ponerme a cien, porque consiguió que llegara hasta el final sin pedirle cómo hacerlo.

Nos quedamos tumbados en la orilla observando las estrellas; yo estaba agotada, tenía todo el cuerpo relajadísimo. Había sido increíble, desconocía si era por él, por la cena romántica para dos, por el vino, o bien por la resaca del mar rozándonos las piernas, pero tenía que confesar que fue uno de los mejores polvos que había tenido en años.

Él no paraba de jugar con mi pelo. Se giró hacia mí, mirándome fijamente.

—Martina, eres impresionante. Con solo rozarme haces que salga la fiera de dentro de mí, y lo peor es que no puedo frenarla.

Se me escapó una carcajada. Di un medio giro hacia él, quedando mi torso encima de su pectoral y mis piernas por fuera.

—Es culpa tuya, andando siempre casi desnudo cerca de mí. —Le pasé el dedo por el centro del pecho, siguiendo por su abdomen y parando en su ombligo. Noté cómo cogía aire y su piel se erizaba. Me ponía saber que le provocaba eso por su cuerpo. Le di un beso—. Nos tenemos que volver ya, que si no Gloria es capaz de venir a buscarme.

Nos fuimos al apartamento a descansar. Delante de la puerta del piso me empujó contra la pared, y para despedirse me dio un pequeño mordisco y me apretó un glúteo con una mano.

—Te lo debía. —Me susurró en el oído.

Cogí aire y abrí la puerta, diciéndole adiós con la mano.



## 4. Excursión en catamarán

Estábamos todas desayunando en la mesa del comedor. Yo no podía dejar de sonreír al recordar lo ocurrido la noche anterior, no sabía que aquel viaje iba a ser tan apasionante. Gloria nos comentó que Christian le habló de una salida que había en catamarán, y le pareció divertido. Reservó para hacer una excursión, pero esta vez íbamos a ser las chicas solas. De manera que nos pusimos manos a la obra y nos fuimos a la aventura.

Nos presentamos en el puerto y nos indicaron dónde se encontraba el catamarán. Fuimos hasta allí y vimos a dos chicos con gafas de sol esperando.

—Hola, buenos días, ¿Marco?

—*Buongiorno! Signorine, sonno Marco.* —Adelantó su mano para saludar a Gloria—. Y él es Corrado. Somos los responsables de que tengáis una buena aventura en catamarán.

Había que reconocer que Marco y Corrado estaban de muy buen ver. Marco era de media estatura y corpulento, tenía el pelo castaño y bastante corto, llevaba gafas de sol con sus cuerdecitas y un bronceado increíble. Hacía que su sonrisa fuera perfecta y luminosa. Iba con un polo blanco bastante estrecho, que le marcaba los pectorales, y unos tejanos cortos.

Corrado era alto y de cuerpo atlético, rubio y con un pequeño tupé. También llevaba gafas de sol, pero se las bajó y nos dejó ver sus ojos azules. Al igual que Marco, estaba muy bronceado y llevaba un polo blanco, pero el suyo no era tan ajustado como el de su compañero.

Abrieron una puerta pequeñita y subimos por la pasarela de madera al catamarán. Nos pusimos rumbo mar adentro y nos llevaron a una cala a la que solo se podía acceder con barco (o, como nosotras, en catamarán). Se detuvieron para que nos pudiéramos bañar y todas las chicas se tiraron al agua, menos Gloria y yo, que nos quedamos tomando el sol en dos de las colchonetas que había en la proa.

—¿Ya has hablado con Rafa?

—Bueno, el primer día me avasalló a preguntas sobre si había conocido ya a alguien, si habíamos salido de fiesta... Te puedes imaginar.

Me giré hacia ella. Tenía los ojos lagrimosos y no paraba de mirarse las manos, tocándose sin parar.

—Gloria, ¿tú eres feliz con él? —Torcí la cabeza para poder mirarla. Cogió aire y se colocó frente a mí.

—Pues creía que sí. Al principio me dijo que era celoso y lo acepté. Y me sabía mal hacer según qué cosas, decidí cambiar mi forma de ser porque él ya me había avisado.

—Pero, Gloria, que te diga que es celoso no significa que por el hecho de que lo sepas tengas que dejar de vivir tu vida. O de hacer según qué cosas.

—Sí, lo sé. El otro día en la comida con los chicos me di cuenta con Christian de muchas cosas. Él tiene novia y me estaba contando cosas que vivo día a día con Rafa. Hemos conectado

muchísimo y al principio me parecía hasta gracioso que viviéramos una relación parecida. Pero luego me hizo pensar; el poder escuchar cómo es mi vida desde fuera, con otra voz, me rompió por dentro, me hizo abrir los ojos. Vi que lo que está viviendo él también era mi vida. —Tragó saliva—. Me paro a pensar y no sé si es lo que quiero.

Se le cayó una lágrima, que recorrió toda su mejilla. La cogí de la mano.

—Pero la cosa no ha quedado aquí —añadió—. La noche que te fuiste con Iván estaba nerviosa y le birlé un cigarrillo a Cristina. Salí a la terraza a fumar y nada más recibir tu mensaje oí un móvil que no era el mío. Miré hacia abajo y vi que era Christian, que estaba también en la terraza. Le silbé y orientó la vista hacia arriba. Le propuse dar una vuelta por la playa.

—¿Cómo?, ¿qué pasó? ¿Te liaste con él? —le pregunté. Gloria sonrió y dijo que no con la cabeza.

—Nos pusimos a andar y me enseñó vuestro selfi (por cierto, hacéis una bonita pareja). Le conté lo que me había ocurrido y empezamos a valorar nuestras vidas. Que podían ser más simples, como las vuestras: sois dos personas que os atraéis y vivís el momento. Nos intercambiamos los números porque sabía que a partir de ese instante iba a surgir una bonita amistad.

—Ay, Gloria... —Alzó su mano para decirme que me esperara. Necesitaba desahogarse.

—Llevo dos días sin cogerle el teléfono a Rafa. He recibido muchos mensajes y me ha llamado más de cincuenta veces, pero no me apetece oírlo. Estoy con vosotras y quiero exprimirlo sin agobios ni miedos.

Me abalancé sobre ella y le di un abrazo a la vez que le besaba la cara sin parar. Gloria empezó a reír.

—Por fin vuelves a ser tú, mi niña.

Fuimos a la popa, donde había varios asientos, sacamos de la nevera comida que habíamos llevado y empezamos a picotear un poco de fruta.

Las chicas se acercaron donde estábamos sentadas y se pusieron a comer un poco, ya que era casi mediodía y apretaba el hambre; estaban todas menos Cristina. Gloria, señalándome hacia el timón, me comentó:

—¿Has visto a Cristina hablando con Marco?

Al girarme comprobé que en efecto ella estaba allí, en su auge, hablando con Marco, sin parar de reír y cada dos por tres tocándole el brazo.

Pensé para mis adentros que aquello corroboraba mi teoría de que aquel viaje nos iba a ir bien a todas para darnos un aire fresco.

Sobre las seis y media de la tarde emprendimos el camino de vuelta. Íbamos todas sentadas, juntas, hablando de lo bien que lo habíamos pasado, hacía tiempo que no estábamos así.

Llegando al apartamento vimos de lejos que nuestros amigos estaban sentados en la terraza de uno de los locales del puerto, nos estaban saludando con los brazos. Fuimos bajando del catamarán y Cristina se despidió de Marco, y además le escribió su teléfono en el brazo por si quería quedar con ella otra vez. Nos quedamos todas sorprendidas, ya que era una chica bastante reservada para el tema de ligar. Eso a pesar de ser monísima, alta, con un cuerpazo acompañado de unas curvas explosivas y una melena de escándalo, rizada de color cobrizo. Sus ojos eran grandes y de color marrón, su nariz y parte de sus pómulos estaban bañados por pecas diminutas. Su piel era blanca y aterciopelada. Pero su carácter no acompañaba a su cuerpo: era tímida, muy introvertida.

Ya nos estábamos yendo cuando Corrado me paró cogiéndome del brazo.

—¿Dime?

—Tengo brazo para que escribas tu teléfono. —Me quedé parada. Solo me salía sonreír. No entendía por qué me lo decía; sí que cruzamos algunas miradas en el catamarán, pero se quedó ahí.

—Corrado, me sabe mal, pero no creo que nos volvamos a ver. —Se lo comenté apurada, y para compensarlo le di un beso en la mejilla.

Él se encogió de hombros y me sonrió.

Nos fuimos hacia la terraza donde estaban los chicos. Vi a Iván un poco extrañado, tirando a enfadado. Intentaba que me prestara atención, pero él me evitaba, no dejaba de morder un palillo con gran intensidad y desvió su vista en dirección a la playa.

Como no sabía qué sucedía y notaba que él no quería aclararlo, le dejé espacio.

Esa noche las chicas nos arreglamos para salir de fiesta. Esther se quedaba, porque decía que la fiesta la iba a hacer privada con Sergio, el chico tatuado. Aún no lo había oído hablar, aunque era normal, tenía a la reina de los monólogos cerca.

Antes de salir, pensé que sería buena idea ir al apartamento de los chicos para ver si podía hablar con Iván. Así lo hice, y cuando llegué lo vi salir con bañador y sin camiseta, ese chico iba siempre con muy poca ropa. Lo miré de arriba abajo y vi que él hacía lo mismo conmigo.

—Qué guapa vas, qué bien te queda este vestido. —Pasó sus manos por mi cadera—. Te resalta por completo.

Me acerqué a él presionándolo hacia la pared y no pude evitar tocar su abdomen, me encantaba arañarlo. Iván se mordió el labio. Empecé a acariciar todo su cuerpo y mirándole el torso desnudo le susurré:

—¿Tienes que estar siempre con tan poca ropa?

Sonrió y evitó que lo besara. Me quedé parada, no entendía qué le estaba pasando. Lo miré algo molesta:

—¿Qué ocurre, Iván?

—¿Te lo has pasado bien en el catamarán? —Miré a mi alrededor sin saber a qué venía esa pregunta, y con extrañeza le dije:

—Sí, ha sido un día de chicas, y la verdad es que ha estado muy bien.

—Ya, ¿y el beso? —Me miraba seriamente y me separé un poco de él, sin entender a dónde quería llegar.

—¿Qué beso? Puedes ir al grano, no me gustan los misterios.

—Joder, Martina, que he visto cómo te miraba ese *pijeras* rubio y encima te has despedido con un beso. Pues suerte que estaba ahí...

Abrí los brazos, porque no entendía su malestar:

—¿Lo de Corrado?, sí le he dado un beso, pero en la mejilla. —Lo cogí por la cintura y lo acerqué a mí—. ¿Estás celoso? Mmmmm, y todo por un beso en la mejilla... Pues entonces con este vestido la noche promete.

Me fui dando la vuelta para que me viera entera.

Se mordió y miró hacia arriba. Me agarró por los brazos y me acercó a él, susurrándome al oído:

—Mira si promete. —Cogió mi mano y la colocó en su entrepierna, noté claramente su erección. Suspiré.

Me agarré a su cuello y le di un beso intenso, con mordisquito incluido. Sus manos fueron bajando por mi espalda, pasaron por mis glúteos y siguieron bajando, hasta llegar al final de mi vestido, y empezó a subirlo.

Lo frené cogiéndolo por las muñecas.

—Iván, encierra a la fiera... Que esta chica se tiene que ir de fiesta.

Le guiñé un ojo y me despedí con un beso al aire.

Cogimos un taxi y nos dirigimos a un local muy conocido de la zona. Finalmente, Esther se unió a nosotras, las chicas la convencieron, ya que había más días para que le dedicara tiempo a Sergio. Llegamos al local, dentro nos esperaba Marco, con Corrado y algunos amigos más. Gracias a ellos entramos por lista, sin tener que hacer cola.

Cristina estaba espabilando y sin alcohol, le había tenido que calar hondo. Nos fuimos con ellos a un reservado donde había champán gratis, unos sofás para sentarnos y una pequeña mesa para poder poner nuestras copas, además de una camarera para nosotros solos. He de reconocer que era mi primera vez en un reservado tan lujoso, esa noche iba a ser diferente y prometía.

Esther y yo no paramos de beber y de bailar, la música era muy buena y no podíamos estar quietas. Gloria y Nuria casi no se levantaron del sofá, pero por lo menos nos acompañaban con la bebida. Cristina estuvo toda la noche en una esquina del reservado tonteando con Marco, era increíble lo feliz que se la veía, y de vez en cuando se le oía alguna carcajada.

A causa de todo lo que bebimos yo no paraba de hacer viajes al servicio, y en una de esas visitas para evacuar Gloria me quiso acompañar. Yo estaba muy interesada, sabía que quería decirme algo, de manera que nada más entrar en el baño le pregunté:

—¿Qué ocurre, flor?

—No sé qué me pasa, pero en vez de pensar en Rafa en mi cabeza está...

—¿Quién está?

—Me da vergüenza decirlo, pero está Christian... No entiendo por qué, y no me gusta.

—¿Qué no te gusta? ¿Christian?

—Ay, qué tonta estás, Martina; de verdad, es que cuando bebes... —Me quedé parada mirándola, ya que nunca la había visto así. Estaba nerviosa, no paraba de tocarse las manos y tenía la mirada fija en los pies. La sujeté de las manos para que parara de tocárselas, y cuando subió la mirada prosiguió—: Sí, sí que me gusta Christian, y eso es lo que no me gusta. Porque tengo pareja, ¿recuerdas?

—Gloria, tranquilízate. Por una vez haz caso al corazón, deja que sea él el que se equivoque.

—¿Y si todo esto es un error?

—Pues no pasa nada, hay que cometer errores para saber si eso es bueno o no. Si tu corazón late por alguien que no es Rafa, es porque Rafa no llega a llenarte al cien por cien. Te estás dando cuenta tú sola y es normal que tengas miedo.

—Pero no le quiero hacer daño, se va a enfadar.

—Lo primero que tienes que hacer es hablarlo con él, decir cómo te sientes y que te has dado cuenta de que no eres feliz así. Que necesitas espacio para saber qué quieres. Luego deja que tu corazón viva, deja de pensar con la cabeza si va a ser bueno o no.

—Dicho así, es lo que haré.

La veía muy inquieta, sabía que no lo estaba pasando nada bien, así que le apreté las manos, se las pasé por detrás de mi cintura y la abracé muy fuerte. Noté que suspiraba.

—Gracias por estar ahí siempre —me susurró al oído.

Cuando volvimos al reservado vimos que Esther estaba con uno de los amigos de Marco bailando encima de la mesa, y lo peor no era eso, sino que estaba en sujetador. Gloria y yo nos miramos sorprendidas y fuimos a bajarla de allí rápidamente. Aquel fue el momento en que decidimos volver al apartamento, por esa noche la fiesta había terminado para nosotras.



## 5. Confesiones

Fueron pasando los días y entre nosotras cada vez existía más conexión, aquellas vacaciones nos estaban yendo muy bien. Nos dimos cuenta de que nos teníamos unas a otras, lo único que nos faltaba era estar más tiempo juntas. Gloria había abierto los ojos, Esther había desconectado, Nuria, como siempre, seguía siendo la responsable del grupo, pero estaba viviendo a nuestro ritmo. Cristina de vez en cuando se escapaba para verse con Marco y me daba recuerdos de Corrado. Para mí, aparte de pasármelo bien con ellas y rememorar viejos tiempos, había algo muy especial en aquel viaje, y era que había conocido a Iván, un chico que despertó algo dentro de mí que no sabía que existía, y tenía curiosidad por conocer más.

Con él iba todo sobre ruedas, de vez en cuando nos escapábamos para tener nuestros encuentros románticos que acababan siendo sexuales, era inevitable. Pero había una cosa que me rondaba por la cabeza: aún no habíamos hablado del después, de cuando estuviéramos en España, de si queríamos seguir viéndonos. Hacía muchísimo tiempo que no tenía una relación con nadie, ya que venía de una un pelín tormentosa. Fue bastante tóxica por las dos partes, no podíamos vivir juntos, pero tampoco estar uno sin el otro. Salí bastante mal y decidí estar sola, disfrutar de mi tiempo y dedicármelo a mí misma. Sin compromisos. No niego que tuve aventuras de una o dos noches, pero ahí se quedaban, no me apetecía conocer a aquellos hombres más a fondo.

Sin embargo con Iván era diferente, estaba deseando verlo al día siguiente para besarle, tocarlo, que me mirara con esos ojos tan penetrantes... Rozarle con mi mano esa piel que creaba necesidad a mis dedos, acariciarle aquel abdomen que cuando se quitaba la camiseta reclamaba a los cuatro vientos: «tócame». Ya me había acostumbrado a tenerlo cerca semidesnudo. Era el responsable de provocar dentro de mí una revolución incontrolable.

Era la última noche y organizamos una cena todos juntos. Fue muy emotiva, porque empezamos a recordar cómo nos conocimos y todo lo que habíamos vivido en esos quince días. Eché un vistazo a todos los que se encontraban allí sentados: Gloria estaba cerca de Christian y hablaban entre ellos; Cristina había invitado a Marco y pensé que su historia no se iba a acabar, sino que continuaría; Esther no paraba de hablar con Sergio, el chico tatuado, y Nuria se pasaba el rato escuchando a Roberto, que no callaba. Cuando terminé de mirarlos, me giré hacia Iván, que permanecía sentado a mi lado. Estaba un poco serio y le golpeé la pierna, pues no paraba de moverla. Agarró mi mano sin mirarme y se levantó. Me alcé colocándome a su lado y lo seguí.

Nos dirigimos a la playa andando lentamente. Nos quitamos los zapatos y empezamos a caminar por la orilla; Iván estaba callado, no decía nada, intentaba no mirarme. Yo no entendía qué le estaba ocurriendo, por qué me evitaba. Me detuve, le cogí la otra mano para que frenara y con cara de intriga esperé a que reaccionara. Pasé mis brazos por alrededor de su nuca para ver si así conseguía su atención y le di un beso. Él se separó un poco de mí para dejar de besarme y sin mirarme a los ojos rompió ese silencio:

—Martina... —Tragó saliva. Aquello no sonaba bien, mi corazón empezó a encogerse. Bajé los

brazos y él me sujetó de las manos—. Estos días han sido increíbles, y sobre todo muy intensos.

—Pero se acabó, ¿no? —Fijé mi vista en la suya sin apartarla, pero él no era capaz de mantenerla. Comprobé que su mirada rondaba por la playa.

—Bueno..., sí, será mejor para los dos.

—¿Y esto lo decides tú? Así, cortando por lo sano, sin ninguna explicación. Estupendo, Iván, pues que te vaya muy bien la vida.

Solté mi mano de la suya y me fui hacia el apartamento. Mi corazón se encogía por segundos, cada vez más rápido, era como si alguien me lo estrujara hasta hacer caer la última gota de sangre, no podía creer que me dijera aquello. Era todo un juego para él, había jugado todos esos días conmigo; después de muchos años fue la primera vez que abría mi corazón y dejaba que actuara sin control alguno, pero él lo utilizó como si fuera un papel.

Sin mirar atrás ni detenerme en ningún momento, entré en el apartamento. Iván llamó a la puerta varias veces para hablar conmigo, pero yo estaba demasiado destrozada como para seguir hurgando en la herida. Cogí la tarrina de helado de chocolate que quedaba y me la comí entera. Me quedé dormida en el sofá, sin dejar de llorar.

Al día siguiente hacía un calor sofocante y me costó abrir los ojos, los tenía bastante hinchados. Me fui al baño a darme la última ducha de aquel agrídulce viaje. Aunque el colofón no fue el que me esperaba, el viaje a Cerdeña había sido memorable, primero por sus paisajes espectaculares, segundo por la unión que volvimos a tener entre las chicas, y tercero por esa corta aventura amorosa que viví durante aquellos días, con un final inesperado.

Cuando salí de la ducha, me encontré a Gloria sentada en el váter.

—¡Joder, Gloria! Qué susto, no te he oído entrar.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo lo sabes? —Miré hacia abajo, sentía hasta vergüenza.

—Cuando subimos después de la cena, al ver que no volvíais, nos despedimos y vinimos hacia aquí. Mi sorpresa fue encontrarme a Iván sentado en la puerta. Estaba muy nervioso, solo quería verte, pero no le abrías.

—Él sabrá por qué no quería verlo.

—Christian quiso tranquilizarlo, pero Iván lo empujó y se fue a su apartamento, cerrando la puerta con un gran portazo.

—Gloria —bajé la mirada porque se me escapó una lágrima—, no puedo hablar, así no.

—A ver, tranquila, Martina. Respira hondo; ¿qué ha ocurrido? Salisteis cogidos de la mano.

—Ha sido todo un juego para él, sin miramientos. Ha utilizado mi corazón como le apetecía, lo ha tratado como si fuera un papel, sin más. Sin pensar en lo que yo podía llegar a sentir.

Mis ojos no aguantaron y se inundaron de lágrimas. Gloria se incorporó y me abrazó muy fuerte; de repente, noté seis brazos más. Eran ellas, mis amigas, abrazándome con todas sus fuerzas.

Nos vestimos y fuimos a desayunar a la terraza, donde también estaban ellos. No podía mirar, me sentía avergonzada porque sabía que todos estaban al tanto de la situación. No quería cruzarme con ninguna mirada de pena por parte de nadie. Me hubiera gustado tomarme mi último café italiano en otra mesa, pero me sabía mal por el resto del grupo y nos sentamos juntos. Yo me puse cerca de Gloria, que estaba al lado de Christian, y seguidamente Esther se sentó a mi lado, sin dejar ningún espacio libre para que no pudiera acercarse nadie. Me pasé todo el rato mirando mis pies, me sentía fatal, pero me paré a pensar: yo no tenía culpa de nada, solo dejé que mi corazón viviera, fue él quien decidió. Además, yo no buscaba una relación, me gustaba estar a mi aire... ¿o no? No lo sabía ni yo. Estaba hecha un lío. Pero si Iván lo tenía decidido y no quería nada más de

mí, él se lo perdía. Levanté la cabeza, empecé a mirar a todos con una sonrisa, para saludarlos (llevaba puestas mis gafas de sol para ocultar mi hinchazón de ojos). Noté que Iván no me quitaba la vista de encima, pero lo evité en todo momento; ¿qué quería? No me salía sonreír ni mirarlo, actué igual que lo hizo él la noche anterior. Hablaron de hacer una cena para vernos todos otra vez, pero en España, y yo me limite a sonreír; sabía que yo no iba a asistir, me inventaría alguna excusa. Siempre que él estuviera en esa cena, yo haría lo posible para no coincidir, al menos hasta que recuperara el tamaño de mi corazón.

Nos levantamos para decirnos adiós. Yo me despedí de todos y cuando vi que Iván se acercaba a mí noté que mi respiración empezaba a acelerarse. Me quedé quieta, como si alguien me agarrara de las piernas y no pudiera moverme de ese lugar, pero de repente me cogieron del brazo; era Esther.

—Mira quién está ahí fuera, quiere despedirse de ti.

Era Corrado... Él tan educado, mi salvador. Salí como un cohete.

Esa fue la última vez que vi a Iván en Cerdeña.



## 6. ¿Qué quiere de mí ahora?

Después del viaje llegué bastante aturdida por lo vivido. Solo quería trabajar, evitaba pensar que una aventura de quince días me podía dejar tan rota por dentro, maldito Iván. Judith me vio tocada, ya que no daba ni una. Andaba por el taller semipresente, arrastrando mis pies por allí donde pasaba; no dejaba de darle vueltas al asunto, necesitaba saber por qué había jugado así de sucio conmigo. Así que Judith decidió que me cogiera todo el mes de vacaciones. Aproveché para pasar unas semanas con mi hermana Lucía y mi sobrino Hugo. Ellos son mi única familia, aunque estaban pasando por una mala época. Mi hermana y mi cuñado Adrián decidieron darse un tiempo después de veinte años juntos, el esfuerzo que hicieron para ser padres provocó muchas discusiones y discrepancias entre ellos, que ya empezaban a manifestarse delante de mi sobrino.

Lucía, mi hermana mayor, es la responsable de todo lo que soy. Nos llevamos once años, y ella ha hecho de padre y madre desde mi adolescencia. Perdimos a mis padres cuando yo tenía trece años; fue a causa de un accidente de coche en el que un conductor se quedó dormido al volante y se metió en el carril contrario, con la mala suerte que colisionó con el coche de ellos. Supuso un golpe muy duro, porque nos quedamos solas, únicamente nos teníamos la una a la otra. Lucía cogió las riendas y asumió todas las responsabilidades, pasó de ser una chica de veinticuatro años acabando su carrera de Administración y Gestión de Empresas a cuidar de una adolescente en plena edad del pavo. Creó de mi desorden una nueva vida, estuvo en todos mis buenos y, sobre todo, malos momentos, que fueron muchos más. No me imponía nada, dejaba que me equivocara y sobre todo que viviera con el corazón. Si ella supiera cómo lo tenía en ese instante, haría lo que fuera por recomponerlo, aunque el suyo estuviera roto en mil pedazos, pero ahora era su momento y yo tenía que estar a su lado, como ella siempre había estado.

Lo peor de todo era Hugo, que preguntaba sin parar por su padre, hasta que mi hermana lo cogió y le explicó todo lo ocurrido y cómo iban a actuar en adelante. Pareció que lo entendió; seguía siendo un niño de ocho años, pero con una forma de ser de persona adulta.

Mi hermana es morena, con el pelo oscuro y rizado, pero sus rizos son espectaculares, bucles perfectos. Tiene la piel pálida, como la de mamá, y los ojos verdes, muy parecidos a los de papá, menos los días nublados, que se le ponen grises. Es alta, un poquito más que yo, y muy delgadita, pero creo recordar que siempre ha sido así. Es puro nervio. Le encanta vivir el momento y no pensar en lo que puede ocurrir, sino centrarse en el ahora. Tenía un solo deseo, que era ser madre, pero por cuestiones médicas no llegaba a la semana diez, perdía al bebé antes. Fue bastante duro, hasta que encontraron el motivo y pudieron dar solución a lo que empezaba a ser algo imposible. Y fue cuando nació Hugo, mi chiquitín guerrero; tiene media melena, castaña como yo y como mi padre, mi hermana se lo deja largo porque dice que así «le da rollito», aunque a Adrián no le gusta nada, prefiere el pelo corto para que el niño pueda estar más cómodo. Los ojos de Hugo son marrones, como los de mi madre, almendrados; a veces, cuando me mira sonriendo, me hace acordarme de ella. Es un chico muy curioso, le encanta buscar y encontrar cosas; Adrián lo pasaba fatal, lo llamaba chatarrero y mi hermana consideraba que tenía que dejar que el niño descubriera

e indagara, decía que ya tendría tiempo para ser responsable. Pero, aparte de todo eso, mi sobrino tiene un corazón grandioso, me encanta estar con ellos.

Esos días fueron bastante duros. Estuve tan centrada en ayudarlos que no tuve tiempo ni de meditar cómo volver a enderezar mi vida sin que me perjudicara tanto una historia de quince días. Mi hermana andaba por la casa algo nerviosa y con un carácter bastante arisco. Hugo cada mañana venía a buscarme a la cama, para no despegarse de mí; se pasó todos los días abrazado a mi pierna, sin moverse de mi lado y diciéndome que no lo abandonara como su padre. Los días en esa casa fueron bastante deplorables... No se había respirado nunca tristeza, es más, solía ser todo lo contrario: te contagiaba la alegría al entrar en ella. Pero la ausencia de mi cuñado removi6 la vida de mi hermana y la de mi sobrino, dejándolo todo patas arriba. Intenté hablar con mi hermana en varias ocasiones, pero su carácter intratable me alejó un poco de ella.

A pesar de las circunstancias, durante las semanas con mi hermana y mi sobrino aprovechamos el tiempo todo lo que pudimos. Cuando ya quedaba poco para volver a la rutina, hicimos una quedada de chicas para vernos y saber un poco de nosotras en esos últimos días. Gloria tenía noticias nuevas y Cristina también. Quedamos en casa de Nuria. Me quise pasar por la pastelería antes para coger unos cuantos *muffins* y un poco de pastel de zanahoria con los que acompañar el café.

Cuando llegué a la pastelería, justamente Dani estaba colocando *muffins* recién hechos.

—Dichosos son los ojos. ¿Qué, cuándo te vas a dejar caer por aquí?

—¿Ya me echas de menos? —Le sonreí.

—Pues sí, los cafés sin ti no son lo mismo. Aparte me tienes que poner al día de esas supervacaciones.

Le volví a sonreír y le asentí con la cabeza. No sabía por dónde empezar, pero dejaría que primero hablara él y luego ya seguiría yo.

En eso estábamos cuando, de repente, entraron dos niñas pequeñas gritando:

—¡*Muffins, muffins!*

Las seguí con la mirada; aparte de ir iguales, con un vestido de color rosita palo y lunares blancos y un lazo precioso en la cabeza, eran idénticas. Seguidamente entró la madre. Al girarme no me lo podía creer.

—¿Laia? ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces aquí en España? —Me abalancé sobre ella para abrazarla. Se trataba de una amiga mía de la infancia, éramos vecinas, las compis de batallas y sueños.

—Martina, qué bien que estés aquí, ya tenía ganas de verte.

—¿Qué es de tu vida? ¿Y estas pequeñas, son tuyas? —Se lo decía mientras miraba cómo corrían por toda la tienda.

Asintió con la cabeza y una gran sonrisa.

—Me fui a Chicago, después de lo ocurrido con Marc lo pasé fatal. Allí conocí a mi marido, Matt. —Señaló hacia fuera y vi a Matt, un morenazo con ojos azules, muy corpulento, que levantó el brazo para decirme hola. Desde luego estaba de muy buen ver, yo también hubiera cambiado. A su lado había un chico jovencito que tenía el pelo de color castaño (como Laia), el cual llevaba peinado con aire desenfadado. Tenía unos ojazos de color verde azulado muy llamativos. Vestía una camiseta blanca con el logotipo de los Rolling Stones y unos tejanos, e iba con las manos en los bolsillos. Sonrió—. ¡Y ese grandullón de al lado es mi mayor!

—Desde luego el tiempo ha pasado volando desde la última vez que supe de ti, que fue cuando tu madre vino a por algunos de tus *muffins* preferidos. Me dijo que estabas pasando un mal

momento, entiendo que fue por lo de Marc. —Le agarré las manos y le dije—: Jolín, tía. Mírate ahora, con tres hijos y casada con un buenorro...

—Sí, así lo llamamos allí, «Matt el buenorro», ¡ja, ja, ja, ja! ¿Y tú qué? Cuéntame.

—¡Buf! Yo... —Cogí aire y continué—: Tenemos que quedar un día, que la historia es muy larga; pero te adelanto que no me va tan bien como a ti.

Laia me sujetó por el brazo y me lo apretó suavemente.

—Pasaremos un mes en casa de mi tía, si quieres veinte cuando te apetezca y nos ponemos al día las dos. Cuando tú te sientas preparada. —Me guiñó un ojo.

Dani ya tenía preparado mi encargo, y en ese momento me empezó a sonar el teléfono. Se trataba de Esther, seguro que era para decirme que la pasara a buscar. Me despedí de Laia; aunque fue agradable su encuentro y saber de ella, el hablar de Iván me hizo remover un poco todo. Quería irme de allí porque empecé a agobiarme y de un momento a otro me podía poner a llorar. Ella lo notó y me dejó ir, así que me despedí de Matt y de los niños y salí pitando hacia el coche. En eso estaba cuando descolgué el teléfono:

—¡Esther!, ¿qué pasa? Ya voy, ya voy, que me he encontrado con una amiga a la que hacía mil años que no veía. Sí, Laia, ¿te acuerdas de ella? Pues se fue porque el novio la engañó, tía, y lo peor es que fue con una amiga suya. Ahora ha regresado y con familia, que, por cierto, pedazo de marido que tiene, se te cae todo. Tienen tres hijos. Sí, sí, tres. Bueno, te voy a dejar, que cojo el coche. En cinco minutos estoy allí.

Llegué al piso de Nuria. Era increíble, ordenado, limpiísimo, lo tenía todo muy blanquito. Su decoración era muy escandinava, blanca con combinación de madera. Miraras donde miraras tenía un detalle, era un piso de revista.

Nuria era una chica muy detallista. Alta, con el pelo negro y liso, de piel blanquita y ojos de rasgos asiáticos, porque su madre provenía de familia filipina. Le encantaba que todo el mundo estuviera cómodo y era muy cuidadosa, tanto con las personas como con los objetos. Mímaba a quienes quería y tenía cerca, ya que su lema era «cuida a quien te haga sentir bien». Era muy dulce hablando y daba gusto escucharla, por eso conseguía que todos le prestaran atención.

Empezamos a merendar el café con los dulces que yo había llevado, y Cristina fue la primera en darnos su noticia, la cual ya nos la imaginábamos, porque se veía venir. Marco y ella eran pareja oficial, y creíamos que su siguiente paso iba a ser que se iría a vivir a Italia, ya que Marco tenía negocios allí. Una vez que acabamos, miramos a Gloria. Estaba nerviosa, no paraba quieta en el sofá: cruzaba una pierna, la bajaba y luego subía la otra. Le toqué la pierna para que se tranquilizara.

—Bueno, Gloria, ¿qué es lo que nos querías contar? —Esther era la que no aguantaba y quería ir al grano. Y más viendo a Gloria así de nerviosa, creaba intriga.

—A ver por dónde empiezo... Ya sabéis que con Rafa la cosa no era como imaginaba. —Cogió aire y empezó a rascarse la cabeza nerviosamente.

—No iba bien, Gloria. Nos dimos cuenta todas, menos tú. —Miré a Esther para que frenara un poco y le dejara tiempo para expresarse. Asintió con la cabeza y se calló.

—Pues creo que era la única persona en el mundo que no se había dado cuenta. Gracias a vosotras, por ser constantes e insistirme mil veces en que fuera a ese viaje, sobre todo a ti, Martina —estiró el brazo y nos dimos la mano, me miraba con cara de ilusionada; le sonreí—, me quité la venda de los ojos y pude ver que no era la vida que quería. Hablar con otra persona que se encuentra en tu misma situación te hace verlo desde fuera. Eso hizo que les diera muchas vueltas a las cosas.

—Hablas de Christian, ¿verdad? —le cortó Esther.

—Sí, él con su relación me hizo ver que su vida era igual que la mía, y no me gustaba lo que estaba escuchando. Durante esos días, hablar con él me sirvió de mucho. Es como si hubiéramos hecho una terapia juntos. Cuando llegué aquí, lo primero que hice fue acabar la relación con Rafa. Me acusó de tener a otro, de que era una gua... —Su voz empezó a ser quebradiza y cogió aire para controlarse.

—Qué asqueroso es. —Era Esther refunfuñando, pero tenía razón.

—Bueno, él siempre ha sido así. Lo conocí siendo así, pensé que conmigo iba a ser diferente, que podía confiar en mí porque lo quería, fui tonta al pensarlo. Y la cosa es que a los pocos días recibí un mensaje de Christian.

—Y... —En ese momento intervine yo, me tenía intrigada.

—Pues que a él le pasó lo mismo que a mí, que se quitó su venda, y quedamos para tomar algo juntos.

—¡No me jodas! Gloria, por Dios, ya era hora. —Esther estaba eufórica y pegó un bote.

—Sí, estamos juntos, ha sido todo muy rápido. Pero lo más fuerte es que estamos buscando piso de alquiler para empezar bien y conocernos mejor, ya que el previo lo medio tuvimos en Cerdeña.

—Joooo, me alegro un montón por ti. —Cristina se abalanzó encima de ella y detrás todas nosotras.

Era muy reconfortante ver cómo había dado su paso, segura de sí misma. Lo mejor de todo era que se la veía feliz.

—Pues visto lo visto, aquí casi todas con novio después de este viaje. Menos tú y yo, Martina. —Esther, tan simpática como siempre, me iba dando golpes en el brazo.

—Qué se le va a hacer, seguiremos solteras. De aquí para allá. —Sonreí por no llorar.

Gloria me dio dos toques en la pierna, me fijé en ella y con la cabeza me dijo que la siguiera.

Me levanté y la seguí, me giré hacia las chicas y vi que estaban hablando entre ellas, le preguntaban a Cristina si habían hablado de ir a vivir juntos también, y qué prefería ella, si aquí o allí, en Italia.

Gloria estaba apoyada en la barandilla del balcón, me acerqué y le di un tortazo en el culo. Se giró sonriendo hacia mí.

—¿Qué sucede, Gloria? Estás nerviosa; todo irá bien, verás.

—Bueno... Verás, Martina. Estos días que nos hemos visto Christian y yo vino una tarde Iván.

—Gloria, para. No quiero saber nada, de verdad. —Levantó la palma de la mano para frenarme y que la dejara seguir.

—Yo al principio actué normal, porque estábamos mirando lo del piso y tampoco salió ninguna conversación. Pero empezó a preguntar por ti. No sé, Martina...

—¿Preguntar el qué?, no entiendo nada.

—No sé, yo no le dije cómo estabas realmente. Le comenté que te veía muy feliz, que estabas pasando unos días con tu familia.

—Gracias, Gloria. Es que no quiero saber nada de él.

—Sí, pero aquí no acaba la cosa. Iván me dijo que quería volverte a ver, necesita hablar contigo, que lo escuches. Está muy mal, Martina, dale una oportunidad.

—¿Oportunidad de qué?! Ni hablar. No. ¿Le has dicho que no? —Apretó los labios y su cara me decía «lo siento»—. Gloria, le habrás dicho que no, ¿verdad? Yo también he estado mal y sigo estando mal. Fue él, ¿recuerdas?

Mi corazón empezó a bombear tan fuerte que creía que me lo podía oír desde fuera. Notaba una presión en el pecho que oprimía mis pulmones y que a estos empezaba a costarles respirar. Gloria volvió a apretar los labios y arqueó las cejas.

—Martina, no me mates... Con todo el asunto de Christian y mío, de irnos a vivir juntos y demás, queremos organizar una cena cuando tengamos el piso, como de inauguración. Así aprovecharemos y haremos la cena del reencuentro con todos.

—Si va a estar él, yo no voy.

—Martina, que vamos a estar todos. Por favor, hazlo por mí.

—Que no, que paso, no quiero estar encerrada entre cuatro paredes con él ni pensar que lo voy a tener cerca. No. Lo siento, pero no voy a ir, conmigo lo inauguráis otro día.

—Pero no será lo mismo, Martina. Quiero que estés, será un día especial para mí, no puedes faltar. Eres de las personas más importantes en mi vida.

—Jolín, Gloria. No te pongas así, sabes que no te fallaría nunca, pero... estar cerca de él... —Cogí aire y solo de pensarlo se me puso la piel de gallina—. Déjame unos días y te digo algo.

\*\*\*

### *Semanas después*

En Martina's Cake había bastantes encargos, llevábamos un ritmo muy bueno. Judith, como siempre, era la que llevaba la batuta, y Dani y yo, entre bizcochos, poníamos la magia. Dani me veía rara desde que llegué, ya que no soltaba ni palabra sobre mi esperado viaje a Cerdeña.

—Martina, ¿me vas a decir qué ha pasado en ese viaje? Te fuiste muy ilusionada y has vuelto sin soltar prenda.

—Es que no quiero recordar, Dani.

—Vamos a ver, que yo no soy una persona cualquiera, soy tu compañero de penas y de risas. ¿Qué ha pasado? Nunca te había visto así.

—Buff, te lo voy a contar, pero no me cortes, porque si no me voy a poner a llorar. El primer día solo hacía una hora que había pisado tierras italianas y conocí a un chico. Pero no uno más de mi lista, este era diferente, revolucionó todos mis sentidos. Tenía algo especial que despertaba en mí sensaciones que no había experimentado antes por nadie. —Levanté el dedo para frenarlo, ya que sabía que iba a soltar alguna de las suyas. Pero no estaba para tonterías—. Fue todo muy intenso, hubo momentos románticos inimaginables, Dani. Su mirada... buff, era adictiva, empezaba a crear necesidad en mí. Teníamos una gran complicidad en todos los sentidos; no sé, en el momento de hacerlo lo normal es que vayas diciendo lo que te gusta, pero él ya lo hacía sin pedirselo.

—Martina, te estás pasando con los detalles. Eso te lo puedes saltar, ¿sabes? Solo de escucharte me estoy poniendo cachondo.

—Lo siento. —Se me escapó una pequeña risotada—. Es que solo con pensar en ello mi respiración se dispara. Pero todo cambió y no sé por qué; después de tener unas semanas fabulosas, el día antes de irnos me dice que no quiere seguir, que lo que había pasado, bien, pero que se quedaba ahí la historia. Vamos, que me rompió todos los esquemas. Pasó de desearme a no querer ni verme. En ningún momento habíamos hablado de nada de nuestra vuelta a la rutina. Pero, no sé, lo cortó por lo sano, sin tacto alguno. —Paré y por un momento me subió un calor por todo el cuerpo, de cabreo—. ¡Que ha jugado conmigo, Dani! Si yo eso lo hubiera sabido desde el principio, pues me habría frenado.

—Tranquila, que el *fondant* no tiene la culpa.

Reaccioné y miré mis manos, lo estaban estrujando con todas sus fuerzas.

—Lo siento, es que no entiendo nada. Hasta tuvo celos porque besé a un chico en la mejilla. Y

luego me hace eso. Pero lo peor es que ahora dice que quiere verme. Pues la que no quiere ahora soy yo. Me está volviendo loca.

—Pues es un poco raro, no me cuadra nada. ¿Por qué va a tener celos, si luego te va a decir que lo vuestro se queda en Cerdeña? Y que ahora quiera verte, ¿para qué?

—Será de ese tipo de hombres que solo quieren que estés con ellos, mientras ellos quieran —dijo Judith conforme entraba en el taller—. Por cierto, Martina, hay un chico que pregunta por ti. Está en la puerta esperándote.

Puse cara de sorprendida, no sabía quién podía ser. Me lavé las manos y salí para ver quién era. Qué sorpresa.

—Hola, Christian, ¿qué haces aquí? —Me saludó con la mano y se acercó a mí para darme dos besos.

—Hola, Martina, ¿puedes hablar? —Le asentí con la cabeza y salimos fuera de la tienda—. Mi visita es porque nos dan las llaves mañana y...

—Ya se lo dije a ella, Christian. No sé si iré.

—Lo sé, pero para Gloria y para mí es muy importante, Martina, que estéis los dos, no podéis faltar. Hemos dado un paso muy grande y vamos a empezar juntos una nueva vida, y queremos que estéis ahí.

—Lo entiendo, pero no sé si seré capaz de mantenerme cerca de Iván. Jugó conmigo. Aún tengo el corazón algo sensible y no sé si está listo para otro asalto.

—Martina, yo... —Apretó la mandíbula, noté que me quería decir algo. Lo miré fijamente—. Piénsatelo, por favor.

Respiré y desvié la mirada hacia un lado. Mis ganas eran nulas, pero sabía que era importante para mi amiga y tendría que hacer un esfuerzo.

—Bueno, vale, iré. Pero por vosotros. Si la cosa se pone tensa me voy. Christian, dile a tu amigo que no quiero que se acerque a mí ni notar que me esté mirando.

—Gracias, Martina, valoramos el esfuerzo que estás haciendo. Mil gracias, Gloria se va a alegrar muchísimo. Os avisaremos por el grupo de qué día es. Y sí, yo se lo digo a él, pero tampoco te prometo nada. Iván es muy impredecible.

—Ni que lo digas.



## 7. La cena del reencuentro

Pasaron unos días y recibí el mensaje esperado de Gloria. No tenía ninguna gana de ir a esa cena, pero aun así fui hasta mi armario para ver qué me podía poner. Por una parte, quería vestirme lo más provocativa posible para hacerle ver a Iván todo lo que se había perdido. Pero por otro lado no era plan, ya que se trataba de la cena de inauguración por la nueva relación de Christian y Gloria. Al final decidí ponerme mis tejanos preferidos y un top que creaba la sutileza de dejar resaltar mis dos bellezas, como él decía. Me maquillé un poco los ojos para dar la impresión de que estaba recuperada y me puse colorete para darle buen tono a mi cara.

Me pasó a recoger Esther con su coche, acompañada de Cristina. Juntas fuimos camino del nuevo hogar de Gloria. Durante el trayecto no medí palabra, no me salía. Solo las escuchaba. Mi mente no hacía otra cosa que darle vueltas todo el rato a lo mismo. Cuando llegamos, allí ya estaban Sergio, Nuria con Albert y Roberto, con suerte a Iván le habría entrado un dolor de estómago y no podría ir. Entramos en el piso, que era increíble. Nuria no paraba de ir de un lado a otro, le encantaba; estaba compartiendo *links* con Gloria para darle ideas sobre el mobiliario y la decoración..., ella y su locura del interiorismo. Realmente era precioso, un bajo dúplex, con una terraza inmensa y piscina privada. Christian y Gloria estaban enseñándonos su hogar con la mano agarrada, de vez en cuando se miraban y se sonreían. Hacía mucho tiempo que no veía así a Gloria, era feliz. Estábamos hablando en el jardín cuando sonó el timbre. Mi estómago se encogió. Se giraron todos hacia la puerta, yo también me giré y vi que allí estaba él, saludando con la mano. Iba muy guapo, llevaba unos tejanos claros ajustados y una camiseta de color azul cielo que hacía que su bronceado se notara mucho más y que el verde de sus ojos fuera más intenso. Llevaba el pelo mojado, se tenía que haber acabado de duchar antes de llegar, ya que llegaba el olor de su perfume hasta donde estábamos nosotros. Esta vez mi corazón hizo caso a mi mente y giré la cara. Se acercó hasta donde estábamos todos y empezó a saludar. En ese momento aproveché y me escapé.

—Gloria, ¿el baño dónde era? —pregunté.

Christian me vio nerviosa y salió disparado hacia mí para mostrarme dónde estaba el baño. Me abrazó por la cintura y me sujetó con firmeza, hasta dejarme enfrente del lavabo. Entré y cerré la puerta con pestillo. Me puse delante del espejo, respiré hondo y me repetí: «Contrólate, Martina, contrólate. Podéis ser dos adultos, sin que pase nada», me decía a mí misma en voz baja. Encendí el grifo y me pasé un poco de agua por la nuca, iba a ser una cena muy larga y entretenida. Cuando salí todos se encontraban tomando algo en la terraza. Roberto, como siempre, estaba en su salsa: él hablaba y los demás escuchaban. Había una silla libre, pero vi a Iván sentado justo al lado. Se giró hacia mí y me sonrió. Cogí aire, me encaminé a la mesa donde me habían dejado preparado un *gin-tonic*, le di un trago y me senté a su lado. No iba a pasar nada por estar cerca de él.

Llegó la hora de la cena y pensé que iba a ser diferente al momento de la terraza, ya que tenerlo a mi lado fue un poco incómodo, y más sin que me dejara de mirar. Pasé todo el rato con la vista

puesta en el lado opuesto y de vez en cuando en mi copa. Pero la cena fue a peor, se sentó enfrente de mí. Él no ayudaba en nada, porque mira que la mesa era grande para elegir..., pues tenía que sentarse justo ahí. No me quitaba ojo de encima, hasta llegué a pensar que hacía lo posible para que nuestros pies se tocaran. Hubo un momento en que faltaba más bebida y aproveché para escaparme de esa situación e ir a la cocina a por ella, me sentía muy incómoda y no quería formar ningún espectáculo. Cogí dos botellas más de vino, ya que desaparecían en nada, éramos de buen beber. Empecé a buscar el abridor y no lo encontraba.

—Chicos, ¿dónde está el abridor?

Noté a alguien detrás de mí que respiraba muy intensamente. Me volteeé y lo vi a él, con el abridor en la mano.

—Martina, ¿podemos hablar? —Le cogí el abridor rápidamente.

—No.

Me di la vuelta e intenté abrir la botella de vino. Con los nervios me costaba un poco y vi que se quería acercar. Lo frené con un dedo.

—Joder, Martina, no me dejas ni ayudarte.

—No, no quiero nada de ti. No quiero que me mires ni que me hables. —Respiré, porque mis ojos querían llorar, pero me negaba a que fuera delante de él—. Iván, jugaste conmigo, sin que te importara cómo me podía sentir yo. ¿Y ahora quieres hablar? Pues ahora soy yo la que no te quiero escuchar.

—Te fuiste sin dejarme acabar.

—¿Qué te faltaba, rematarme?

Me quitó la botella de vino de la mano y la dejó en la encimera. Me quiso tocar el brazo, pero se lo aparté. Se fue acercando a mí y yo me iba echando atrás, hasta que llegué a la pared. Él seguía acercándose. Subí la mano y se la puse en el abdomen para frenarlo, se detuvo muy cerca de mí. Notaba cómo su respiración rozaba mi cara, con su mano me subió el mentón hacia arriba, hasta que mis ojos se toparon con los suyos.

—Martina, solo con tenerte cerca me descontrolas. —Cogió mi mano y la colocó en su pecho, notaba cómo su corazón iba subiendo de pulsaciones.

—Muy bien, el mío también latía, hasta que te encargaste de él.

Aproveché un despiste suyo para escaparme e irme, cogiendo antes las botellas de vino. Necesitaba salir de allí. Llegué al comedor algo nerviosa, Gloria se fijó y le sonreí como pude.

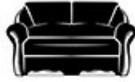
Me senté, seguimos con la cena como si nada, pero mis ojos de vez en cuando lo miraban; no quería, pero me era inevitable. Intentaba estar atenta a temas del extremo opuesto a nosotros, así me podía controlar, aunque de vez en cuando notaba cómo la pierna de Iván venía a rozarse con la mía.

Llegaron los postres y nos fuimos a la terraza para seguir con la tertulia, al fresquito. Mientras ellos iban hablando de su vuelta a la rutina, aproveché para alejarme un poco del grupo y me senté en el borde de la piscina, dejando caer mi mano dentro del agua. Ahí me puse a pensar por qué había hecho eso Iván, qué pretendía. Cuando lo tuve tan cerca de mí, mis sentidos empezaron a revolucionarse, me volvía loca, pero no sabía si tener a una persona así, cerca de mí, que pudiera hacer o deshacer lo que quisiera conmigo, iba a ser un error. En ese momento miré hacia el cielo, se podían ver las estrellas perfectamente y recordé lo que me decía mi hermana siempre: «Hay que vivir con el corazón». Bajé la mirada y me topé con la de Iván. Le dije con el dedo que se acercara.

Se sentó a mi lado y me observó. Pasó su mano por encima de mis piernas. Me gustaba notar su calor. Con una mirada algo punzante, me comentó:

—Tenemos que hablar.

—Sí, pero aquí no, no es el lugar ni el momento.



## 8. ¿En qué punto estamos?

Pasaron los días tras el último reencuentro e Iván y yo no habíamos encontrado el momento para hablar. Él empezó a preparar el curso y yo estaba centrada en mi pastelería.

La verdad era que habíamos empezado muy fuerte septiembre en Martina's Cake, con más pedidos de lo normal. Cuando había mucha faena acordamos llegar antes de lo habitual para poder trabajar con tranquilidad. Eso implicaba abrir a las cinco de la mañana, era la forma de poder adelantar trabajo, sin interrupciones. Había llegado el viernes por la tarde y nos habíamos dado un buen tute durante toda la semana, por lo que les dije a los chicos que se fueran antes para que así pudieran descansar, se lo merecían. Estaba acabando de poner un pastel en la nevera e iba a darle el último fregado a la pastelería cuando oí un carraspeo.

Salí para ver quién era y mi sorpresa fue encontrarme a Iván apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Llevaba unos pantalones cortos de color azul marino y una camisa de lino blanca, un poco abierta, que dejaba ver sutilmente su pectoral bronceado. Conforme yo salía se iba bajando un poco las gafas de sol, mostrando esa mirada que creaba nerviosismo en mi interior.

—¿Qué haces aquí?

—¿No te ha gustado mi sorpresa?

—Bueno, no te esperaba. —Lo decía mientras me limpiaba con un trapo las manos y la cara.

—Sabía dónde te podía encontrar.

Se fue acercando a mí. Levanté la mano para frenarlo.

—Espera, déjame acabar de limpiar el taller y cierro antes de que entre alguien más.

Sin que me diera cuenta, me acercó a él. Pasó sus manos por detrás de mi cintura, aproximándose aún más. Suspiré tan fuerte que, al soltar el aliento, vi cómo su vello se iba poniendo de punta.

—¿Por qué no cierras ahora y nos quedamos dentro tú y yo? —Fue desatándome el delantal sin quitarme el ojo de encima.

Me aparté de él. Y, sin pensármelo ni un momento, cerré la puerta. Por una parte, mi cuerpo deseaba que pasara algo, pero, por otro lado, mi mente me decía que no era el momento.

Esa vez mi cerebro ganó la disputa:

—Iván, no vamos a hacer nada. —Se lo dije segura de mí misma.

Fui hacia dentro para poder acabar de limpiar lo que me faltaba. Cuanto más lejos estuviera, mejor.

—¿Puedo pasar?

Me miraba con esa carita que ponía tan tierna que hacía enloquecer todo mi cuerpo. Giré mi vista hacia otro lado, para calmarme y serenarme.

—Por supuesto, pasa, así te enseño uno de mis mejores lugares.

Le mostré el taller donde creábamos los pasteles, era el sitio donde hacíamos la magia de nuestro negocio. No paraba de mirarlo todo, tocaba el material e iba caminando lentamente por la

sala, hasta que se plantó delante del perchero donde teníamos colgados los gorros y delantales, y tocó el delantal de Dani. Leyó en voz alta y muy marcada el nombre que estaba bordado.

—D-A-N-I. ¿Quién es?

—Es mi compañero de creatividad. Con el que comparto más horas del día.

—¿Compañero?

—Sí, compañero. Y aunque fuera otra cosa a ti no te incumbe. —Le sonreí.

—Martina, no empieces. —Resopló—. Gírate por lo menos para mirarme cuando te hablo, que me quiero sincerar.

—Es que no entiendo nada, Iván. ¿Sincerarte de qué? ¿No lo soltaste todo en Cerdeña?

—La cagué, Martina. —Me agarró sin quitarme la vista de encima—. Lo supe en el mismo momento en que te diste la vuelta. Fui detrás de ti, pero no me abriste la puerta.

—¿Tú crees que quería seguir escuchándote? ¿Al chico con el cual estuve durante quince días viviendo cosas intensas, que no había experimentado con nadie? Lo hicimos hasta en una playa, Iván... Dejé que mi corazón actuara y tú, en cinco segundos, te comportaste como si no hubiéramos vivido nada. Me hiciste daño.

—Pero, escúchame, que te lo estoy diciendo, que la cagué.

—Sí, lo he oído, pero me hiciste daño. Y esto no se recupera con un «lo siento». —Cogí aire—. ¿Tú pensabas lo que me dijiste esa noche?

Apretó la mandíbula y miró a un lado.

—¡No, Martina! Me asusté. Fue de muy cobarde, lo sé. Te dije lo primero que se me ocurrió para alejarte de mí. Y lo conseguí. —En ese momento me paralicé; no era solo mi cerebro el que no actuaba, era toda yo, me olvidé de respirar—. Durante esos quince días empecé a sentir algo por ti, algo tan fuerte que en poco tiempo me sucedió lo que no me había pasado nunca antes. Cada día tenía más ganas de verte, de besarte, rozarte..., creaste algo dentro de mí que no pude controlar.

—No entiendo, Iván, ¿por qué querías alejarme?

—No es fácil, Martina. Vengo de una relación muy tormentosa, en la que jugaron conmigo. No quiero volver a ser un capricho. Nunca había vivido cosas tan intensas como las que viví contigo, creaste algo dentro de mí y me asusté, no quería volverme a enamorar. Pero cuando vi que te ibas y que te había hecho daño quise rectificar. Sin embargo, no me abriste, y al tenerte cerca y ver que ni me mirabas pensé que te había perdido. Hablé con Gloria y Christian porque quería solucionarlo, me di cuenta de que todo fue un error. Tenía que hablar contigo como fuera, sabía que iba a ser difícil, pero cuando vi que ibas sola a la cocina miré a Gloria y me guiñó un ojo, fui a quemar mi último cartucho. En el momento en que estuvimos tan cerca uno del otro noté cómo se aceleraba tu corazón, ahí vi que tenía una oportunidad.

—Entonces, ¿soy un error? —Pasé mis manos por detrás de su cuello.

—No lo sé, quiero comprobarlo..., y si no lo pruebo, no sabré si eres mi mejor error.

Se fue acercando lentamente a mí, sus labios desprendían ese vapor que hacía que los míos se volvieran locos por tocarlos. Mi mano subió hasta su cabeza y empezó a jugar con su pelo, de vez en cuando lo presionaba levemente hacia mí para que no se separara.

Sus manos se movían de arriba abajo, acariciando mi espalda, me encantaba cuando bajaban y se quedaban en la curvatura, esperando a que siguieran bajando. Metió su mano por dentro de la camiseta y empezó a acariciarme suavemente la espalda. Se separó de mí y me susurró al oído:

—¿Esto quiere decir que me perdonas?

Le sonreí.

—Lo vamos viendo con el tiempo, ¿vale?

Sonrió y empezó a besarme sin parar. Nos fundimos en un abrazo.

Cuando salíamos de la pastelería nos encontramos con Dani. Se quedó mirando a Iván con mirada seria, yo no sabía dónde meterme.

—Iván, él es Dani.

Se dieron la mano.

—¡Ah, él es el compañero! Encantado. —Lo dijo con un poco de retintín.

Ví que sus manos se apretaban con fuerza, tanto que los laterales de estas se pusieron blancos de la presión a la que se sometían.

—Ese soy yo. ¿Iván has dicho? Eres el del viaje, ¿no?

Iván se puso serio, se quedó parado al reparar en que Dani sabía quién era. A continuación separó su mano para pasármela por la cintura. Me daba la sensación de que quería marcar territorio. Lo miré sorprendida, no sabía qué estaba pasando entre ellos. Se acababan de conocer. Dani dirigió toda su atención hacia mí:

—Bueno, os dejo con vuestro camino. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí, aquí a las cinco. —Nos giramos y seguimos andando—. ¡Hasta mañana! ¡Te quierooo! — Me despedí así para dejarle claro a Iván que yo no era de nadie, que tenía que respetar a mis amigos. No me hizo mucha gracia el gesto que tuvo cuando remarcó que era mi «com-pa-ñe-ro».

Iván puso cara de estar molesto por mi reacción.

—¡Y yo! —me dijo Dani a lo lejos, dándose la vuelta.

—¿Te quiero? —Iván me miraba serio.

—¿Qué?

—¿Cómo le dices «te quiero» a un compañero?

—Bueno, como se lo digo a mi hermana. ¿No estarás celoso, Iván?

—No, no. Pero es que para mí decir «te quiero» es algo muy importante.

—Él es importante para mí, aunque lo es más decir «te amo». —Quise suavizar la conversación—. El querer es diversificado, se lo puedes decir tanto a hombres como a mujeres.

—¿Tú y tu compañero habéis tenido algo? —Le asentí con la cabeza y oí cómo presionaba sus dientes, pude comprobar que no le hacía mucha gracia, pero tenía que saberlo—. ¿Y decirle «te quiero» según tú no es importante?

—Dani y yo tuvimos algunos encuentros hace muchos años, pero quedó ahí, de lo contrario habríamos seguido hasta hoy. Él es una persona importante en mi vida, ¿por qué no le puedo decir «te quiero»?

—Y a mí, ¿me amas?

—No, tú por ahora me despiertas deseo.

Se le escapó una sonrisa pícaro.

—Me tienes atrapado, Martina. —Me dio un beso en la mejilla.

Nos acercamos a casa para darme una ducha y salir a cenar. Abrí el agua mientras me quitaba la ropa. Dejé a Iván viendo la televisión, en el comedor. Me metí en la ducha, dejé caer el chorrillo por mi cabeza haciendo que todo mi cuerpo se relajara, la bajé para permitir que el agua me diera en las cervicales. En ese momento noté un calor corporal externo por mi lumbar y cerca de mí, de unos brazos que me rodeaban. Abrí los ojos y vi sus pies junto a los míos, subí la mirada y ahí estaba Iván, con esos ojos que me penetraban y sus pestañas rizadas mojadas, me enloquecían. Cogí agua con la boca y se la tiré en la cara. Cerró los ojos y se le escapó una carcajada. Respiró hondo y presionó sus labios, ver cómo lo hacía provocó que mi estómago se encogiera. Pasé mis manos por su cintura hasta dejarlas caer encima de su culo, qué piel más seductora, no podía dejar de acariciarlo. Fue diciendo que no con la cabeza y con sus manos me agarró por la nuca, me

acercó a él sin dejar que corriera el agua. Fue pasando sus labios por toda mi cara, provocando que mi piel se erizara, y los bajó poco a poco hasta el cuello. Subí la cabeza y el agua me iba cayendo sobre ella. Arqueé la espalda y eso hizo que me pegara más a él. Me empujó hacia la pared, bajó su mano hasta mi pierna y la subió lentamente. Me agarré a su espalda con fuerza para no caerme, me presionó contra la pared. Me encantaba notar cómo su abdomen iba y venía. Empecé a besarle el cuello y a lamérselo. Cruzamos nuestras miradas y en ese momento entró en mí, una y otra vez, tan intensamente que subí la otra pierna encima de él y se vino más hacia mí para empotrarme del todo contra la pared, no podía parar de besarlo. No sabía qué tenía ni cómo lo hacía, pero con pocos minutos provocaba que llegara hasta el final.

No nos quitamos la vista el uno del otro, tenía una expresión increíblemente sexi cuando le caía el agua encima, como era todo él. Bajé mi mano tocando su cuerpo con mi dedo índice hasta llegar al culo, y le di un pequeño azote. Sin esperárselo, dio un respingo y empezamos a reír.

Mientras nos vestíamos, decidimos dónde podíamos ir a cenar. Cogimos el coche y nos fuimos.

Lo llevé a un restaurante de Manresa que había sido de un amigo mío. Me gustaba mucho el lugar, era un local espacioso con paredes oscuras, en algunas había espejos y otras eran de papel pintado, tenía distintos ambientes íntimos. El mobiliario se diferenciaba de lo que podía verse en otros restaurantes, unas mesas eran redondas, otras cuadradas, otras rectangulares, y las sillas, como suele decirse, «cada una de su padre y de su madre». La luz tenue creaba un ambiente muy acogedor, y la comida sorprendía, aparte de por ser buena, por la forma de presentar los platos, que era muy original.

Llegamos al sitio e Iván estaba alucinando, no paraba de mirar por todos lados, le encantaba cómo era, sabía que le iba a gustar. Nos reservaron una mesa en un pequeño salón apartado que tenía unas cortinas de separación entre mesas, estábamos solos en la sala por el momento. Nuestra mesa era rectangular, y en una parte tenía un sofá. Nos sentamos los dos en él. Fue una cena muy entretenida y con mucha sensualidad, yo había puesto mi pierna encima de la suya y nos íbamos dando de comer uno a otro. Cada vez que mi dedo rozaba su lengua y sus labios me ponía nerviosa y mi pierna me delataba, porque hacía un pequeño movimiento. Durante la cena, Iván corrió un poco la cortina para tener más intimidad. Había puesto su mano entre mis piernas y de vez en cuando me iba rozando, sabía que eso me ponía muchísimo. Lo miraba con intensidad y su cara me hablaba por sí sola. Dejé caer mi cabeza por su hombro y le susurré:

—Iván, tienes que tranquilizarte. Aquí no vamos a hacer nada, nos puede ver cualquiera.

Cogió aire y con la cabeza me indicó que le mirara la entrepierna. Tenía una erección bastante pronunciada. Se humedeció los labios y se me escapó una carcajada. Iván se fue al baño para refrescarse, y yo aproveché para bajar mis pulsaciones... No me podía creer el dolor que había sentido por su miedo. Me pasé el dedo por el labio y me acordé de lo suave y jugosa que estaba su lengua. Me levanté y me fui en dirección a los baños, que en ese restaurante eran unisex. La puerta de estos era enorme, de hierro oxidado, y una vez dentro la estancia tenía las paredes forradas con grandes espejos y una pila suspendida de hierro negro. Había dos puertas, una estaba cerrada y la otra abierta. Llamé a la que estaba cerrada.

—¡Ocupado! —Era la voz de Iván. Sonreí.

—Lo sé. ¿Me abres?

Tardó unos segundos en abrir la puerta.

—¿Que el otro está ocupado y necesitas entrar?

Le asentí con la cabeza y en ese mismo momento lo empujé hacia dentro, cerrando la puerta a continuación. Se quedó anonadado, bajé la tapa del váter y lo senté de un empujón. Estaba paralizado, sin creérselo. Me subí un poco el vestido y me senté encima de él. Nos empezamos a

besar y noté cómo su respiración empezaba a acelerarse, me encantaba lo que le podía llegar a crear. Cada vez me besaba más apasionadamente. Me cogió a pulso y se levantó. Con una mano fue bajándose los pantalones, yo le iba quitando la camiseta, necesitaba tocar su piel. Lo agarré del pelo, jugando mis dedos con sus mechones, y en ese momento entró en mí, tan fuerte que lo cogí por el cuello, acercándome a él con fuerza. Me encantaba oler su piel, notar su respiración recorrer mi cuerpo. Me separé y nuestras miradas se fundieron intensamente.

Cuando salimos del baño había dos chicas esperando fuera para poder entrar; se quedaron perplejas, nosotros nos miramos y se nos escaparon unas pequeñas carcajadas.

Qué locura, no me hubiera imaginado nunca hacerlo en el baño de un restaurante.

En el momento en que estábamos yéndonos para el coche, miré el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de mi hermana. Le escribí: «¡Hola! ¿Me has llamado?», y enseguida volvió a llamarme:

—¡Tita, ven, por favor!

—¿Qué ocurre, Hugo? ¿Está mamá contigo?

—Sí, pero quiero que vengas, no para de llorar. —Me lo decía con la voz rota.

—Tranquilo, cariño, que la tita en nada está ahí.

Iván se puso serio, oía a mi sobrino gritar.

—¿Qué pasa, Martina?

—Mi hermana está atravesando una etapa difícil y mi sobrino lo está sufriendo. Me sabe muy mal, pero me tengo que ir con ellos.

—No, tranquila, lo primero es lo primero.

Puso su mano en mi rodilla y yo se la agarré con una sutil sonrisa.

—Si todo va bien, tarde o temprano los conocerás. Ellos son lo más importante de mi vida —le dije.

—Pero antes tendrás que decirme que me amas.

Me hizo sonreír.



## 9. Una solución al problema

Pasaba el tiempo y mi hermana cada vez lo estaba llevando peor. Mi cuñado tampoco ponía de su parte. Lucía tenía un poco de lío con los horarios y Hugo se estaba empezando a descontrolar. El pequeño no hacía caso, no quería colaborar y hacía culpable a mi hermana de ello. A mi sobrino le faltaba aceptar la situación de sus padres, pero hasta que ellos no lo hicieran él tampoco podría hacerlo.

Ayudé a mi hermana en lo que podía, me quedaba con Hugo varias tardes, lo tenía por el taller haciendo guerras de pigmentos con Dani, no sabía quién era peor. Había días que mi hermana llegaba bastante tarde, por ello me preocupaba de darle la cena y, alguna noche que otra, lo obligaba a ducharse. Lo que les cuesta a los niños ducharse..., es como si el agua los arañara. No sé cómo lo conseguía Lucía, pero yo lo tenía que ir sobornando con cosas.

Esa situación hacía que viera menos a Iván, ya que primero quería encontrar una solución al problema. A Lucía aún no le había hablado de él, ya que no era el momento, antes era necesario que se situara y luego vendría todo lo demás. Nunca la había visto así, iba siempre con prisas, ya no se sentaba para ver cómo había ido la tarde o cómo estaba Hugo, siempre corriendo y refunfuñando. Había llegado a pensar en llamar a mi cuñado para que se sentaran los dos y hablaran. Porque la situación empezaba a ser insostenible. No entendía cómo después de tanto tiempo juntos, casi la mitad de su vida, y con todo lo que habían luchado por ser padres, habían llegado a ese punto de no quererse ni ver.

Una mañana en el taller, a la hora del café matutino, estuvimos hablando Dani y yo de todo aquello. A él le recordaba cuando éramos más jóvenes y estábamos estudiando pastelería, que vivió una situación similar con sus padres. Comentaba que al estar centrado en aprender, en crear, le fue muy bien, porque era como evadirse de los problemas de casa. Eso me hizo darle vueltas y se me ocurrió una idea.

—Martina, es para ti. —Judith se asomó con el teléfono en la mano. Lo cogí.

—¿Sí? Sí, soy yo. Sí, su tía. ¿Pero está bien? Sí, llamo ahora a su madre y vamos para allá.

Colgué. Estaba asimilando la llamada, no daba crédito. Hugo se había peleado en el colegio y le había dejado el ojo morado a un compañero de clase.

Cogí el móvil y escribí a mi hermana: «Lucía, me han llamado del colegio, Hugo se ha peleado con un amigo suyo. ¿Puedes ir?». Vi el doble *check* que indicaba que lo había leído. Me respondió: «No puedo, estoy reunida. Llama a su padre». ¿Cómo que llamara a su padre? Bueno, a ver qué me decía.

—¿Adrián? Hola, soy Martina, ¿qué tal? No, no, es que me han llamado del colegio. Tranquilo, está bien, pero es que ha pegado a un niño. Sí, me han dicho que ha sido él quien le ha pegado. Vale, vas para allá. Perfecto, pues nos vemos en unos minutos.

Dani me indicó con la cabeza que me fuera y salí pitando. Cuando estaba llegando vi que mi cuñado ya estaba allí, andaba de un lado para otro en la puerta del colegio.

Nunca había visto así a Adrián, siempre había sido un hombre tranquilo, muy protector. Era el que en las situaciones más extremas lo llevaba mejor. Para mí, desde que entró en mi vida, había sido un padre con el cual podíamos hablar de cualquier cosa, menos de chicos; eso lo llevaba fatal. Adrián era un hombre de metro ochenta y cinco, corpulento, de pelo rubio y corto (al estilo militar, como decía mi hermana) y de mirada siempre severa, y el hecho de verlo tan intranquilo, roto por dentro, y con la vista ida me dolía muchísimo. La separación le estaba afectando y esto tenía que solucionarse ya.

A medida que me iba acercando a él, lo llamé:

—Adrián. —Se giró y me saludó con la cabeza. Le sonreí.

—Martina, todo esto es culpa de tu hermana y mía. Él nunca ha sido así —me dijo. Yo le toqué el brazo.

—Tranquilo, vamos a entrar a ver qué ha ocurrido.

Adrián asintió con la cabeza e iba andando cabizbajo. Entramos en el colegio y nos dirigimos hacia el despacho de la directora. Cuando estábamos enfrente de la puerta, me giré y vi muy nervioso a mi cuñado, sabía que le estaba superando la situación. Lo agarré de la mano con un pequeño apretón y cruzamos nuestras miradas.

—Lo vamos a superar, verás.

Cogimos aire los dos a la vez, y cuando fui a llamar a la puerta, se abrió de repente. Era la directora, qué susto nos dio, no nos lo esperábamos. Fue abriendo la puerta lentamente y vimos a Hugo allí sentado, con cara de asustado. Tenía sus manitas entre las piernas. Qué cara de arrepentimiento mostraba, no era capaz de levantar la vista hacia su padre.

—Hugo, ¿qué has hecho, hijo? —Mi cuñado se abalanzó hacia mi sobrino.

—Señor, vamos a tranquilizarnos. —Esa voz me era familiar, subí la mirada y allí estaba él. Era Iván. Me quedé parada, estaba allí, serio, clavándome sus ojos como si fueran cuchillos, y vi cómo se iban hacia mi mano. Le seguí la mirada y me di cuenta de que mi mano estaba cogida a la de mi cuñado, se la solté—. Si se pueden sentar, les explicaremos qué ha pasado con su hijo.

Me senté en una silla que estaba al lado de Hugo y cerca de Iván. Al otro lado de mi sobrino se sentó mi cuñado. Nos explicaron lo sucedido en la hora del recreo y cómo reaccionó el colegio. Mi cuñado no se podía creer lo ocurrido, empezó a ponerse alterado.

—Espere, señor Martínez, Hugo quiere decir algo. —La directora quería calmar a mi cuñado.

—Papá, yo quiero que estés con mamá. Quiero estar como antes, los niños se ríen de mí.

Helada por la sinceridad de Hugo, no podía quitar la vista de mi cuñado; tenía la cara descompuesta, se le rompió el corazón.

—Cariño, tu madre y yo estamos pasando un momento bastante duro en nuestras vidas. Intentamos que te afecte lo mínimo posible, cariño mío. Tendremos que sentarnos para que esto no vaya más allá. Te lo prometo, hijo.

Hicieron que Hugo nos esperara fuera para así poder hablar del tema y de cómo actuar. Nos recomendaron que fuera a un psicólogo con la idea de que así exteriorizara sus sentimientos.

Cuando acabó la reunión nos despidió la directora e Iván nos acompañó hasta la puerta. Aproveché que Adrián se adelantó para hablar con Hugo y me acerqué a Iván.

Estaba rígido, rocé mi mano con la suya y me la apartó.

—Iván, no pensarás que Adrián y yo...

—Adrián y tú, ¿qué?

—Qué de qué, él es mi cuñado, Hugo es mi sobrino. Adrián es el marido de mi hermana, se

están separando.

—Lo siento, Martina. Os he visto cogidos de la mano y me ha entrado un cabreo...

—Es increíble, no puedes pensar así de cualquier hombre al que toque o bese. Tienes que dejar de ser tan desconfiado.

—No me gusta ser así, me tengo que controlar. Es algo que me supera.

—Hay que solucionarlo, y lo haremos entre los dos. —Le cogí la cara y le planté un beso. Se quedó con los ojos bien abiertos—. ¿Qué pasa? ¿En el trabajo no puedes?

—Mejor que no. —Se le escapó una sonrisa.

—A ver si ahora me voy a poner celosa yo. —Le rocé con mi dedo el abdomen de arriba abajo y me despedí lanzándole un beso con la mano—. Nos vemos, bombón —le decía mientras me alejaba.

Aceleré para llegar donde estaban Hugo y Adrián. Oía cómo Adrián le explicaba la situación de él con mi hermana, que necesitaban un tiempo, pero que con lo de aquel día se iba a sentar con ella para poder cerrar asuntos y que todo pudiera ir a mejor.

—Bueno, Hugo, hoy te quedas con la tita. ¿Quieres? —Mi sobrino me miraba mientras me cogía de la mano y me asentía con la cabeza.

—Pues Dani y yo te tenemos preparada una cosa en el taller que creo que te gustará mucho —le anuncié.

—Martina —Adrián tenía la mirada fija en mí—, gracias por lo que estás haciendo por nosotros. Intentamos escapar haciendo muchas horas en el trabajo y lo estamos dejando a él de lado. Tenemos que buscar una solución al problema.

—Tranquilo, sois mi familia, es lo menos que podría hacer. Aparte Hugo es mi chico bonito.

—Por cierto, ¿ese chico quién es? —le preguntó a Hugo mirándome de reojo.

—Es mi tutor, papá. Se llama Iván —le respondió el niño.

—Tú lo conocías de algo, ¿verdad? —Ya estaba actuando como padre protector—. La cara que ha puesto al ver cómo estábamos cogidos de la mano... Creí que saltaba de la silla para pegarme.

Se me escapó una carcajada.

—Adrián, que ya soy mayorcita. Sí. Nos estamos conociendo.

—¿Tu hermana lo sabe? Si necesitas algo, ya sabes que puedes llamarme, ¿eh?

—No, aún no sabe ni que existe. —Se paró y se quedó serio—. No le he dicho nada porque no atiende, no tiene tiempo ni para ella. Va como las locas, le está superando la situación. Si no frena no sé cómo acabará esto.

—Lo sé, tengo parte de culpa desde que decidimos dividir nuestras vidas y me fui. No he querido saber nada de ella, no le he cogido nunca el teléfono. Porque me cuesta pensar que puede hacer vida con otra persona que no sea yo.

Lo miré y le sonreí como pude. Me sabía muy mal verlo así.

Adrián nos acompañó hasta el coche. Una vez ahí, le comenté a Hugo:

—Bueno, ya hemos llegado. Despidete de papá, que nos vamos a ver tu sorpresa.

Hugo se colgó del cuello de Adrián, se despedían como si se tratara de la última vez que se fueran a ver. Nos dirigimos a la pastelería, yo esperaba que Dani tuviera todo lo que le había pedido por mensaje.

Nada más llegar, Hugo se fue directo al taller. Allí Dani había preparado un gorro y un delantal para él. Cuando yo entré ya lo tenía todo puesto, me estaba esperando con una gran sonrisa.

—Hugo, hemos pensado que, como pasas muchas horas aquí en el taller, te vamos a enseñar la esencia de la pastelería y su magia.

Pasados unos días, Adrián y Lucía se sentaron para hablar. Hicieron un *planning* para no descuidar a Hugo y para poderle prestar más atención. Los tres fueron a un psicólogo a fin de tratarse como familia, y todas las tardes Hugo pasaba una hora en el taller para aprender nuestro oficio. Se le iba notando el cambio, estaba más feliz. Esas tardes que venía, Judith grababa lo que hacíamos con Hugo, demostrando sus resultados finales. Fue colgando los vídeos en las redes sociales de nuestra pastelería y cada vez teníamos más seguidores que nos iban pidiendo nuevos vídeos y *post* de las recetas. También había interesados en hacer cursos como actividad extraescolar. Lo mejor de todo aquello fue lo que había conseguido Hugo; con tan poco mi sobrino supo enfocar su tensión en crear e innovar con los pasteles. Y a nosotros nos dio un giro la pastelería: venía gente a pedir precio para hacer talleres o para vernos y conocernos. Me parecía increíble cómo las redes sociales podían mover tanto.

Judith se puso manos a la obra y los meses más bajos de faena organizó tardes de talleres infantiles en los que Dani o yo impartíamos minicursos. Enseñar a los pequeños resultaba muy divertido, eran muy espontáneos y no tenían filtros. Nos reíamos mucho y sobre todo aprendíamos de ellos. Hugo era nuestro soporte, si alguno no sabía cómo hacerlo, iba él a ayudar. A veces aprenden antes entre ellos que con un adulto.



## 10. ¿Me vas a contar qué te pasó?

Era viernes por la tarde y ya estaba hecha polvo del trote de toda la semana. No sé cómo lo haría una madre, pero a mí ser tía y autónoma me dejaba muerta. Con la situación ya más estabilizada, quería quedar con Iván para vernos más, pues solo nos habíamos visto puntualmente en visitas a casas ajenas y él no había dejado de acecharme en los baños de otros. Habían dado las ocho de la tarde y estaba cerrando la pastelería. Al salir me lo encontré esperándome, apoyado en el muro de enfrente. Iba muy guapo, como siempre, con su pelo medio despeinado, barbita de tres días y esa sonrisa, mmmm, que me tenía loquita, era tan perfecta...

—¿Qué haces aquí?

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña tendrá que ir a Mahoma. ¿No?

Me lo decía humedeciéndose el labio. Fui acercándome a él mientras mi cuerpo se revolucionaba por momentos; es que no se podía estar tan bueno, ni con ropa hacía que mi corazón frenara. Me apoyé encima de él, rozando mi cuerpo con el suyo, pasó sus manos por mi espalda y lo besé intensamente, jugando con mi lengua por sus labios. Tenía tantas ganas de probarlos, de oler su piel y de tocar su cuerpo que no me podía controlar, hacía casi mes y medio que no nos besábamos en condiciones ni estábamos tan cerca el uno del otro como se debía, ya que el tema de mi hermana me estaba absorbiendo.

—Para, Martina, que me estás poniendo mucho. —Acerqué mi muslo a su entrepierna y noté su fuerte erección, lo cual hizo que mi estómago se encogiera y que mi respiración se acelerara con la suya. Coloqué mi dedo en su labio para que se controlara—. Qué mala eres.

Pasé mis manos por su cuello rozándole la cara, le sonreí. Me aproximé a su oído para decirle:

—Verás lo mala que puedo llegar a ser. —Subí mi pierna un poco más y lo rocé suavemente.

Bajó sus manos hasta mi culo y lo presionó. Negó con la cabeza y dejó escapar aire por su boca. Con el mando toqué el botón y abrí la persiana de la pastelería, no podía aguantar hasta llegar a casa; lo cogí de la camiseta y lo llevé hacia dentro. Cerré la puerta y empezamos a besarnos como locos, nuestras manos se movían sin sentido desde arriba hacia abajo. Me empotró en la pared que separaba la tienda del taller, me subió los brazos y me agarró por las muñecas. Respiré soltando el aire por la boca y nos paramos para mirarnos. Notaba su deseo de tocarme, de jugar con mi cuerpo. Empezó a besarme por el cuello sin parar, yo no podía mover los brazos y eso me ponía muchísimo, deseaba arrancarle la ropa y hacerlo allí mismo. Me fue quitando la camiseta mientras nos metíamos en el taller, yo a la vez iba levantando la suya y comencé a besarle los pectorales. Fui subiendo por el cuello y le pasé la lengua hasta llegar a la oreja, diciéndole muy despacio:

—Tengo ganas de ti.

Tenía sus ojos clavados en los míos, tragó saliva y apretó la mandíbula. Sin esperármelo me sentó encima de la mesa de trabajo, que estaba llena de materiales como harina, *fondant* y varias cosas más (las dejábamos listas para los pedidos del día siguiente). Le terminé de quitar la camiseta de un tirón y la arrojé al suelo. Mientras nos besábamos apasionadamente Iván no paraba

de jugar con mi pelo, enredaba sus dedos con él y de vez en cuando me lo estiraba, me volvía loca y hacía que arqueara mi espalda. Aprovechó para bajar la mano mirando mis pechos y acarició mi lencería. Retiró lentamente un tirante, dejando al descubierto un pecho que rozó con suavidad, y a continuación empezó a besar mi pezón. Con la mano que le quedaba libre fue bajando el otro tirante y comenzó a tocarme el otro pecho, dándole lametones. Me tumbé despacio, con la mala suerte de que le di un golpe a la harina, la cual cayó encima de nosotros y nos quedamos los dos completamente blancos. Sorprendidos por ese humo que nos rodeaba, empezamos a reírnos. Al ver su cuerpo lleno de harina me entraron ganas de amasarlo.

Le di un empujón y lo llevé hacia las estanterías de metal donde estaban todos los productos para elaborar los pasteles. Mientras seguíamos besándonos, empecé a desabrocharle el pantalón y se lo fui quitando. Volvió a coger las riendas y me llevó otra vez a la mesa, donde me bajó los pantalones a la vez que dejaba escapar su aliento por mis piernas. Cogió mis braguitas y me las fue quitando. Me puso un dedo dentro de la boca y con la lengua se lo humedecí, arrastró ese dedo por la ingle hasta llegar a mi vagina y empezó a rozar mi clítoris. Me estremecí, me estaba poniendo a mil. Vio cómo me excitaba ese juego y lo acompañó con besos desde el pubis hasta llegar a mi cuello, cuando subía notaba un leve soplido que me erizaba la piel de todo el cuerpo, sin dejar de jugar conmigo. Cuando lo tuve delante de mí, a cinco centímetros escasos de mi cara, le mordí suavemente el labio y fui dejando caer mi mano hasta llegar a su culo. Lo tenía tenso y a la vez suave, su respiración tan prolongada me revolucionaba y que estuviera encima hacía que un leve cosquilleo recorriera todo mi cuerpo sin rumbo fijo. Lo agarré con mis piernas, se inclinó un poco más hacia mí y me penetró suavemente. Pasó sus manos por mi espalda y me fue incorporando poco a poco, apreté un poco más las piernas y el roce se hizo más intenso. Ver su cara de placer era espectacular, y su cuerpo musculoso, lleno de harina, hizo que mis manos lo fueran acariciando aún más de lo normal, lo amasaba como si fuera pan. Tenía todo lo adecuado para que cada vez fuera diferente y mejor, era increíble, me dejaba derrotada.

Apoyamos la cabeza del uno en la del otro, le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Acariciándole la barbilla le dije:

—Eres perfecto, Iván.

—Sí, claro. —Me lo decía como si le estuviera regalando el oído.

Me senté y confirmé:

—Yo no sé qué ves cuando te miras al espejo, pero entre lo bueno que estás, tu forma de ser y lo bien que lo haces..., mmmmm, atrapada me tienes.

—Yo sí que estoy atrapado por tu deseo. Con solo notar tu lengua por mi cuello consigues que llegue al éxtasis, sin necesidad de hacer nada más.

Eso provocó que se me dibujara una sonrisa mientras le quitaba un poco la harina de la cara.

Me encantaban esos momentos de intimidad después de hacerlo con él. Hacía muchísimo tiempo que no vivía uno así. Ese ratito de los dos fue roto por una voz que venía desde la tienda:

—¿Martina, estás aquí?

Bajé de la mesa dando un bote; era Dani, que había entrado en la pastelería.

—Sí, Dani, pero mejor no entres. —Me estaba poniendo el sujetador a la vez que le lanzaba a Iván su camiseta.

—Demasiado tarde. —Estaba plantado en la puerta—. Bueno, dejo que os acabéis de vestir, me voy.

—Dani, espera. —Salí disparada hacia él—. Es que Iván y yo estábamos...

—No hace falta que me digas nada, sé qué estabais haciendo, no soy idiota. —Me miraba de arriba abajo—. He visto la pastelería medio abierta y he pasado para comprobar si estaba todo

controlado. Y, visto lo visto, está todo controlado.

Le asentí con la cabeza, Iván se asomó y me acercó la camiseta. Bajé la mirada hacia mis pechos; con los nervios había salido en sujetador. Me la puse rápidamente.

—Y ya podéis ordenar y limpiar todo esto, porque como mañana Judith se encuentre semejante panorama verás qué risa nos va a dar a todos. —Me lo decía mientras se alejaba y salía de la tienda.

Volví al taller y nos partimos de la risa; a continuación lo recogimos todo, dejándolo como estaba. Nos fuimos a cenar a un bar de tapas y la noche fue pasando hasta acabar en su casa. Para vivir solo estaba bastante ordenada, era un bajo con terraza y con piscina comunitaria. La cocina, abierta, compartía espacio con el comedor, la verdad es que tenía buen gusto el chico. La decoración era de un estilo muy industrial, vi un sofá de piel marrón tipo *vintage* y encima de este varios marcos donde aparecía él fotografiado, en blanco y negro. En una estaba apoyado en el capó de su coche, en otra sin camiseta, en otra solo con *slip* y en una ducha, mojado. Me quedé embobada mirando sus fotografías mientras él cogía vino frío de la nevera. No sabía en cuál de ellas estaba más bueno. Noté que se acercaba a mí, apartó mi pelo hacia un lado y me sopló, lo cual me hizo sentir un escalofrío. Lo miré de reojo y pasó sus manos para ofrecerme una copa. La acepté a la vez que con la otra mano cogía su barbita y lo acercaba a mí para darle un beso. Bebimos un trago sin dejarnos de mirar, agarró mi copa y dejó las dos encima de la mesa del comedor, que era de madera natural con patas de hierro. Se volteó hacia mí quitándose la ropa.

—Iván, sé que llevamos tiempo sin tener encuentros, pero no lo podemos dar todo la misma noche.

Se acercó diciéndome que no con la cabeza.

—Pero no me puedes dejar así, princesa.

—Sí, sí que puedo.

Me senté en su sofá y dándole palmadas le indiqué que se sentara a mi lado. Pusimos una película y, aunque tuviera momentos de intentar algo más, logró contenerse. Podía haberle seguido el ritmo, pero también quería tener esos momentos de tranquilidad que se pasan con la persona a la que quieres, regalando un poco de tiempo mutuo para estar abrazados, disfrutando de la compañía del otro. Nunca lo había hecho y quería saber lo que se sentía.

Estábamos los dos tumbados en el sofá, en ropa interior, ya que hacía muchísimo calor. Iván pasó su mano por encima de mi hombro mientras con su dedo me iba haciendo caricias por el brazo. Fue subiéndolo hasta llegar a mi cara y empezó a acariciármela; estar con él me relajaba totalmente, me hacía sentir bien. Me giré para verle la cara.

—¿Qué fue lo que te sucedió con tu anterior relación? —Bajó la mano rápidamente, y con ella su mirada hacia el suelo. Lo cogí del brazo para detenerlo—. Tranquilo, no hace falta que me cuentes nada.

Le besé la mejilla, estaba intentando suavizar la situación, suspiró profundamente y noté cómo su estómago se encogía emitiendo un pequeño ruido y su cuerpo dejaba de respirar. Me encogí y lo apreté con mi mano, quería frenar lo que había ocasionado, creo que había abierto la puerta de su pasado. Soltó bruscamente el aire que su estómago había retenido y me condujo al lado del sofá, sentándose bien. Estaba intrigada; por una parte, me sabía mal haberle hecho recordar, pero, por otra parte, tenía curiosidad por saber lo que había ocurrido.

—Hará cosa de dos años, empecé como profesor de Educación Física en otro colegio. Fui aceptado por todo el personal y las cosas iban muy bien. Vino una chica a cubrir la baja maternal de una compañera. Era una persona alegre, tenía mucha energía, siempre estaba sonriendo y me prestaba mucha atención. Cuando nos cruzábamos por los pasillos o por la sala de profesores,

trataba de estar cerca de mí, intentaba rozar su mano con la mía. Hasta que un día después del trabajo me propuso quedar e ir a tomar algo, empezamos a tontear y ahí empezó a nacer algo entre nosotros.

»Pasó el tiempo y la relación iba genial, cada vez nos veíamos más a menudo. Incluso le llegué a presentar a mis padres, mi madre estaba enamorada de ella. Lo tenía todo. —Paró un momento para beber un poco de vino. Yo no sabía por dónde iba a salir, esa chica era perfecta, ¿qué podía haberle hecho?—. Pero ella era muy reservada, lo respeté. Me di cuenta cuando mi madre le preguntó por su familia, cambió de tema como si nada; entendimos que no le apetecía hablar de ello, como si estuviera distanciada de ella. Buscamos piso para empezar a vivir juntos, y cuando llegó Semana Santa, pues en vez de irnos de viaje, o pasarla juntos, me comentó que se tenía que ir a hacer un curso fuera para mejorar su experiencia, y lo vi normal.

»Una tarde que nos habíamos quedado dormidos en el sofá, me levanté por el calor que hacía dentro de casa y me fui a dar una ducha. Al salir sonó su teléfono, la quise despertar, pero estaba en un sueño profundo. En la pantalla ponía «desconocido» y lo cogí; la voz era de hombre, me preguntó si estaba ella y le dije que estaba dormida. Cuando le fui a preguntar quién era, colgó.

—¿Se lo dijiste a ella? —Estaba intrigada y me empecé a morder las uñas, era mi tic nervioso, acompañado de mi pierna, que no paraba de moverse. Puso su pierna encima de la mía y suavemente me apartó la mano de la boca. Y continuó:

—No le dije nada a ella, me dejó rayado, porque daba la sensación de que, al haber cogido yo el teléfono, era como si le hubiera contestado algo a aquel chico. Devolví la llamada, pero no sonaba. Borré su llamada e hice como si nada. Pasaron los días y le quise preguntar por su familia, y como vio que ya estaba un poco molesto con ese tema, me explicó que su padre estaba enfermo y su madre lo cuidaba.

—¿Pero aguantaste sin preguntar quién era el chico de la llamada? —Me abalancé hacia él y me indicó que esperara con la mano.

—Mi actitud fue cambiando por días, cada vez era más celoso; si ella reía con algún compañero de trabajo yo pensaba que se había ido con él, me fui volviendo más arisco, hasta que un día me preguntó qué me pasaba. Ahí exploté y le conté lo de la llamada. Me miró con compasión y, acariciándome la cara, me preguntó por qué no se lo había dicho, que era su ex, que la estaba acosando un poco, pero que ella tenía el tema controlado. Entonces entendí lo del número desconocido y la actitud de aquel chico. Empecé a recuperar mi confianza en ella, hacía lo que quería conmigo... Imagínate que llegué a dejar a mis amigos de lado porque ella no se sentía cómoda con ellos. Con Roberto se llevaba fatal, ya que los dos tenían el mismo carácter y querían sobresalir en el mismo momento, era como ver una lucha de titanes. Cuando quedaba con ellos, que eran muy pocas veces, sabían todo lo que me había pasado, porque me veían raro. Me recomendaron que la espicara, ya que ellos tampoco la veían trigo limpio. Pensaban que había algo de ella que hacía desconfiar y sabían que no estaba bien hacerlo, pero me decían que tampoco tenía que estar comiéndome la cabeza como lo estaba haciendo; que eso no era vivir.

—Yo también habría dudado, aunque es verdad que no hubiera dejado pasar el tiempo. Te habría despertado para saber quién era el de la llamada.

—Ya, fue mi instinto, actué así. Era como si me diese miedo perderla en caso de descubrir la verdad. Pero la cosa no acabó ahí, llegó el verano y me comentó que su padre había empeorado y que tenía que estar con su madre. Me parecía lógico y le comenté que la iba a acompañar, a lo cual se negó. Su excusa fue que no quería que mi único recuerdo de su padre fuera estando en cama. Empecé mis vacaciones sin ella y me encontraba un poco solo. Una mañana Christian me llamó, ya que hacía dos meses que no sabían de mí, quedamos para tomar unas cervezas. No

recordaba que era tan divertido quedar con los chicos, pero como ella no estaba cómoda y yo lo único que quería era su felicidad, decidí dejarlos de ver. Roberto me preguntó por ella, les expliqué la situación de su padre y por qué no quiso que la acompañara. Se creó un silencio. Me quedé observándolos y vi que me evitaban; cuando Christian me tocó la pierna lo miré, nunca lo había visto con esa cara, era como si le costara decirme algo. Y me preguntó: «¿Tú te lo crees?».

—¿Eso te preguntó?

Se me cortó el aire; sabía que fue muy duro para Christian, no es fácil abrirle los ojos a una persona a la que le tienes aprecio.

—Sí, y me dio que pensar. Reflexioné y me pregunté por qué él pensaba eso de ella, si estaba viendo algo desde fuera que yo no llegaba a ver. Me quedé callado y cogí el móvil para llamarla, pero Sergio me dijo: «Espera, que tengo un cliente al que tatué que es informático. Se me ha ocurrido una idea». Al final consiguió hablar con su cliente, le preguntó varias cosas y me dijo que le dejara el móvil. Sin saber por qué se lo dejé. De repente, lo giró y vimos fotos de ella (de una red social personal que yo no tenía y que el cliente de Sergio descubrió) que incluían también su ubicación en ese momento. Salía sola con una sonrisa de oreja a oreja. Le hice un gesto con las manos preguntando qué quería decirme con aquello. Me respondió: «Ha publicado esta foto hará dos minutos, si te fijas aparece la ubicación. Mira bien toda la imagen, no te centres en ella». Se podía leer el nombre de la calle y el número de la vivienda frente a la cual se encontraba. Su post la delató; ponía: «No hay mejor lugar que estar en mi dulce hogar». Me eché hacia atrás sorprendido. Estaba hecho un lío; por una parte, quería saber dónde estaba, pero, por otra, no quería desconfiar de ella, ¿o sí? Me pudo la curiosidad, cogí el coche y me fui hacia donde estaba ella, tenía dos horas de camino. Me acompañó Christian, y suerte que lo hizo. —Cogió aire y yo con él, qué intriga—. Llegamos hasta la calle que vimos en la fotografía, y aparqué a dos casas de la ubicación exacta. Era una urbanización llena de viviendas adosadas y chalets, no había nadie en la calle. Esperamos una hora y, cuando encendí el coche para irnos, salió ella de una casa con dos perros, dos niños y un chico. Christian y yo nos quedamos parados; pensé que sería su hermano, pero el chico me confirmó lo contrario: la cogió por la cintura, ella lo miró y le dio un beso.

—Noooo, pero cómo fue tan cerda. —Frené, vi cómo se le caía una lágrima y le recorría la cara. Se la limpié y le di un beso en la mejilla. Giró su cara hacia la puerta de la terraza y suspiró.

—En ese momento mi corazón se rompió a trocitos muy pequeños, como cuando cae un vaso de cristal y estalla. Agarré el volante tan fuerte que pensaba que lo iba arrancar y salí disparado, no quería que me viera, pero cuando pasé por su lado toqué el claxon, y al girarse vio que era yo. Se quedó paralizada, como si hubiera visto un fantasma, y seguí hacia delante. Miré por el retrovisor y vi que él le preguntaba quién era yo, ella hizo un gesto negando con la cabeza. Pasados unos kilómetros paré en el arcén y empecé a llorar como un niño, de dolor. Tenía una presión en el pecho que hacía que me costara respirar. Tuvo la cara de, pasadas dos horas, llamarme varias veces, pero no le cogí el teléfono, no podía. Llamó hasta a mi madre y le dijo que no me quería hacer daño, que estaba enamorada de mí, pero no podía dejar a su familia.

—¿Y qué quería, estar con los dos? —dije molesta.

—No he podido estar con nadie más después de ella, me ha provocado mucha inseguridad. Cerdeña fue una promesa, mis amigos me llevaron allí para que volviera a ser yo. Fue un viaje que nos prometimos hacer juntos para recordar nuestra amistad y que nadie consiguiera separarnos. Me han ayudado mucho los chicos. Pero el tema de las chicas es algo que no controlo. Me asusta que me vuelva a ocurrir.

—¿No has estado con nadie desde que te ocurrió?

—A ver, Martina, que me rompió el corazón, pero uno tiene unas necesidades, ¿sabes? He

tenido noches de escape, sin que la persona se quedara a dormir—. Se le dibujó una sonrisa pícara y le puse la mirada en blanco.

—Qué tonto, ya me imagino tus noches de escape. Me refería a intentar tener algo serio con alguien.

—No, no he querido. Pero la mañana que te conocí, cuando salía del agua, te vi. En teoría tenía que haber ido hacia el apartamento, aunque no pude. Estabas allí sentada y desprendías una luz que me creó curiosidad. Quería conocerte, arriesgándome al no saber si ibas acompañada. Cuando se te cayó el café, fue mi oportunidad de tener el primer contacto contigo, a distancias cortas eras más bonita. Fuiste muy graciosa.

—Sí, soy muy graciosa yo. —Le sonreí apretando los labios.

—Martina, me hiciste sentir algo que no había sentido antes por nadie. Cuando recogí el vaso del suelo y te tuve cerca, mi cuerpo empezó a desearte, quería tocarte, besarte, oler tu piel, pero me tenía que controlar. La noche que lo hicimos en la playa noté una conexión contigo desconocida, era como si lo hubiéramos hecho siempre, teníamos una compenetración increíble. En ese instante creció la necesidad dentro de mí. El día que hablabas con el chico del barco se me revolvió todo. Era como volver a... —Le toqué la mano.

—Iván, yo no soy esa chica, yo... —Me besó.

—Lo sé, lo supe el día que te dejé escapar. Vi tus ojos, la forma en que me mirabas. Me vi reflejado en ellos.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer? —Me tiré encima de él. Pasó sus manos por mi cintura y se humedeció los labios.

—Pues contigo he hecho cosas inimaginables, desde tener sexo en una playa hasta quererte devorar en medio de una escalera. Tu respiración, mirar tus labios, acariciar tu piel tan lisa y blanquita me revoluciona, haces que mis sentidos se vuelvan locos. No tengo control sobre mi cuerpo, mi mente se anula cuando te tengo cerca.

Me sonrojé y se me escapó una leve sonrisa.

—Y con los celos, ¿qué hacemos?

—No me mires así, que... —Empezó a meterme la mano por las braguitas—. Los celos habrá que controlarlos, y me tendrás que ayudar a hacerlo.

Me revoloteó hacia su sitio, me quitó las braguitas y me subió encima de él mientras terminaba de tumbarse, para estar más cómodos. Nos empezamos a besar y mis manos fueron bajando hasta su *slip*. Sin quitarle la vista de encima, metí una de ellas lentamente en la prenda. Noté cómo su cuerpo se movía y su respiración se aceleraba más rápidamente. Echó la cabeza hacia atrás dejando su cuello sobre el reposabrazos, subí un poco y le lamí todo el pectoral hasta llegar a su lóbulo, mordiéndole muy suavemente. Dejó escapar una bocanada de aire. Me acerqué a su oído y le susurré:

—Ya tienes la A de «amar».

Se giró sorprendido, no se lo esperaba. Su mirada penetró en la mía y me abrazó tan fuerte que notaba cómo su corazón le daba toques al mío para que ambos se sincronizaran. Mientras tanto, sus manos iban sin rumbo alguno por todo mi cuerpo, subiendo y bajando; acabamos desnudos y haciéndolo en ese sofá, sin caernos.



## 11. Quieren que escriba un libro

Estábamos tapeando todos en una terraza, con música en vivo. Un chico tocaba la guitarra acompañando a una cantante que tenía una voz preciosa. Estábamos escuchándolos en el momento en que sonó el teléfono. Al mirar, vi que era Judith; me sorprendió un poco, pero cuando lo fui a coger ya había colgado. Le escribí un mensaje preguntándole si todo iba bien. Me volvió a llamar y me levanté, separándome un poco del grupo. Iván me miró y le indiqué con la mano que esperara.

—Judith, ¿qué pasa? Sí, sí, me acuerdo. ¿¡No me digas!?! —La gente que estaba sentada en la terraza, con mis amigos incluidos, se giró hacia mi posición, ya que grité de la alegría y empecé a dar saltos—. No me lo puedo creer, ¿y cuándo? Vale, vale. Pues el lunes lo hablamos todo. ¡Qué bien! Esto es un gran paso para Martina's Cake.

Colgué eufórica y me dirigí a la mesa, estaban todos expectantes, con cara de intriga. Me senté y, antes de que mi culo tocara la silla, Esther preguntó:

—¿Qué, lo vas a soltar o no?

—Síííí, que han contactado con Martina's Cake para que escribamos un libro sobre repostería infantil. Vieron los vídeos de mi sobrino Hugo, les encantó la idea, también han visto el número de seguidores que tenemos y quieren apostar por nosotros.

—¡Ostras, qué bien, Martina! —dijo Roberto con euforia.

Las chicas se tiraron encima de mí para abrazarme, no me lo creía. Vivía en una nube.

Brindamos por la gran noticia con cervezas y vinos tintos. Iván dejó caer su mano en mi rodilla y se acercó para susurrarme al oído:

—Esto hay que celebrarlo. —Nos sonreímos y tocó con su dedo mi mejilla, y lo fue bajando hasta llegar al cuello de mi camiseta. Lo metió un poco para separar la camiseta de mi piel, asomándose por si podía ver algo. Le aparté la mano rápidamente con un manotazo, para evitar que alguien nos pudiera ver—. Uy, a ver si ahora te va a dar vergüenza, a estas alturas.

—Ya te daré yo vergüenza...

Seguimos la velada todos juntos en casa de Gloria y Christian, era nuestro centro de reuniones. Allí corrieron muchos *gin-tonics* por la mesa. Salí al jardín para que me diera un poco el aire, ya que mi cabeza empezaba a dar vueltas. Miré el cielo, se podía ver lleno de estrellas.

—Qué cielo más estrellado, mañana hará sol.

Era Iván, me lo decía mientras me abrazaba por detrás y me daba un beso en el hombro. Sin dejar de mirar al cielo le pregunté:

—¿Tú crees que ellos tendrán algo que ver con lo del libro?

—¿Quiénes, tus padres? —Me giró hacia él, le asentí con la cabeza—. Yo creo que es mérito tuyo, eres una persona que no se rinde, y tu forma de trabajar es espectacular. Pero ellos seguro que lo están viendo.

—Estoy muy agradecida de que valoren mi trabajo y confíen en mí, no todos los días lo hacen. Ojalá estuvieran ellos aquí... Verás qué contenta se va a poner mi hermana cuando se lo cuente.

Le pasé las manos por detrás de la nuca.

—¿Nos vamos a casa?

Se lo preguntaba mientras rozaba mi nariz con la suya. Bajó sus manos hacia mi culo, abrí los ojos y vi sus labios esponjosos, cómo se cerraban y abrían poco a poco. Fui acercando mi boca y empezamos a besarnos de forma muy lenta, pero a la vez muy intensa. Una de sus manos fue subiendo a mi cintura y la otra fue bajando hasta llegar al final de mi falda, pasó la mano por dentro y empezó a acariciar mi pierna y parte de mi glúteo. Mi respiración comenzó a acelerarse y el corazón a subir de pulsaciones por segundos. Una de mis manos se quedó jugando con su pelo, la otra bajó y la metí por debajo de su camiseta, acariciándole el abdomen; solo tocarlo hacía que quisiera desnudarlo. La temperatura empezaba a subir por momentos..., de sopetón noté un empujón y nos caímos a la piscina. Salimos a la superficie y nos miramos uno a otro sorprendidos, sin saber qué había ocurrido. Una voz vino de arriba:

—¿Os habéis enfriado algo?

—¡La madre que te parió, Esther! —le grité, secándome los ojos.

—Un poco más y me uno a vosotros. Dios, qué calientes estáis, no me extraña que andéis todo el día dale que te pego. Que hay más gente en esta casa, chicos.

Miré a Iván y él empezó a reír a carcajada limpia; qué vergüenza, quería que la tierra me tragara. Me abstraía tanto cuando me besaba y lo hacía tan intensamente que me olvidaba de que había gente a mi alrededor. Quise salir de la piscina, pero Iván me cogió y me acercó a él.

—Ven aquí, preciosa. —Estaba tan pegada a él que lo agarré con mis piernas, notando que su temperatura era aún muy alta—. Estás tan bonita mojada... Me excita ver cómo tu ropa deja ver tu lencería. ¡Buf! —Puso los ojos en blanco y continuó—: Te lo haría aquí mismo.

—Iván, vamos a calmarnos, que Esther es capaz de unirse.

—Mmmmm. Un trío. —Lo dijo gimiendo.

—¡Iván! —Lo miré con los ojos bien abiertos mientras me escapaba de sus brazos y le salpicaba con agua la cara.

—Tienes suerte porque te vas a librar por ahora, pero de hoy no te escapas —susurró Iván.

Venía braceando hacia mí con la cara medio sumergida y solo dejaba al descubierto sus ojos, tenía una mirada delatora. Sacó un poco la cabeza, aprovechó para coger agua y la soltó por la boca.

Salimos de la piscina, ya que refrescaba. Gloria nos tenía las toallas preparadas. Nos dejaron ropa para podernos cambiar y, como era tarde, nos fuimos cada uno a nuestra casa.

Transcurridas unas horas, abrí los ojos como pude, me molestaba la claridad que entraba por la ventana de mi habitación. Estaba muy cansada, ya que tuvimos una noche muy movida. Miré el móvil, pues no sabía situar qué día y hora eran. Seguíamos en domingo y me había levantado tarde: era la una del mediodía. Odiaba despertarme tan tarde, desaprovechaba el día, pero con el alcohol que ingerimos la noche anterior era imposible poder madrugar. Estiré el brazo para tocar a Iván y comprobé que no estaba en la cama; me extrañó, el día anterior tuvo una marcha que no me dejó ni un segundo. Disfrutaba de esos momentos de pasión con él, de su fogosidad, de la forma en que me miraba y de cómo me tocaba. Cuando jugaba con todo mi cuerpo sabía que me aceleraba, era recordarlo y mi estómago se encogía, para dejar espacio al corazón y que este pudiera bombear a sus anchas.

Oí un pequeño ruido que procedía de la cocina. Me levanté de la cama y me dirigí hacia allí, donde me lo encontré a él, semidesnudo, con unos *boxers* azul marino. Le estaban bastante ajustados, marcando su culo respingón, que me tenía loca. Elaboraba algo para comer, me acerqué sigilosamente por su espalda y le pregunté:

—¿Sabes que has conseguido la M de «te amo»?

En ese momento paró de cocinar y se giró para quedarse delante de mí, mirándome fijamente.

—Esto me está gustando mucho. —Me lo comentaba con voz seductora.

—¿Qué estás preparando?

—Prueba, es mi especialidad. —Me acercó una cuchara con un poco de arroz.

—Mmmm. ¿*Risotto*? A ver que pruebe..., ummmm, está en su punto. Qué sorpresa, no me esperaba esto de ti.

—¿Qué creías, que los chicos como yo no saben cocinar?

Lo besé. Se giró para apagar el fuego y retiró el *risotto* a fin de que no se pasara. Cada cosa que descubría de Iván hacía que sintiera algo más por él; por un lado estaba asustada, porque no quería enamorarme tan rápido, pero por otro lado tenía una conexión con él que aún no había sentido con nadie. Tenerlo cerca revolucionaba todos mis sentidos. En ese instante lo volví a observar, su espalda era suave y a la vez fibrosa, recorrí mis manos por toda ella y aproveché para introducirla por su calzoncillo. Noté que cogía aire, apoyó sus manos en la encimera y dejó caer su cabeza. Aproximé mi boca a su nuca, dejando escapar suavemente mi aliento y viendo cómo su vello se ponía de punta. Se volteó hacia mí, tan rápidamente que ni pude reaccionar. Me llevó hasta la nevera y me presionó contra la puerta. Nos besábamos desenfrenadamente, pasó su mano por debajo de mi camiseta, notaba sus yemas rozando mi cuerpo hasta llegar al pecho, el cual agarró con énfasis. Con la otra mano iba jugando con la piel de mi espalda, hasta abrirse paso entre mis bragas y penetrarme. Respiré hondo. Toqué su cara y le susurré:

—Me encanta cuando entras en mí y me miras a los ojos.

Apretó los labios marcando la mandíbula, su cara habló por sí sola. Supe que iba a ser uno de los polvos más intensos que habíamos tenido hasta el momento. Y no me equivoqué, hizo que gimiera hasta el final.

Después de pasar un fin de semana potente con Iván y de que mi cuerpo no pudiera ni andar, llegué el esperado lunes. Eran las seis de la mañana y entraba por la puerta de la pastelería con mucha ilusión.

—¡Chicos! ¡Muy buenos días!

Me dirigí al taller, allí estaban Dani y Judith semiapoyados en la mesa, observando los pedidos de la semana. Giraron la cara hacia donde yo estaba.

—Pero bueno, qué cara de felicidad trae hoy la jefa —decía Dani entre carcajadas.

—Vengo agotadaaaa...

—Martina, no hace falta que entres en detalles explicando por qué tienes esa cara de felicidad —me interrumpió Judith, con la *tablet* en la mano—. Cuadramos pedidos primero y hablamos del tema del libro, ¿te parece?

Le dije que sí con la cabeza. Dani y yo cruzamos miradas, apreté los labios y bizqueé. Aproveché que Judith se iba a la tienda para acercarse a mí y cotillear:

—¿Qué? Iván no te deja tranquila, ¿no? —Se me escapó una carcajada—. Se te nota en el cutis, ¿eh, mona?

—Es un no parar, me provoca en todo momento. Tiene algo que hace que sea adicta a él, a sus besos, a su cuerpo...

—Ja, ja, ja. Me imagino. —Dani se calló durante un instante, se oía murmurar a Judith y no sabíamos si iba a volver. Pero estaba hablando por teléfono, habría llamado algún proveedor por algún pedido—. Si la *míster* —dijo refiriéndose a Judith— supiera cómo os encontré aquí una tarde, os mata.

—¡Daniiii! ¡Calla! Qué vergüenza. —Le lancé un trapo a la cara

—Vergüenza, vergüenza no es que tuvieras mucha esa tarde, gorrina.

—¡Dani! Por favor. —Le suplicaba con las manos.

—Entonces explícame, ¿la cosa va en serio? —me preguntaba Dani abriendo el armario para coger los ingredientes y empezar con los pedidos de la semana.

—Digamos que la cosa va...

—¿De qué cosa habláis? —Era Judith entrando al taller, con la agenda y la *tablet*.

—Tonterías mías, Judith; ¿hacemos el cuadrante y me explicas lo del libro?

Asintió con la mirada, bajando los párpados. Nos fuimos hacia el despacho, que era una mesa colocada entre el taller y la tienda. Estaba en una esquinita y en ella solamente había un portátil con un lapicero y un marco con la foto de nosotros tres. Al lado había un armario pequeño cerrado con llave donde estaban las facturas de Martina's Cake. Toda la tienda tenía la misma línea de decoración, no había nada que sobresaliera. Era todo blanco, tonos madera y color beis. Nos sentamos en las sillas y una vez que acabamos la planificación semanal seguimos con el asunto del libro. Leí el *e-mail* que había escrito el asesor de la editorial, la verdad es que tenía muy buena pinta y me pedía quedar para conocernos y así poder comentar temas y resolver dudas al respecto. Pedí al equipo hacer un parón y podernos reunir, para así hablar de ello y conocer sus opiniones.

Dani veía que era una oportunidad para poder crecer y que el negocio de Martina's Cake llegara más lejos de lo que habíamos pensado. Judith creía que, con buena organización, se podía hacer todo: cumplir con los pedidos, impartir talleres y preparar el libro. Siempre y cuando estuviéramos los tres unidos, trabajando como un buen equipo. Coloqué la mano abierta en medio de la mesa y ellos pusieron la suya encima. Les pregunté:

—¿A por todas?

—Hasta el final —dijo Dani con seguridad.

—A por todas —respondió Judith.

Se pusieron con los pedidos de la semana, mientras tanto respondí al editor. No tardé en recibir su contestación, me propuso desayunar a final de semana para poder cerrar el asunto.

La semana pasó volando, y la noche anterior a la reunión estábamos cenando en la terraza de casa de Gloria los cuatro solos: Gloria, Christian, Iván y yo.

Fue una cena muy divertida, estuvieron explicando las anécdotas de Christian e Iván, de su pasado (ligues, entre otras cosas). Gloria fue a la cocina y salió con una bandeja de mojitos. Mmmm, nada más salir ella por la puerta ya olía a menta.

—¡Es la mejor haciendo mojitos! —Se lo decía yo a Iván, muy eufórica.

—Es la mejor en todo —recalcó Christian.

—Mira qué enamorado está de su gacela... —Iván y sus tonterías, estaban todo el día liados, haciéndose rabiarse uno al otro.

—Venga, chicos, que los he hecho para celebrar lo de Martina, que no todo el mundo puede presumir de que tiene una amiga pastelera y a la que le van a publicar un libro.

Dejó los mojitos encima de la mesa, cada uno tenía una cañita de color diferente, con su nombre escrito.

—Qué atenta, Gloria, poniéndonos los nombres en las cañitas. Ahora que me doy cuenta, cada uno es de diferente color —curioseaba Iván mientras giraba su vaso para ver de qué era el suyo.

—Sí, cada uno es de un sabor diferente. El mío es el clásico; el de Martina de frambuesa, que es dulce, como ella; el de Iván es de naranja, y el tuyo, mi amor, es sorpresa. Lo llamo «el

cubano».

Nos empezamos a reír, Christian se quedó rojo como un tomate. Qué bonito era ver a Gloria tan libre, con esa forma de moverse, la felicidad que irradiaba, su mirada. Había cambiado por completo, era increíble cómo una persona que la quería —porque Rafa la quería, pero solo para él— le podía haber apagado la luz de aquella manera.

—¡Vamos a brindar! Por ti, amiga, para que vaya genial la reunión de mañana y llegues más lejos de lo que habías soñado hasta ahora —manifestó Gloria con el vaso en la mano y el brazo alzado.

Brindamos y me dirigí hacia Iván.

—No nos demoraremos mucho, que mañana tengo que ir a desayunar con el editor, pero antes quiero pasar por la pastelería para ayudarlos a avanzar pedidos.

Iván dejó caer su mano por encima de mi pierna, frotándola de arriba abajo.

—¿Hace falta que vayáis a desayunar? —preguntó.

—Iván, ¿ya empezamos? ¿Tú crees que todos mis desayunos van a ser como los tuyos? ¿Qué va a haber postre?

—¿Postre? Ni se te ocurra. Lo sé, lo sé, tengo que frenar. Mi cabeza va a mil; como normalmente las reuniones se hacen en oficinas, despachos..., pero desayunando...

—Ya, es una forma de entablar un contacto más directo y de conocer a quien va a trabajar contigo. Es la mejor manera de que también me conozca él fuera de mi ámbito de trabajo.

Le acaricié con la palma de mi mano la cara y me acerqué para darle un beso.

—Iván, no te pongas celoso, que seguro que el editor es el típico hombre mayor, con camisa y chaleco —lo calmaba Christian.

—Pero ¿por qué tiene que ser mayor? Y si es joven, ¿qué ocurre? ¿No puede quedar con él? —remató Gloria con preguntas muy oportunas; mira que es mi amiga y que la quiero, pero a veces tiene una boquita de oro. Me la quedé mirando con cara de que eso no me ayudaba en nada. Pero no era la única, Christian se giró y le puso la misma cara.

—Eso pienso yo, como esté de buen ver verás.

—Iván, que aunque sea joven y guapo dará lo mismo. ¿No te estoy conociendo a ti? —le dije seriamente.

—Sí.

—Entonces estate tranquilo. No me acuesto con el primer chico guapo que se me cruza por delante. Ahora no lo hago, me sé controlar. —Sonreí. A Gloria y a Christian se les escapó la risa —. Iván, eres diferente, me haces sentir cosas que no he sentido con otra persona. Eres especial, pero estos celos... —Le negaba con la cabeza.

—Tienes razón, me tengo que controlar. Solo de pensar que otro hombre puede imaginarte desnuda me entra un cabreo... —Iván cerraba las manos dejándolas como puños.

Coloqué mi mano encima de una de las suyas, para tranquilizarlo.

—Si me quiere imaginar que me imagine. Apuesto lo que quieras a que muchas madres de tu colegio han fantaseado con tu cuerpo, y si no es así están ciegas. —Pasé mi dedo desde su ombligo hasta su cuello. Me cogió de la mano y me acercó hasta escasos centímetros de él.

—Me tienes loco... Y que sepas que estás muy mal de la cabeza.

Le soplé en los labios y me besó rozando su lengua con la mía.

—Pero bueno, estos pasan de los celos al amor en un soplido —murmuraba Gloria.

\*\*\*

## *A la mañana siguiente*

Eran las seis de la mañana y estaba un poco nerviosa, no sabía qué ponerme. Le habría pedido consejo a Iván, pero, visto lo visto, preferí no hacerlo.

El bombón se levantó de la cama y se dirigía hacia el baño cuando me vio rebuscando en el armario.

—¿Por qué no te pones esos tejanos claritos que tienes, con la blusa azul marino? Te queda muy bien.

Sorprendida, lo miré y corrí hacia él. Empecé a besarlo sin parar. Dejó caer su mano rozando mi espalda y la adentró en mi braguita, acariciando mi culo. Lo agarré por el pelo y lo besé sensualmente. Me empotró contra la puerta del armario, bajándome las bragas. Le empecé a sobar la espalda, me percaté de cómo su musculatura comenzaba a tensarse a medida que se le iba erizando la piel porque lo rozaba con mi dedo. Aparte de sus músculos, noté otra cosa muy dura; bajé mi mano y le fui quitando los calzoncillos. Empezó a besarme por el cuello, lamiéndome con su lengua jugosa, me ponía muchísimo. Me giró hacia la puerta del armario. Fue bajando sus manos hasta mi cintura, me agarró con firmeza y lo empezamos a hacer. Mi corazón bailaba a razón de los subidones de adrenalina que me creaba; su forma de agarrarme, cómo se movía y notar su aire recorriendo mi espalda hacían que mi respiración fuera intensa y profunda.

Cuando ya estaba a punto de llegar, me cogió por el pelo y eso hizo acelerar mi orgasmo. Iván cambiaba mucho en el momento de hacerlo, era totalmente diferente a su actitud del día a día. Era seguro de sí mismo, actuaba con firmeza, entendía mi cuerpo sin decirle yo nada, sabía dónde tocar, dónde soplar, cómo hacerlo para encenderme y volverme loca. Disfrutaba de nuestra conexión fuera y dentro de la cama.

Iván se fue a la ducha mientras yo preparaba la ropa que me iba a poner. Entré al baño y allí lo vi a él, con ese cuerpo completamente desnudo que creaba una revolución entre mis hormonas y paralizaba mi mente. Observaba cómo le caía el agua con jabón por todo el cuerpo, tan esculpido, cómo se tocaba el pelo... Resultaba tan sensual que me vi obligada a respirar honda y profundamente para tener controladas mis ansias de volver a hacer el amor con él.

—Me encanta mirarte. No sabes lo que me pones. —Se lo comentaba mientras entraba en la ducha.

—¿Te pongo nerviosa?

—Nerviosa no es la palabra. —Me fui acercando más a él.

—Martina, para. No me pongas esa mirada que...

—¿Qué?

Coloqué mis manos en su pectoral y nos empezamos a besar. De pronto, dimos la vuelta y comenzó a caer agua encima de mi cabeza, abrí los ojos y vi a Iván salir corriendo de la ducha.

—Que me lías, Martina. Vamos a llegar tarde a este ritmo.

—¿En serio?

—Me encanta tenerte así todos los días, pero no puedo llegar tarde. No me odies.

Salí de la ducha, estaba ahí con su carita de pena y la toalla enrollada.

—Tienes suerte de hacerlo tan bien, si no, te odiaría a muerte.

Pasé por su lado, para irme a vestir, dejando caer mi toalla.

—Qué mala eres.

—Es para que recuerdes lo que te has perdido —le reproché mientras me alejaba.

Salimos de casa y me fui a la pastelería para poder avanzar los pedidos de la semana. Cuando yo entraba por la puerta, Dani salía con el café en la mano.

—Martina, ¿te has duchado? ¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto —le respondí extrañada.

—¿Qué te ocurre?, ¿desde cuándo te levantas antes para ducharte? ¿Quieres café?

—Ja, ja, ja. Mi vida sexual, que últimamente está muy activa. Y sí, quiero un café.

—Madre de Dios bendito, parecéis dos conejos, no paráis. Que ya lleváis más de cinco meses. Esto parece que sea vuestro *crossfit* diario.

Empecé a reír a carcajada limpia, la verdad era que Dani tenía razón. Pero mis hormonas estaban muy agitadas.

Después del café me quité la blusa y me puse una camiseta que tenía allí para impartir los talleres, la cual llevaba el logo de la empresa en la parte trasera. Cogí el delantal para no mancharme. Pudimos acabar varios pedidos que eran urgentes y dejar bastante lista la semana.

No paraba de mirar el reloj, se iba acercando la hora de conocer al editor. Estaba muy nerviosa por todo lo que conllevaba, ya que íbamos a materializar nuestra ilusión y nuestros sueños en un libro. Los chicos me desearon suerte y me fui a la cafetería donde me había citado, que estaba en el centro del pueblo, en la misma plaza de la iglesia.

A medida que me acercaba a la terraza de la cafetería fui viendo a un señor con camisa, tenía un maletín apoyado en la silla que lo acompañaba y estaba leyendo un periódico. Cuando ya me estaba dirigiendo hacia él oí una voz decir:

—¿Martina? ¿Eres tú?

Paré y me giré en dirección a la voz. Vi a un chico de pie, mirándome. Iba con unos tejanos oscuros, una camiseta blanca y un chaleco negro. El conjunto le quedaba bien, tenía un estilo muy moderno.

—¿Santiago?

—Sí, pero llámame Santi, por favor.

Se acercó a mí para darme dos besos y yo le cogí el brazo mientras nos saludábamos. El chico se cuidaba, lo tenía fuerte.

—Encantada, Santi.

Nos sentamos y, conforme me explicaba un poco, lo observaba. Sabía que cuando quedara con Iván me iba a preguntar cómo era Santi. Me hubiera gustado decirle que era como el señor del periódico. No sabía por dónde iba a empezar. Era moreno, con el pelo más corto que Iván, llevaba un corte actual. Tenía una barba un poco más larga de tres días, le hacía la cara más de hombre, ya que sus facciones eran bastante finas. Sus ojos eran almendrados, de color negro; tenía una mirada penetrante, me llegaba a poner hasta nerviosa. Sus labios eran carnosos y su forma de hablar hacía que no pudiera quitarle la vista de encima.

Sabía que no le iba a gustar a Iván, pero, pensándolo bien, si no le daba toda la información evitaría un disgusto. Mejor que no se llegaran a conocer.



## 12. Intercambiamos la piel

Era miércoles por la mañana y un día especial, Iván cumplía la bonita cifra de treinta y cinco años. Él no sospechaba nada, pero yo le tenía varias sorpresas preparadas.

Dani y yo horneamos varias galletas con la letra I de Iván, mini-*muffins*, *cakepops* y un pequeño pastel de vainilla con relleno de sabor Oreo, su favorito, con la forma de su inicial.

Una vez que estuvo todo listo, Judith preparó la recogida y se lo llevaron al colegio. Esa fue la primera sorpresa de su gran día. Desde que empezamos con el proyecto del libro íbamos saturados de faena. Debíamos preparar los pedidos de Martina's Cake, los *shootings* y elaboraciones de productos para las fotografías del libro, y a todo eso añadirle los talleres, que estaban muy solicitados. Por todo ello, al acabar el día y llegar a casa Iván me esperaba para hacerme un masaje, con el cual me relajaba tanto que me quedaba frita.

Aquel día estábamos limpiando Dani y yo el taller para poder preparar diferentes *muffins*, ya que teníamos sesión de fotografía para el libro. Mientras íbamos eligiendo el material, Dani me preguntaba:

—¿Ya te ha dicho algo tu galán? —Se refería al pedido sorpresa que le habíamos enviado.

—No lo sé, aún no he mirado el móvil. Igual lo veré luego en persona, pues tengo que ir a buscar a Hugo para la sesión, así aprovecharé.

—¿Para qué, para besarlo? ¿O le cantarás el *Happy birthday* al estilo Marilyn? —Me lo preguntaba entre risas.

—¡Ojalá! Últimamente, con el ritmo que llevamos, llego a casa muy cansada. Pero hoy le tengo una sorpresa preparada.

—¡Qué bicha eres! —Me tiró un poco de harina. Dani tenía ganas de marujear, se detuvo y muy pensativo dijo—: ¿Iván ha conocido a Santi?

Paré de limpiar un momento, gracias al cansancio Iván y yo aún no habíamos llegado a entrar en el tema. Pero sabía que algún día me preguntaría o vería publicada en las redes de la pastelería alguna foto de él para promocionar el libro. Se daría cuenta de que Santi no era un editor como se imaginaba Christian. Me giré hacia donde estaba Dani y algo sería le respondí:

—No, no lo conoce, y tampoco le he hablado de él. Es que, sabiendo cómo se pone de celoso, ¡uff!, pues simplemente le he omitido la información.

—Ya, lo había pensado. Solo de imaginar el día que se crucen... —me dijo Dani bizqueando los ojos.

—Nooooo, espero que nunca llegue ese día; Dios, qué incomodidad. Mira que siempre he dicho que estar con una persona celosa es un error, ya que su inseguridad hace que tú crees barreras a tu forma de ser para no hacerle daño. Iván y yo estamos trabajando seriamente para que esa inseguridad desaparezca. Tengo claro que no voy a cambiar por nadie. Pero sí que durante este periodo de tiempo le he omitido cosas que le pueden doler. Santi, el editor, está cañón. No hace falta decirlo, con verlo ya es suficiente.

—Ya te digo si está cañón... —interrumpió Judith mordiendo un lápiz.

—Mira la mosquita muerta. —Dani sonreía, señalándola con el pulgar.

—Yo opino que es mejor que no le digas nada, ya que no es relevante para ti. Sí, está bueno, ¿y qué? ¿Lo tienes que propagar a los cuatro vientos? ¡No! —decía Judith, que paró una décima de segundo para subirse las gafas con su dedo índice. Mmmmm, estaba nerviosa; ¿qué le ocurría a Judith con Santi?—. Cuando llegue el día, pues verá cómo es el chico. Pero no tiene que pasar nada.

—Eso pienso yo. Lo malo es que, aunque Iván no me haya preguntado nada aún, sé que por su cabeza le está rondando cómo será.

—Un inciso: ¿estás celosa tú también? —Dani se dirigió a Judith.

—¿Yo? ¿Por qué iba a estar celosa?

—¿Porque el buenorro del editor solo tiene ojos para Martina?

—A ver, a ver. ¿Qué pasa aquí? —interrumpí el cuestionario de Dani a Judith—. Primero: Santi no tiene ojos para mí, él es el que nos ayuda con el tema del libro. Segundo: Judith, ¿te gusta Santi?

Judith respiró hondo.

—Os tengo que confesar que Santi me tiene loca. Huele tan bien, su forma de vestir me encanta..., y ya no digo la manera de hablar, hace que me quede embobada escuchándolo —manifestó Judith mirando hacia la mesa y moviendo el azúcar *glass* de un lado a otro. Levantó la vista hacia mí y añadió—: Sí, Martina, solo tiene ojos para ti. Te observa en todo momento, aprovecha cada instante para acercarse y tocarte. Cuando le estás explicando algo a la redactora, por ejemplo, cómo usas los ingredientes y cómo se puede hacer con los niños para que todo sea más fácil, él te mira con una sonrisa dibujada en su cara que no se le borra.

—Judith, yo...

—Lo sé, Martina, tú no eres responsable de lo que revolucionas a tu alrededor. Eres una chica alocada con una sonrisa perfecta. Tu desorden te hace especial, y de tu belleza ni hablo.

—Ahí le doy la razón a Judith, tienes una belleza espectacular y estás loca.

—¡Dani! ¡Serás tonto...! —Le lancé un paquete de palos para pinchar los *cakepops*.

Miré el reloj y vi que faltaban quince minutos para que Hugo saliera del colegio.

De camino a recogerlo di vueltas a aquella conversación. Si era cierto que Santi estaba interesado en mí, como comentaban ellos, lo mejor era hablarlo personalmente con él para aclararle que no podría haber nada, pues en mi corazón ya había una persona: Iván. Por otro lado, no sabía si iba a hacer bien en ocultarle todo eso a Iván, ya que no quería que le diera vueltas al asunto cuando no había por qué dárselas.

Llegué al colegio y me fui hacia la puerta del gimnasio, ya que los miércoles por la tarde a Hugo le tocaba Educación Física. Cuando salimos vi a un grupo de chicas riéndose y cantando *Cumpleaños feliz* a alguien, en medio de ellas me pareció ver a un chico. Nos fuimos acercando y comprobé que una de las chicas cogía a ese alguien por el brazo, se separó y dejó ver quién era: Iván estaba allí, sonriendo sin parar. No sabía qué me pasaba, pero la temperatura de mi cuerpo empezaba a elevarse, parecía como una olla exprés a punto de estallar. Mi corazón dio como dos golpes muy fuertes en mi pecho y se me secó la boca. En el momento en que me iba acercando a ese corralito Iván se giró y me vio.

—Martina, no te esperaba.

Todas las chicas se voltearon hacia mí. Levanté la mano que tenía cogida con Hugo.

—Hoy me toca sesión de fotos. Me voy, que Santi estará a punto de llegar. —Sí, lo sé. Lo hice expresamente, sabía que a él le iba a molestar. Nunca me había sentido así por alguien, pero verlo

a él tan guapo, como siempre, sonriendo, y con todas esas chicas rodeándolo, cantándole, a escasos centímetros de él... Estaba enfadada; no, estaba celosa.

—¿Nos vemos luego? —dijo con cara de preocupación.

—Sí —le contesté sonriendo mientras me alejaba.

—Iván, ¿quién es ella? —le preguntaba una de las chicas del corrillo.

—Ella es la que ha elaborado la sorpresa del desayuno, con las galletas y repostería que ha enviado esta mañana.

—Ah, todo estaba buenísimo —me felicitaban.

Me paré, miré a mi sobrino, le sonreí y pensé que no tenía nada que perder. Me fui directa hacia Iván, crucé por el corrillo de chicas que lo rodeaban y que me observaban de arriba abajo. No le quité el ojo de encima a Iván, que me miraba con cara de extrañado, sin saber qué iba a hacer. Me planté delante de él, pasé mis manos por su nuca y lo besé tan apasionadamente que intercambiamos fluidos con nuestras lenguas. Me separé y le susurré:

—Luego nos vemos, cariño.

Le guiñé un ojo mientras me quitaba el exceso de saliva de la boca con la lengua y con la ayuda de mi labio. Iván se quedó petrificado, no podía reaccionar. Me giré y les dije adiós a las chicas, que me respondieron con cara de incredulidad. Agarré la mano de mi sobrino y nos fuimos hacia la pastelería.

Como era de esperar, llegamos y ya estaban allí los de la editorial para hacer la sesión de fotos. Una parte del equipo se encontraba dentro colocando los focos, la fotógrafa y Santi estaban fuera, fumando.

—¡Hombre, Hugo! Campeón, ¿estás preparado para la sesión de hoy? —le decía eufórica la fotógrafa; entretanto, apagaba el cigarrillo para chocar la mano con la de mi sobrino.

Hugo respondió a aquel gesto dando un salto. Se fueron hacia el interior, ya que lo esperaba la estilista para peinarlo y ponerle un poco de maquillaje, y así disimularle las heridas de guerra. Santi me miraba sonriendo, recordé lo que comentó Judith y estuve más atenta que otras veces.

—Buenas, Santi, ¿cómo va todo? —Estaba un poco nerviosa, no era fácil hablar con alguien a quien sabía que le gustaba y con el que tenía que guardar las distancias.

—Martina, qué guapa estás hoy. Regina no tendrá mucho que retocar. —Santi se refería a la estilista. Le sonreí.

—Voy a entrar, a ver si necesitan mi ayuda.

—Espera. Quería proponerte quedar otro día con tranquilidad y así mostrarte un poco la maquetación del libro, cómo está quedando y poder seleccionar las fotografías para cada tema. ¿Te parece bien esta noche para cenar?

Se me encogió el alma, tanto, que tuve una sensación de vacío, como si mis órganos se movieran por el espacio inmenso que había dejado. Inspiré.

—Santi, yo... —no sabía cómo decirle que no quería nada— no puedo, hoy es el cumpleaños de Iván, mi pareja, voy a celebrarlo con él.

Nuestras miradas se quedaron fijas, pero su actitud no varió.

—Pues... ¿mañana para desayunar?

Podría ser que estuviéramos equivocados y que Santi no sintiera nada por mí. Por el momento me quedé tranquila, le comuniqué que tenía novio. Fue la forma más fácil de soltarle: «¡Ey!, no quiero nada contigo, estoy ocupada».

—De acuerdo, mañana para desayunar. ¿Dónde siempre?

—Martina, entra, que te toca con Regina. —Era Judith, que se asomaba por la puerta para avisarme de que Hugo ya estaba listo. Vi cómo sus ojos se desviaban en dirección a Santi.

—Entramos. —Santi lo decía mientras me ponía la mano en la espalda para acompañarme hacia dentro.

La sesión fue muy divertida; Hugo lo daba todo, y esta vez participó Dani también. Una de las cosas que recalqué desde el primer día con la editorial fue que Martina's Cake no era solo mío, sino que Dani y Judith formaban parte de él. Quería que participaran en ese lindo proyecto. No se opusieron, les pareció una idea magnífica. Empezaron a recoger todo el despliegue de focos, cables..., y yo me quedé con Taira, la redactora, para explicarle paso a paso lo que habíamos hecho en la sesión y que así ella lo pudiera plasmar en el libro. Era muy graciosa, porque me preguntaba recetas para hacer ella en casa y las iba practicando con su hija. Santi se sentó a nuestro lado. Estuvimos los tres hablando de lo divertido que era hacer repostería con niños, la creatividad que podían llegar a tener y de que era una forma de hacer terapia para todos. Dani se acercó sutilmente y me soltó, como si no fuera la cosa:

—Martina, mira hacia la puerta. Tienes un problema.

Me costó entenderlo, ya que me lo decía susurrando mientras pasaba por nuestro lado dirigiéndose al taller. Me giré hacia donde me dijo Dani, gracias a su dedo, que lo indicaba, y vi a Iván apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Llevaba unos pantalones vaqueros negros estrechos, con una camisa tejana abierta y debajo una camiseta de color blanco. Estaba recién duchado, lo sabía por su pelo, que estaba húmedo. Vino una brisa con olor a su perfume, era percibirlo y mis pensamientos se ponían a mil. Le sonreí y me acerqué a él para saludarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Pues nada, me he pasado porque quería conocer a ese tal Santi.

Di la vuelta para señalarle quién era, pero en ese momento él venía hacia nosotros, ya que se iban.

—Santi, él es Iván, mi pareja. —Me giré hacia Iván y le presenté a Santi—. Él es Santi.

Se estrecharon la mano.

—¡Encantado! Felicidades, hoy es tu cumpleaños, ¿no?

Iván se quedó paralizado, no se esperaba que Santi supiera tanto de él. Me miró sorprendido.

—Gracias, e igualmente. No sabía que había editores tan... tan jóvenes.

—Ja, ja, ja. Un puesto de trabajo no tiene edad, ¿no? Igualmente, gracias por el cumplido.

—Bueno, sí, tienes razón, me refería a que me imaginaba diferente a un asesor editorial.

No sabía dónde meterme, me empecé a tocar la frente. Iván estaba celoso, no hacía falta que nadie lo dijera.

—Me sabe mal interrumpir, es que tengo un plan para ti y no quiero que lleguemos tarde —me dirigí a Iván para cortar la tensión del ambiente.

—Tranquila, os voy dejando, pareja. Que disfrutéis. —Santi salió de la pastelería, se detuvo y soltó al aire—. Martina, acuérdate de que mañana hay desayuno.

¡Dios! ¿Era necesario que lo dijera, si ya lo habíamos hablado hacía cinco minutos? No quería mirar a Iván.

—¿Otro desayuno? ¿Pero qué pasa, no tiene café en su casa? —Iván estaba molesto, me lo decía susurrando al oído.

—Es para el tema del libro... —Le agarré la mano, la tenía tensa.

—Que no se lo tome como una rutina. —Se separó, risoteó y comentó—: Te tengo que confesar que me ha encantado que le hayas hablado de mí.

Pasó su mano por detrás de mi cintura, acercándose a él. Con la otra mano me cogió por el

mentón y me alzó la cara para que nuestras miradas se cruzaran. Qué intensa era la suya, hacía que se me entrecortara la respiración. Se aproximó a mi oído y confesó:

—Por cierto, tu despedida de hoy en el colegio ha sido espectacular.

—¿Te gustó?

—Estabas celosa, ¿verdad? —Sonreía.

—Bueno, vamos a suponer que sí.

—Ahhh. Ahora entiendo por qué me has soltado lo de Santi, te lo tenías calladito.

Lo besé.

Se oyó un carraspeo y dejamos de besarnos. Eran Dani y Judith, que estaban parados frente a nosotros, mirándonos. Les hice un gesto moviendo los hombros y las manos para preguntarles qué ocurría.

—Id a un hotel. Que no paráis, todo el día... —nos decía Dani con cara de asco y sonriendo a la vez.



### 13. Vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto

Eran las ocho y cuarto de la noche, había quedado con Iván en pasar por su casa para recogerlo. Conforme iba llegando vi que él ya estaba en su puerta esperándome, era muy puntual. Hice parpadear las luces del coche como señal y lo recogí. Estaba impresionante, iba con un pantalón de vestir de color gris oscuro y la americana a conjunto, acompañada de una camisa de color blanco, con unos pequeños puntos de color azul marino. La llevaba entreabierta, mostrando un poco su pectoral depilado. Ver esa piel tan suave, morena, provocaba que quisiera rompérsela y hacerle el amor en ese mismo instante. Le sentaba todo como un guante. Teniéndolo así, tan cerca de mí, me costaba formar una frase.

—¡Qué bueno estás! —Paré y moví la cabeza hacia los lados para que mi mente reaccionara—. Qué guapo vas, quería decir...

Me besó, riéndose a la vez, colocó su mano entre mis piernas y la subió.

—Tú también estás impresionante.

Le cogí la mano para detenerla y cerré mis piernas.

—No empieces, que aún queda noche. Todo a su debido tiempo; hay que disfrutar de tu sorpresa.

—No sé si aguantaré, me tienes en sequía. Vestida así, con este traje tan ajustado de color rojo, me pones a mil. Estoy deseando quitártelo para besar todo tu cuerpo.

Tuve que ponerme en marcha, sabía que si tardaba un minuto más allí parada nuestras fieras se iban a desatar y ni hubiéramos salido del coche.

La primera parada fue en un restaurante italiano muy conocido del centro de Barcelona, lo elegí porque Italia fue lo que nos unió y era una forma de poder brindar por nuestra relación. Por otra parte, me encanta aquel sitio. Primero, por la calidad y cantidad de su comida, y lo que más me gustaba era el detalle de que te sirvieran un pequeño plato, medida postre, con la comida que había pedido tu acompañante. Allí comimos solo los primeros, aunque también me habría pedido los postres (tenían un tiramisú riquísimo). Pero el postre de esa noche era otra cosa, había que esperar. Una vez que acabamos, nos fuimos a la siguiente parada.

Lo llevé a otro restaurante; este era diferente, se comía a ciegas. Realmente no sabía cómo era su interior, nos vinieron a recoger a la puerta y nos cubrieron los ojos con unos pañuelos. A partir de ahí no veías nada, te llevaban a la mesa y te servían la comida mientras seguías con los ojos vendados. Podría decirse que sin el sentido de la vista los demás sentidos se acentuaban; yo noté que el aire acondicionado estaba un poco alto, mi piel me indicaba que tenía frío. No había mucha gente, porque el sonido ambiental era más bien tirando a bajo. En ese local comimos los segundos. Fue una parte muy divertida, nos dábamos de comer como podíamos e íbamos adivinando lo que nos traían, ya que era todo sorpresa.

Hubo un momento en el que noté cómo Iván se acercaba a mí. Puso su boca cerca de mi cuello y fue subiendo hacia mi oreja. Con una mano iba palpando hasta llegar a mis labios y me acercó con la otra un trozo de algo que me quería introducir en la boca. Era fresa, con solo tenerla próxima se

podía oler. Le chupé con la lengua el dedo y noté que inspiraba profundamente.

—Martina, con todo este rollo de tener los ojos cerrados y no ver absolutamente nada, darnos de comer y notar tu olor tan cerca me está poniendo muchísimo. Si sigues así tendremos que hacer una parada obligatoria.

Le hice callar colocándole mi dedo índice en sus labios.

—Shhhh, tranquilo, habrá tiempo para todo.

Antes de que fuera a más, nos dirigimos a la tercera parada. Esa vez nos desviamos de la Ciudad Condal y nos fuimos a tomar unas copas a un local de Castelldefels donde había música en vivo, esa noche tocaba salsa. El lugar era pequeñito, con mesas altas, la luz era tenue y había focos de color lila que daban mucho ambiente. Aprovechamos que había una mesa libre y nos dirigimos hacia ella. Nos sentamos en los taburetes, se acercó el camarero y nos tomó nota. Al fondo del todo había un pequeño escenario donde se encontraba la banda. Aunque no era lo habitual, esta vez no había mucha gente; algunas personas estaban sentadas, como nosotros, y otras bailando. Mi sorpresa vino cuando Iván se animó: me agarró de la mano y me llevó a la pista a bailar. Qué manera de moverse, bailaba de lujo; desde luego era cierto el mito de que si un chico baila bien lo hace genial en la cama... Aunque yo había empezado a comprobarlo por el final. No paramos de bailar en toda la noche. Hasta nos llegaron a hacer un corrillo, animándonos y todo. Qué estilo tenía; él me indicaba cómo hacer el siguiente paso, lo miraba y era todo perfecto. Decidimos parar un momento para reponernos y refrescarnos. Se había quitado la americana y la había colocado en uno de los taburetes, con el calor que teníamos se dobló los puños de la camisa. Hasta sudado estaba buenísimo. Se apoyó en la barra con la copa en la mano y me miraba con esos ojitos que ponía de seductor. Me acerqué a él y le susurré:

—Aquí no acaba mi regalo, aún hay más.

—¿Aún hay más? ¿Y cuándo nos vamos para casa?

—Creo que donde vamos ahora te gustará, es la guinda del pastel.

Se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

Nos dirigimos a nuestra cuarta y última parada. Era uno de mis lugares favoritos, estaba a las afueras de la gran ciudad. Desde allí se veía toda Barcelona, que de día era preciosa, pero de noche más aún. Me encantaba aquel paraje, alejado de los ruidos de la civilización, pero acompañado de los de la naturaleza, y solitario, para poder desconectar. Fue uno de los sitios donde más tiempo pasé tras la pérdida de mis padres. Le tapé los ojos, lo dejé de espaldas y preparé mi sorpresa.

—Ya puedes girarte.

Se dio la vuelta y se quedó parado, sorprendido, mirando a todos lados.

—Martina, todo esto es... increíble.

Allí estaba yo, con las mejores vistas del mundo, en medio de un círculo hecho por velas encendidas para poder ver algo entre la oscuridad, con una manta en el suelo, y de pie esperando a que Iván se moviera y fuera hacia mí.

—¿Vienes?

Reaccionó rápidamente y se acercó a mí. Nos empezamos a besar rozando nuestros labios, no sé si era por el momento, con la ciudad iluminada de fondo, o porque llevábamos toda la noche queriéndonos tocar. Pasó sus manos por mi espalda, acariciándomela. Se detuvo y me miró para preguntarme:

—Espera un momento, ¿no llevas sujetador? —Le dije que no con la cabeza y le confesé:

—Y tampoco llevo braguitas. —Dejé escapar una risotada. Totalmente anonadado, abrió los ojos como platos.

—¿Has ido así toda la noche? —Le asentí con la cabeza—. ¡Joder! Y yo sin saberlo... ¡Bufl, cómo me estás poniendo.

Se lanzó hacia mí para besarme sin control, y empezamos a desnudarnos por completo. Me agarró por el culo y me subió a pulso. Mis manos jugaban con su pelo, con sus orejas. Mi respiración cada vez era más intensa y mi corazón se sincronizó con el de Iván. El cielo estaba medio nublado. Empezó a lamirme un pecho, mis manos agarraron su nuca para que no dejara de hacerlo. Qué forma de mover la lengua, provocaba que quisiera tirarlo al suelo y hacer el amor en plan duro, mi respiración era cada vez más exagerada. Nuestras miradas se encontraron, empezamos a besarnos e Iván dio un paso hacia atrás. Tropezamos y caímos al suelo, pero estábamos tan ansiosos que no le dimos importancia y seguimos con lo nuestro. Me coloqué encima de él, me encantaba esa carita que ponía cuando estaba a punto de llegar. Lo agarré por las muñecas y le coloqué los brazos hacia atrás, dejaba caer todo mi peso para que no se moviera. Se ponía tan meloso que con su cara me buscaba para besarme. Con el roce que íbamos teniendo, mientras entraba y salía de mí, lo fui soltando y una de sus manos me agarró parte de la cintura. Con la otra tocaba mi pecho y de vez en cuando me la subía a la boca para que le chupara el dedo. Mis manos se fueron hacia su pectoral, acariciándolo delicadamente; se relajaba y al momento se le ponía duro, lo hicimos intensamente hasta llegar al final.

Nos tumbamos abrazados, tapados con una manta, observando el panorama tan bonito que nos ofrecían las calles, repletas de luces.

—Ha sido el mejor cumpleaños que me han podido organizar nunca. Martina, me encantan tus locuras. Todo lo que has hecho hoy por mí, hasta darme celos, me ha fascinado. Me has hecho sentir importante. Gracias por ser así.

—Te tengo que confesar que hoy he experimentado en mis propias carnes cómo te sientes. Lo he comprobado cuando te he visto rodeado de chicas a las que se les cae la baba por ti. Sé que no he hecho bien al darte celos con Santi, pero ver cómo te miraban algunas de tus compañeras, cómo te tocaban..., vamos, que te deseaban. Me he sentido fatal; al principio no entendía por qué me enfadaba, pero me he dado cuenta de que no estaba molesta, sino celosa, al pensar que podías fijarte en alguna otra chica.

—Mi vida, si solo tengo ojos para ti. No sería capaz...

—Lo sé, me refiero a que me he puesto en tu piel. No quiero que te sientas así. Quiero que sepas que, si llega el punto en el que no sienta nada por ti o me llega a atraer alguien que no seas tú, lo sabrás antes de que ocurra algo. Me niego a hacerte sufrir.

—Te lo agradezco, está bien que hayas vivido una pequeña parte de lo que puedo sentir en un momento como ese. Ahora que lo dices, ese tal Santi es... guapo, ¿ehh? —Iván me miró de reojo.

—No te voy a negar lo evidente, pero quien revoluciona mis sentidos eres tú.

Sinceramente, pude descubrir el dolor que podía llegar a sentir Iván cuando pasaba por un momento así. Está bien ponerse en la piel del otro, empatizar, para saber o sentir algo similar a lo que experimenta la persona que tienes delante.

Esa noche seguía la fiesta en casa de Iván, pero los invitados éramos él y yo.



## 14. No te voy a dejar solo

La elaboración del libro iba viento en popa. Después de cinco meses trabajando duro, empezó a coger cara y ojos. Ya no faltaba mucho para poderlo tener entre nuestras manos y en las librerías.

La relación con Iván iba cada vez mejor; sus celos fueron menguando, aunque con Santi saltaban de vez en cuando. Habíamos pasado las primeras Navidades juntos y nuestra primera Semana Santa. Creía que, con el tiempo, mi sed de su cuerpo iba a ir disminuyendo, pero era todo lo contrario. Abrir los ojos y ver su rostro era uno de mis mejores despertares, sobre todo cuando bajaba la vista y lo veía por completo. Tenerlo por casa semidesnudo paralizaba mi mente; eso provocaba que mi cuerpo actuara por su cuenta, sin esperar órdenes del cerebro, y que se potenciaran mis ganas de tirarme encima de él como lo haría una leona con su presa. En Navidad le regalé un pijama «anti-sexi» para que mis revoluciones estuvieran a un nivel más bajo, pero él se negó, comentaba que le gustaba sentirse como una presa, le ponía notar esa tensión tan cerca de él.

La cosa iba cada vez más en serio; por un lado tenía miedo, pero por otro estaba feliz. Pasábamos muchísimo tiempo juntos, y no solo durante el día; prácticamente vivía en mi casa.

Nos estábamos planteando alquilar nuestros pisos e ir a vivir a uno nuevo, empezando de cero, sin que nos marcara nada del pasado. Pero antes de dar ese paso debíamos dar otro más importante: Iván tenía que conocer a mi hermana, mi todo.

Era miércoles, uno de mayo, sobre media mañana. Quedé con Lucía y Hugo para comer con ellos, mi hermana me convenció para hacerlo en su casa, que era la de nuestros padres. Se la quedó ella, ya que fue la responsable de llevarla hacia delante y cuidarla como lo hubieran hecho ellos.

Iván iba como un flan, aunque parecía más una *panacota*, espesita pero movida. Yo veía por el rabillo del ojo que no paraba de moverse: subía la ventanilla, al instante la bajaba, miraba de vez en cuando en el espejo del parasol si iba peinado bien, con las manos se golpeaba las piernas creando música... Se me escapó el aire de una risotada.

—¿Qué te hace gracia?

—Que no vas a un tribunal, solo vas a conocer a mi hermana. Respecto a Hugo, tratas con él todos los días.

—En teoría a tu hermana ya la conozco, pero en plan «relación profesor-madre», soy el tutor de su hijo. No obstante, cuando sepa que yo soy el que toca, manosea, besa y hace muchas cosas más a su hermana pequeña, su niña bonita, no sé si me mirará con los mismos ojos de siempre.

—Ja, ja, ja... Ella se dará cuenta de que todo lo que haces es lo que crea mi felicidad. Si solo con verte se le alegrará la vista...

Le cogí la mano y se la coloqué entre mis piernas. La quitó de repente.

—Martina, fuera bromas, que estoy acojonado. Ella no sabrá artes marciales, ¿no?

—Iván, si con que le sonrías la tendrás en el bolsillo. Eres un encantador de mujeres.

—Pero no de cuñadas...

Nos pusimos a reír, sus nervios aflojaron por momentos. Entramos por un camino privado de arena con árboles que llegaba a la casa de mi hermana. Conforme íbamos llegando nos encontrábamos cosas de Hugo: una bici apoyada en uno de los árboles, pelotas..., hasta que llegamos a la casa del árbol en la que jugábamos Lucía y yo de pequeñas; incluso fiestas de pijamas hicimos en ella. Frené el coche y se la enseñé a Iván. Estaba igual que siempre, tenía sus tres escalones para subirse, había un pequeño porche y allí estaba la puerta que hicimos con palés y una ventana con cortinas nuevas. Me asomé al interior y comprobé que aún olía a resina, cerré los ojos y recordé cómo jugaba con mi hermana dentro de la casita a la hora del té y mis padres iban a llevarnos las galletas de canela. Iván me tocó el hombro, lo miré con ojos lagrimosos y me abrazó. Nos montamos en el coche y seguimos el camino, ya que no nos faltaba mucho para llegar. Lo siguiente que nos encontramos fue la fuente que mandó hacer mi madre para que pidiéramos nuestros deseos. Ella era una soñadora, y eso nos inculcó desde bien pequeñas. Al lado estaba el columpio que fabricó mi padre con una cuerda y un neumático; cuántos recuerdos me venían siempre a la cabeza en aquel lugar.

Nos íbamos acercando y noté cómo Iván cogía aire y lo soltaba muy lentamente. Tenía los hombros tensos, erguidos, y apretaba la mandíbula. Paré el coche y, antes de que bajáramos de este, ya salían por la puerta para darnos la bienvenida. Mi sorpresa fue que Adrián estaba allí. ¿Se habían perdonado mi cuñado y mi hermana? No podía irme de esa casa sin saber qué había ocurrido. Cuando salimos del coche Iván me miró sorprendido, viendo que Adrián también nos iba a acompañar en esa comida de confesiones. Me mordí el labio y le indiqué con la cabeza que fuéramos hacia el meollo.

La cara de mi hermana era espectacular, sus ojos se abrieron como platos. Miraba hacia Iván y luego hacia mí, no paraban, todo el rato de un lado a otro, con la boca medio abierta. Sabía que no se esperaba que mi presa seductora, de la que le hablaba, aquella que me hacía volar solo con tocarle el abdomen, era él, Iván, el tutor tío bueno de su hijo.

—Hombre, veo que esto va en serio.

Era Adrián, rompiendo el silencio que había sido creado por mi hermana, sin mediar palabra. Adelantó su mano para estrecharla con la de Iván.

—¿Cómo? ¿Tú ya lo sabías? —Despertó mi hermana de su inopia, algo molesta, dirigiéndose a mi cuñado.

—No es que lo supiera del todo, vi cosas en una de las reuniones del colegio. ¿Verdad, Martina? —Me lanzó sutilmente un balón para que mi hermana lo dejara de intimidar.

—Sí, Lucía, él estaba en el momento justo, pudo ver cosas que no hizo falta que explicara.

Mi hermana inspiró, algo enfadada; miró a mi sobrino y le preguntó:

—¿Hugo? ¿Tú sabías algo, mi vida?

—Mami, yooooo, no sabía nada...

Se giró rápidamente y se fue corriendo a jugar. Su madre lo miraba con cara de extrañada.

—A ver, Lucía, a él no es que se lo explicara oficialmente, pero hemos estado muchas tardes juntos y ha vivido más que el resto.

Quise justificar el comportamiento de mi sobrino. Mi hermana sonrió y se dirigió hacia Iván, lo agarró por el brazo y lo invitó a entrar.

—Pasa, que te enseñaré la casa. Y vosotros... podéis ir preparando la mesa. —Nos lo decía a la vez que pasaba al interior cogida del brazo de Iván; giró con su mirada penetrante, si pudiera nos hubiera matado. Adrián y yo tragamos saliva, observándonos.

Mientras mi hermana le daba a Iván un *tour* por la casa, mi cuñado y yo fuimos preparando la mesa del jardín para comer fuera, teníamos que aprovechar que hacía un buen día. En el camino del jardín a la cocina le pregunté a Adrián por la situación entre ellos dos:

—Mi hermana y tú...

—Nos hemos dado otra oportunidad. —No me dejó continuar.

—¡Ay! ¡Qué bien, cuñaaaa! Me muerooo.

Dejé caer los cubiertos encima de la mesa y me fui hacia mi cuñado con los brazos abiertos.

—Darnos tiempo y espacio nos ha ido muy bien a los dos. Hemos podido observar y sentir muchas de las cosas que antes no llegábamos ni a ver. Hemos hablado muchísimo, dejándonos las cosas muy claras y con una buena comunicación horizontal, que era lo que faltaba antes. Creemos que ahora será diferente. Tampoco podía seguir viviendo sin ellos, me notaba vacío.

—No sabes lo feliz que me hace saber esto, vosotros dos habéis estado siempre ahí, como hermanos, amigos y padres. Ver que todo vuelve a su cauce me tranquiliza. Si es que hacéis una pareja perfecta; con todo lo que habéis luchado por conseguir lo que tenéis, este bache no va a poder con vosotros.

Nos fundimos en un abrazo. De lejos se oía la voz de mi hermana, por lo que dimos un salto, nos separamos y nos pusimos otra vez en marcha, para que no se quejara.

La comida en sí transcurrió en un ambiente muy familiar, Iván fue aceptado y se le notaba muy cómodo, en su salsa. De vez en cuando Adrián le tiraba alguna pullita, pero sabía llevarlo, y mi hermana pellizcaba a mi cuñado para que frenara. Las feromonas de mi presa hacían que no dejara de mirarlo, me tenía cautivada. Él participaba en todas las conversaciones, reía dejando mostrar su perfecta dentadura, sus hombros estaban relajados y sus manos abiertas, una apoyada en su pierna y la otra apoyada en el brazo de la silla. En una de mis divagaciones, embobada observándolo, noté que alguien me daba unos toques en la pierna derecha; dirigí la vista hacia esa dirección y allí me encontré a mi sobrino, sonriendo e indicando con el dedo pulgar que mirara a su madre. Lucía me sugirió con su mano que la acompañara. Me levanté y nos adentramos en la cocina.

Mi hermana tenía su lumbar apoyada en la encimera, en su mano derecha agarraba una copa de vino blanco y la otra la tenía escondida, rodeando su cintura. Lucía y yo éramos la noche y el día; ella, un poco más alta que yo, siempre fue de comida saludable y se cuidaba muchísimo. Su forma de vestir era bastante moderna, le gustaba ir a la moda. En una ocasión como aquella su *look* era muy casual: pantalón tejano de pitillo color blanco y una blusa azul celeste que llevaba medio metida por el pantalón, dejando ver el cinturón. Era una mujer muy ordenada y organizada, más bien controladora, le encantaba tener todo supervisado. Su tez blanquita contrastaba con su melena de color castaño oscuro y rizada, pero sus rizos eran como tirabuzones, igual que los de mamá. Los impactantes ojos de color verde con trazos amarillos los había sacado de papá; a veces, cuando fijaba su mirada en mis ojos, me hacía recordarlo.

Tenía cara de que me iba a hacer un interrogatorio de tercer grado, su sonrisa la delataba.

—¿Hay copa para mí? —le pregunté a mi hermana para cortar un poco el ambiente.

—¡No! Tú primero explica y luego te dejo beber.

Eso también lo tenía mi hermana, era tajante como una guillotina, no le gustaba irse por las ramas.

—Bueno..., ¿qué quieres saber? —Hizo tal gesto de sorprendida con los brazos que casi arroja vino al suelo. Y dijo:

—¿Cómo? Pues no sé si te has dado cuenta, pero tu pareja, el chico con el que has venido, es el

profesor buenorro del colegio. ¿Es con quien te acuestas?

Se me escapó una carcajada.

—Pues...

—Ya, ya sé..., alguna de las tardes que has ido a recoger a Hugo; ¿ahí lo has conocido?

—Lucía, tranquila. Si me dejas, te explico. —Asintió con la cabeza y siguió—: ¿Te acuerdas del viaje con las nenas, a Cerdeña? Pues... él es el chico al que conocí allí.

—¡No me jodas, Martina! ¿Este es con el que follaste en la playa?

—¡Lucía! No grites..., que se va a enterar.

—Perdón, perdón. Procede.

—Sí, Iván es ese chico. Es el que me tiene enloquecida, también es el que me rompió el corazón en mil pedazos.

—Entonces, ¿este es el que te encandiló en dos semanas? Ahora entiendo todo, hija.

—Ya, yo tampoco lo sabía. Me di cuenta cuando lo volví a ver, en casa de Gloria. Iván me hace sentir diferente, no sé, tenemos una química especial. Si mis labios rozan los suyos, desaparece el mundo de mi alrededor. Su forma de mirarme, de tocarme, es verlo desnudo y...

—Nena, relaja, que noto cómo tu corazón empieza a acelerarse. Saber esto me pone tonta hasta a mí.

Mi hermana se detuvo un momento.

—Hugo, ¿qué pasa, hijo?

—Mamá, dice papi que si vas a hacer café.

—Dile que sí, pero que no tenga prisa. ¡Venga, sal para fuera!

Mi hermana tenía ganas de que siguiera, por eso ventiló a mi sobrino tan rápido. Empezó a preparar el café, y mientras ponía las tazas en una bandeja, con las cucharas, me preguntó:

—Oye, y una curiosidad que tengo..., ¿qué tal en la cama? —Me miraba de reojo, con una sonrisa pícara.

—Qué chafardera eres, a ti qué más te da.

—Vengaaa, no me dejes así...

Empezó a sonar la cafetera y paré el fuego. Apoyé mis manos en la encimera y solté al aire:

—Es una fiera, tía.

—¿Quién es una fiera? —Era Adrián entrando en la cocina.

—El niño con la pastelería, que los de la editorial están alucinando —improvisó mi hermana rápidamente; suerte que me encontraba de espaldas, porque mi cara era un poema.

—¡Ah! Es que ha salido a mí —confirmó mi cuñado orgullosísimo.

—Venga, sí, toma el café. Llévatelo, que está listo; tenéis las tazas, azúcares y las cucharas. Ahora salimos nosotras. —Era mi hermana dándole todo a mi cuñado.

—Vale, vale. Lo he entendido. Cómo está la jefa de marimandona... —me comentaba mientras recogía la bandeja para llevársela afuera.

Le sonreí. Una vez que salió, mi hermana gesticuló para que siguiera.

—Date prisa, hija, que estos hombres no saben estar solos.

—Pues, Lucía, es perfecto en todo. Aunque un poco celoso.

—¿Él celoso? Pero ¿se mira todos los días en el espejo?

—Sí, hija, eso se lo digo. El tema de los celos me tiene loca. Son cosas del pasado que le han marcado en su presente. Es un poco desconfiado con el editor, dice que no se fía de él, pero lo va llevando. No tiene más remedio.

—Viéndote así, esa sonrisa que se proyecta cuando hablas de él..., esa mirada que te brilla... —pasó su mano rozando mi mejilla—, esa piel tan fina que tienes...

Le di un tortazo en la mano.

—Marrana, tienes la mente tan verde... Estoy acojonada, pero a la vez ilusionada.

—Recuerda, tu cabeza te controla, tu corazón es el que te guía, escúchalo bien. —Me lo decía mientras salía hacia el jardín.

Mi hermana, mi sobrino y mi cuñado eran las personas más importantes de mi vida. Ver cómo aceptaban a Iván era muy importante para mí.

Nos dirigimos hacia la mesa, donde ellos seguían sentados. Iván buscaba mi mirada, le sonreí.

Fueron pasando las horas y llegó la tarde, eran cosa de las cinco y estábamos muy cómodos. Le quise mostrar un poco a Iván los sitios en los que había vivido la mayor parte de mi infancia, así que anduvimos para bajar la comida por los alrededores de la casa, explicándole anécdotas de cuando era pequeña. A él le alucinaba cómo se podía conservar esa casa tan bien, ya que era de los años cincuenta. Es cierto que la jardinería la llevaban profesionales, pero la vivienda la mantenía mi hermana de la misma manera que lo hacían nuestros padres. Los chicos se pusieron a jugar a fútbol y cuando se cansaron jugamos todos al Dobble, un juego de mesa muy entretenido, y acabamos con el dominó. Ver que todos éramos uno me hacía sentir completa.

Cuando ya eran las ocho de la tarde decidimos volver a casa. Íbamos comentando en el coche —esta vez conducía él— cómo había ido el día. Sonó mi teléfono y me sorprendí al ver quién era. Iván giró la cara por mi silencio y preguntó:

—¿Quién es, cariño?

Hubo una pausa, solo se oía la vibración del móvil con la música de la radio de fondo, no sabía cómo decírselo.

—Es Santi, amor. —Tragué saliva.

Noté que la cara de Iván iba cambiando.

—¿Para qué te llama? ¿Otro desayuno?

—No sé. Se lo voy a coger, a ver qué quiere. —Iván dijo que sí con la cabeza, a la vez que levantaba una ceja—. ¿Santi? Sí, bueno, ahora estoy en el coche con Iván. ¡No me digas! Pero... si no soy conocida ni nada. Sí, sí; contenta no, lo siguiente. Si me pellizcan no me lo creo. Vale, vale. ¿Puedo ir con acompañante? De acuerdo. Claro. ¡Mil gracias! Sí, sí, un beso.

Iván me miraba expectante, con cara de querer saber qué me había comunicado Santi que me había hecho tan feliz y no podía esperar al día siguiente. Como deduje que le gustaría saberlo cuanto antes, no esperé a que me preguntara y se lo conté directamente:

—¡¡No me lo puedo creer!! Han presentado mi proyecto a una de las mejores librerías y han querido que haga la presentación en su central.

—¡¡¿Qué dices?!!

De repente paró el coche en un rellano de arena y puso el freno de mano. Estaba tan emocionada que no sentí que me cogía de la cara y me plantaba un beso, tan fogoso que abrí los ojos y cuando me quise dar cuenta estaba encima de él. Empezamos a besarnos apasionadamente mientras Iván reclinaba el asiento para estar más cómodos, ya que mis nalgas le daban al claxon y lo hacían sonar. Nos quitamos uno al otro las camisetas sin parar de acariciarnos, acompañándolo con besos y lametones. Bruscamente llamaron a la ventanilla; giramos nuestras caras hacia esta y vimos que nos estaban apuntando con una linterna. Yo me coloqué la mano en la frente para que no me deslumbraran.

—Perdonad. Buenas noches, chicos.

Con la luz no podíamos ver el rostro de quien hablaba, pero su voz era femenina. Bajamos la ventanilla. No pude articular palabra y habló solamente Iván.

—¿Ocurre algo, señora?

—Sí, estamos aquí acampados con un grupo de jóvenes. Y los tenéis alborotados.

Di un saltito, me coloqué en mi asiento y me puse la camiseta.

—Disculpe, la verdad es que no los habíamos visto.

—Ya, nos hemos dado cuenta por la manera en que estabais, tan revolucionada. Si me disculpáis, voy a bajar las pulsaciones de los chicos. Que tengáis buenas noches.

—Buenas noches, señora —se despidió Iván.

Dimos marcha atrás y nos dimos cuenta de que la señora con la que habíamos hablado era una monja. Mordí mi labio en el instante en que lo descubrimos; qué vergüenza pasé, mi estómago se encogió y me dio por reír.

De camino a casa seguimos hablando de la presentación, comentando que podía llevar a dos acompañantes.

—¿Y ya sabes quién te va a acompañar? —me preguntó Iván.

—No te voy a dejar solo. No voy a permitir que esa cabecita perturbada dé más vueltas de lo necesario. Quiero que estés en mi presentación. —Dejó escapar una pequeña respiración, rápida, por la nariz.

—¿Y el otro acompañante quién será? ¿Dani?

—No, no puede ser él. Tiene que estar en la tienda; me hubiera gustado que fuera mi hermana, pero con Hugo tan pequeño no va a poder ser. —Cogí aire, porque no sabía cómo decírselo. Sin pensarlo lo solté—: Me ha dicho Santi que el segundo sería él, ya que le gustaría asistir a mi primera presentación y ser él quien me haga la entrada. Así me ayudaría un poco en mi iniciación.

—Ya. Es normal que él quiera, me lo imagino.

—Iván...

—Tranquila, no le voy a quitar el ojo de encima.

Se iluminó mi teléfono, alguien me escribió un mensaje. Era Santi; leí el mensaje en la misma notificación sin desbloquear el móvil, así Iván no se iba a dar cuenta. Ponía: «Por cierto. Ponte bella, como siempre, que luego habrá que ir a un cóctel. Besos».



## 15. Vuestras locuras hacen que os quiera

Pasaron varias semanas y después de tanta búsqueda de pisos encontramos una oportunidad para entrar a vivir. No lo pensamos ni dos veces, ya que era una casa relativamente cerca de la zona donde habíamos vivido los dos, próxima a nuestros lugares de trabajo. Esa oportunidad no se podía perder; aparte de la ubicación, en plena naturaleza, alejada de la urbe, lo tenía todo: el precio y cómo se encontraba, era idónea para entrar. Quisimos cerrar el trato muy rápido, ya que Iván iba a empezar con los informes de final de curso e iba a tener mucho trabajo, no queríamos que nos pillara con mudanzas y todo lo que conlleva un cambio de vivienda. Después de quedar varias veces con el agente de la inmobiliaria, cerramos el día de la firma. Llegamos a la notaría y mi sorpresa fue conocer a la propietaria. No daba crédito:

—¿Laia?

¿Ella era la propietaria de esa casa? Ya entendía por qué se tardó en cerrar la fecha con la notaría: no era porque se lo estuvieran pensando, sino porque ella tenía que cuadrar todo para viajar hacia España.

—Hola, Martina, ¿qué tal?

—¿Sabes que soy la compradora de tu casa?

—Noooo, ¡eres tú! Ay, qué feliz me haces. —Me abrazó emocionada.

—Sí, ¿pero esa casa era de tus padres? No lo recuerdo. —le pregunté en el oído.

—¿Os conocéis? —curioseaba el agente inmobiliario. Asentimos con la cabeza.

—No, esa casa era de mi tía. Me ha costado muchísimo decidirme, pero ahora sabiendo que tú vas a ser la propietaria me quedo tranquila. Es que cuando venimos aquí a España ya vamos directos a casa de mis padres. Pero es para recogerlos e irnos de viaje a otro lugar, y, claro, esta casa necesita un mantenimiento, mucho cariño... y yo no se los puedo dar...

—Laia, mi niña, no te preocupes; se lo daremos nosotros. Mira, te presento a Iván. —Agarré de la mano a Iván y lo acerqué a nosotras, le sonrió y se saludaron con dos besos—. Él también será el propietario, y no te sofoques, que amor no faltará.

—Encantada.

—Disculpad, pero tenemos que subir, es nuestra hora —nos avisó el agente.

Entramos en el notario y me dio sensación de ahogo, como si fuera un lugar pequeñito. Iván y yo nos dimos la mano. Vi que las paredes estaban forradas de madera oscura y que había muchas puertas cerradas con pomos dorados. En la misma entrada había una pequeña recepción, donde nos esperaba una mujer con gafas y el pelo rubio, rizado.

Le dimos nuestros documentos de identidad y nos hicieron entrar en una sala presidida por una mesa larga, de la misma madera que las paredes, rodeada de muchas sillas de cuero negro. Nosotros nos tuvimos que sentar en una banda y Laia y el agente se colocaron enfrente.

Laia nos miraba tranquila, con una gran sonrisa. Iván colocó su mano encima de mi pierna y me la apretó, giré mi mirada hacia él y noté que quería decir algo. Lo cogí de la mano, en ese momento él fijó sus ojos en Laia y le dijo:

—Si quieres, cada vez que vengas a España te puedes pasar, así no perderás parte de ti.

A ella se le escapó una bocanada de aire y su sonrisa se agrandó más aún. Me fijé en que sus ojos estaban llenos de brillos, aguantaba para no llorar. Me emocioné y para confirmar lo que comentó Iván dije:

—Claro, tú ya sabes que siempre será tu casa. Siempre tendrás las puertas abiertas, no la has perdido, ¿lo sabes? Nos la has cedido, para continuar manteniéndola como hubiera hecho tu yaya.

—Lo sé —contestó acongojada, limpiándose las lágrimas que empezaron a caerse por sus mejillas.

En ese instante entraron el notario y una mujer que lo apuntaba todo. La firma fue muy rápida, pensaba que iba a durar más tiempo. Pero con veinte minutos estaba todo listo.

A la salida le propusimos a Laia ir a tomar algo y ponernos al día, ya que no me gustaba verla así.

Aprovechamos que en la acera de enfrente había una cafetería pequeña y fuimos allí. Estuvimos hablando de su paso por Chicago y de cómo le iba la vida. Todo lo que explicaba era maravilloso. Nos lo comentaba muy emocionada, se notaba que era feliz. Habló de la familia que había creado con Matt, el chico que la hizo encontrarse; como ella lo describía, «su compañero de viaje». Me gustó esa definición, observé a Iván y pensé si él iba a ser el mío. Nos dejó a Iván y a mí embobados escuchándola. Acabó su conversación con una invitación a su nuevo hogar, esa chica era increíble. Iván se levantó para despedirse, ya que él tenía que volver a su trabajo. Nos dejó a solas a Laia y a mí, y fue cuando aproveché para desahogarme con ella, como lo hacíamos en nuestra juventud.

—Laia, escucharte es increíble. Eres tan feliz sin decirlo..., es más, hueles a ello.

—Ja, ja, ja. La verdad es que fue mi mejor casualidad, con un simple roce estoy viviendo una gran historia de amor. Bueno, ¿y tú qué tal?

—Yo. Pues no sé... A Iván lo conocí mi primer día en Cerdeña, conectamos solo con vernos. Me revolucionaba con tenerlo cerca. Como si fuera una adolescente con las hormonas más activas que nunca. —Se le escapó una risotada—. Sí, sí, tú riéte. Pero he hecho con él cosas que si me las hubieran contado antes habría dicho: «IMPOSIBLE».

Laia abrió los ojos con cara de sorprendida.

—Uy, que esto me es muy familiar. Cuenta, cuenta.

—Pues me preparó una cena romántica en una de esas calas rollo privadas, esas que se consideran salvajes, en las que no hay ninguna vigilancia. Con una mesa, con velas, solo para él y para mí... Me dejó hasta floja. Y cuando acabamos de cenar, después de unas cuantas copas de vino y las hormonas jugando con mis sentimientos, una cosa llevó a la otra. Nos metimos en el agua, el roce, la marea, todo...

—¡Noooo! ¿En plena playa?

—Sí, tía. —Laia empezó a dar palmadas de alegría y yo me cubría la cara con las manos de vergüenza—. Y así unas cuantas, es que me besa y pierdo el norte.

—Sí, sé de lo que me estás hablando... —Me tocaba la mano con una pequeña sonrisa, bastante pícara.

—Pero cuando acabaron los días de verano me dejó. Me rompió el corazón, no sabía por qué. Una vez pasado aquello, volvimos a hacer nuestras vidas rutinarias, aquí, en casa. Quiso quedar varias veces conmigo, pero yo pasaba. Hasta que hicimos un reencuentro con todos y, bueno, ahí aclaramos las cosas. Se sinceró, me dijo que nunca le había ocurrido algo parecido, que sentía demasiado por mí, y todo fue muy rápido y se asustó. Y si a eso le añades sus celos por cosas de su pasado, mi vida es como una noria. Ja, ja, ja, ja. ¿Qué te parece?

—¡Uf! Lo de los celos es algo duro.

—Ya, lo sé. Ahora parece que va a menos, pero aquí no acaba la cosa. Vamos a sacar un libro de Martina's Cake; y el editor, Santi, está tremendo. Iván, pues calentito con el tema, porque el editor sabe que tengo pareja (es más, se lo presenté), pero hay cosas que me llevan a pensar que no le importa que yo esté con alguien.

—Tú frénalo, en el caso de que pase algo. Y a Iván le debes dejar claro que él no tiene que hacer nada, que en todo caso, si pasara algo, serías tú la que harías algo al respecto.

—Viéndolo así, tienes razón. Debo dejar de vivir con miedo y decirle a Iván que no ha de sufrir por nada, que en quien tiene que confiar es en mí. Cuando nos dimos la segunda oportunidad, lo primero que le dije era que no quería que fuera un error.

—Martina, tranquila, tú haz como siempre nos decía tu hermana: actúa con el corazón.

—Te he echado tanto de menos, neni...

—Mira, haremos una cosa: te voy a dar mi teléfono, así podremos estar en contacto. Me sabe mal, pero tengo que pasar por casa de mis padres, pues quiero estar un rato con ellos, y luego ya cojo el avión para volver, que Matt se ha quedado al frente de las tres fieras, ja, ja, ja. Y, lo dicho, estamos en contacto.

Salimos de la cafetería y nos despedimos.

Después de una jornada intensa en la pastelería, nos pusimos a limpiarla y a dejarla lista para la siguiente semana, ya que durante unos días yo no iba a estar las horas que hacía normalmente. Antes de mudarme tenía que cerrar varios asuntos, como el alquiler de mi piso, la mudanza, altas de servicios..., me esperaba una semana intensa. Dani estaba un poco raro, arrastraba los pies por el taller e iba pensativo en todo momento; quise averiguar qué le pasaba, pero no soltaba prenda. Tenía pensado, después de la mudanza, darle unos días libres para que se despejara y recuperara su felicidad, lo echaba en falta. De esa manera los días que yo iba a estar fuera por la presentación del libro él se encontraría a tope, para poder trabajar bien.

Cuando ya estábamos acabando y cerrando, oímos una bocina de coche y a una loca gritando:

—¡¡¡Helloooooo!!! ¡Vengaaa, que vamos a por ese vestidazo que necesitas para tu gran día!

Era Esther, con medio cuerpo fuera de la ventanilla del copiloto. Yo negaba con la cabeza, algo avergonzada por la amiga que tenía. Dani se puso rígido y algo nervioso, miró serio y se despidió con bomba de humo, no me di cuenta ni en qué dirección se fue.

Judith me deseó suerte y se despidió de las chicas; me monté en el coche, iban casi todas. Gloria era la que conducía, Esther de copiloto y detrás estaba Nuria, riéndose. Cristina no nos acompañaba, haría cosa de un mes que se fue a Italia a probar con Marco.

No me esperaba ese recibimiento, y tampoco tenía pensado comprarme ningún vestido para la presentación del libro. Toda aquella trama había sido planificada por ellas. Mientras nos dirigíamos a alguna tienda, de algún lugar, ya que no me querían decir dónde íbamos, aproveché para escribir a Iván y decirle que no cenaría con él ni sabía la hora a la que llegaría, pues con ellas nunca se sabía. En menos de un minuto me contestó: «Mi niña bonita, disfruta con tus amigas. Hoy haremos noche de chicos, puede que me tengas que esperar tú».

Miré a través de la ventanilla y por las indicaciones supe dónde me llevaban. Íbamos a un Atelier en Sant Cugat; la propietaria era una chica jovencita, con muchas ganas de soñar acompañadas de un buen talento. Siempre acudía a ella cuando se me presentaba algún evento especial. Teníamos mucha conexión, solo con verme sabía lo que me quedaba bien, y lo combinaba con lo que buscaba. Recuerdo la primera vez que quedamos (supe de ella a través de unos amigos que se casaron de forma original y a quienes ella les diseñó e hizo los trajes). El

vestido que me hizo aquella ocasión fue para la boda de mi hermana. Ella, Laura —que era como se llamaba la diseñadora—, se estaba iniciando en ese mundillo y quedamos en una cafetería del centro de Sant Cugat, ya que aún no tenía un lugar exacto donde trabajar. Esa tarde me diseñó en una servilleta el que iba a ser mi vestido; era increíble, un esbozo tan real que llegué a hacerme una idea. Fuimos juntas a buscar la tela y me hizo varias pruebas. Su delicadeza, su cariño, la implicación que ponía... hacían que ese vestido fuera más especial aún de lo que ya iba a ser, pues era la boda de mi hermana y yo sería la madrina.

Llegamos al sitio y tuvimos suerte, encontramos aparcamiento en la misma puerta.

Y allí estábamos, frente a la entrada del Atelier de Laura Vila. Nos miramos y entramos. Laura nos esperaba.

—Martina, ven aquí. Cuánto tiempo... Ya me han chivado que vas a presentar tu primer libro. Tengo varias ideas en mente, a ver qué os parecen.

Nos indicó con sus brazos que pasáramos al interior, donde había una pequeña sala de espera con un sofá blanco de capitoné y dos sillas de color rosa palo, de estilo escandinavo. Nos sentamos todas y se acercó con unas copas de champán vacías y seguidamente trajo una botella. Nos sirvió un poco y empezamos a mirar unos bocetos en papel.

Era increíble, qué mano tenía esa chica; la modelo de los vestidos tenía mi cara, era como verme reflejada en ellos.

Había tres bocetos diferentes. Uno de los vestidos era muy de mi estilo, ajustado, negro, con un cuello alto, increíble. Yo ya me había decidido, pero las demás se habían enamorado de otro. El tercero ni lo llegué a ver. El que les gustaba a todas era un vestido de color burdeos, con tirantes y un escote pronunciado, por la espalda con forma de U. El cuello era redondo, y todo el borde de la parte superior, tanto del cuello como de la espalda, llevaba una pequeña pedrería. Resultaba muy elegante, y el color era perfecto. Ajustado, con pinzas para marcar mi cintura; el brillo de la pedrería me llamaba la atención, y su largo era el idóneo.

Por votación ganó ese vestido.

—Sabes que va a ser este, ¿no? El negro es muy bonito, pero deja la seriedad para otro momento. —Me lo dijo Nuria, que con una mano cogía la mía y con la otra sostenía el boceto del vestido. Esther alzó la copa y soltó por su boquita:

—¡Marranas al poder!

Laura se sobresaltó, no se esperaba ese grito de guerra y empezó a reírse a carcajada limpia.

—¡Esther! Te dejamos libre y la que lías... —soltó Gloria.

—Bueno, pues nada, brindemos por ese vestido tan chuli; ¿así sí?

Laura se levantó y me contó que tenía «tela mala», como ella decía, para coger medidas y así poder empezar a confeccionar mi vestido. Me puso trapos por encima, ya que tenía mis medidas de las anteriores veces, y empezó a darle forma.

Me paseé entre ellas como si aquello fuera una pasarela y yo una *top model*.

—Hija, hasta con la tela mala, esta que dice Laura, estás preciosa —decía Gloria, después de beber un poco de champán.

Laura me quitó el vestido con toda su destreza y sin desprender ningún alfiler. Mientras doblaba la tela me comentaba:

—Nos tenemos que ver de aquí a dos semanas, que ya tendré la tela y la forma del vestido hecha. En esa visita acabaremos de afinar todo, para la siguiente recogerlo.

—Jolín, qué rapidez —le dije asombrada.

—Bueno, es para ya, ¿no?

—Sí, sí. ¿Cuánto te tengo que dar?

—Nada, ellas se han encargado —me respondió señalando con el dedo a mis amigas.

Estaban juntas dando palmadas. No me lo podía creer, qué locas estaban: pero aun así, con sus locuras, las quería mogollón. Hice un *sprint* y me abalancé sobre ellas para abrazarlas. Me las comí a besos.



## 16. Si te hubiera conocido antes, todo sería diferente

Después de escoger el que iba a ser mi vestido, nos fuimos a un mexicano a cenar. El local era largo y estrecho, cuando entramos vimos una pequeña recepción donde nos recibió un chico moreno y bajito que nos acompañó a la que iba a ser nuestra mesa. En las paredes había pintadas y cuadros de calaveras mexicanas, las mesas eran de madera y las sillas también. La luz de local era tenue, acompañada por leds de color lila que enfocaban a las pinturas.

Cuando ya íbamos por los postres, se acercó el camarero con cuatro chupitos de tequila.

—Chicas, estáis invitadas por un joven que se encuentra en la mesa del final del local.

Sorprendidas, intentábamos ver quién era, pero había bastantes personas sentadas por delante que nos dificultaban averiguarlo.

Esther se puso en pie y se fue hacia allí. Pensábamos que iba a ir directa, pero entró en el servicio. Estábamos alucinando, aunque viniendo de ella nos lo esperábamos todo.

Cuando salió se giró, fue a la mesa que nos indicó el camarero y vino directa hacia nosotras. Teníamos curiosidad y le pregunté:

—¿Qué? ¿Has podido ver algo?

—Son varios chicos y uno de ellos me ha guiñado el ojo, a saber quién de ellos ha sido.

—Qué raro, ¿no? —decía Nuria extrañada.

Seguimos con nuestra velada y brindamos por nosotras con aquellos chupitos de tequila. Nos pusimos sal en la mano para hacer la gracia completa, la chupamos, bebimos el tequila y luego mordimos el limón. Una vez acabados dimos un toque con el vaso de chupito en la mesa, qué caras poníamos. Esther dio un toque más fuerte de lo normal, detuvimos nuestras risas y nos quedamos paradas.

—No puedo aguantar más, os quiero confesar algo. —Se produjo un silencio, era la primera vez que Esther estaba así de seria—. He estado quedando con un chico. Empecé a sentir cosas que..., me entró el miedo y le dije que no lo quería volver a ver otra vez.

Esa historia me recordaba a alguien; ¿qué le pasa a la gente con el miedo, que la paralizaba y hacía que no disfrutara de algo que podía ser bonito?

Tenía la mirada puesta en el vaso, estaba nerviosa, ya que no paraba de desplazar el chupito de una mano hacia otra.

Me quedé pensativa y de repente se me encendió la bombilla:

—Espera, ¿ese chico no será...?

—Dani. —Lo dijimos las dos a la vez.

—¿Pero cómo vas a tener miedo? Deja fluir esos sentimientos. No es la primera vez que sientes algo por alguien, ¿verdad? —Era Gloria, cogiéndole la mano para que parara de mover el vaso. Esther levantó la cabeza y vimos que tenía los ojos vidriosos.

—Estoy cogidísima, tías. —Era burra hasta para los momentos románticos—. ¿Y qué hago? ¿Le escribo?

—Estaría bien, pero a ver qué le vas a contar —le dije frenándola, porque ya me veía el

mensaje: «¡Eh! Quiero hablar».

Le indiqué con la palma de la mano que me prestara el teléfono. Pensé que yo era la persona que más conocía a Dani de aquella mesa y podía abrir esa coraza que se había puesto después del frenazo de Esther. Ella cogió su móvil y me lo entregó. Empecé a escribirle: «Buenas noches, Dani. Le estoy dando vueltas al asunto y necesito hablar contigo».

Y al segundo nos contestó. Leí el mensaje en voz alta: «Sé que estás escribiendo tú, Martina. Esther no es así de fina, pero la intención es lo que importa. Dile a Esther que podemos vernos mañana y hablamos del tema. A ver si la tarde-noche que va a pasar contigo, Martina, se le pega algo de tu dulzura. Que no veas qué castañazos me pega al corazón».

—Qué capullo es —dijo Esther entre risas. Le guiñé un ojo y le devolví el móvil sonriendo.

—Martina —me nombró una voz masculina, muy familiar. El sonido provenía de detrás de mí.

Todas tenían cara de sorprendidas, pero extrañadas. Me giré y lo vi a él; motivo justificado para mostrar aquellos semblantes. Era Santi; iba con un traje de color azul marino —al parecer a medida, porque le quedaba como un guante—, con una camisa blanca entreabierto que dejaba ver su tez morena. Tenía la barba más corta de lo normal y dejaba ver mejor las facciones finas de su cara. Fue inevitable cruzar las miradas, tenía sus ojos clavados en los míos. Me levanté para saludarlo.

—Hola, Santi. Qué casualidad, tú por aquí...

—Sí, he oído esa risa tan dulce que tienes y he reconocido tu voz. —Me cogió de la mano—. Es inconfundible.

Le solté la mano y le presenté a mis amigas:

—Te presento a mis amigas. Él es Santi, mi asesor de la editorial.

Saludaron todas con la mano, con una sonrisa de sorpresa. Él les respondió el saludo.

—¿Iréis al *pub* a tomar la última? —Nos lo preguntaba mientras sus amigos se acercaban a la mesa, con las chaquetas en la mano.

—Sí, creo que esa era la idea.

¿Qué estaba haciendo?, tendría que haber dicho que no... Pero tenerlo tan cerca y tocándome hacía que mi mente me la jugara.

—Pues nos vemos allí en un rato. Hasta ahora, chicas; ha sido un placer.

Santi se despidió de nosotras y mis amigas se quedaron calladas, esperando una somera explicación de lo que había ocurrido.

—¿Ese es el editor? Ahora entiendo la intranquilidad de Iván —intervino Gloria.

—Joder, Martina, hija, ¿qué le has hecho al karma, que te trae tanto tío bueno? Podrías repartir... —predicó Esther.

—Él es el editor, podéis ver lo bueno que está. Y para colmo Judith cree que este chico siente algo por mí. Iván, sabiendo que lo tengo volando a mi alrededor, se pone enfermo.

—Y, si tú no le dejas claro al señor tío bueno que no quieres nada con él, esto puede ir para largo.

—Me cuesta decirlo, pero estoy con Esther. Tienes que dejarlo claro —afirmaba Gloria.

—Si ya lo he hecho, le dije que tenía pareja y se la presenté.

—Ya, como si eso hiciera mucho. A él le va a dar igual que tú tengas o dejes de tener pareja si tu lenguaje no verbal dice lo contrario. Él intentará todo lo que esté en su mano, es lo más normal. —Nuria hablaba poco, pero cuando lo hacía era contundente.

—Es que tenerlo tan cerca... Una no es de piedra, ¿sabéis? Pero luego pienso en Iván y se me pasa todo.

—¿Tú tienes claro lo que quieres? —preguntó Esther, aunque era una pregunta que querían

hacerme todas, por su forma de mirarme.

—Sí, quiero a Iván.

Se levantaron todas de la mesa y Esther, dándome golpecitos en el culo, me recomendó:

—Pues ya lo puedes dejar claro.

Salimos del restaurante e íbamos andado hacia el *pub*. Empecé a dar vueltas a la conversación que habíamos tenido. No quería cagarla; por una parte, quería escribir a Iván y no ir al *pub* para evitar ver a Santi, pero, por otra, recordaba la charla que habíamos mantenido Laia y yo, tenía que enfrentarme a la situación y dejarle las cosas claras. Aunque mis dudas eran: «¿Lo tengo claro? ¿Y si mi mente me la juega, por tener los encantos de Santi tan cerca?».

El fresquito de la calle no dejaba subir mi temperatura e hizo que no me doliera la cabeza. Pero sabía por qué sentía cierta molestia. Esther me cogió de la mano y me acercó a ella. Me pasó la mano por encima del hombro y yo rodeé su cintura con la mía. Se acercó a mi oído y me dijo:

—Muchas gracias por lo de Dani. —Le di un beso en la mejilla.

Llegamos a la puerta del *pub*, era pequeña y había dos personas de seguridad custodiándola. En la entrada tenían una cinta roja que abrían para que pudieras pasar. Nos plantamos delante de esos dos mastodontes, les dimos las buenas noches y nos invitaron a entrar.

El lugar no era muy grande, con los techos algo bajos y bastante oscuro. Bajando unas escaleras se llegaba a una sola pista, en la parte derecha había como un escenario y encima de él se encontraba la cabina del *disc-jockey*. Al otro lado estaba la barra que bordeaba casi toda la pared. Al fondo había como una pequeña zona con una luz blanca, entendí que ahí estaban los baños.

Desde fuera no lo parecía, pero el *pub* estaba casi lleno. El humo blanco que echaban tenía olor a caramelo, era un poco empalagoso. La música era bastante comercial, pintaba bien. Me acerqué a la barra, donde había boles grandes con palomitas y kikos, podías ir comiendo mientras esperabas a que te sirvieran. Observé que todas las personas que servían copas eran hombres, por alguna extraña razón iban de aviadores. Miré a las chicas, que se habían puesto a bailar en medio de la pista mientras yo seguía apoyada en la barra esperando a que me atendieran. Necesitaba beber.

Me senté en un taburete y empecé a comer palomitas. Noté que alguien se acercaba a mí y me cogía por la cintura.

—¿Qué, pidiendo? —Era él, Santi.

—Intentándolo. —No quería ser brusca, pero tampoco quería crear falsas expectativas.

—¿Qué te apetece?

—Mmmmm, un Puerto de Indias con Sprite.

—Disculpa, ¿me pones un *gin-tonic* de Puerto de Indias con Sprite? —El camarero le hizo caso y, mientras me lo servía, Santi sacaba dinero de su cartera y me indicaba—: A este te invito yo.

—Gracias, pero no hacía falta.

—Así puedes pedir más...

—Santi, quería hablar contigo. —Se sentó en un taburete que dejó libre una chica que pidió antes que nosotros y me miró atentamente. Le di un trago a mi bebida—. Me es muy difícil, y no sé si es que estoy confundida. Me gusta mucho Iván. Y si tú...

Se levantó y se colocó a pocos centímetros de mí. Mi estómago se hizo tan pequeño que noté cómo el tequila volvía a mi boca, con un sabor agrio. Me agarró de las manos.

—Martina, es una pena. Pero te dejaré el espacio que necesitas. Me gustas desde el día que nos conocimos, en aquella terraza. Y tengo clara una cosa: te voy a esperar.

Le coloqué las manos en el abdomen, para alejarlo un poco de mí. Me ponía muy nerviosa

tenerlo tan cerca y no poder controlar la situación.

—No, no esperes, porque no vendré. Tengo clarísimo lo que quiero. No lo hagas más difícil.

—Tranquila, me lo has dejado más que claro. —Acarició con su mano una de mis mejillas y giré la cara para evitar que continuara.

—Santi, agradezco el apoyo que me has dado en el proyecto del libro, pero nuestra relación se tiene que quedar entre editor y escritora. Si nos hubiéramos cruzado antes, esto sería diferente. Pero te pido que respetes mi relación.

—Lástima. —Se giró y se fue adentrando entre la multitud de la pista, se detuvo y añadió—: Aunque no dejaré de mirarte. Tienes la mejor escritura que mis ojos pueden ver. Eso no es un delito.

Se alejaba señalándome sus ojos. Por una parte, me quedé aliviada, sonreí por ello, pero por otra no las tenía todas conmigo, y más como acabó su frase; negué con mi cabeza. Miré a la pista y vi a las chicas dándolo todo. Fui hacia ellas alzando mi copa, ya que se me movían y era difícil controlar dónde poner el pie.

Después de unos cuantos bailes y unas copas de más, decidimos regresar a casa. Me dejaron en mi portería, fui subiendo las escaleras como podía, ya que se me movían y era difícil controlar dónde poner el pie.

Me peleé con la cerradura durante veinte minutos. En ello seguía cuando me abrieron por dentro.

—¿Martina? —Esa voz no era de Iván.

—Sabes que este no es tu piso, ¿verdad?

Intentaba centrar mi visión, pero costaba que mis ojos miraran en dirección recta.

—Ah, ¿no? Yyyyyyy... Tú, tú, tú, ¿quién eres? —Intenté componer una frase.

Se abrió otra puerta y se oyó otra voz masculina.

—Ostras, Martina, vaya papa llevas. Disculpa, Óscar. Me la llevo a la ducha.

—Ja, ja, ja, ja, vaya susto me ha dado, pensaba que me estaban robando. Dile que me debe alguna cosa de las tuyas, bien dulce...

—Sí, se lo diré. Lo siento.

Iván me levantó del suelo y me cogió en brazos, lo sabía porque olía su colonia. No podía parar de darle besos y tenía ganas de marcha, pero no sé en qué momento me dormí.



## 17. La he cagado, y lo peor es que no me acuerdo

Abrí los ojos. Mi cabeza daba vueltas, qué dolor más desconcertante; parecía que los coches pasaban al lado de mi oído, cualquier sonido me retumbaba. Por la lámpara del techo sabía que estaba en mi habitación, estiré mi brazo para tocar a Iván, pero solo notaba sábana. Giré y vi que estaba sola. No recordaba cómo había llegado a casa ni cómo había entrado en ella. Me senté y miré el móvil, a ver si tenía alguna llamada o mensaje de Iván. Solamente había mensajes del grupo de las chicas, los dejé para más tarde. Me fui hacia la cocina a prepararme mi primera cafeína del día, ya que esa mañana tenía que ir de ruta por las compañías para dar de alta los suministros de nuestro nuevo hogar, y cruzando el pasillo me vino el olor a creps y a café recién hecho. Me asomé por la puerta mientras me recogía el pelo con un moño mal hecho.

Allí estaba Iván, de un lado a otro preparando el desayuno, pero me pareció raro que estuviera con ropa. Me acerqué a él para abrazarlo por la espalda:

—Buenos días, princesa durmiente. —Me lo decía mientras se escabullía de entre mis brazos. Cogió su taza llena de café y empezó a tomárselo. No paraba quieto, era como que me quería esquivar, pero ¿por qué?

—Buenos días, señor escurridizo.

—Tienes creps recién hechos y café en la cafetera.

No paraba quieto, salía de la cocina y al momento entraba. Cogí una taza y mientras me preparaba mi café con leche, extrañada, le pregunté:

—¿Qué ocurre, Iván? Hoy estás como un poco despegado, ¿no?

—Nada, cuando llegaste ayer estabas muy graciosa y muy habladora, y hablaste más de la cuenta. —Se volvió a ir de la cocina hacia el comedor.

Lo seguí:

—¿Qué conté? ¿Me puedes decir algo?, ¡por favor! —Me sentía impotente al no acordarme de nada.

—Haz memoria... —Cogió su mochila, volvió a la cocina a dejar su taza, me dio un beso en la frente y se despidió diciendo—: Por cierto, hoy comemos con mis padres en el restaurante griego. ¿Me recoges a las tres en la esquina de siempre?

Me quedé paralizada, mi mente intentaba recordar qué había sucedido la noche anterior y qué tuve que soltar por mi linda boquita para que él reaccionara así.

—Sí, de acuerdo, allí nos vemos. —Levanté la mano para decirle adiós—. Que tengas un buen día.

Me lanzó un beso al aire y cerró la puerta. Intenté pensar, y recordé que en el chat de «MARUJEO» habían escrito. Fui corriendo a la habitación para coger mi móvil y empecé a leer los mensajes de las chicas, a ver si me podían hacer recordar algo. Gloria preguntaba cómo nos habíamos levantado todas, Nuria decía que ella al no beber tanto se encontraba bien y que teníamos que repetir. Esther comentaba que había quedado para cenar con Dani y estaba de los

nervios; coladita era lo que estaba, muy coladita por Dani, increíble. Pero no ponía nada más. Recordaba lo de Dani, pero no mucho más. Con el teléfono en la mano, me dirigí hacia la cocina. Necesitaba cafeína para poder serenarme y hacer memoria.

Cogí los creps y el café, me senté en la mesita de la terraza. Era una mesa pequeña de madera con dos sillas, justo lo que cabía en mi balcón, pero lo mejor de todo eran las vistas, miraras por donde miraras se veía verde; me encanta el pueblo donde vivo, estamos envueltos en zonas verdes. Di un sorbo y cuando fui a dejar la taza mi móvil sonó. Era un mensaje de Iván: «Disculpa mi actitud, no me gusta ser así, pero lo de ayer me ha dado que pensar».

Tiré el móvil encima de la mesa, pero ¿¡qué cojones tuve que decir!?, ¿qué había pasado? Qué impotencia sentirme así, no poder justificarme... Apoyé mi cabeza sobre mis manos y la sometí a un poco de presión, a ver si era capaz de conseguir centrarme y saber qué había sucedido.

Lo mejor era que llamara a Gloria para saber si ella sabía algo de lo que ocurrió, pero por los mensajes ninguna sabía nada, ya que si no hubieran escrito algo... En ese mismo instante, cuando agarré el teléfono para llamar a Gloria, este sonó. Era Santi.

—¿Sí?

—Hola, Martina. Déjame hablar primero, ¿vale? No sé por dónde empezar... —Uy, no me gustaba nada cómo empezaba aquello. Tuve que cortarlo.

—Santi, ¿ocurrió algo entre nosotros ayer? —Mi corazón empezó a darle golpes bruscos a mi pecho. Noté cómo mi calor corporal iba subiendo.

—¿Entre nosotros? —Se quedó callado—. No recuerdas nada, ¿verdad?

¿Por qué todos me dejaban a medias y no terminaban de hablar? Qué rabia.

—No sé, recuerdo cosas..., pero por la manera que te estás disculpando, sigue... —Me hice la indignada para ver si seguía con su disculpa y así llegaba al quid de la cuestión.

Ya sabía que el punto clave era él, Santi. Ese era el motivo de que Iván estuviera molesto. Solo me faltaba saber por qué.

—Ayer, al verte allí, con tus amigas riéndote... ¿Sabías que tu nariz se arruga un poco cuando ríes? Esa soltura que tienes al expresarte, tu figura..., ¡me tienes loco!

—Santi, no entiendo nada.

—Ya, ya, me lo dejaste claro ayer. Sé que tienes pareja y que nuestra relación se basa en escritora-editor. Pero no puedo negar que me gustaría arrasar con todo lo que te envuelve para quedarme contigo. Cuando desayunamos juntos y te miro, al morder un cruasán me gustaría ser uno para rozar tus labios. Tiraría todo lo de la mesa al suelo para ponerte encima y hacerte el amor. Esas pecas que se aposentan en tu nariz y parte de mejilla me enloquecen, el olor que desprendes a dulce me revoluciona. Tu mirada me excita, esos ojos marrones se me clavan como alfileres, y tu figura... Dios, Martina, tu cuerpo; qué curvas de escándalo.

En ese mismo instante empecé a recordar. No podía articular palabra, me costaba controlar la respiración.

—Santi, me abrumba todo lo que sientes por mí, pero yo ya te dije que...

—Lo sé, que si me hubieras conocido en otra circunstancia seguramente se habría relatado otra historia. Pero necesitaba decírtelo.

¡Dios! Aquello era lo que sabía Iván, le tuve que explicar que vi a Santi y que le paré los pies diciéndole que, si no estuviera con él, podríamos haber tenido algo. Joder, ¿por qué cuando bebía me daba por hablar más de la cuenta, en vez de vomitar como cualquier otra persona? Era un desastre.

—Santi, me sabe muy mal, de verdad, pero el que me importa y a quien realmente A-M-O es a Iván.

—Tranquila, me lo dejaste claro y me sabía muy mal haberte puesto en semejante tesitura. Y mi llamada era para preguntarte si querías que fuera otra persona de la editorial a presentarte.

—Santi, sé que vamos a ser mayorcitos y esto se quedará como una anécdota. Quiero que me presentes tú, eres quien confiaste en mí para que esto llegara hasta donde estamos.

—Por supuesto. Para mí es un placer, y gracias por esta nueva oportunidad. Nunca me había pasado antes, ya que mi trabajo me lo tomo muy en serio. Pero eres el huracán que arrasa por mi interior, dejando todo alborotado.

—Pues nos vemos en unas semanas. Un abrazo.

—Sí, de aquí a unos días estamos en tu gran debut. Un beso, Martina, que tengas un buen día.

Colgué. Me quedé mirando el móvil durante unos instantes; quería escribir a Iván, aunque no sabía el qué. Un «lo siento por ser una bocazas» sería buena disculpa, pero tampoco me quería disculpar por una cosa que pensaba. Lo había respetado, no había hecho nada. Tenía claro lo que quería y era a él; si no hubiéramos estado juntos, pues seguramente estaría probando suerte con Santi, o no, yo qué sabía. Tenía un buen lío mental. Me fui a la ducha para despejarme un poco y así poder ir a hacer lo del agua, la luz y el gas de nuestro nuevo hogar.

Después de dos horas realizando las gestiones necesarias, estaba a la espera de mi último cambio. Llevaba más de tres cuartos de hora esperando a que me atendieran en la compañía de la luz y mi cabeza empezó a darle vueltas a lo sucedido la noche anterior y a la reacción de Iván. Le escribí, necesitaba arreglarlo antes de conocer a sus padres. Lo que puede conllevar una situación como esa, la de conocer a tus futuros suegros, es mucho, de ahí que necesitara acabar con el enfado antes, si no me sentiría más incómoda de lo normal. *«Necesito hablar contigo antes de conocer a tus padres», esa fue mi frase.*

Sabía que no me iba a contestar al momento, estaba trabajando, lo haría cuando pudiera.

Una vez que me atendieron y solucionaron mis peticiones, me encaminé a Martina's Cake, a ver cómo iba el día y si necesitaban un poco de ayuda. Iba andando por la calle peatonal de la pastelería y me fijaba en las fachadas de las casas, tenía que coger ideas para poder aplicarlas en nuestro futuro hogar. Qué bonitas; eran casas antiguas, señoriales, con mucha vegetación alrededor. Me encantaba, era increíble tener un hogar así en el centro del pueblo. Me entraban ganas de llamar a alguna de ellas para ver cómo tenía el interior. Pero no me preocupaba mucho el tema de la decoración, tenía una amiga experta en esa sección. Me estaba acercando a la pastelería y me encontré en la parte exterior de la tienda a muchas personas paradas, haciendo cola, como si esperaran algo...

Aceleré el paso y entré. Oía voces susurrar entre ellas, preguntándose:

—Es ella, ¿no?

Mientras entraba en el taller para cambiarme, me iba recogiendo el pelo. Dani estaba nervioso, movía muy rápido las manos. A la vez que me colocaba el delantal le pregunté:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no me habéis llamado?

—Judith ha publicado el *making off* del libro, comunicando que en breve lo tendríamos a la venta y que se podía reservar viniendo aquí a la tienda y entregando una señal. Pues así llevamos desde las nueve y cuarto de la mañana.

Miré el reloj, eran las dos menos cuarto, no quería que se me pasara la hora. Estaba alucinando, me asomé a la tienda y calculé que había más de veinte personas. Cogí aire y volví a esconderme; estaba en una nube, si en ese momento me hubieran pinchado no me habrían sacado sangre. Noté cómo unas chispas se encendían dentro de mí y miré con cara de felicidad a Dani, que me contestó con una sonrisa y ojos brillantes. Di un bote, corrí hacia él y salté en sus brazos. Empezamos a dar

vueltas y me susurró al oído:

—Te mereces esto, Martina, y mucho más. Ya era hora de que tu trabajo llegara tan lejos.

—Es gracias a vosotros, que hacéis posible que tenga su orden y encanto. Sin vosotros no hubiera sido posible.

Me separé para cruzar nuestras miradas, lo besé en la mejilla. Nos achuchamos y al separarnos le confesé:

—¡Por cierto! ¿Qué me tienes que contar, eh, pillín?

—Ja, ja, ja. Me tiene loco, Martina. Hará cosa de un mes coincidimos en el bar de la rambla, tomando unas copas. Empezamos a hablar, nos intercambiamos los teléfonos y me escribió una tarde. Volvimos a quedar y así cada vez más, hasta llegar a vernos prácticamente todos los días. Cuando todo iba sobre ruedas, llegó ese día. Era una noche cualquiera que íbamos a cenar y recibí un mensaje diciendo que no me quería ver más. Me rompí.

—Qué idiota es a veces. Mira que la quiero, pero a veces tiene tan poco tacto para decir las cosas... Sus palabras favoritas son «mierda», «hostia» y «follar».

Dani explotó a carcajada limpia.

—Dani, ella está coladísima por ti. Es la primera vez que se pilla por alguien y está acojonada. Trátala con mucho cariño, por favor.

—No sé, es tan impredecible esta chica... No sé por dónde cogerla.

—No sufras, ella solo siente miedo, pero tiene claro que no te quiere perder. Le has calado muy adentro. Galán.

Le guiñé un ojo y me fui a ayudar a Judith, la mayoría de la gente ya se había ido. Una vez que atendimos a todos, Judith me puso al día: en lo que llevábamos de mañana nos habían reservado sesenta y dos libros, era alucinante.

Sonó mi teléfono, era Iván. Descolgué y salí de la tienda:

—Mí amor, ¿qué haces llamando a esta hora?

Me comentaba que había pedido un cambio a una compañera y así salía un poco antes, para poder quedar con tranquilidad y hablar.

—Sí, estoy bien —le contesté a su pregunta.

Silbaron detrás de mí, me giré y vi a Iván, estaba para comérselo. Colgué el teléfono. Vestía unos tejanos azul claro anchitos y una camiseta de color azul apagado, era de algodón y tenía manga corta, dejaba ver sus brazos fibrosos. Ese color le quedaba genial, le resaltaba su tez bronceada, y sus ojos ni los miraba; quería tener una charla con él sin excitación alguna. No paraba de tocarse el pelo alborotado, estaba intranquilo. Cuando lo tuve cerca, no sabía cómo actuar. Supuse que aún estaría molesto por lo que tuve que explicarle la noche anterior, pero quería solucionarlo y también aclarar cosas que me habían molestado de su actitud.

Nos dimos un beso, nos cogimos de la mano y me dijo con voz entrecortada:

—¿Hablamos?

Le asentí con la cabeza, estaba algo nerviosa porque no sabía por dónde empezar. Era difícil saber si estaba en lo cierto, ya que Iván no soltaba prenda. Cogí aire y dejé fluir las palabras:

—Iván, yo no sé por dónde empezar. —Me detuve y dejé escapar aire.

—Para, no sigas. Sé que no he hecho bien en actuar así.

Calló y miró hacia el suelo. No quise interrumpir, ya que cabía la posibilidad de que lo confesara. Volvió a rozar su pelo y siguió:

—Saber que si no me hubieras conocido, o, mejor dicho, si no hubiera insistido en volverte a ver para arreglar lo que estropeé... —Dejé de mirar hacia delante y me fijé en él. Sus ojos reflejaban dolor, era la misma mirada que tuvo en la conversación que recordó a su ex.

Empecé a hiperventilar y exploté:

—Para, para. Antes de todo no me he ido con nadie, solo siento algo por ti. Iván, sí, seguramente si no nos hubiéramos conocido, pues otro gallo cantaría. Pero ahora estoy contigo. Yo no sé si el día de mañana se cruzará alguien que rompa mis sentidos y deje descolocada mi orientación como tú lo has hecho. O si, por el contrario, te ocurrirá a ti. Somos imperfectos, ¿y qué? Yo sé que no soy la chica más ordenada del mundo y que actúo según mi corazón, la mente la dejo para la creatividad. Me gusta cantar en la ducha y hacer sentadillas mientras me cepillo los dientes. Sí, meo con la puerta abierta, de lo contrario no me concentro. Pero ¿qué pasa?, nada. Quiero que vivamos el momento, tan intensamente como si se fuera a acabar. Puede que nos equivoquemos, pero las reconciliaciones serán mejores. ¿Entiendes lo que te quiero decir? — Dejó caer mi mano en su pectoral y mi dedo empezó a descender en línea recta.

Iván me rodeó por la cintura con sus manos y me fue aproximando a él. Me descontrolaba tenerlo tan cerca, pero mi mente esta vez puso orden a mis sentidos y los frenó antes de que empezaran a recorrer mi cuerpo sin destino.

—Tienes razón, tengo que dejar ir el pasado. Tú no eres ella. Sí, estás un poco loca, pero eso es lo que más me gusta de ti. Estar en el sofá y oír cómo meas, salir de la ducha y ver cómo subes y bajas ese culito. Es normal que atraigas a los hombres, porque eres un bombón, Martina. Solo con olerte haces que se endurezca... —mi cara cambió la expresión de feliz a sorprendida (mejor dicho, a: «¡Dios!, no va a decir lo que creo...»)—, ¡ja, ja, ja!, Martina, haces que se endurezcan todos mis músculos. Aunque lo que estabas pensando también.

Nos empezamos a reír. Levantó la palma de su mano para indicar que esperara.

—Agradezco que seas tan sincera, que me frenes, eso dice mucho de ti. Yo tampoco soy perfecto, por lo que puedes ver. Y me encanta ser imperfecto a tu lado. Juntos formamos un amor imperfecto. Entiendo que no podamos hablar de futuro, porque no se sabe lo que puede ocurrir. Pero lo que tengo claro es que ahora quiero estar contigo.

Noté que sus manos me cogían con fuerza y nos empezamos a besar. Dios, me encantaban estos momentos, porque los besos eran como más apasionados; mira que era difícil, porque los dos éramos fogosos, pero eso de perdonarnos me estaba empezando a gustar.

—¡Madre mía! Esto no puede ser. ¿En el parque también? Id a un hotel, sois unos cochinos. — Se oyó una voz de lejos refunfuñar.

Para variar era Dani, rompiendo un momento bonito. Con la mano le dijimos adiós.

Nos fuimos para el restaurante, ya que estábamos a pocos minutos de él. Iván dijo con picardía:

—Por cierto, Martina, debes unos *muffins* a tu vecino Óscar. —Me quedé extrañada, no sabía de qué iba.

—Tú hazlos y que él cuente.



## 18. Los padres de Iván

Estábamos delante del restaurante, esperando a que llegaran los padres de Iván, cuando este recibió un mensaje.

—Es mi madre, dice que están aparcando, que entremos y pidamos mesa. Que en cinco minutos llegan.

Expulsé una bocanada de aire, estaba algo nerviosa, notaba un leve cosquilleo por mi nuca y un bombeo suave en mi párpado. Mis dedos no paraban de moverse, el pulgar se dedicaba a clavarle la uña al dedo índice y mis dientes mordían mi labio inferior.

Entramos en el restaurante; hacía tiempo que estaba abierto, pero yo nunca había ido. La puerta de la entrada era acristalada con marcos de madera, el cartel donde ponía el nombre del establecimiento tenía leds de color azul. En la misma entrada había un pequeño *hall* que recibía y despedía a los clientes, allí se encontraba una mujer muy delgada, con el pelo recogido, que llevaba un uniforme de color blanco y mangas rosas. Nos atendió muy amablemente, nos hizo un gesto para que la siguiéramos y nos acompañó hasta la mesa. Las paredes del salón eran unas azul marino y otras blancas, como los colores de la bandera de Grecia, y había columnas blancas y estrechitas distribuidas por todo el perímetro. La iluminación era muy tenue, ya que la única luz natural que había entraba por las cristaleras de la entrada. Las mesas, de madera oscura, tenían un mantel alargado y blanco puesto a lo ancho. Las sillas eran del mismo material que las mesas y no había mucho espacio entre unas y otras; al parecer no tendríamos mucha intimidad, pero pensé que sería lo idóneo para esa ocasión, ya que así el ruido ambiental o los gestos de quienes nos rodearan podrían llamarnos la atención y romper un poco la tensión o el nerviosismo que se pudiera generar.

Nos sentamos, Iván me cogió de la mano:

—Martina, respira, que mis padres no son ogros. Les encantarás.

Le sonreí, no podía vocalizar.

—Mira, ahí vienen.

Iván se puso de pie para saludarlos y yo me coloqué detrás de él. Su madre venía primero, era una mujer muy elegante, iba maquillada de forma muy natural. Tenía el pelo de color cobrizo, lo llevaba suelto y le llegaba a la altura de los hombros. Sus ojos eran de color miel con rayas amarillas y mostraba la misma sonrisa que Iván, encantadora. Se acercó a mí y me vino una ráfaga de perfume.

—Martina, cuántas ganas tenía de conocerte. Iván no para de hablar de ti...

—Mamá, no empieces.

—¿Es mentira, Antonio?

La madre de Iván se giró y pude ver al padre, que sorprendentemente era una copia de Iván, pero en maduro. Iba con unos tejanos complementados con un cinturón de piel marrón, no tan modernos como los que llevaba Iván, y una camisa blanca que favorecía su tez morena. Verle los ojos era como mirar a Iván, pero con más historias que contar. Tenía el mismo corte de pelo que

su hijo, pero el color era diferente, era blanco. Daba la sensación de estar viendo a Iván de mayor.

—Teresa, no empieces, lo que te gusta chincharlo.

Se me escapó una pequeña carcajada, qué graciosa era. Ya éramos dos.

—Martina, él es mi padre. Antonio.

—Encantada, es como ver a Iván más...

—¿Viejo? —preguntó su padre.

—No exactamente; más maduro, diría yo.

—Esta chica me gusta... —Me señalaba mientras se dirigía hacia Teresa e Iván.

Rodeó mis hombros con su brazo y me dijo:

—Bienvenida a nuestra familia.

—Pobrecita, Nino —era un apodo cariñoso de Teresa a su marido—, no la vayamos a atosigar antes de tiempo, que si no cuando nos vea saldrá corriendo y en dirección opuesta.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a pedir, nunca había comido en un restaurante griego y dejé que me recomendaran y pidieran por mí.

Me sentí muy acogida por la familia de Iván, fue una comida muy llevadera en la que hubo risas recordando historias de cuando Iván era pequeño, y su madre contó sus batallitas. No me sentí fuera de lugar en ningún momento. Durante una de esas historias que contaba Iván, me fijé en cómo Teresa y Antonio miraban a su hijo, lo admiraban. Algo que me encantaba de su lenguaje no verbal era que el padre estaba muy atento a Teresa, le tocaba la mano, de vez en cuando se observaban con complicidad. Qué bonito era ver que se podía querer a alguien como el primer día.

Por un momento paso un ángel (hubo un silencio) y Teresa se dirigió a mí, rompiéndolo:

—Me han dicho que vas a publicar un libro.

Alcé la vista hacia Iván, ese tema me recordaba lo sucedido con el editor. Me respondió con su sonrisa.

—Sí, hoy nos ha llegado el ferro.

—¿El ferro? —preguntaba Teresa.

—Es como una maqueta de tu libro, así puedes hacerte a la idea de cómo será. Lo hemos publicado en redes sociales para que la gente lo sepa y que quien esté interesado pueda dirigirse a la pastelería a hacer su reserva.

—¡Ah! Muy bien pensado —afirmó Antonio.

—Sí, sí, la sorpresa me la he llevado cuando me he acercado a la pastelería sin saber nada de todo eso y he visto un tumulto de personas enfrente de ella. Al entrar mis compañeros me han explicado lo sucedido, y en menos de cuatro horas se han reservado sesenta y dos libros.

—¿Qué me dices, mi vida? Esto hay que celebrarlo. —Iván pasó su mano por debajo de la mesa y la dejó reposar entre mis piernas, empezó a deslizarla hasta llegar a mi zona más sensible. Cerré las piernas para que me quitara la mano de ahí mientras sonreía a sus padres, qué mal rato me hizo pasar.

—Pues, sí, sí que hay que celebrarlo. Porque si solo con la maqueta has movido a esa masa de gente, ya no te digo cuando empieces con las presentaciones. Me alegro mucho por ti.

Teresa acercaba su mano para darle toques a la mía.

Una vez que acabamos, sus padres nos dijeron que se tenían que ir a hacer unos recados. No nos dejaron pagar la comida, quisieron hacerlo ellos. Qué personas más amables.

Salimos del restaurante e Iván me propuso ir a nuestra nueva casa para coger medidas, ya que no íbamos a aprovechar ningún mueble de los nuestros, así empezábamos de cero.

Conforme te ibas acercando a la casa aparecía, en primer lugar, un muro con una puerta de hierro antigua que permitía ver el interior de la finca. Este era el único acceso a la casa tanto en

coche como andando. Lo que imperaba en esa casa era la vegetación, que la envolvía. Era como estar lejos de la civilización, sin ruidos, solo Iván y yo. La edificación era señorial, blanca, con cenefas de color beis que rodeaban las ventanas, las cuales, a su vez, estaban protegidas por postigos de madera. La puerta de la entrada era de madera maciza, con pomo de hierro, el marco de esta tenía forma de arco hecho con piedras de diferentes tamaños y colores. Iván dejó el coche en un porche que había al lado de la casa, el cual íbamos a utilizar de garaje.

Abrí la puerta y nada más entrar vi una especie de recibidor muy grande, muy luminoso, gracias a las claraboyas y ventanales que dejaban entrar la luz natural. Enfrente estaban las escaleras que daban acceso al piso superior, y debajo de ellas una habitación pequeña. A la izquierda se encontraba un pequeño pasillo, al fondo del cual había un aseo y una habitación de invitados. A la derecha del recibidor había otro pasillo más ancho que conectaba con la cocina y el comedor. Me dirigí hacia este último; tenía los techos altos y había vigas de madera que cruzaban la estancia de lado a lado. Vi unas balconadas enormes que iban de pared a pared, dejando ver el porche y el jardín. Eso le daba una luz increíble a todo el salón.

Noté una respiración en la nuca que hizo que mi vello se pusiera de punta. En décimas de segundo Iván me había agarrado por la cintura y notaba cómo sus labios empezaban a besar mi cuello, yo movía la cabeza de un lado hacia otro. Mi respiración iba aumentando y con ella el bombeo de mi corazón; me di la vuelta rápidamente, subiéndome encima de él. No se lo esperaba, dio dos pasos hacia atrás y caímos al suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó Iván.

—Calla, calla y sigue besándome.

Cogí su camiseta y lo fui desnudando, él me quitó la mía. Nos pusimos de pie para quitarnos las bambas y los pantalones. Iván se quedó estupefacto y dijo:

—Joder, Martina, qué lencería llevas hoy.

Miré hacia abajo para observar qué había cogido. Me encantaba, era un *body* de color burdeos, con blondita, jugaba con transparencias. Era muy cómodo y me gustaba cómo me quedaba; por lo visto Iván pensaba lo mismo.

Se acercó rápidamente hacia mí y me llevó hasta la pared, lo tenía tan cerca que subí la pierna para rodearlo y acercarlo más aún. Se quitó *el slip* mientras yo lo agarraba y le arañaba la espalda y la nuca. Quise quitarme el *body* y me detuvo:

—No te lo quites, me encanta verte así mientras entro en ti.

Empezamos a besarnos desenfrenadamente, agarró mi pelo por la parte de la nuca, con la otra mano cogió mi brazo y me lo subió hacia arriba, me ponía mucho cuando usaba un poco su fuerza con mi cuerpo. Bajé la cabeza y miré al suelo, dejando mi cuello al descubierto, fue acercándose a él y empezó a chuparlo de tal manera que necesitaba sentirlo dentro. Con la mano que tenía libre aparté un poco el *body* y me penetró. Notarlo dentro una y otra vez hacía que mi columna se estirara y se arqueara, que mis músculos se tensaran de tal manera que impedían que la sangre corriera entre ellos. Soltó mi brazo y bajó la mano a mi lumbar, ayudándome a empujar al mismo tiempo que lo hacía él. En uno de esos momentos tan fogosos di un pequeño salto y me subí encima de él, me presionó fuerte contra la pared sin dar lugar a que me cayera y eso hizo que estuviéramos más unidos uno al otro. Mis pechos quedaban a la altura de su cara, apartó uno de ellos y empezó a lamerme el pezón. Tanta intensidad hizo que gimiera y cruzamos nuestras miradas varias veces, lo cual quería decir que los dos estábamos a punto de llegar al orgasmo.

Aquella fue la mejor manera de celebrar la noticia del éxito del libro y de dar la bienvenida a nuestro dulce hogar.



## 19. Secretos y revelaciones

Entre la casa nueva y todo lo que conllevaba, alquilar nuestros pisos, impartir cursos, preparar las vacaciones, final de curso de Iván..., se pasó el tiempo volando y sin darme cuenta llegó el día de la presentación. Ya tenía las maletas listas y mi supervestido preparado.

Me acerqué por la pastelería para despedirme, realmente me quedaba tranquila con el equipo que formábamos. La puerta estaba cerrada con llave, pero la persiana no estaba bajada. No había nadie en la entrada, no recordaba si Judith trabajaba o no, ya que tuve que desconectar un poco para poder llevar todo como quería. Era un poco raro, la luz estaba encendida y la del taller también; oí un susurro e intrigada entré:

—¿Hola?

—¡Dios, Martina! ¿Qué haces aquí?

—¡Joder!, pero ¿qué hacéis?

No podía ser verdad, pillé a Dani y a Esther en plena faena... Buah, fue verlos y me cubrí los ojos con la mano y di dos pasos hacia atrás.

—Pues qué vamos a hacer, cuando un hombre y una mujer necesitan desahogarse...

—Vale, Esther, sé qué estabais haciendo...

—Claro, nos has visto —dijo ella tan campante. Qué tranquilidad tenía, la verdad; ni taparse, ella ahí, en pelotas, hablando conmigo.

—¿Te quieres vestir, hija? Podías tener un poco de pudor... —le advertí mientras miraba en otra dirección.

—Como si no me hubieras visto nunca en bolas.

Dani, riéndose, le lanzó la ropa para que se vistiera. Y me confesó:

—Ahora sabes cómo me siento cuando os veo a ti y al profesorcito.

Lo miré y vi que estaba besando al aire, sacando la lengua y metiéndola, simulando cómo nos besábamos Iván y yo. Puse los ojos en blanco y me mordí el labio.

—¿Y Judith?

—Nos ha ido a buscar condones.

—Qué burra eres, hija. Ni enamorada, suavizas, ¿eh?

La cara de Esther empezó a cambiar de color hacia un tono rojizo, se estaba avergonzando...

—Mira, si está madurando y todo. No sabía que tu cara podía ruborizarse.

—Venga, déjala, que me encanta verla así... Te gusto, ¿eh, bruji? —le preguntó Dani a Esther rozándole la mejilla.

El sonido de una puerta cerrándose rompió nuestro momento; era Judith, que entraba en la tienda. Nos miramos los tres con gesto de terror: había cosas tiradas por el suelo, harina por todos lados... Llegó nuestra hora de la muerte.

—¡Dani!, ya estoy aquí. Lo siento, en el banco había tanta gente que parecía que regalaban dinero.

Se me ocurrió algo muy rápido: le tiré un trapo a Dani, le puse mi delantal a Esther diciéndole que se recogiera el pelo y cogí una escoba y empecé a barrer.

Como era de esperar, Judith se asomó. Golpeé a Esther para que se moviera y reaccionara.

—Pero ¡¿esto qué es?! ¡¿Qué ha ocurrido aquí?! —decía Judith un poco alterada.

—Hija, pues nada; Esther, que se ha empeñado en hacer masa de galleta, y ya sabes cómo es...

La cara de Judith era terrorífica, yo prefería ver a la muñeca diabólica Annabelle a la una de la noche, sola en una sala de cine. Suerte que las miradas no mataban, porque si no mi amiga estaría muerta. Esther sonrió alzando las dos manos, una llena de harina y otra con el rodillo de amasar. Dani se encontraba de espaldas a nosotras, limpiando los armarios. No paraba de subir y bajar; más que nervioso, estaba cagado. Si seguía así el muchacho, Judith nos iba a descubrir. Improvisé:

—Chicos, ¿acabáis vosotros de limpiar esto, que tengo que hablar con Judith sobre un par de cosillas? Es que en tres horas cogemos el avión y aún tengo que pasar a recoger a Iván, mi profesorcito. ¿No, Dani?

Judith me miró de reojo algo desconcertada; cuando ya nos alejábamos de la parte del taller me giré hacia ellos gesticulando que se apresuraran e indicándoles que me debían una.

Nos sentamos las dos en la mesa que era el despacho y estuvimos mirando los pedidos de la semana y el volumen que había. Acordamos que no se saturaran de trabajo; prohibía abarcar más de lo que se podía, recomendé que fueran más relajados, sobre todo teniendo en cuenta que llevábamos un ritmo bastante fuerte y que durante unos días iban a estar solo ellos dos, lo cual aumentaba el nivel de estrés. Estábamos muy contentos de tener mucho trabajo, pero empezábamos a ir desbordados y así no se creaba bien.

Cuando estaba a punto de marcharme, salió Esther del taller y me quiso acompañar.

—¿Dónde está ahora Iván?

—Tomando la última con los chicos.

—Te acompaño.

Dani y Judith estaban en la puerta para despedirse, me acerqué a ellos y nos abrazamos.

—Lo harás genial, Martina. Eres única —me animaba Dani.

—Ya estamos con lo de «única» —se oía murmurar a Esther.

—Hazte un esquema para tener un orden. Todo irá como lo tienes planeado. —Judith y su organización.

Ojalá fuera así de fácil en la vida: prepararte un esquema y que lo demás fuera solo.

De camino a la terraza donde se encontraban todos, notaba a Esther algo inquieta. Estaba muy callada, cuando ella no paraba de hablar y de hablar. Iba andando con la cabeza baja y sin parar de jugar con un mechón de su pelo.

—Esther, detente. —Le aparté la mano de la melena; si hubiese seguido, se lo habría arrancado —. ¿Qué ocurre?

—Joder, Martina, no sé por dónde empezar. —No era capaz de mirarme—. Estoy acojonada.

—Ja, ja, ja. La brujita se ha enamorado y ¿ahora tiene miedo? —Con mi mano le subí el mentón para que me mirara.

—No, no es eso. A ver, que sí, estoy enamorada de él. Pero, joder, es que no sé por dónde empezar.

—Ostras, arranca ya. Me estás poniendo nerviosa. —No entendía qué le ocurría, pero su actitud ya me empezaba a molestar.

—¡Que estoy embarazada!

—¡¿Qué, quéééé?! Embara...

—Sí, preñada, embarazada, rellena. Llámame como quieras. Pero sí.

—¿Dani lo sabe? Es de él, ¿no?

—Sí, es de él, ha ocurrido en uno de nuestros primeros encuentros. Íbamos los dos muy pedos y

no recuerdo si nos pusimos la goma. Y no, no lo sabe.

—Qué locura. —Me puse las manos en la cabeza—. ¿Cuándo se lo vas a decir?

—Pues se lo iba a decir hoy, pero...

—¿Cómo? ¿Follando como animales?

—Es que iba decidida a explicárselo, pero ha sido verlo con esa carita, y ese delantal, y me ha dado un subidón... que se me ha olvidado.

—Pues se lo tienes que decir ya.

—Lo sé, pero ¿cómo? Ya sabes que no me gusta irme por las ramas, soy de las directas. He pensado en decirle: «Hola, vas a ser papá».

—¡Y lo matas! Bueno, déjame pensar cómo sería una buena manera de comunicarlo.

Esther dio un salto y se abalanzó sobre mí, abrazándome y dándome besos sin parar.

Llegamos al lugar de la cita, en cuya terraza ya estaban todos sentados tomando algo. Pedimos unas claras y, al estar todos reunidos, decidieron que brindáramos por el evento que se avecinaba: mi presentación. Me hubiera gustado soltar a los cuatro vientos la noticia de Esther, pero ese bombazo —nunca mejor dicho— lo tendríamos que lanzar en otro momento, primero se tenía que enterar el padre de la gran noticia. Pasada una hora, Iván y yo nos despedimos de todos ellos y nos fuimos al aeropuerto para partir hacia Madrid. Yo no soltaba en ningún momento la mano de Iván, de vez en cuando me mordía las uñas... Estaba bastante nerviosa, no sabía cómo iba a ir el acto, era algo nuevo para mí.

Una vez que aterrizamos en el aeropuerto de Barajas, pasamos la puerta de recogida de equipaje y seguidamente la de salida. Nos dirigimos a la parada de taxis y pensé en todo lo que llega a mover un aeropuerto, cuánta cantidad de vehículos a la espera, dejando a unos y recogiendo a otros. Nos subimos a uno de los taxis, su conductor era andaluz y muy simpático. Llevaba música pop de los noventa y tenía un muñequito colgado en el retrovisor central. Nada más sentarnos, Santi me llamó para comentarme que me había enviado un *e-mail* con toda la información: hotel, lugar de presentación y cóctel, el *timing* de todas las cosas...

Durante el trayecto mantuvimos una larga charla con el taxista, la cual se alargó debido al atasco que había en la M-30. Nos explicó que era padre de cuatro niños y que se tuvo que ir a la capital para poder seguir luchando por su negocio, el del taxi, y mantener así a su familia. Nos hablaba orgulloso de sus hijos y sobre todo de su mujer. Llevaba una fotografía en la guantera para acordarse de todos ellos. Resultaba emotivo escucharlo.

Después de cincuenta minutos en el taxi llegamos al hotel; qué bonito era, estaba en una avenida grandiosa. Había oído hablar mucho de él, pero no pensaba que iba a ser así de espectacular. Estaba diseñado por varios arquitectos de diferentes lugares del mundo, miraras donde miraras te sentías como en un museo. Nos quedamos los dos embobados en el *hall* observando la decoración de los techos, era increíble. Oímos un pequeño carraspeo y vimos a Santi con los brazos cruzados, desde su última confesión no nos habíamos vuelto a ver. Mi respiración empezó a acelerarse, y con ella el latido de mi corazón. Debo confesar que estaba guapo; vestía unos pantalones chinos de color caqui y una camiseta azul, jaspeada y con cuello de pico, el cual dejaba ver un poco su pectoral. Noté una presión en la mano que cortó ese momento e hizo que volviera todo a la normalidad. Era Iván, que iba apretando mi mano mientras Santi se acercaba a nosotros; por su estado imaginé que no se daba cuenta de que lo estaba haciendo.

Santi alargó la mano para recibir a Iván y seguidamente se acercó para saludarme con un beso y un abrazo. Cuando sentí su mano por mi cintura, la musculatura de mi espalda se puso tensa, él lo notó y jugó más duro, sin separarse de mí; dejó escapar una pequeña respiración cerca de mi oído

para que su aire recorriera la piel de mi cuello y se pusiera de gallina. Le respondí con un beso en la mejilla y rápidamente lo separé de mí, empujándole sutilmente los brazos con mis manos. Pensé que con mi reacción la situación estaba controlada, pero por su reacción vi que iba a jugar todas sus cartas. Lo peor de todo era que Iván estaba presente.

Una vez que supimos cuáles eran nuestras habitaciones, subimos para descansar un poco, ya que Santi nos tenía preparado un pequeño *tour* nocturno por las calles de Madrid.

Estábamos los tres en el ascensor mirando al frente sin hablar, una situación bastante incómoda después de lo vivido. Yo me encontraba en medio de ellos dos. A un lado tenía a Iván, que me cogía de la mano y me acariciaba con su dedo pulgar. Al otro lado estaba Santi, sin hacer nada, pero no las tenía todas conmigo. No mediábamos palabra, si hubiese hablado lo habría hecho para comentar el tiempo (la típica conversación de ascensor para cortar la tensión). Era un momento tenso, creo que nunca me faltó tanto el aire en mi vida. Una vez que se abrieron las puertas salimos del ascensor, esa era nuestra planta, la de Iván y mía. En ese instante noté que Santi rozó su mano con la mía, la aparté deprisa. Antes de que se cerraran las puertas, quedamos sobre las ocho de la tarde en el *hall*.

Nos fuimos a la habitación, abrimos la puerta y nos quedamos petrificados en su entrada; qué bonita era. Predominaban el color rojo y el negro, muy minimalista, me encantaba. Las paredes del lavabo eran de cristal y la cama redonda, y había un ventanal panorámico con vistas a Madrid. Estaba observando lo bien que se veía la ciudad desde esa altura cuando Iván comentó:

—Qué ganas de hacerte el amor con esta preciosa panorámica...

Me giré para mirarlo y lo encontré desnudo encima de la cama. Solté la chaqueta y el vestido —más bien lo lancé al suelo—. Veía la cara de deseo de Iván y eso hacía que me acelerara aún más. Con el cuerpo desnudo de él perdía el norte, su olor revolucionaba mis sentidos y tenerlo así debajo del mismo techo desataba a la leona que tenía dentro. Sin dudarlo, me fui quitando la ropa y corrí a tirarme encima de él como si fuera mi presa. No sé si era el rojo de las paredes de la habitación o bien el de las sábanas, pero fue uno de los polvos más bestias que habíamos echado hasta el momento.

Quisimos dar una vuelta por la ciudad solos, antes de vernos con Santi, y fuimos por el centro. Nos hicimos fotos en la puerta del sol, en el Kilómetro Cero, y no me pude resistir a entrar en una de las tiendas más grandes de Europa. Como buena adicta que soy a las compras, cogí varios *shorts* y vestidos para el verano, ya que íbamos a volver a Cerdeña para celebrar nuestro aniversario. Después de diez minutos en la cola del probador, nos tocó entrar, Iván me quiso acompañar. Cuando me estaba quitando la ropa para probarme lo que había elegido, noté que alguien me miraba por la pequeña abertura que había entre la cortina y el separador de los probadores. Era Iván observándome desde fuera, se me escapó una pequeña risotada. Cogí uno de los vestidos y sentí una ráfaga de aire recorriendo mi espalda. El cuerpo de Iván colisionó con el mío, lo cual hizo que mi respiración se entrecortara y que mi estómago se encogiera, dejando un vacío dentro de mí. Bajé la cabeza y dejé al descubierto mi nuca, él empezó a rozar sus labios jugosos por todo mi cuello hasta llegar a mi oreja.

—Quiero hacértelo aquí mismo. —Suspiró—. No me canso de tocarte.

—¿Estás loco? Estamos en un probador...

—Sí, estoy loco. Pero tú eres la responsable de que lo esté.

Nos quedamos mirándonos uno al otro, veía sus ojos y tenía esa mirada que creaba una revolución de hormonas en mi cuerpo. Me agarró por la cintura y me empujó hacia atrás, hasta llegar al espejo, me apoyé en él. Del colgador cayeron algunas prendas con sus perchas al suelo.

Sin mirarlas fue acercándose cada vez más hacia mí, sin dejar que corriera el aire entre nosotros. Lo tenía tan cerca que su respiración y la mía se sincronizaron, lo agarré por el cuello con las dos manos y nuestros labios empezaron a rozarse. Sus manos estaban juguetonas, una me cogía con tensión por la nuca y parte del pelo, y con la otra fue rozando mi abdomen hasta introducirla entre mis braguitas. Empezó a acariciarme, lo que provocó que le mordiera el labio con suavidad, y enloqueció. Sin esperármelo me giró de cara hacia el espejo, ese revuelo y notar su erección hicieron que me pusiera a mil. Curvé mi lumbar para sacar un poco mi trasero y de esa manera darle calor entre la entrepierna a la vez que le pedía más. Él rozaba mi glúteo con las yemas de sus dedos mientras yo no dejaba de mirarlo con cara deseo. Apartó las braguitas lentamente hacia un lado y me penetró, mirándome a través del espejo. Me encantaba notarlo dentro de mí, la forma en que se movía, cómo me acariciaba y, sobre todo, la forma que tenía de mirarme. Me hacía sentir especial.

Estábamos disfrutando de aquellos momentos cuando, de sopetón, oímos:

—Disculpen, no puede haber dos personas en un probador.

Qué horror, la chica de la tienda nos había pillado. Me quedé paralizada, con los ojos abiertos de par en par y tapándome la boca para que no se me oyera reír, ya que en ese tipo de situaciones me ocurría mucho.

Iván no pudo contenerse y le salió una pequeña carcajada. Abrazado a mí le contestó:

—Tranquila, ahora mismo salimos. Gracias.

Vimos cómo los pies que estaban detenidos delante de nuestro probador se alejaban.

Iván se separó un poco de mí para decirme:

—Sabes que nos han pillado porque se oían tus gemidos, ¿no?

—¡Dios, qué vergüenza! ¿cómo me puedo dejar liar? Me miras con esos ojos y me descontrolas. —Estaba sonrojada. Recogí la ropa del suelo y la colgué mientras me iba poniendo la mía. Mis brazos se rozaban con sus dedos y le pregunté, avergonzada—: ¿Ahora cómo salimos?

—Pues por la puerta, ¿por dónde quieres salir?

—Y lo dice tan tranquilo el tío. Que nos va a ver, por Dios. Me muero.

—Yo sí que muero con tu cuerpo. —Iván abrió la cortina y salí escopeteada para fuera con toda la ropa, sí o sí me la quedaba. Él, muy tranquilo, me comentaba—: Como si no follara la chica...

—Ya, Iván, pero como las parejas normales, en lugares comunes: en su casa, hoteles, en el coche... ¿Pero en un probador?

—¡Será que no te lo has pasado bien! ¡Gamberra!

—¿Gamberra? Yo te voy a dar a ti gamberra...

Esperando en la cola para pagar, oímos cómo dos chicas comentaban que habían pillado a una pareja haciéndolo en el probador. No podía dejar de mirar a Iván, mi cara estaba como un tomate; por mucho aire acondicionado que tuviera la tienda, la temperatura de mi cabeza no bajaba. Él actuaba como si nada, se reía y me abrazaba, era afortunado de tener esa cara tan bonita que hacía que me derritiera por ella. Por el mal trago tuvo el detalle de regalarme toda la ropa que cogí y, cuando ya estábamos saliendo de la tienda, se giró a las chicas y les soltó:

—Por cierto, esa pareja éramos nosotros. —Y se despidió con un guiño y colocando su brazo por encima de mis hombros.

Las chicas se miraron entre ellas con la boca abierta y empezaron a reírse. Después de esa pequeña aventura, decidí que volviéramos al hotel, ya que habíamos agotado casi todo nuestro tiempo en esa tienda.

Eran las ocho y ya habíamos dejado las bolsas en la habitación. Llegando al *hall* vimos a Santi apoyado en uno de los respaldos de los sofás, nos esperaba leyendo el periódico.

Nos llevó a hacer una pequeña ruta por la ciudad; esa noche la vivimos de diferente forma, no como turistas, sino como madrileños. Fuimos por un barrio que había sido como renovado y en el que las tiendas tenían mucho encanto, ya que mantenían su fachada original, escaparates de madera, como antiguamente, y un interior muy actual. Nos fuimos a cenar a un bar muy de barrio, donde las mesas eran de madera y largas, y las sillas eran bancos. Allí, según Santi, hacían los mejores bocadillos de calamares de toda la ciudad. Después tomamos café en una cafetería, muy *cool*. Era espaciosa, con techos altos, paredes blancas y un mobiliario compuesto por mesas de madera con patas de hierro y sillas de metal. Ese contraste le creaba un ambiente peculiar al local, y su amplitud, tranquilidad.

Para rematar la ruta, Santi nos llevó a uno de los sitios más visitados de toda la ciudad, la Chocolatería San Ginés, para comer churros con chocolate; qué bien entraban a cualquier hora. La noche fue muy entretenida, vimos otra cara de Madrid y nos resultó realmente bonita.

En el instante en que nos trajeron la ración de churros y el chocolate, Iván se levantó para ir al baño. Aprovechando que Santi y yo nos quedamos a solas, quise cerrar el tema del ascensor, no quería que volviera a suceder:

—Santi, ahora que Iván no está quiero comentarte algo. Entiendo que puedas sentir algo por mí, pero quiero que me respetes. No me vuelvas a rozar ni pretendas intentar algo conmigo. Sabes que...

—Sí, que estás con Iván. Martina, discúlpame, estos sentimientos no los puedo desechar como si fueran papel para reciclar. —Se detuvo para coger aire—. Lo siento. Necesito tiempo. Por eso quería decirte que estaré una temporada sin verte, después de esta presentación. Quiero estar lejos para reorganizarme y controlar mis sentimientos, ya que actúo por impulsos, tu cuerpo desprende feromonas que aceleran mis sentidos.

Me sonrojé. Esas feromonas eran producidas por la actividad de sexo descomunal que tenía con Iván, era un no parar. Pero la verdad era que me encantaba, era adicta.

—No sabía que estabas tan pillado...

Me sentía mal por él, en ningún momento quise provocar algo así. Tenía las manos encima de la mesa y sabía que estaba mal, porque las mantenía cerradas. Le puse una de mis manos encima para relajarlo, pero la apartó.

—No es culpa tuya. Son cosas del amor, unas veces se gana y otras se pierde. —Me miró y dibujó una sonrisa en su cara.

—No era mi intención, lo siento.

Santi dejó de mirarme y cogió un churro para mojarlo en el chocolate. Fue porque Iván se estaba acercando a nosotros.

Una vez que acabamos, nos dirigimos al hotel, ya que el día siguiente iba a ser bastante entretenido y había que descansar.



## 20. Martina, lo siento

Empecé a dar vueltas en la cama, no conseguí dormir demasiado aquella noche. Esa vez Iván no era el causante, sino mis nervios por la presentación. Cogí el móvil para ver la hora, eran las cinco de la mañana. Me levanté y me fui a sentar en el poyete de al lado de la ventana, intentaba relajarme con las vistas. Aún era de noche y se podía ver parte de Madrid iluminado, acompañado por ese cielo azul anaranjado. Empecé a mirar las redes sociales, estaba un poco desconectada últimamente, mis días necesitaban doce horas más para poder abarcarlo todo. Vi que Esther estaba en línea y me estaba escribiendo, a esa chica le daba muy igual la hora que era. Dejé ver qué me quería decir.

Recibí su mensaje: «¿Se lo has dicho ya?».

No sabía si era por la hora, pero no sabía a qué se refería. Le contesté: «Tía, ¿has visto la hora que es? ¿A qué te refieres? No te entiendo».

A continuación me escribió: «Joder, tía, estás empanada. ¿Qué va a ser?, ¡pues lo del embarazo! Sí, sé qué hora es; entre el horario del trabajo y que no paro de ir al baño, madrugo bastante».

Con lo de la presentación, los magreos de Iván y las confesiones de Santi, ya no me acordaba.

Le respondí: «No, no le he dicho nada aún. Tengo que pensar cómo hacerlo. No es un tema que puedas soltar a la ligera, aunque sé que tú crees que sí».

Y ella añadió: «Vale, pero no tardes, que yo no puedo aguantar más».

Dejé el móvil encima de la mesa, tenía que pensar cómo iba a decirle a Dani que iba a ser papá... Necesitaba ordenar mis ideas y me fui al baño para darme una pequeña ducha. Mientras el agua iba cayendo encima de mí, me iba moviendo de un lado hacia otro, dejando que el agua recorriera todo mi cuerpo. Cerré los ojos y cuando empezó a caer por mi cabeza recordé la última vez que lo hice con Iván en una ducha. Era increíble, no entendía lo que me ocurría; aunque no lo quisiera aceptar, él conseguía que todo mi cuerpo se volviera loco, como si yo no fuera su dueña. De repente, me vino a la mente la imagen de Dani y Esther en la pastelería; ¡Dios, qué asco! Puse el agua un poco fría para poderme centrar, no sabía aún cómo plantearle el tema a mi amigo. Lo de ser padre no era fácil, y mi amiga era demasiado burra para dar noticias.

Salí de la ducha y a través de las paredes de cristal vi que Iván se había levantado. Me acerqué para darle un beso de buenos días.

—¿Nerviosa?

—Sí, muchísimo. ¿Y si no viene nadie?

—¿Cómo que si no viene nadie? Claro que sí. Verás cuánta aceptación tienes. —Me lo decía mientras miraba mi cuerpo de arriba abajo, pasando su palma por mi lumbar y bajándola hasta los glúteos.

—¿Y si a la gente no le gusta el libro o no es lo que esperaba?

Estaba hecha un mar de dudas. Iván se levantó para abrazarme y dejar sus manos posadas en la curvatura de la espalda. Su mirada hacía que me adentrara en él y me tranquilizara muchísimo. Su cara cada vez se aproximaba más a la mía y cuando lo tuve a escasos centímetros de mí me

propuso algo:

—Yo tengo una cosa que puede quitarte esos nervios. —Se detuvo mordiéndose el labio.

—Uy, Iván. ¿Esa cara tan pícara? ¿Qué es? Miedo me da. —Rodeé su cuello con mis manos.

—Hará un tiempo que lo compré pensando en ti, pero no estaba seguro de que te fuera a hacer gracia. Es un juguete que puede lidiar con tus nervios.

—¿Un juguete? —Estaba intrigada, supuse que mi cara hablaba por sí sola.

—Mmmmm, no me mires así. Es esto, toma. —Sacó un aparato de su bolsillo, con forma de ocho y una pequeña cuerda. Era pequeño, de color rosa palo—. Elegí tu color favorito. ¿Sabes qué es?

Le negué con mi cabeza mientras agarraba el aparato para observarlo de cerca. Lo toqué y era de silicona, suave, y la zona de la cuerda era de un material diferente al resto, como de aluminio.

—¿Alguna vez te has puesto uno? —Me cogió la nuca con intensidad y me quitó la toalla que tenía envuelta para secarme el cuerpo.

—¿Puesto? ¿Esto dónde se pone?

Colocó su dedo índice entre mis pechos y lo fue deslizando con firmeza hasta llegar a mi pubis, se detuvo, nos miramos y sonrió. Tragué saliva, siguió su camino rozando mi clítoris hasta llegar al lugar en cuestión y me tocó, introduciendo un poco su dedo. Di un pequeño sobresalto, presioné mi labio y abrí los ojos un poco más de lo normal. Iván asintió con la cabeza.

—Pero esto no son bolas chinas...

—No, es algo mejor, un huevo vaginal. Tú te lo pones y yo con esto hago el resto. —Me mostró un pequeño mando.

—Con control remoto, la cosa se está poniendo interesante. —Me acerqué a él y le acaricié la cara. Me puse melosa y le lamí el lóbulo. Y le susurré—: Pero ahora no va a ser, toca prepararse, que tengo entrevista en la radio de aquí a una hora y media.

—¡Buf! Martina..., no me puedes dejar así. —Le asentí con la cabeza—. Pues necesito una ducha de agua fría, ve yendo tú a desayunar y ahora me acerco yo.

Entré en la cafetería; era bastante amplia, tenían mesas por todos lados, había un aparador muy largo con forma de U en medio del salón, donde se encontraban tanto los diferentes alimentos como platos y vasos. Al fondo del todo estaba la barra con las bebidas. Me fui directa hacia allí y pedí un café americano largo con espumita; lo remarcaba mucho porque había camareros que por ser largo te lo hacían aguachinado. Apoyada en la barra esperando mi cafeína, alguien me tocó por detrás.

—Sí que has ido rápido, bombón. —Me giré y ¡sorpresa!, no era Iván, allí estaba Santi parado.

—¡Ostras, Santi! Te había confundido. Disculpa.

—No, tranquila. Me ha gustado lo de «bombón», aunque por tu cara no hablabas de mí.

Se situó a mi lado, bastante pegado. Pidió otro café para él. Mientras la camarera nos lo preparaba, empezamos a hablar de cómo iba a ir el día. Sentía cómo Santi se iba aproximando más a mí. La verdad es que me incomodaba, era como si tuviera miedo de él, de que llegara a hacer algo que no pudiera controlar. Notaba cómo su respiración se iba intensificando y necesitaba rozarme.

—Santi, lo siento, pero necesito que te separes un poco de mí. Me estás poniendo nerviosa.

—No me digas eso.

Nos quedamos mirándonos fijamente y mi corazón empezó a bombear fuerte, pero no de la misma forma que lo hacía con Iván.

Me giré hacia la chica que estaba preparando los vasos para servir los cafés y le dije:

—Disculpa, pónmelo para llevar, por favor.

La camarera asintió y miró a Santi, él le indicó con un gesto que hiciera lo mismo con su café. Cogí el vaso y me despedí con la mano.

—Espera, Martina, ¿subes a la habitación? —Le dije que sí—. Pues subo contigo, que voy a coger unas cosas.

Sonreí por no llorar. Me hubiera gustado que, en ese momento, apareciera Iván, pero sabía que no iba a ser el caso. Cogimos el ascensor los dos solos y me coloqué al lado opuesto de donde estaba él, lo más lejos posible que podía estar dentro de dos metros cuadrados, no le quitaba ojo al café. Iba contando las plantas que me quedaban gracias al sonido que emitía el ascensor cada vez que pasaba por una de ellas.

En la tercera planta ya sabía que me quedaban dos pips para llegar a la mía. No sé cómo ocurrió, pero en un momento me encontré a Santi encima de mí. Presionó el botón de parada del ascensor, me encastró contra la pared y eso provocó que se me cayera el café encima de él.

—¡Joder, cómo quema!

—¿Qué haces, Santi? ¿Qué pretendes?

—Martina, noto tensión cuando estoy cerca de ti. Sé sincera y dime que no quieres nada conmigo.

Cada vez lo tenía más y más cerca. Su boca se acercaba a mi mandíbula, sin dejar de desprender aire. Empecé a respirar más fuerte y coloqué mis manos en su abdomen. Tenía su cara tan cerca de la mía que me costaba mirarlo a los ojos.

—Para. No te acerques más, no siento nada. Déjame ya, por favor. —Se lo suplicaba mientras intentaba separarlo de mí—. Sí, me pones tensa, pero por la situación. Te lo dije la otra noche, si hubiera ocurrido en otro momento, sería otra cosa. Pero ahora estoy conociendo a Iván y me quedo con él.

En ese mismo instante me selló los labios. Cogió mi cuello con sus dos manos y acercó sus labios a los míos.

Mi cuerpo dejó de respirar, mi estómago se hizo pequeño y duro. Tenía ganas de vomitar. Y con toda mi fuerza lo empujé.

—¿Qué haces, imbécil?! —le pregunté mientras le abofeteaba la cara. Estaba enfadada—. Serás asesor, pero el tema chicas lo llevas fatal. Ni se te ocurra volver a acercarte a mí. Ni me toques.

Puse en marcha el ascensor. Se tocaba con la mano la mejilla que recibió el impacto, con cara de arrepentimiento se acercó a mí.

Llegó por fin mi planta; a la vez que se abría la puerta, lo esquivé y le grité:

—¡Nunca más!

Al salir, me encontré con Iván. Extrañado, me miraba a mí y algo molesto a Santi.

—¿Qué ocurre, cariño?

Me cogía por los brazos, con cara de enfado puso el pie en medio de la puerta del ascensor. Le dije, apartándolo de allí:

—Nada, déjalo.

—¿Cómo que lo deje? No, quiero saber qué pasa. Ahora.

Me fijé en la expresión de Iván mientras se cerraban las puertas. No le quitaba la vista a Santi; estaba preocupado y molesto, daba la sensación de que se imaginaba qué había ocurrido. Cogí aire.

—¿Damos un paseo? Tenemos que hablar. —Apretó los dientes y asintió con los ojos.

Después de un largo paseo de camino a la radio, le pude explicar todo lo sucedido con Santi. No fue nada agradable, llegó hasta a molestarse, pero supo entender mi actitud. Nos paramos

delante de la puerta de la radio, me cogió de las dos manos.

—Martina, tengo tal rabia dentro que si tuviera a Santi delante lo mataría. ¿Ves como no me equivocaba? Lo que más me jode es que él, después de varias negativas, haya querido insistir, y eso... ¡Buf! —Apretó sus manos, estaba furioso—. Pero esto no se va a quedar así, me las va a pagar este cabrón.

—Lo siento, Iván, no pensaba que iba a llegar tan lejos. Por una parte, no quería decir nada, porque tenía miedo de que desconfiaras de mí. —Bajé la cabeza, algo avergonzada. Me la subió poniendo su mano en mi mentón.

—Mírame. Sé cómo eres y sé cómo soy. Estas cosas me dan muchísima rabia, pero por su actitud. Tiene que respetar. —Apoyó su frente sobre la mía—. Pero la próxima vez cuéntame las cosas, ¿vale? Esto me está empezando a gustar, el tener una relación con tantos altibajos la hace especial. Estamos aprendiendo el uno del otro.

En ese mismo instante empezó a llover, y nosotros allí, en la acera, mirándonos sin que nos molestara mojarnos. No sabía qué me ocurría, pero empezaba a sentir cosas por ese chico que no había notado antes por nadie. ¿Eso era amor? Creía que no existía el amor a primera vista, pero desde el instante en que lo vi salir del agua, mi cuerpo se sintió atraído por él, haciendo desaparecer el resto del mundo. Estaba asustada, no sabía que amar a alguien era tan difícil. Y por un momento fue como si escuchara una música de fondo, sonreí y lo besé. Vino una ráfaga de aire que hizo que me achuchara más a él. Realmente fue uno de mis mejores momentos, era como si viviera una película romántica en primera persona. Tenía claro que éramos imperfectos, pero también que nos amábamos.

Cuando subimos, el equipo de radio que me iba a entrevistar ya me estaba esperando. Me comentaron por encima cómo iba a ir la entrevista. Le dejé mi móvil a Iván y antes de entrar en la sala me giré hacia él:

—Sssshhh... —Me miró y le susurré—: Te A-M-O.

Cerré la puerta, dándole un beso al aire. Su cara fue espectacular.

Salimos de la radio, fue muy divertido. Era la primera entrevista que me hacían, y en directo. Me sentí muy acogida por todos, formaban un gran equipo.

Nos fuimos a comer fuera del hotel porque no tenía ganas de ver a Santi y que Iván quisiera matarlo. Este estaba un poco raro, no me dejó pedir vino, pidió agua para los dos. No dijo ni mu sobre lo que le conté antes de la entrevista. Tampoco quería preguntarle, ya que no sabía si me iba a gustar la respuesta. Tuvimos una comida poco participativa, ya que nuestro tema de conversación giró en torno a la comida de ese local, que era casera, y poco más.

Al llegar al hotel, recibí un mensaje de Santi: «No sé por dónde empezar. Mi actitud de hoy no se puede explicar. Tranquila, que no me vas a ver más, ya te he buscado a alguien que te va a hacer la presentación de hoy, pues me muero de vergüenza. Lo único que me sale decirte es «lo siento».

Se me tuvo que notar que el mensaje que recibí era de Santi, porque Iván frunció el ceño y torció la cabeza para ver si podía llegar a leerlo.

—Es de..., bueno, ya sabes de quién es. Que se ha ido

—Entonces, ¿te deja tirada y ya está? ¿Quién te va a presentar? —dijo Iván sorprendido.

—No, no me deja tirada, pero no sé quién va a sustituirlo. Solo sé que ya tiene a alguien para hacerlo. Toca esperar a ver quién es, porque yo paso de contestarle.



## 21. El gran día, la presentación

La mañana había sido bastante movidita, y no por las entrevistas, sino por lo ocurrido con Santi. La verdad es que cuando desgarró su corazón para decirme todo lo que sentía me dejó asombrada. No pensé en ningún momento que podía estar tan colado, apenas le hablaba. Fuera como fuese, su actitud había sido inadmisible y yo me había sentido realmente intimidada, incluso sentí miedo. Puede entenderse que alguien se sienta herido ante un amor no correspondido; pero de ahí a intentar forzar a una persona a hacer algo en contra de su voluntad hay un salto. Era algo muy grave.

Por otra parte, Iván estaba rarísimo después de decirle que lo amaba. Y, para finalizar, no sabía quién iba a presentarme. ¡Yupi!, qué gran noche me esperaba.

Aproveché que Iván se estaba duchando para quedarme apoyada en la pared mirándolo. Se encontraba de espaldas, dejando que le resbalara el agua desde la cabeza hasta los pies. Su reverso era perfecto, su tez morena mojada me ponía a mil. Su musculatura era la idónea, ni mucha ni poca, la perfecta para ponerme a tono solo con mirarla. Su trasero respingón, blanquito, tan suave..., bufff, adicta me tenía.

Se dio la vuelta, tenía la cara llena de jabón y apenas podía abrir los ojos.

—¿Qué, observándome? —me preguntó algo sorprendido mientras se enjabonaba los pectorales.

Mi corazón dio un par de golpes fuertes, abriendo la puerta de la fiera que tenía encerrada dentro de mí. Mi respiración se iba intensificando y mi mirada se fijó en la presa, Iván.

—Me encanta verte, y así mojado estás... —Me mordí el labio y me fui acercando. Me cogió por los antebrazos para detenerme.

—Martina, no sé si es buena idea.

Paré, extrañada; ya empezaba a cabrearme su actitud. ¿Por qué actuaba así? ¿Porque le dije que lo amaba? Y estallé:

—¿No es buena idea, por qué?! Esto de que te guardes las cosas sin hablarlas me empieza a molestar. —Me estaba dando la vuelta para salir de la ducha cuando me cogió de la mano.

—Espera. ¿No me tienes que decir nada? —No entendía a qué se refería.

—Iván, ya te he dicho todo lo de Santi. No te he escondido nada.

—No es eso.

—Pues dime qué es. ¿Que te amo? ¡Joder! No entiendo nada, ¿no querías ser el primero a quien se lo dijera? —Mis brazos preguntaban a la vez que mi voz—. Pues lo siento, me he enamorado. ¡Y sí, te A-M-O!

Mi corazón se encogía por momentos, interpretó que no era correspondido. Mis pulmones se empezaron a hinchar, cogiendo el máximo de aire posible, porque me costaba respirar por falta de oxígeno. Mi boca empezó a quedarse seca y mis ojos a encharcarse. Cuando cerré los ojos para concentrarme y controlar la situación, una lágrima se escapó y empezó a recorrer mi mejilla. Abrí los ojos y me encontré a Iván delante de mí. Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo que hizo que

no me diera cuenta de que me estaba tocando.

—Cariño, no llores. Claro que te quiero, es más, ¡te AMO! Es que me hubiera gustado saber por ti que vamos a ser papás.

—¿Cómo?

—Mientras estabas en el aire, en tu entrevista de la radio, recibiste un mensaje de Esther, y pude leer la notificación. Decía que si ya me habías dicho lo del embarazo.

Abrí los ojos de par en par, mis pulmones se deshincharon y los músculos se destensaron. Empecé a reírme, lo miraba y no podía parar. El pobre tenía cara de no saber qué estaba ocurriendo. Las lágrimas se desataron y empezaron a caer sin rumbo alguno.

—Ay, ay, espera, espera. ¿Pensabas que estaba embarazada? ¿Yo? —Me dijo que sí.

—No, no, yo no. Y, si fuera así, habrías sido el primero en saberlo.

—¿Entonces? ¿Quién está embarazada? —Le sonreí. Retrocedió dos pasos y con cara de sorpresa dijo:

—¡Ostras! ¿Esther es la futura mamá? —Nos empezamos a reír a carcajada limpia.

—Sí, es ella. Y quiere que sea yo quien se lo diga a Dani.

—Mejor. Porque ella es capaz de soltarlo así, como si le pidiera un vaso de agua a un camarero.

—Sí, si supieras cómo los pillé cuando ella supuestamente se lo iba a contar... ¡Dios! Pero aún no sé cómo hacerlo.

Iván cogió una toalla para secarse el pelo y en ese momento se sinceró:

—¿Sabes una cosa? —Le pregunté qué con un gesto de mi cabeza—. Me gustaba la idea de ser papá.

Me lo quería comer, aunque aún no era el momento de serlo; nos quedaba tiempo de disfrutar el uno del otro.

—Ja, ja, ja, ja. Primero haremos muchos intentos, ¿vale? —le dije.

Estiró su brazo y nos cogimos de la mano, dio un tirón para que me aproximara a él. Lo tenía tan cerca que notaba cómo su temperatura iba aumentando.

—Mmmmm... —Rondaba cerca de mi cara—. Eso está hecho.

Nos empezamos a besar y sonó la alarma del móvil avisando que quedaba una hora para la presentación. Intentando apartarlo de mí como podía, le comenté:

—Tenemos que seguir en otro momento, Iván, de lo contrario no llegaremos.

Me separé de él de un salto y me fui corriendo al lavabo para maquillarme. Me estaba peinando y a través del espejo veía cómo Iván me miraba.

—¿Qué miras?

—No puedo dejar de observarte, me tienes frito con la lencería que llevas hoy. —Torcía la cabeza para mirarme el culo.

—Qué bobo eres.

Acabé de recogerme los mechones que me quedaban sueltos y me fui a la habitación para ponerme el vestido que me habían regalado mis amigas. Me hubiera gustado que estuvieran en la presentación, lo eran todo para mí.

Iván se miraba en el espejo del armario mientras terminaba de abrocharse el cinturón, iba impresionante. Llevaba unos pantalones chinos de color beis, una camisa negra y unos zapatos marrones. Le quedaba todo como un guante, con el color negro de la camisa su mirada se volvía más felina.

—Ese vestido no lo tengo controlado, ¿es nuevo?

—¿Te gusta? ¿Me hace mucho culo?

—El perfecto. —Me miraba el trasero como si fuera su plato favorito—. Y viéndote así me ha venido a la memoria esto.

Cogió el huevo de uno de los bolsillos de su maleta y empezó a moverlo a la vez que mostraba una gran sonrisa.

Se fue acercando a mí lentamente, fui dando pasos hacia atrás hasta llegar al armario. Cuando lo tuve enfrente de mí, a menos de dos centímetros, me salió un pequeño gemido. Clavó sus ojos en los míos, penetrándome lentamente, hasta llegar dentro de mí. Con el huevo en una mano fue rozándolo por mi cuerpo, desde mi cuello hasta mi cadera; con la otra mano me giró hacia el espejo y vi cómo se humedecía la boca. Apoyó la mano sobre mi espalda, inclinándose hacia delante cuidadosamente, y me subió un poco el vestido. Mientras me apartaba el *culotte*, chupaba el huevo mirándome a través del espejo, y me lo introdujo poco a poco. Eso me puso muchísimo, hizo que soltara una bocanada de aire. Tenía ganas de que me desgarrara el vestido y me lo hiciera allí mismo. Me coloqué otra vez frente a él y con el mando en la mano me propuso:

—Vamos a probar. —Presionó el botón.

—¡Dios, Iván! —Lo cogí de las muñecas para que parara—. Que me voy.

—Pues empieza la juerga.

Cogió la americana sin borrar su sonrisa. Qué cosquilleo más sabroso notaba entre mis piernas, hacía que mi sistema nervioso se revolucionara y excitara a todos mis músculos. Entre ellos mis pulmones, a los que les costaban respirar con normalidad.

Nos fuimos hacia el lugar de la presentación. Estaba intrigada, tenía ganas de ver quién sería la persona que hablaría de mi libro. Llegamos media hora antes de que comenzara el acto y vi que Taira, la redactora, ya estaba allí. Me acerqué a ella, emocionada porque habíamos conectado muy bien e iba a ser la más adecuada para presentar el libro.

—¡Taira! Qué ilusión me hace verte aquí. ¿Eres tú quien va a estar conmigo?

—No, ¿no te ha dicho Santi nada? —Le negué con la cabeza—. Bueno, como se encontraba mal supongo que te quería sorprender. Mira, aquí esta la persona que va a presentar tu libro.

Me giré y cuando lo vi no me lo podía creer, mis ojos empezaron a emocionarse y solo salía de mi boca:

—Pero ¿qué haces aquí?

Era mi sobrino Hugo, con traje y una pajarita, entrando por la puerta. Detrás iba mi hermana Lucía, que estaba guapísima, con un vestido de escándalo de color negro, y por último mi cuñado Adrián, haciendo de *segurata*. Pero ahí no acabó mi sorpresa, porque no dejó de aparecer gente; entraron Dani y Esther cogidos de la mano, Judith, Roberto, Sergio, Gloria con Christian, Nuria y Albert.

—¿¡Pero qué hacéis todos aquí!? ¡Qué sorpresa más grande!

Me fui corriendo hacia ellos para abrazarlos a todos, ahora sí que iba a ser una de las mejores noches de mi vida. No pude dejar de besarlos.

—Joder, Martina, me has dado en el ojo —refunfuñaba Esther.

—Déjala, que a mí me ha dado en la boca —reía Dani.

—Qué vestidazo, ¿no? —le decía Christian a Iván.

Nunca había estado en la presentación de un libro, pero la mía fue increíble. Vinieron muchísimas personas, eran más de cien. Mi sobrino fue el mejor presentador que podía haber tenido. Explicó todo el proceso y cómo le hizo sentir el programa, me dejó con la boca abierta. Nos hizo reír, la gente lo animaba, y a mí de vez en cuando se me iban los ojos a mi familia y amigos, que estaban con cara de ilusión y muy contentos. A Iván lo vi orgulloso de Hugo y de

cómo lo estaba haciendo.

En una parte del escenario había un sofá donde estábamos sentados Hugo y yo. Después de que Taira nos hiciera una pequeña entrevista, aprovechamos para que los asistentes que lo desearan nos preguntaran. Cuando acabamos la ronda de preguntas, nos pusimos un delantal e hicimos una pequeña presentación de una de las recetas favoritas de Hugo, galletas de jengibre con miel.

Esa misma noche vendimos setenta y dos libros. Nos hicieron muchísimas fotografías, Dani, Judith y yo no dábamos crédito.

Una vez que se acabó todo, nos fuimos al cóctel, que era en una terraza de un hotel cercano. Estaba iluminada con guirnaldas de bombillas y en las esquinas había cubos luminosos que desprendían luces de colores; uno era rojo, otro azul, otro verde... Las bebidas las servían en un puestecito y al fondo de la terraza había una piscina iluminada. Teníamos música en vivo que pinchaba un *disc-jockey*.

Los chicos fueron a pedirnos las bebidas mientras nosotras hacíamos un corrillo para hablar de todo lo sucedido. De vez en cuando Iván le daba al botón y notaba una pequeña vibración en mi vagina que hacía que todos mis sentidos se alborotaran. Lo busqué y lo pillé mirándome.

Fue pasando la noche y cada vez tenía más ganas de llegar a la habitación para acabar lo que estaba empezando con Iván.

Con copa de champán en la mano, me vino una inspiración a la mente.

—Chicos, chicos. Escuchadme... —Se acercaron todos—. Primero quiero daros las gracias por haber venido, ha sido muy importante para mí teneros tan cerca en un momento tan especial como este. —Me tuve que detener, porque Iván estaba haciendo de las suyas con el botoncito. Apreté los labios y respiré hondo.

—Venga, Martina, que estás preciosa, sigue —me animaba Gloria. Alcé la copa y miré a todos.

—Ahora que estamos todos juntos y es un momento especial quiero deciros que me han hecho partícipe de un momento muy bello.

—Venga, suéltalo yaaa, pesada... —decía Dani alzando más su copa.

—Pues espera, que esto te va a gustar. —Alcé la copa con una gran sonrisa y miré a Dani—: Hoy vamos a brindar por ti, amigo —cogí de la mano a Esther y la acerqué a mí—, porque tus momentos de locura han ido más allá. Dani, tengo que decirte que Esther y tú vais a ser papás.

Dani se quedó paralizado, miraba a Esther sin saber qué hacer, y ella le decía que era verdad.

—¡¡¿Cómo?! ¿Que vamos a ser titas? —preguntaba Gloria emocionada.

—Joder, Dani, di algo. Qué felicidad desprendes, ¿no? ¿Estás bien? Parece que te hayan lanzado un cubo de agua helada —le decía Esther.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Vamos a ser padres. Hostia. —Reaccionó y cogió a Esther por las piernas, alzándola y dándole vueltas.

—Joder, para, que voy a echar la pota.

Fue un momento muy lindo que pudimos compartir con ellos. Pensé que era la mejor manera de decírselo, con todos juntos.

Pasadas varias horas, decidimos irnos a dormir todos, ya que no nos cabía más alcohol en las venas. Iván me tenía a mil con el juegucito y creo que yo a él, por las caras que ponía cada vez que le daba al botón.

Subimos al ascensor de nuestro hotel y fuimos despidiendo a todos hasta quedarnos solos. En ese momento volvió a presionar el botón.

—Iván, si sigues así no vamos a llegar a la habitación, lo haremos aquí mismo.

—Tus deseos son órdenes. —Tocó el botón de *stop* y detuvo el ascensor.

Me empotró contra la pared, donde había una barandilla para apoyar las manos, y me fue subiendo el vestido lentamente a la vez que iba dejando escapar su aliento por la comisura de mis labios. Con un impulso me subió y medio me senté en la barandilla. Nuestros ojos se fundieron en la mirada del otro e Iván presionó por última vez el botón del huevo, lo cual hizo que cogiera aire con intensidad mirando hacia el techo, momento en el que él empezó a besarme el cuello. Iván me sacó el aparatito lentamente y yo lo agarré con fuerza por los hombros, clavándole las uñas, cuando me envistió. Qué forma de entrar y salir en mí más profunda; no tardamos mucho en llegar al orgasmo, llevábamos toda la noche con el calentón e hizo que fuera rápido pero intenso.



## 22. Destino con sorpresa

Después de varios meses, llegaron las merecidas vacaciones. Tras el éxito rotundo que tuvieron tanto el libro como el propio negocio de Martina's Cake, ese año fue el primero que decidimos cerrar el mes de agosto para disfrutar y desconectar un poco de todo, ya que nos hacía bastante falta.

Dani y yo llevábamos un mes hablando de las vacaciones, aunque no teníamos muy claro que a Judith le fuera a gustar la idea. Pero, para nuestra sorpresa, antes de que yo acabara la frase ella dijo que sí. Supongo que ese año había sido diferente a los demás y veíamos que el ritmo no iba a parar, de ahí que hasta la persona más organizada del mundo necesitara poner su mente en orden.

Dani se iba a ir con Esther a un apartamento de la Costa Brava, pues no quería que la mamá de su futura hija (sí, iba a ser una niña) lo pasara mal entre mareos, calor y todo lo que puede conllevar el estar embarazada. Nunca lo había visto así, y eso que era un chico bastante atento, pero es que hasta se había comprado libros de embarazo y suscrito a una revista de futuros papás... Si alguien me lo hubiera dicho antes, le habría respondido que no hablábamos del mismo Dani.

Judith nos comentó que necesitaba un cambio de aires y que se iba a ir por Noruega, al estilo mochilero.

Y mi destino era Cerdeña, un viaje que nunca íbamos a dejar de hacer, el cual fue el causante de nuestra mejor casualidad.

Una vez que tuvimos las maletas hechas, Iván y yo nos fuimos al aeropuerto. Mi sorpresa fue ver que estaban todos allí, mis amigas y los amigos de Iván.

—¿Esto qué es? —pregunté mientras nos acercábamos a ellos.

Vinieron Nuria, Gloria y Christian. También estaban Albert y Roberto. Sabíamos que Esther no iría por su embarazo vomitivo, y Cristina nos esperaba con Marco en Italia, donde ya tenía su hogar permanente. Sergio no pudo ir por cuestiones de trabajo.

Gloria y Nuria se giraron y corrieron hacia mí. Nos abrazamos entre gritos de alegría.

—Chicas, chicas, dejamos los gritos para el avión, que en diez minutos abren la puerta. —Era Christian, con sus organizaciones.

Gloria se giró hacia nosotras y nos confesó entre susurros:

—Es que dice que, si eres de los últimos en la cola de embarque, te toca llevar la maleta de mano a la bodega, y lo odia.

Nos pusimos a reír, pero sin escándalo esta vez.

Cuando ya estábamos en la cola de embarque —tuvimos suerte, éramos de los veinticinco primeros de la fila—, entrelacé mis dedos con los de Iván y le presioné la mano. Le mostré una sonrisa y le vocalicé sin emitir sonido:

—¡GRA-CIAS!

Se acercó a mi oreja y susurró:

—Tú ya sabes que estas cosas las cobro en especie.

—¡Tonto! ¿Cuánto tiempo hace que lo sabías?

—Tonto, tonto me pones un rato. —Lo empujé con la mano—. Pues lo suficiente para que no se me escapara.

Después de una hora y media de avión, cogimos una furgoneta de nueve plazas para ir todos juntos y nos fuimos hacia el apartamento, qué bonito. Iba mirando por la ventana y recordando paisajes en los que había disfrutado de uno de los mejores amores de verano de mi vida, aunque no acabó muy bien, pero siempre las segundas partes fueron buenas. Y esta vez iba a ser diferente, porque iba acompañada, volvía con él.

Llegamos al apartamento y los chicos subieron las maletas. Iván y yo nos fuimos a la cafetería, necesitaba mi primer café del día, y él, su zumo de naranja. Nos sentamos en la misma mesa que aquel primer día que nos vimos. Miré hacia el mar y fue como volver tiempo atrás, mi estómago se encogió y mi cuerpo dejó de respirar. Me mordí el labio para que mi mente reaccionara y mi cerebro empezara a emitir órdenes a mis órganos.

Noté la mirada de Iván fija sobre mí:

—Parece que fue ayer cuando nuestros ojos se cruzaron por primera vez y te puse nerviosa, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. Qué gracioso eres, ¿eh? —Me sonrojé.

—Pues la cosa no queda aquí. Hay una sorpresa más, vamos a dormir en apartamentos diferentes.

—¿Cómo?

—Sí, sí. Es la condición de todos; como empezó por una tradición entre los chicos, no quieren que se pierda.

—¿Y Gloria? ¿Qué dice?

—Fue idea suya lo de no romper la tradición.

—Ahhhh. Pues, bueno, es como recordar viejos tiempos. —Me acerqué a Iván, rocé con mi dedo índice el cuello de su camisa y lo aparté de su piel—. Y, por cierto, una cosita: como acabe como el año pasado, te mato. —A continuación lo besé.

—No, no, esta vez acabará diferente. Créeme. —Me levanté de la mesa para irnos hacia los apartamentos.

—Más te vale, *amore* —le advertí.

Después de elegir mi habitación y deshacer la maleta, quedamos con Cristina y Marco. Cuando llegamos, nuestra sorpresa fue que Corrado también estaba allí.

Quedamos con ellos en un restaurante típico de la isla, ya que íbamos a comer allí y luego nos enseñarían su dulce hogar.

Noté que Iván no se separaba de mi lado, limitaba el perímetro entre Corrado y yo.

—Iván hijo, que no me va a comer —le dije indicando que me diera espacio.

—No, de este no me fio ni un pelo.

—Christian, dile algo.

Se acercó a nosotros y le dijo, abrazándolo:

—Iván, ¿tú no has dicho siempre que ella fue la que se prendó de ti?

—¿Será posible? —Le pellizqué el antebrazo a Iván.

—¡Ahhh! No sé por qué te molestas, si es la verdad.

—Aparte, amigo, este viaje tendrás que dejarla de vez en cuando, ¿recuerdas? —Iván alzó el dedo para interrumpir, pero Christian siguió—: Es lo que se habló, y no hay tutía. Debes confiar en la muchacha; y deja los celos a un lado, que ya está bien.

—No, si yo en ella confío plenamente. De quien no me fío es de ese. —Señaló con el dedo, miramos donde indicaba y vimos a Corrado guiñándome un ojo y diciéndome «hola» con la mano.

Nos empezamos a reír Christian y yo, e Iván nos dijo:

—Pues yo no sé dónde veis la gracia.

—Iván, si no tuve nada con él cuando pude, no lo tendré ahora.

—Bueno, pero yo no me fío ni un pelo. Que es italiano.

Fijó su vista en mi cara y me dio un beso tan fuerte que casi me tira hacia atrás. Cuando pude separarme de él, vi cómo sonreía y miraba a Corrado, que se quedó con una cara... Qué burro era Iván cuando quería.

La comida fue muy divertida, Cristina y Marco nos pusieron al día de todo lo vivido. Ella estaba diferente, era otra, decidida, segura de sí misma; no sé, su lenguaje corporal no era como antes. Marco había hecho de Cristina una mujer nueva y para bien, sacó todo lo bonito que tenía escondido en su interior. Y tenía un acento italiano tan marcado que casi parecía nativa de allí.

Cuando estábamos llegando a la casa de ellos dos vimos que se encontraba en una urbanización con vigilancia; nos plantamos delante de una puerta de metal que se abrió automáticamente y entramos con el coche. Era todo lujo, nos pareció increíble. Iván se giró hacia mí y me dijo:

—Igualita que la nuestra, ¿eh?

Nos pusimos a reír. Qué jardín; inmenso, cuidado y muy verde. Llegamos a la puerta principal del caserío —porque era una casa enorme—, que era tan ancha como las puertas de un ayuntamiento. Mirara donde mirara, no podía cerrar la boca. En la misma entrada tenía una fuente que parecía la Cibeles.

Bajamos del coche y Cristina nos dijo:

—Bienvenidos a nuestro dulce hogar.

—Dulce no sé, pero espectacular un poco —comentó Nuria.

Nos hicieron un *tour* para enseñarnos la casa, por separado y por sitios diferentes; Marco se llevó a los chicos y las chicas fuimos con Cristina.

—Martina, ¿cómo estás?

Era Corrado, que aprovechó para venirse con nosotras y poder saludarme, ya que no tenía a mi perrito guardián cerca.

—Hola, Corrado. Pues estoy muy bien, la verdad. ¿Y tú?

—Bien, siempre bien. Qué guapas estás.

—Corradooo, no empecemos, ¿eh? —Lo agarré por el codo.

—Ya, ya. Lo llevo en la sangre, son los genes.

—¡Ja, ja, ja!

—Martina —me llamó Gloria.

Me indicó con la cabeza que mirara por la ventana. Me giré y pude ver la otra parte de la casa, ya que hacía como forma de U, y divisé la figura de Iván, que se mostraba serio, apretando la mandíbula. Buf, verlo de esa manera, con aquella expresión en la mirada y con los músculos de las mejillas tan pronunciados me ponía muchísimo. Le sonreí y lo saludé, me contestó subiendo la cabeza.

Gloria y yo nos miramos, ella sabía cómo era Iván. Se nos escapó una sonrisita.

Seguimos con la visita, hasta que llegamos a la parte de atrás de la casa. Desde el comedor se salía a un porche que conectaba con el jardín, el cual tenía una zona *chillout*, otra zona de

barbacoa y una piscina grandiosa que acababa como en un barranco y cuyos bordes se fundían con el paisaje. Las vistas eran espectaculares, se podían ver las aguas cristalinas del mar, de Cerdeña... Cuánta paz y tranquilidad. En el jardín nos esperaban los chicos, Iván se fue directo a Corrado y yo corrí hacia ellos:

—Iván —lo llamé para que frenara.

—*Ciao, Corrado. Sono Iván, il ragazzo di Martina. Felice.* —Iván le tendió la mano a Corrado, quien se la estrechó.

—*Felice* —le contestó Corrado. Había tensión entre ellos dos, por la forma en que movían los brazos yo sabía que se estaban dando la mano con intensidad.

Le toqué la espalda a Iván para que volviera en sí.

—Iván, están sacando las bebidas, vamos con los demás. Aquí no es lugar.

Expulsó todo el aire que estaba reteniendo y soltó a Corrado con una sonrisa mecanizada. Pasó su brazo por mi hombro y fuimos a reunirnos con el resto.

—No puedo con esos tíos que aprovechan los descuidos.

—Iván, los celos te los guardas. Primero, Corrado es inofensivo, y segundo, sabes que no soporto estos dramas.

—Pues que no se acerque a ti, y así no dramatizaré. —Me dio un beso en la mejilla.

Después del pequeño altercado, la tarde fue tranquila. A la hora de despedirnos Cristina nos comentó que tenía una excursión preparada en barco para las chicas, como la última vez, pero esta vez nos iban a llevar a otras playas.

Vi cómo Christian agarraba por la pierna a Iván:

—Pues nosotros aprovecharemos para hacer lo que hemos hecho todos los años, *snorkel*. Nos irá bien para la mente, ¿verdad, Iván?

Iván asintió sin quitarle ojo a Corrado. Este parecía disfrutar con los celos de Iván, ya que no paraba de sonreír.

Una hora más tarde estábamos llegando a los apartamentos. Iván no se sentía muy animado para salir a cenar fuera y decidimos quedarnos. Soltó todo lo que tenía dentro; yo sabía que Corrado no iba a hacer nada porque era un hombre noble, pero ver lo que creaba en Iván le haría gracia y por eso no paraba de provocarlo. Cenamos y nos sentamos en el sofá.

—Martina, disculpa mi actitud, pero es que me pone nervioso el tío este.

—Iván, me aburre el tema de los celos. Corrado es un chico que respeta muchísimo, pero este juego de ver quién la tiene más larga le habrá hecho gracia y por eso te provoca.

—Sí, me he dado cuenta. Me da rabia.

—Pero ¿quién me besa? Tú, ¿no? —Me abalancé sobre Iván y él me colocó las manos en el culo. Me acerqué a su boca—. ¿A quién le dejo que me toque?

—A mí.

—Pues deja de jugar a ver quién es el más machote, que eso ya no se lleva.

—Tienes toda la razón, pero es pensar...

—Pues no pienses.

Le sellé los labios con un beso de esos que hacen que la respiración se altere y que se revolucionen todos los sentidos, pero sabía que en breve los chicos iban a estar allí, porque nos teníamos que levantar pronto.

—¡Ep! Quieto parado ahí, que mañana hay que madrugar y tú me lías. Tus amigos tienen que estar a punto de llegar, y paso de que nos pillen ellos.

Lo tenía a escasos centímetros de mí, con los labios jugosos y entreabiertos dejando escapar su

aliento en mi rostro, sus ojos fijos en los míos y desprendiendo esas estrellitas que hacían que me quedara encantada mirándolo. Sus manos, que no sabían estar quietas, me acariciaban sin parar, provocando que mi piel se erizara y mis músculos se pusieran tensos. Mientras le iba diciendo que no con la cabeza, me separé rápidamente de él, porque si no me hubiera engatusado

Iván se sobresaltó y se echó hacia atrás, sorprendido:

—¡Joder! ¿Y me vas a dejar así? —Se señalaba molesto la entropierna. Le asentí con la cabeza, satisfecha, y le dije:

—Es tu castigo de hoy, ja, ja, ja.

Un poco enfadado aceptó la condición de quedarnos, por primera vez, solos en una habitación sin besarnos, sin tocarnos, sin ese deseo que desataba a las bestias de nuestro interior. Estábamos, simplemente, tumbados en el sofá. Nos abrazábamos sin dar lugar a nada más, fui fuerte para superar los atractivos de Iván. No pensaba que iba a ser capaz de resistir, pero me di cuenta de que estar tumbada encima de él, con la cabeza sobre su pecho escuchando el latido de su corazón, era muy lindo, me hacía sentir bien. Ese sonido me relajaba. Tengo que confesar que ese momento me encantó, era como recordar cuando era pequeña y mi padre me ponía así después de alguna rabieta. Para amenizar un poco la noche nos pusimos la televisión y nos quedamos fritos en el sofá, uno encima del otro, abrazados, esta vez con ropa.



## 23. Una excursión solo con las chicas y el italiano

Eran las siete y cuarto de la mañana, una pequeña vibración hizo que abriera los ojos. Era de día, la luz entraba por las ventanas del comedor. Me incorporé, me senté en los pies de Iván y me limpié con los dedos el resto de saliva que tenía en la comisura de los labios. Había dormido bien para no haberlo hecho en una cama. Giré la vista hacia él, que estaba con los brazos hacia arriba y el pectoral al descubierto; qué piel más suave se adivinaba desde allí, era verla y me daban ganas de tocarla. Le sequé la saliva que le había dejado en el pecho y aproveché para bajar mi dedo hacia su abdomen. Jugaba a seguir sus cuadraditos y su piel se iba poniendo de gallina después de pasarle la yema, me detuve a la altura de su ombligo. Lo miré con disimulo para comprobar si seguía dormido; y sí, estaba con su cara angelical y sus ojos cerrados, como si no hubiera roto un plato. Mmmmm, qué mandíbula más perfecta tenía, tan marcada..., desorientaba todos mis sentidos. Presioné mi labio y lo humedecí con la lengua, respiré honda y lentamente.

Levanté la vista hacia el pasillo que estaba delante de nosotros y vi que las puertas de las habitaciones se encontraban cerradas. Mi dedo reanudó su camino hacia abajo, y en el momento en el que me acerqué al *slip*, Iván se movió un poquito y susurró:

—Si sigues así de juguetona llegarás tarde a tu cita con el italiano.

—Corrado, se llama Corrado.

Se incorporó y se sentó frente a mí. Me cogió la mano y la acercó a su destino final, tenía el pene caliente y duro. Mi estómago se encogió por momentos y mi corazón empezó a latir cada vez más rápido. Iván respiró profundamente, hinchando su pecho y acercándose muchísimo más a mí. Cuando un dedo de distancia separaba su cara de la mía, se aproximó a mi oído y con voz susurrante me confesó:

—Yo no te puedo llevar en un catamarán, pero te puedo hacer llegar muy lejos.

Tenerlo tan pegado a mí hizo que mis sentidos empezaran a hacer de las suyas, revolucionándose y sin obedecerme. Apreté la mano y noté cómo toda la musculatura de Iván se iba endureciendo. Su respiración empezó a sincronizarse con la mía, agarró fuertemente mi cadera con sus manos y de un tirón me sentó sobre él. Empecé a manosearle la espalda sin destino alguno, tocar su piel provocaba que mis hormonas me desobedecieran. Sus labios y los míos se atraían mutuamente, eran como un imán con una fuerza que nos empujaba a estar unidos. En el momento en que nuestras bocas se rozaron, empezaron a querer más. Mi lengua comenzó a lamer la suya y a jugar con ella. El sabor de su boca era adictivo, no podía dejar de besarlo. Sus manos acabaron en mi culo, haciendo presión para que no corriera aire entre nosotros; me excitaba muchísimo notar su erección.

—¡Ostras, perdón!

Paramos de repente y miramos hacia el pasillo, donde estaba Christian con la mano delante de la cara y con el cuerpo girado en el sentido contrario a nuestra posición.

Iván y yo nos habíamos detenido en seco y nos observábamos con cara de vergüenza. Di un

salto y me puse de pie, como un cohete. Me presioné la boca para que mi risa no se escapara, pero Iván no pudo aguantarse y soltó una carcajada. Christian, inseguro de si podía mirar o no, se giró hacia nosotros y tapándose los ojos dijo:

—No te rías, capullo. Estas cosas no se hacen en un apartamento lleno de tíos.

—¿Qué haces despierto a estas horas, Christian? ¿Te hemos desvelado nosotros?

—No. —Se destapó la cara y se dirigió hacia mí—. Martina, me ha llamado Gloria para que te diga que quedan veinte minutos para que os vayáis. Al parecer te ha llamado varias veces, y al no contestarle...

—¡Joder! No me he dado cuenta. —Cogí el móvil y besé a Iván para despedirme de él—. Nos vemos luego.

Iván me agarró de la mano y, cuando me estaba alejando de él, de un tirón me volvió a acercar.

—Recuerda tener al italiano a dos personas de distancia de ti. Disfruta; esta noche nos toca revivir una cena romántica en plena playa.

Nos miramos fijamente y recordé cómo acabó esa cena. Cogí aire profundamente y le apreté la mano. Sonrió y me dijo:

—*Ciao, bella mía. Ti amo.*

Le sonreí y atentamente me despedí:

—Yo sí que te amo. —Le besé la mejilla. Me volteé y me despedí de Christian también—. Gracias, Christian, eres un amor. Pasadlo muy bien.

Cuando estaba saliendo por la puerta del apartamento de los chicos, oí desde lejos que Christian le comentaba a Iván:

—Cómo te lo montas con estos despertares.

—Ja, ja, ja, ja. —Se oía la risa de Iván.

—Me he llegado a poner y todo viéndooos. Ja, ja, ja, ja.

Desde luego cuando estaban solos soltaban cada cosa... Pero tenía que confesar que Iván sabía tocar la tecla para atraparme y hacer lo que quisiera de mí, nunca me había sentido tan atraída por alguien. Adoraba oler su piel, no entendía cómo podía crear algo así en todos mis sentidos, y más cuando había pasado tanto tiempo.

Entré en mi apartamento y me encontré a Nuria y a Gloria sentadas en el sofá con las piernas cruzadas y los brazos entrelazados. Gloria se puso de pie y me dijo:

—Ya era hora, tía. Llevo un buen rato intentando localizarte.

—Ya, ya. Es que me he liado.

—¿Con qué? ¿Dándote una alegría de buena mañana? —me preguntó Gloria con una sonrisa en la boca. Por la manera en que me lo decía, sabía que Christian, mientras subía las escaleras de un piso a otro, le había explicado lo ocurrido.

—Calla, calla. —Me fui corriendo a la habitación para cambiarme y coger las cuatro cosas que me iba a llevar a la excursión.

Estábamos saliendo de la portería cuando oí a alguien llamarme a la vez que bajaba las escaleras:

—Martina, Martina, espera...

Me detuve en la puerta de la entrada esperando a que bajara quien me llamaba, ya que no se le oía bien porque susurraba. Y, en el momento en que estaba esperando a que esa persona apareciera, miré hacia el exterior y vi a Corrado al lado de una furgoneta negra con los cristales tintados, aguardando a que llegáramos. Llevaba unas bermudas tejanas que hacían relucir su bronceado y su musculatura, con una camisa de lino blanca metida por dentro del pantalón y los dos botones de arriba desabrochados, los cuales dejaban ver un poco su pectoral depilado. Debía

reconocer que los italianos se cuidaban muchísimo. Llevaba las gafas de sol puestas con una cinta agarrada de patilla a patilla y se encontraba apoyado en la parte delantera del coche con los brazos cruzados. Nos recibía con una gran sonrisa.

Después de saludar a Gloria y a Nuria, me buscó. Nuestras miradas se cruzaron y noté que su sonrisa se prolongaba. Le devolví la sonrisa y en un instante su rostro cambió, empezándose a poner cada vez más serio. Extrañada, dejé de sonreírle y aparecieron dos manos que me tocaron la cintura. Bajé la vista y reconocí aquellas manos, giré la cabeza para mirar y de repente quien estaba tras de mí me volteo hacia él. Sí, era Iván. Lo miré extrañada y mi cerebro hizo bajar mi cabeza; iba sin camiseta, mostrando al mundo su precioso torso. Tragué saliva y seguí bajando. Mi sorpresa fue que iba en *slips*, marcando todo, sin dejar nada para la imaginación.

Con excitación subí mis ojos para clavarlos en los suyos. Estaban brillantes, su cara era de disfrute y yo no sabía si era por mi gozo o porque a Corrado le cambió la cara.

—Iván, ¿es necesario ir así por los sitios? —Mis manos no le dejaban de acariciar el abdomen.

Se miró a sí mismo y me dijo, con una sonrisa radiante:

—¿Qué? Voy igual a la playa.

Me fui acercando más hacia él, hasta acorralarlo contra el marco de la puerta, y se apoyó. Mi cuerpo no frenó y fue tirando hacia delante, hasta que ya no pude avanzar más. Dejé mi cara a escasos centímetros de la suya y le dije con voz susurrante:

—¿Qué ocurre para que hayas bajado así?

—Nada. —Me cogió de la mano y se aproximó a mi oído—. Solo era para decirte que te a-moooo. —Dejó escapar el aire de su boca, provocando que el vello de mi cuello se erizara y mis músculos se endurecieran. Inspiré profundamente y en el momento en que quise expirar acercó sus labios hacia los míos y empezamos a besarnos. Cuando me rozaba con su boca tan jugosa y su lengua empezaba a jugar con la mía, mi cuerpo entraba en una especie de bloqueo, mis órganos se paralizaban para que mis sentimientos afloraran a sus anchas. Me agarró de la nuca para pasar de un beso apasionado a un morreo de aúpa. Abrí los ojos y me separé de él. Iván, sorprendido, me miró:

—No sigas por ahí, no soy un árbol al que mear —le dije.

—¿Cómo?

—No me gusta que marques territorio, como los perros.

—Martina, yo... —Coloqué mi dedo en su boca y le fui diciendo que no con la cabeza.

—Estás como una cabra. Ya te dije que no sabemos lo que puede ocurrir el día de mañana. Pero vamos a confiar uno en el otro, ¿de acuerdo? —Asintió con los ojos y me acercó otra vez a él. Volvió a besarme. Nos separamos y se despidió:

—Me quedo con ganas de ti, que disfrutéis.

Se despidió de las chicas y de Corrado alzando la mano. Dio la vuelta y subió las escaleras. Yo esperé para verlo subir y, mientras se alejaba, le dije:

—Qué bueno estás, hijo mío. Tienes suerte de que muera por tus huesos.

Me fui hacia fuera, ya me esperaban todos montados en la furgoneta. Corrado tocó el claxon y se oyó una voz salir del interior:

—Venga, espabila, que vamos tarde. ¡¡Que la edad del pavo ya la has pasado!! —Era Gloria echándome bronca, para variar.

Llegamos al puerto; había muchísimo tráfico marítimo, sobre todo de cruceros, tanto grandes como más pequeños, que llegaban o partían... También se veía un intenso movimiento de personas de un lado a otro. Corrado se acercó a un señor de unos cincuenta años, pelo canoso y moreno de

piel; no pudimos verle los ojos porque llevaba gafas de sol y una gorra. Vestía un pantalón corto y un polo de color azul marino que en la espalda llevaba impreso el logo del puerto, por lo cual deducimos que era trabajador de allí. Estuvieron hablando un buen rato, supongo que sobre temas del catamarán. Una vez que acabaron, Corrado se giró hacia donde estábamos y nos indicó con la mano que lo siguiéramos. Nosotras nos miramos y rápidamente cogimos las bolsas y nos pusimos en marcha. Nos agarramos por la cintura y lo seguimos.

Llegamos al catamarán, que no era el mismo que la anterior vez. Este era un poco más grande y estaba reluciente, brillaba muchísimo, se notaba que lo acababan de limpiar. Era de color blanco y en la parte inferior tenía una franja azul marino que lo atravesaba de punta a punta. Desde lejos vimos cómo Cristina bajaba de un taxi y se dirigía hacia nosotras. Antes de llegar, noté una pequeña vibración en la cadera, era mi móvil. Lo busqué por el cesto y gracias al sonido y a la luz lo llegué a encontrar (la toalla, el neceser y el pareo me dificultaban la visión). Creía que era Iván, pero al girarlo y ver la pantalla me paralicé, era Santi. «¿Pero este chico es tonto?», pensé. Y acto seguido le colgué. ¿Qué fue lo que no entendió respecto a que no quería saber nada de él? Volvió a llamarme y le volví a colgar. Seguidamente, busqué su teléfono entre mis contactos y lo bloqueé.

Alcé la cabeza y vi a Gloria mirándome extrañada, me preguntó qué me ocurría gesticulando con las manos. Con un movimiento de cabeza le contesté que no pasaba nada, y giré la cara hacia otro lado para que no notara que le mentía. En ese momento comprobé que Corrado me estaba esperando al lado de las escaleras para ayudarme a subir, le sonreí y nos embarcamos a una jornada de desconexión.

Era un día soleado, acompañado de una ligera brisa que hacía que las altas temperaturas que estábamos teniendo ese verano fueran tolerables. Me fui a la zona de las colchonetas para tumbarme y relajarme con el sonido de las olas al romperse con el catamarán. Me tranquilizaban muchísimo; aquello unido al sol tocándome la cara y la música de fondo *chillout* que nos puso Corrado fue la guinda. Coloqué la toalla y me senté encima, dejando las piernas estiradas y moviendo los pies en círculos. Dirigí la mirada hacia delante para contemplar el horizonte y pensé en lo bonito que era, me encantaba el degradado de azules que ofrecía esa vista, del más claro al más oscuro.

Respiré hondo y empecé a pensar en todo lo que le había ocurrido a mi vida ese último año. Había dejado de ser esa chica que hacía y deshacía a su antojo, que se acostaba con el chico que le apetecía cuando quería —no me gustaba repetir, la verdad, por eso siempre eran diferentes— y que no quería ataduras ni complicaciones. La dinámica era echar un polvo y al día siguiente decir: «Hasta otra, *baby*», no me iba el tema de casarme o enamorarme, creía que eso no existía. Quizá el motivo era que no había visto desde pequeña un amor puro como el de unos padres, y eso me hizo no creer en el amor. No creía que pudiera existir alguien desconocido que fuera capaz de romper todos mis esquemas, que lo que antes odiaba ahora lo amara. Que en un sitio lleno de gente me transportara a un lugar donde mis ojos solamente lo veían a él. Se proyectó una sonrisa en mi cara; había comprobado que el amor existía. Iván revolucionó mi vida, con solo salir del agua su cuerpo hizo que mis hormonas se chocaran entre ellas, sus ojos hacían que me perdiera dentro de él. Su aliento me provocaba sed. Su forma de ser me hizo adicta a querer más, a perdonar, a entenderlo y, sobre todo, a amarlo.

Si alguien me hubiera dicho que en un año yo tendría pareja, siendo él además celoso, y que viviríamos juntos, me habría reído en su cara.

—*Ciao, bella.* —Era Corrado, sentándose a mi lado. Lo miré, me traía fruta recién cortada para que comiera y dos copas de champán.

—¿Qué tal? —le pregunté mientras cogía un trozo de melón y me lo comía.

—Verás a qué lugar más bonito os llevo hoy, os va a encantar.

—¿Qué tienes pensado? —Me lo quedé mirando e incliné un poco la cabeza hacia la derecha.

—Ya lo veréis, es sorpresa. —Sonrió—. Martina, veo que va en serio lo del *ragazzo*, ¿no? — Lo agarré por el brazo, le respondí que sí con la cara. Tragué el trozo de melón que tenía en la boca y le dije:

—Sí. Más en serio de lo que me imaginaba.

Dejé escapar aire por la nariz, con intensidad. Esas situaciones me ponían algo nerviosa, nunca había vivido cosas semejantes, pero desde que estaba con Iván pasaba por bastantes.

—¿Crees que es el perfecto? —Corrado dirigió su mirada hacia el horizonte; estaba tenso, lo podía comprobar por la musculatura de su cuello, que se le marcaba. Lo acompañé mirando también el horizonte y contesté:

—No, pero me estoy enamorando de la imperfección.

—No sabe la suerte que tiene. Si te cansas del señor celoso, ya sabes dónde encontrarme.

Con una mano dejó el plato de fruta cerca de mí y con la otra mano me acarició la barbilla. Nos miramos fijamente, apreté los labios y le sonreí. Corrado me respondió con una sonrisa de oreja a oreja, mostrando esos dientes tan blancos y perfectos que tenía. Se levantó y se fue.

Pasados unos minutos, me levanté y fui a reunirme con las chicas; ellas estaban sentadas en la parte de atrás, donde había unos asientos acolchados de color azul marino debajo de un pequeño techo. En medio de las dos filas de sillones había una mesa ovalada llena de boles de diferentes frutas cortadas, copas medio llenas de champán, y no podía faltar chocolate: había bombones, chocolate fundido... El sol me estaba recalentando la cabeza y ya me molestaba, por lo que me recogí el pelo en una coleta. Vi un hueco en el sofá derecho y me senté al lado de Cristina, que estaba contando un poco su día a día... La verdad es que se la veía muy activa, irradiaba felicidad. Se dedicaba a organizar eventos de alto *standing* y Marco seguía con los viajes en catamarán, más su empresa de alquiler de todo tipo de barcos, de manera que a los dos les iba muy bien.

Gloria cogió la copa de champán y nos hizo una propuesta:

—Me siento rara sin Esther; chicas, ¿por qué no nos grabamos brindando por ella, la futura mamá? —Ponía cara rara y movía la cabeza de lado a lado cuando decía lo de «mamá».

Se nos escaparon unas pequeñas risotadas y cogimos las copas justo en el momento en que Corrado se acercaba a nosotras.

—Corrado, por favor, ¿nos puedes grabar? Es que le queremos enviar un mensaje a nuestra amiga Esther, que no ha podido estar aquí —le dije.

Se detuvo, asintió con la cabeza y adelantó su mano para que le diera el móvil.

—Espera. —Puse modo vídeo y le entregué el móvil—. En horizontal, Corrado. ¿Listas?

Me senté pegándome más hacia Cristina y me coloqué la copa delante.

—Este brindis va por ti, amiga —decía Gloria alzando la copa.

—Sí, muchas felicidades, preciosa. A ver si a la próxima te vienes —la seguía Cristina.

—Estamos muy felices de que nos hagas titas —continuaba Nuria.

—Esto va por ti, *sister*. El club de las marranas lo está dando todooo —acabé diciéndole yo.

—¡Te queremosooooossss! —dijimos todas a la vez, chocando las copas y bebiendo a continuación.

Corrado se me quedó mirando y le dije que parara la grabación. Cogí el móvil para enviarle el vídeo a Esther, pero me di cuenta de que no había cobertura, estaba sin señal. Bloquéé el teléfono y, mientras lo guardaba, les comenté:

—No hay señal, luego cuando lleguemos a tierra se lo envió.

—Sí, aquí no hay, he cogido antes el móvil para enviarle una foto a Christian y me ha pasado lo mismo, me he dado cuenta de que estaba sin red —comentó Gloria.

De repente Corrado se acercó a nosotras y nos dijo:

—Chicas, venid, aquí está mi sorpresa. ¿Os podéis dirigir a proa?

—Proa era la parte de delante, ¿no? —preguntó Nuria.

—Sí, estamos en popa —confirmó Cristina.

Fuimos hacia la parte delantera del catamarán y, cuando ya estábamos llegando todas, vi como una aleta salir del mar.

—¿Tiburones? —pregunté aterrorizada; eso era culpa de Iván, le encantan las películas de miedo y yo me quedaba con el terror en la cabeza.

—Acércate y verás —me dijo Corrado disfrutando del momento y poniéndome la mano en la lumbar.

Nos fuimos acercando, las chicas nos mirábamos un poco intrigadas. En ese instante, vimos saltar a un delfín; sí, ¡un delfín! Se nos quedó la boca abierta, estábamos asombradas.

—¿Lo habéis visto? Cómo mola... —Era Gloria, que se tapaba la boca y no dejaba de mirar hacia el mar y hacia nosotras—. ¿Son salvajes?

Corrado empezó a reír y nos preguntó:

—¿Queréis nadar con ellos? No es la primera vez que nos hemos cruzado con un grupo y lo hemos hecho.

—Ya estamos tardando..., ¡esto es alucinante! —le respondí eufórica, con los brazos y las manos abiertas.

Di un brinco y me dirigí a Corrado, me abalancé sobre él para abrazarlo y darle un beso en la mejilla. Mientras lo hacía, recordé nuestra conversación de unas horas atrás y reaccioné ante mis actos:

—Si es que eres un buen amigo...

Apretó los labios y, sin moverlos, sonrió; esta vez no mostró sus dientes, yo sabía que no le había hecho gracia.

En ese momento se oyó cómo alguien se tiraba al agua, era Cristina. Seguidamente, mirándonos a Nuria y a mí, Gloria se lanzó al agua de bomba. Nuria y yo nos cogimos de las manos, empezamos a correr, dimos un salto y nos tiramos también.

Al salir a la superficie, empezamos a mirar a nuestro alrededor, pero no había ningún delfín. Corrado nos decía con las manos que esperáramos, que no tardarían en acercarse a nosotras. Estaba contenta, pero a la vez nerviosa, mi corazón latía un poco más rápido de la normal y eso provocaba que mis pies se movieran a más velocidad de lo habitual. Iba observando a mi alrededor para comprobar si había alguno cerca, pero no se veía nada. Empezamos a salpicarnos entre nosotras y eso hizo que mi corazón se relajara y que no estuviéramos atentas a los delfines. Y, ¡alehop!, saltó un delfín cerca de nosotras. Guau, qué sensación más bonita, la respiración se me cortó por un momento. La sensación del agua cayendo por encima de mi cara era increíble, y de repente pasaron nadando junto a nosotras unos cinco delfines más. Nos miramos asombradas.

Nuria decidió subir al catamarán, a ella no le hacía mucha gracia eso de las sorpresas, y más aún no controlar lo que podía hacer un animal. Empezamos a abuchearla y a salpicarla, y en ese momento uno de los delfines se colocó cerca de la escalera y le empezó a emitir una especie de sonidos agudos, era como si le quisiera decir algo. Nuria se detuvo a medio salir del agua y se dirigió a él. El delfín empezó a emitir sonidos más altos y ella, con el dedo índice en la boca, le indicaba que no gritara. Parecía que la entendiera, porque se calló.

Los delfines empezaron a acercarse cada vez más a nosotras, eran más grandes de lo que me imaginaba. Estiré el brazo dejando la palma de mi mano apoyada en el agua y uno de ellos pasó lentamente. Pude tocarlo, tenía la piel como viscosa, y desde tan cerca pude ver varias cicatrices en uno de sus lados. Nunca hubiera imaginado que iba a nadar y a tocar delfines salvajes. Eran muy juguetones, no paraban de saltar por encima de nosotras y hacer piruetas de las suyas. Las chicas se cansaron y se subieron al catamarán, pero yo me quise quedar unos minutos más con ellos, no todos los días tenía esa oportunidad. Me separé un poco de la embarcación y me quedé tumbada de espaldas al cielo. Al instante noté que uno de ellos se sumergía y se puso delante de mí; hizo un sonido y me dio la sensación de entenderlo, como si me dijera que lo cogiera de la aleta, así que lo agarré. El delfín empezó a nadar y yo con él, era increíble a la velocidad que iba. Yo no paraba de sonreír, me sentía libre. Mi cuerpo estaba revolucionado, eran muchas sensaciones a la vez.

Me solté porque me alejé bastante del catamarán y empecé a nadar para volver. Mientras lo hacía, el delfín permanecía todo el tiempo a mi lado, sin alejarse. Cuando ya estuve cerca y me fui hacia las escaleras para subir, pues estaba algo cansada, antes de terminar de hacerlo me giré hacia el mar para ver a mi compañero de natación por última vez. Él se acercó a mí, yo me senté y le acaricié la cabeza. Sacó la cabeza del mar y miró hacia arriba, me besé la palma de la mano y le toqué cuidadosamente el morro. Creo que le gustó, porque dejó escapar agua por donde respiraba y empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

Sonreí y me subí.

Nunca pensé que iba a vivir un momento así. Fue algo increíble, una sensación inexplicable, maravillosa. Tenía muchísimas ganas de llegar para contárselo a Iván, iba a alucinar.

A medida que nos acercábamos al puerto iba oscureciendo, el día se pasó volando, fue bastante entretenido. Cuando miré el móvil para ver si ya tenía red, empezaron a sonar todos los teléfonos; cruzamos nuestras miradas y nos pusimos a reír. Los chicos nos echaban de menos, porque cada una de nosotras teníamos varias llamadas. Aproveché y le envié el vídeo a Esther, seguro que estaría haciendo de las suyas con Dani. Esos dos ni con el embarazo iban a parar de hacer cochinas.

Pensé que quizá Iván y yo éramos igual que ellos, pues manteníamos la misma actividad sexual que al principio.

—Hola... No, no, es que no teníamos cobertura alguna. ¿Cómo? ¡Joder! Vale, vale. Sí, estamos llegando. De acuerdo, tranquilo, se lo digo yo.

Nos quedamos extrañados mirando a Gloria. No sabíamos qué ocurría, pero no era nada bueno por la cara que tenía y lo que pudimos oír.

—Martina... —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué le ha pasado a Iván?

Me levanté de un brinco, nerviosa, mi respiración empezó a ser cada vez más profunda y más lenta. Por cómo se acercó a mí, sabía que a Iván le había pasado algo, y con total seguridad era malo.

—Que Iván...

—Iván, ¿qué? ¡Gloria, joder, suéltalo ya!

Me puse histérica; sabía que ella lo estaba pasando mal y quería ir con tacto, pero yo no estaba para tactos en ese momento. Comencé a notar un dolor intenso en la sien, mi corazón empezó a latir con dureza y mi estómago se hizo pequeñito y duro como una piedra.

—Iván está en el hospital. —Cogió aire y continuó—: Estaban buceando cuando no saben qué

le ocurrió y se golpeó con una roca en la cara. Quedó inconsciente y están esperando a que salga el médico para que les diga cómo se encuentra.

No podía hablar, tenía un nudo en la garganta que no dejaba pasar la saliva. Mis ojos se empezaron a llenar de lágrimas, mis pies se quedaron clavados en el suelo, no podía moverme. Miré a Corrado, que me entendió con la mirada: quería salir de allí y estar con Iván en ese instante, él dijo que sí con sus ojos.

Cristina llamó a Marco; nerviosa, le explicó lo sucedido. Le preguntó si nos podía recoger para acercarnos al hospital. Marco le dijo a Cristina que iba a llamar a un par de contactos que tenía, que eran médicos de ese mismo hospital, para que le informaran.

Cuando ya estábamos llegando al puerto, vimos el coche de Marco, que nos estaba esperando. Una vez que estuvimos dentro del vehículo yo no podía articular palabra, necesitaba ver a Iván, saber cómo estaba... Quería estar con él.

Llegamos al hospital, pero yo no sabía adónde ir. Entramos por la parte de urgencias y al parecer Roberto estaba allí. Yo no me di cuenta de su presencia, pero él de la mía sí. Se acercó a mí, me agarró por los hombros y me apretó:

—Martina. Eh, mírame. —Me movió y lo miré.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Martina..., Iván se ha desmayado dentro del agua, mientras buceábamos, con la mala pata de que se ha golpeado la cara con unas rocas, se ha partido la nariz y estaba inconsciente cuando lo sacamos del agua. Vino la ambulancia y se lo llevó, lo único que nos dijeron era que venían hacia aquí.

Yo iba asintiendo con la cabeza conforme él hablaba. Tenía los ojos fijos en su boca, porque mis oídos dejaron de percibir sonido alguno desde el momento en que me dijo que Iván se había quedado inconsciente dentro del agua.

Levanté los ojos hacia los suyos.

—¿Está vivo? —inquirí.

—Martina, yo... —Cogió aire y miró hacia el suelo.

Mi respiración era cada vez más entrecortada, empecé a tener como dolores punzantes en el pecho y me costaba hablar.

—¿Está vivo?! —le grité agarrándolo por los brazos.

—No lo sé, Martina. Llevamos más de cuatro horas en una sala de espera y nadie sabe nada.

Roberto levantó el brazo señalando una puerta batiente que se encontraba a su espalda. Me dirigí hacia allí y la crucé, daba a un pasillo lleno de puertas. Estaban todas cerradas menos una; cuando me acerque a esta, Christian salió de otra.

—Martina, estás aquí... —Vino corriendo para abrazarme. Me separé de él y le pregunté:

—Christian, ¿dónde está Iván?

—No sabemos nada, Martina. —Y se derrumbó.

En ese instante me hubiera puesto a llorar con él, pero lo único que pude hacer fue abrazarlo; lo abracé tan fuerte que necesitaba notar su latido para que mi cuerpo supiera que yo también estaba viva.

En ese momento se acercaron dos sombras hasta nosotros y una de ellas preguntó:

—¿Familia o amigos de Iván?

Nos separamos, mirándonos fijamente a los ojos, y a continuación giramos la vista hacia ellos; había un doctor plantado delante de nosotros que fue el que preguntó, y un poco más atrás vimos a una doctora con una carpeta en la mano.

—Sí, nosotros.

—Me presento: soy el Doctor Scappinni, el responsable del equipo que lleva a Iván. —Se dio la vuelta señalando a la chica que estaba más atrás—: Ella es la doctora Fernández, os quiere hacer una serie de preguntas y os pondrá un poco al día del proceso y progreso del paciente. Os dejo con ella.

—Perfecto. Gracias, doctor —reaccionó Christian estrechándole la mano, ya que yo era incapaz de mover cualquier músculo.

—Hola, señores —saludó la doctora avanzando hacia nosotros—. Vamos a sentarnos, que tenemos que hablar.



## 24. No sé qué haría si te perdiera

La doctora se detuvo enfrente de la puerta y con la mano nos hizo pasar a la sala de espera. Mi corazón se iba menguando, notaba que cada segundo que pasaba bombeaba más lentamente. Mi respiración era muy prolongada, creo que lo mandaba así mi cerebro, para no dejar de hacerlo, ya que se me paralizó todo y mis órganos no respondían a sus estímulos. Veía borroso, pues tenía los ojos repletos de lágrimas, y seguía los pies de la doctora, incapaz de subir la mirada. Esta iba con unos zapatos de tacón de aguja de unos ocho centímetros, de piel y color negro, que tenían una tira de brillantitos por la parte del talón los cuales reflejaban la luz a cada paso que daba y deslumbraban. Debía de estar cenando con alguien especial, ya que llevaba medias de color carne; la bata no me dejaba ver cómo era su vestimenta y el pelo lo tenía recogido con un lápiz. Seguramente el accidente de Iván la tuvo que llevar a urgencias e hizo que dejara de lado su cena romántica.

De repente se detuvo, dio media vuelta y nuestros ojos se cruzaron; me agarró por el codo y, señalando una de las sillas que se encontraban al final de la sala, me indicó que me sentara. Christian se sentó a mi lado; no sé si era por la ocasión o porque es lo que se comenta siempre, pero aquella silla de plástico de color verde militar era incómoda, no sabía cómo ponerme, me movía de un lado a otro y no encontraba la postura. Mi temperatura empezó a bajar, mi cuerpo se iba quedando cada vez más frío y notaba cómo se engarrotaba cada músculo de mi cuerpo, necesitaba saber algo. No era capaz de mirar a aquella doctora a la cara. En ese instante, noté un calor externo en la mano; era la de Christian, que estaba sobre la mía:

—Martina —me dijo mientras me la apretaba para que prestara atención a lo que nos iba a comentar la doctora.

Lo miré y vi que tenía los ojos rojos e hinchados de no haber parado de llorar, sus pómulos estaban rojizos de tener las manos presionadas sobre ellos. Me lo quedé mirando y me di cuenta, por su mirada, de que él también estaba roto por dentro. Giré la cara hacia la doctora y le hice un gesto para que empezara.

—Hola, chicos. Antes de todo me presento: soy la doctora Fernández; como ha comentado anteriormente el médico asignado a Iván, mi nombre es Sara. No trabajo en este hospital, en teoría, pero en el momento en el que ocurrió el accidente estaba en la zona. Cuando empecé a oír a los sanitarios indicar los síntomas, no pude evitarlo y me acerqué. Les comenté que era doctora y les pregunté si podía ayudarlos. Les pedí que me explicaran cómo había ocurrido el accidente y que me dejaran examinar al paciente. Me invitaron a subir con ellos a la ambulancia y ya me vine hasta aquí. El facultativo con su equipo le está haciendo todas las pruebas oportunas para ir descartando posibles lesiones.

—Pero ¿qué tiene, doctora? —le pregunté tocándole la rodilla.

—Por ahora no lo sabemos seguro. El paciente está inconsciente y eso nos perjudica un poco para orientarnos. Por eso le he dicho al doctor Scappinni que necesitaba hablar con las personas que estaban con él en el instante del accidente y con alguien que conviva con él, día a día.

—Yo estaba con Iván, soy Christian.

—Perfecto, Christian. Necesito saber qué pasó exactamente antes de entrar en el agua y durante la inmersión.

Christian cogió aire, abrió las piernas y se incorporó hacia delante. Luego dejó los codos apoyados en las rodillas y con las manos se sujetó la cabeza, que miraba al suelo.

—Pues estuvimos preparando los equipos y hablamos de hacer primero superficie y luego ir poco a poco por zonas. Entramos en el agua y al principio hablábamos todos, hasta reímos. Nos preguntamos entre nosotros si todo estaba *okey*, íbamos respondiendo y, cuando le tocó contestar a Iván, no lo hizo. Le volví a preguntar, pero no contestaba. Roberto se giró y en ese momento vio la marea llena de sangre y a Iván inconsciente.

—De acuerdo. Antes de entrar en el agua, ¿habíais comido algo?

—No, nunca lo hacemos antes de bucear. Habían pasado tres horas desde la comida, era nuestra segunda sumersión del día.

—¿Os había comentado si estaba mareado o le dolía la cabeza? Algo...

La doctora Fernández tenía una carpeta donde anotaba todo lo que iba diciendo Christian, estaba muy atenta a sus explicaciones.

—Mmmmm... —Christian alzó la cabeza y se dirigió a los demás—: Chicos, ¿vosotros recordáis algo? —En ese momento fue cuando me di cuenta de que había más gente en la sala, no estábamos solos. Los vi a todos en la misma fila de asientos, sentados, a cuál más hecho polvo, respetando ese momento. La sala era normal, pero, quizá porque me sentía pequeña o por el color blanco de las paredes, me daba mucha sensación de amplitud.

Los chicos negaron con la cabeza. La doctora se giró hacia ellos y preguntó:

—¿Roberto? —Él levantó la cabeza, alzó la mano y miró hacia Sara:

—Soy yo.

—Eres el que se dio cuenta de todo, ¿no? —Roberto asintió cerrando y abriendo los ojos—. ¿Iván estaba consciente cuando te diste cuenta de que había sangre?

—No. —Tenía la voz quebradiza y nada más contestar rompió a llorar. Nuria y Albert lo cogieron y lo sacaron de la sala, cada uno a un lado.

—De acuerdo. Vamos a ver su día a día. —Se giró hacia mí—. Entiendo que tú eres...

—Su novia.

—Me lo imaginaba. ¿Sabes si él se ha quejado alguna vez de que estaba cansado o de que le costara respirar cuando andaba más rápido de lo normal? ¿Le ha dolido la cabeza últimamente? Lo que sea...

—Pues la verdad es que no ha cogido ni un resfriado. Nada de nada. —La doctora iba asintiendo con la cabeza y anotando cosas—. ¿Sabe lo que le ha podido pasar?

—Por descarte, más o menos se me ocurre por dónde vamos. Dejados que le hagamos unas pruebas más y hablamos cuando tenga resultados.

—Pero, ahora, ¿dónde está?

—Ahora le están haciendo curas en la cara, porque se ha roto la nariz y se ha hecho una buena herida.

—¿Lo podemos ver?

Me sonrió y con su mano me tocó la rodilla. Tenía las uñas pintadas de un color rojo intenso y sus dedos estaban fríos.

—Sé que tenéis ganas. Una vez acabadas las pruebas haré lo posible para que lo veáis, aunque sea de uno en uno.

—Gracias, doctora —dijimos Christian y yo mientras nos levantábamos los tres para

despedirnos.

—Sara, llámame Sara.

Nos tendió la mano; primero se la estreché yo y comprobé que ella lo hacía con firmeza. Su piel era suave y tenía las manos muy delgadas, se le notaban todos los huesos. A continuación se la estrechó a Christian.

Cuando se despidió del resto, se giró y dijo adiós con la mano. Y antes de salir por la puerta se paró y se volvió hacia nosotros:

—Tranquilos, Iván saldrá de esta sí o sí. Voy a hacer lo que esté en mi mano para saber qué le ocurre, os lo aseguro.

Le sonreímos como pudimos; Christian buscó mi mano, hasta que la encontró y la cogió. Lo miré y me sumergí en su mirada rota, donde vi dolor y miedo. En ese momento los dos sentíamos absolutamente lo mismo. Lo agarré de la otra mano y tiré de él hacia mí para abrazarlo con todas mis fuerzas. Él respondió a ese abrazo con solidez, llegué a notar cómo su corazón latía y golpeaba mi pecho. A continuación abrí los ojos y vi que estábamos envueltos en brazos y caras de todos nuestros amigos. En ese momento supe que Iván no estaba solo, tenía todo nuestro apoyo. Mi cuerpo empezó a coger temperatura gracias a ellos, mi corazón empezó a latir un poco más lento de lo normal. Noté que mis ojos dejaron escapar todas las lágrimas retenidas, me caían por las mejillas sin control.

Habían transcurrido más de tres horas y aún no había salido nadie para informarnos, por eso me levantaba cada vez que pasaba alguien por el pasillo. Las chicas me propusieron ir a cenar, pero no quería moverme de aquella sala por si tenían noticias de Iván. En cualquier caso, no tenía el estómago para mucho, lo notaba tan pequeño que no tenía ni hambre.

Los demás se iban turnando para salir a fumar a la calle, tomar el aire o ir a cenar; los únicos que no nos movíamos de allí éramos Christian y yo. Íbamos cambiando de postura en esos asientos tan incómodos, estirábamos las piernas, las encogíamos, nos poníamos de pie apoyados en un hueco en la pared que había entre asiento y asiento... Cogí el móvil y me puse a mirar fotos de Iván y mías. La última que tenía era de la noche anterior, cuando nos quedamos tumbados en el sofá. Recuerdo que él dijo: «Vamos a hacernos una foto, que esta será la primera vez que estaremos tumbados en el mismo sofá sin acabar uno dentro del otro».

Salía guapísimo, estaba sin camiseta, sentado en el sofá con ese *slip* tan apretadito que no dejaba de insinuarse y que me atrapaba tanto. Tenía una pierna doblada y puesta sobre el sofá y la otra abajo, yo estaba sentada entre sus piernas, con la cabeza apoyada entre su cabeza y su hombro. Miré su carita; se mordía el labio, sabía que para él fue una noche dura por tener que dormir abrazados sin llegar a hacer nada. Me demostró mucho, me sentía realmente bien con él. Qué cara tan bonita tenía, sus ojos eran los responsables de toda mi locura.

Cuando Sara entró por la puerta de la sala de espera yo estaba acariciando con el dedo índice la cara de Iván. Me levanté al darme cuenta de que estaba allí delante.

—Chicos, buenas noticias. Ya sabemos qué le pasó a Iván, y además lo han operado. Ha tenido un ataque al corazón, derivado de una angina de pecho. Al darle se ha quedado inconsciente y lo siguiente es lo que sabéis...

—¿Ya está despierto? —No la dejé acabar.

—Le hemos puesto *stents* en dos arterias, en teoría este tipo de operaciones son de muy rápida recuperación. Pero al haber estado inconsciente tanto tiempo necesitamos que permanezca en observación para comprobar cómo evoluciona. —Tras esta explicación me cogió de la mano y contestó a mi pregunta—: Y no, por ahora no está despierto. Se tiene que despertar por sí solo,

ahora toca esperar.

—Vale —asentí.

—No obstante, podéis pasar a verlo de uno en uno. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Lo que diga —corroboré.

—Yo ahora os dejo; a ver si mañana puedo acercarme para saber cómo ha evolucionado. De todas formas, les he dado mi teléfono para que se pongan en contacto conmigo si es necesario.

—Doctora... Disculpe, Sara. Mil gracias por estar ahí.

—Las cosas pasan por algo... Yo ya estoy tranquila, todo está controlado. No hay de qué.

Me tendió la mano, pero no se la podía dar, estaba nerviosa. Y de repente la abracé. Al principio se quedó quieta, sin reaccionar, y poco a poco fue subiendo los brazos para corresponderme.

—Todo irá bien, verás.

Me cogió de la mano y me llevó hacia el pasillo. Era largo y entramos en una puerta que indicaba: «Solo personal sanitario». Se trataba de una sala grande, con pitidos de máquinas. A la derecha había como una recepción donde estaban sentadas dos enfermeras, y la sala estaba llena de camas divididas unas de otras por cortinas de color azul.

Una de las enfermeras se levantó; era monísima, de media estatura y pelo cobrizo, con mechas, recogido con un moño. Sin decirle nada, ya sabía por quién iba yo. Se acercó a mí y con la cabeza me indicó que la siguiera. Andando detrás de ella me salió un suspiro de lloro que no pude controlar. La enfermera se giró hacia mí:

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Mira, Iván está aquí.

Llegamos al final de la sala, pues su cama era la última, la enfermera cogió la cortina y la fue abriendo poco a poco. Miré hacia la puerta y vi a la doctora, que me sonrió y alzó la mano para despedirse. Le dije adiós y dirigí la mirada al interior del box; allí estaba Iván, tapado hasta la mitad del pectoral, lleno de tubos por todos lados. La respiración se me empezó a entrecortar y los pies consiguieron reaccionar, andando lentamente hacia él. A medida que iba avanzando le iba viendo la herida que se hizo en la cara, tenía toda la parte superior del rostro hinchada, deformada, con algún tono amarillento y amoratado. Alrededor de los ojos y la nariz tenía una parte cubierta con una especie de gasa. Posé mi mano sobre la suya y la fui acariciando; tenía la piel fría y tersa, no era su piel. Se me hizo un nudo en la garganta, no podía tragar saliva. Me fui acercando más a él, mis ojos se encharcaban por segundos. Me aproximé a su oído y le susurré:

—Hola, mi amor. —Me detuve, no quería llorar—. Si me oyes, sé fuerte. Estamos luchando todos por ti. Queremos que despiertes ya, pero sin prisas.

Le agarré la cabeza con las dos manos y me quedé mirándole la cara fijamente; tenerlo a escasos centímetros de mí, sin poder ver sus ojos, me partía el alma en dos. Le pasé suavemente el dedo por encima de las heridas, sin apenas tocarlo. Cogí aire y me aproximé a él, mis labios no dudaron en besar los suyos. Tenerlos tan cerca seguía tentándome. Al acabar, me fui separando lentamente a la vez que lo miraba, por si de casualidad el beso le creaba un pequeño estímulo para despertarse.

Le volví a coger la mano y, mientras la acercaba a mi boca para besarla, le dije:

—Me voy un momento fuera para que puedan entrar los demás, que tienen muchas ganas de verte y seguro que de abrazarte. Pero no te pienses que te vas a escapar de mí, cuando salgan me vengo otra vez.

Salí, intentando recomponer mi cara y secándome las lágrimas, para que pudieran pasar los

demás, ya que las visitas eran de uno en uno. Una vez que entraron todos, ya no podía entrar nadie más. Entre ellos hablaron de volver al apartamento para descansar y estar a primera hora en el hospital. Yo no podía irme ni separarme de Iván, necesitaba quedarme, aunque fuera en la sala de espera. Había un horario de visitas y yo quería estar allí para ser la primera en volverlo a ver. Todos lo acabaron entendiendo; Christian quiso quedarse conmigo, pero lo convencí para que se fuera a casa y descansara, ya que llevaba demasiadas horas en el hospital. Me despedí de ellos desde la puerta de urgencias y me dirigí a la sala de espera, que iba a ser durante unas horas mi habitación.

Intenté de mil maneras estar lo más cómoda posible en esos asientos anticomodidad, pero era difícil. Uno de los celadores pasó muchísimas veces por el pasillo, y cada vez que cruzaba por mi puerta se quedaba mirándome, ya que yo estaba intentando conciliar el sueño sin éxito. En uno de esos paseos entró, se acercó a mí y me dio una manta de color gris con la que taparme. Me fue muy bien, porque conseguí quedarme dormida, aunque solo fuera unos minutos, tumbada entre tres sillas. Estaba inquieta, no solo por no coger la postura adecuada, sino también porque me resistía a dormir. Quería ser la primera en saber si había novedades. El resto de la noche fue largo, no paraba de moverme; me colocaba de lado, al segundo me movía y me colocaba del otro lado, si no mirando hacia el techo..., me costó conciliar el sueño. Saber que estábamos a escasos metros y no podíamos dormir en la misma cama me incomodaba bastante. Pero el bip que se oía de fondo y el silencio extremo que armonizaba esa ala sanitaria fueron relajando mi mente, y con ello mis músculos se destensaron hasta que mis párpados no pudieron aguantar más y se cerraron por segunda vez.

Abrí los ojos y vi a Iván de pie, enfrente de mí, tan guapo como siempre, con sus tejanos blancos, rotos por las rodillas, y una camiseta de manga corta y de algodón. Era lisa y de color turquesa, lo cual hacía que su mirada fuera mucho más intensa de lo que siempre era. El cuello de la camiseta, al tener forma de V, dejaba ver parte de su pectoral bronceado y de aspecto sedoso, como siempre. Me costaba mucho enfocar la mirada, veía algo borroso y no podía abrir los párpados por la luz que deslumbraba detrás de Iván.

A mi alrededor percibí demasiada claridad; no podía ver dónde estábamos, solo oía las olas del mar.

—Iván, ¿qué haces aquí? —le preguntaba extrañada, aproximándome a él.

Solo me miraba, no me hablaba. Estaba sonriente, como siempre; por cierto, cuando sonreía mucho se le formaban unas arruguitas alrededor del ojo y eso le hacía ser aún más sexi.

—Pero... espera. Si has tenido un accidente. —Iván dejó de sonreírme y me miró extrañado, torciendo hacia un lado la cabeza; no entendía lo que le estaba diciendo—. Tu cara, ¿dónde está la herida?

Me acerqué a él para tocarlo, retrocedió dos pasos y en ese momento se cayó al abismo, con cara susto y estirando los brazos para que lo cogiera.

—¡¡Nooooooo!! —grité, y corrí para cogerlo.

De repente me sobresalté y me desperté. Todo había sido un sueño, más bien una pesadilla; me incorporé apartando la manta y puse los pies en el suelo. Me dolía un poco el cuello —realmente mi bolso no era muy cómodo como almohada provisional— y empecé a estirarlo de un lado a otro, moviendo la cabeza. Ese sueño me había amargado el día un poco más de lo que ya estaba. Me hice una coleta en el pelo y a continuación cogí el móvil para saber qué hora era: solo pude dormir dos horas, eran las cinco y media de la mañana; me quedaba una hora para entrar y volver a ver a Iván. Me puse en pie a fin de estirar toda mi espalda, ya que había pasado a ser cuadrada. Cuando me dirigí hacia el pasillo, apareció la enfermera simpática con dos tazas de café en la

mano y muy sonriente me dijo:

—¡Buenos días! Te traigo caféina para que puedas estar despierta, porque dudo que hayas podido dormir en esas sillas, son incomodísimas.

—Bueno, es lo que tenía más parecido a una cama.

—Ven, siéntate y hablemos.

Me cogió de la mano, me sacó de la sala de espera y nos fuimos por el pasillo. Pasada la puerta batiente donde se encontraba Iván, había una puerta pequeña que estaba cerrada, con un cartel que ponía: «Prohibido el paso, solo personal de enfermería». La abrió y entramos en una pequeña habitación de color blanco, donde había una cocina, con una nevera y microondas, llena de armarios tanto en la parte de arriba como en la de abajo, además de una mesa ovalada con seis sillas alrededor. Yo me senté y ella se dirigió hacia un mueble de la cocina. Acto seguido abrió la puerta del armario y preguntó:

—¿Qué quieres, azúcar, sacarina o panela? —Yo la miré sin saber por qué me preguntaba aquello, ella levantó las cejas y con su cara señaló la taza de café.

—Ah, perdona. Panela, por favor. Es que no estoy muy fina...

—Tranquila, es normal. ¿Iván es tu pareja? —Asentí con la cabeza—. Ya verás como todo va a ir bien. Además, habéis tenido mucha suerte de que la doctora Fernández estuviera de visita y justamente enfrente del accidente. Es la mejor cardióloga del mundo; entre tú y yo, es la hija del jefe.

—Ah, qué bien, no lo sabía.

—Sí, comentan que acaba de llegar de dar la vuelta al mundo. Siempre ha sido muy especial, muy reservada. Fue todo un detalle que quisiera quedarse; creo que, al ser españoles, le tocó más la fibra. Tampoco la conozco mucho, yo solo llevo un año trabajando aquí, es lo que dijo mi compañera.

—Ah, pues sí que es todo un honor. Muy amable, la verdad.

Apoyé el codo sobre la mesa y me sujeté la cabeza con una mano para que no se cayera hacia delante. Con la otra iba moviendo sin parar la cucharita, mareando el café.

La enfermera se sentó enfrente de mí y me tocó el brazo para que decelerara el movimiento de la cucharilla. Paré y la miré con detenimiento.

—Estate tranquila, he vivido situaciones mucho más duras que la de Iván y han acabado bien. Él saldrá de esta, verás como tengo razón. Tú lo que necesites nos lo comentas a nosotras, o a las chicas que estén en la recepción de enfermería, son todas muy majas —me dijo.

Le sonreí y le di las gracias. Miró el reloj y comentó:

—¡Uy! Se me han pasado volando los veinte minutos, tengo que volver a mi rutina, que no me queda mucho para irme a casa. Vente y así entras a ver a tu tortolito, que a estas horas nadie tiene visita y no se darán cuenta de que has pasado antes.

Me levanté como un cohete, solo pensar que iba a volver a ver a Iván me puso atacada. Salimos del *office* de enfermería y nos fuimos a los boxes. Me fui disparada hacia el de Iván, retiré la cortina y seguía allí, con la misma postura. Su piel aún desprendía ese aroma suyo tan característico, aunque empezaba a mezclarse con el olor de hospital. Estaba tumbado boca arriba, con los brazos estirados y las manos abiertas, cada una a un lado de su cadera. En la boca tenía un tubo para poder respirar y empezaba a mostrar los labios un poco blanquecinos, como si se le estuvieran secando. Su nariz estaba destrozada por el impacto contra la roca, y su cara empezaba a cambiar de color, la zona de las ojeras pasaba de ser morada a amarilla. La inflamación no le había bajado nada. Le cogí la mano para ver si podía sentir mi latido o por lo menos mi calor. Se me escapó una lágrima que fue recorriendo mi cara sin rumbo, hasta que cayó directamente al

suelo. Respiré hondo y le empecé a hablar:

—Pues no sé por dónde empezar..., cariño. —Me paré a pensar—. Mira si te echo de menos que he soñado contigo; no tenías la cara como la tienes ahora, que si te vieras... Ibas guapísimo, como siempre. Te iba preguntando cosas, pero solo te reías y de vez en cuando me ponías esa cara de no saber qué te estaba diciendo.

Apreté su mano con fuerza y seguí hablándole.

—Sé que me estás escuchando, pero yo necesito oír tu voz, no me acuerdo de cómo era. Despierta ya, por favor. No puedo pensar qué haría sin ti. Has conseguido cosas en mí que habría negado un año atrás, me está gustando tener a alguien a mi lado y vivir con altibajos. Te tengo que confesar que has logrado que crea en el amor, en que dos personas distintas pueden amarse. Pero si no despiertas dejaré de creer. Iván, yo quiero... —Me tocaron la mano.

—Martina. —Me asusté y miré hacia el lado. Era Christian, que se había acercado sigilosamente.

—Joder, Christian, qué susto me has dado. Pensaba que era Iván, que me llamaba.

—Ojalá. —Puso su mano encima de las nuestras, necesitaba contacto.

—¿Han dicho algo más? —Le negué con la cabeza.

De repente, notamos un pequeño movimiento en nuestras manos; nos miramos sorprendidos y las quitamos rápidamente. Iván volvió a mover lentamente los dedos, como si los quisiera cerrar. Christian y yo cruzamos de nuevo nuestras miradas. Él se fue directamente al puesto de enfermería para avisar de lo ocurrido, yo me abalancé sobre Iván, le cogí la cara y me fijé en sus ojos por si había algún pequeño movimiento. Noté cómo cogió aire, porque sus pulmones se hincharon más de lo normal y el bip de la máquina aumentó el ritmo. El muelle que había en una pieza de dicha máquina respiratoria, que era transparente, empezó a estirarse y a encogerse sin parar. Cuando Iván abrió los ojos como pudo, ya que la inflamación no le permitía abrirlos bien del todo, llegaron las enfermeras corriendo, y con ellas el médico, que era el mismo de la noche anterior. Nos dijeron que saliéramos de la sala, que les dejáramos hacer a ellos, así podían trabajar mejor. También nos dijeron que no nos preocupáramos, que ya nos avisarían.

Nos quedamos plantados en medio del pasillo, mirando sin parar hacia la cortina de Iván; había una pequeña esperanza, se había movido y su cuerpo empezaba a reaccionar. Christian y yo estábamos cogimos de la mano, atentos a lo que decía el personal sanitario, cuando de lejos se oyó:

—Se ha despertado. Quítale el tubo. Tranquilo, tranquilo. Ahora. Hola, ¿sabes tu nombre?

Era el médico preguntándole. Iván tosió y con voz ronca contestó muy flojito:

—Sí, me llamo Iván.

Era su voz; rota, pero era él, aunque se oía como si estuviera muy cansado. Noté una fuerte presión en la mano derecha. Era Christian, que no se lo podía creer. Estaba rígido; aparte de saberlo por la estrechez de su mano, tenía los músculos del brazo agarrotados, se le marcaban muchísimo, y la mandíbula le sobresalía, como a Iván cuando se enfadaba. Los hombros se comían parte de su cuello y casi le tocaban las orejas. Le moví la mano, para que se relajara y volviera en sí. Direccionó su cabeza hacia la mía, momento en el que me lancé a sus brazos y nos fundimos en un abrazo.

—Martina, está vivo. Joder, está vivo.

Noté cómo mi hombro empezó a humedecerse por las lágrimas desencadenadas de Christian. Su corazón golpeaba al mío, me recorrió un escalofrío que me erizó toda la piel de alegría. Me contagió sus lágrimas, pero esta vez acompañadas con una sonrisa. Lloraba de alegría.



## 25. Necesitaba oír tu voz

Después de cinco horas interminables, que parecían días, ya estábamos todos en la sala de espera aguardando a que vinieran a avisarnos para pasar a ver a Iván. Nos sentíamos todos un poco nerviosos; Roberto y Nuria daban vueltas por la sala, Albert y Cristina esperaban fuera, en el pasillo, apoyados en la pared con la vista fija en la puerta donde estaban los boxes. Christian y Marco estaban sentados en los asientos que se encontraban delante de la puerta. Christian no paraba de morderse las uñas —eso si le quedaba alguna viva—, y Marco movía una de las piernas increíblemente rápido, su pie emitía un ruidito cada vez que golpeaba el suelo.

Gloria y yo estábamos en el pasillo, esperando a que alguien saliera por aquella puerta y nos informara.

—Martina, en cuanto sepamos algo te vas a casa a ducharte, y no quiero un «no» por respuesta —me decía Gloria mientras me recogía un mechón de pelo que cruzaba mi cara y me lo colocaba detrás de la oreja.

—Gloria, sabes que no me voy a ir. Soy incapaz de dejarlo...

Paré de hablar, notaba una pequeña vibración en la mano. Era el móvil; lo giré y vi que me llamaba Esther. Por un momento pensé en no cogérselo, quería esperar y ver a Iván, pero como la cosa iba para largo y sabía que insistiría hasta que le respondiera, cogí el móvil y le mostré la pantalla a Gloria. Con el dedo le indiqué que salía fuera para poder hablar con ella.

Cuando ya estaba cruzando la puerta de salida, descolgué el teléfono:

—Hola, Esther, ¿cómo estás? Espera, tranquila. ¿Cómo lo sabes? Ya, ya... ¿Quién te lo ha dicho? —Respiré profundamente, era Gloria la que le había contado lo de Iván. Yo no le quise decir nada para no preocuparla—. Bueno, no, tú relájate. Hará unas horas que se ha despertado, está todo controlado, por suerte. Ahora estamos esperando. Sí, sí, tranquila, yo te aviso de todo. ¿Cómo?, ¿el qué? ¡Ay! No te oigo bien. ¿Que cuelgue?

Me tapé el otro oído con el dedo, porque se le entrecortaba la voz y no la entendía del todo.

—No te oigo bien, Esther, te dejo. Tú estate tranquila, que yo te informo. Un besooo. No te oigo... Cuelgo, ¿vale?

—¡¡Te estoy diciendo que yo a ti sí!!

Miré el móvil, porque pasé de no oírla a sentirla como si me gritara por la espalda, la voz de Esther era muy potente.

—¡Pava! Gírate.

Me di la vuelta y vi a Esther, con esa barriguita que empezaba a notarse y sus manos acariciándola. Iba con un vestido de lino de color verde militar. A su lado estaba Dani, con unas bermudas marrones y una camisa de color caqui, que me recibía con los brazos abiertos.

—¿¡Pero qué narices hacéis aquí!? ¡Estáis locos! —No daba crédito, los miraba a los dos sonriendo.

—Ven aquí, anda... —me dijo Dani sin bajar los brazos.

Corrí hacia ellos y los abracé. Noté cómo una pequeña brisa pasaba por mi nuca y jugaba con mi vello, dándole temperatura a mi piel. Empezaba a notarme viva. Sentía sus latidos en mis

costillas. No sé cómo, pero se me escaparon dos lágrimas haciendo una carrera entre ellas.

Dani no paraba de besarme la cara con mucha euforia.

—¿Qué se sabe? —me preguntó Esther.

Me separé de ellos y me sequé las zonas húmedas que habían dejado esas dos lágrimas. Les expliqué un poco lo que se sabía por el momento. Dani no quiso separarse de mí, tenía el brazo aposentado en mis hombros; éramos «uña y carne», siempre estábamos juntos en los buenos y, sobre todo, en los malos momentos. Y ese fue uno de los peores para mí. Cuando entrábamos por la puerta de urgencias, salía Albert buscándome.

—Martina, date prisa, que ya puedes ver a Iván. Lo han subido a planta, ya tiene habitación.

Dani, Esther y yo nos miramos sorprendidos, y ellos dos a la vez me indicaron con la cabeza que fuéramos, por lo que nos pusimos a correr. Dani y yo íbamos más adelantados, así que me giré para ver si Esther estaba bien. Comprobé que se sujetaba la barriga con las dos manos y que no dejaba de correr. Gestos así me daban que pensar, tenía unos amigos que valían millones.

Cruzamos todo el pasillo, al final del cual había unas escaleras por las que subimos al primer piso. Llegamos a un rellano y nos encontramos con otro pasillo; este era más ancho, tenía varias puertas de color azul con un pequeño número al lado: eran las habitaciones. Fuimos avanzando; pasamos por el puesto de enfermería, en el que no había nadie (estarían en alguna habitación) y vimos que la segunda puerta a mano izquierda era la de Iván, la ciento dieciocho. Nos detuvimos justo allí, nos miramos los cuatro, y Albert con la mano en el pomo me preguntó:

—¿Estás lista?

Me quité el coiletero y dejé mi melena en libertad, moví la cabeza para que mi pelo volviera a su forma natural. Esther me giró hacia ella y con sus manos empezó a moverme los mechones de un lado a otro, colocándomelos lo mejor que pudo. Una vez que terminó, me besó en la mejilla. Respiré hondo y me pasé las manos por el vestido para estirarlo, era como si volviera a tener una primera cita con Iván. Nerviosa, me dirigí a Albert y le confesé:

—Más que nunca, necesito oír su voz.

Me sonrió y fue abriendo la puerta suavemente. Entré en la habitación, a medida que me aproximaba fui viéndolos a todos allí, alrededor de la cama de Iván. Se fueron girando hacia mí conforme me iba acercando y me iban dejando espacio, de manera que Iván y yo nos pudiéramos encontrar. Lo primero que vi fueron sus manos: las tenía entrelazadas, la de la izquierda aún seguía con el tubo del suero. Vi sus piernas descubiertas (en la habitación hacía algo de calor) y fui divisando más de él. Tenía el pectoral al aire, tan perfecto, tan succulento, que me tenía atrapada. Porque la habitación estaba repleta de personas, de lo contrario me habría tirado encima de él para no dejar de acariciarlo.

—Mira a quién tienes aquí, tanto que preguntabas por ella... —le dijo Christian mirándolo de reojo, con voz burlona y dándole toques en el brazo.

Saber que tenía ganas de verme dibujó una sonrisa en mi rostro. Cuando ya estaba cerca de la cama, Roberto se apartó para que me aproximara más a Iván. Subí la mirada hacia su rostro, nuestros ojos se quedaron fijos; aunque tuviera la cara inflamada, su mirada hacía que me olvidara de ello. Mi corazón empezó a bombear cada vez más rápido, me sonrió como pudo y estiró el brazo para que le agarrara la mano. Se la cogí, en el momento de rozar su piel mi estómago se hizo pequeñito y mi respiración empezó a acelerarse. Me acercó a él y me senté en un espacio chiquitito que había entre su cuerpo y el final de la cama, para poder estar más cerca aún. Pasó sus brazos por detrás de mi cintura, lo cual hizo que entre nosotros escaseara el espacio. Lo tenía muy cerca, notaba cómo su aliento rozaba el vello de mi cara. Mi boca empezó a secarse, empecé a tener sed de él, me mordí el labio y mis ojos se fijaron en su boca. La tenía medio abierta, sus

labios estaban algo rasposos, pero su lengua de vez en cuando salía para hidratarlos.

—Te he echado mucho de menos, ¿por qué has tardado tanto? —me susurró.

Tomé aire y lo besé, sin control. Mis manos lo cogieron por la nuca, para que no se pudiera despegar de mí. Noté su jugosa lengua jugando con la mía. Volví a oler su piel, sentí cómo sus labios se rozaban con los míos; ese momento tenía vida, veía que mis besos eran correspondidos por los suyos. Percibí el calor de sus manos por mi espalda, la manera que tenía de tocarme, el tenerlo cerca. Era solo suya. Todo mi cuerpo se descontrolaba con el simple roce de su aliento por mi piel. Provocó en mí algo que no me había despertado antes, y me excitó tanto sentirlo tan vivo que llegué a tener un pequeño orgasmo.

—Iván, para, por favor —le rogué, separándome obligadamente de él y dejando mi frente apoyada encima de la suya—. Tú sí que has tardado en despertar.

—¡Venga! No vengo desde España para ver cómo os morreáis. Sois unos marranos, es que ni enfermos os separáis —soltó Dani, apartando a Christian para ponerse al lado de Iván.

Todos lo miramos y empezamos a reírnos, en ese momento liberamos nuestras tensiones a carcajada limpia.

—¡Ah! —Iván se encogió de hombros quejándose, se tocó la cara donde tenía la herida y puso un gesto de dolor al reír—. Cómo duele.

—Te duele al reír, pero para hacer guarradas no, ¿eh? Si es que... —decía Esther mientras se acercaba a Iván para abrazarlo.

—¿Cómo se te ocurre dar estos sustos? Otro igual y vengo en exclusiva para darte una hostia y despertarte yo misma.

—Qué bestia eres, tía. Ni embarazada te relajas —comentaba Gloria a la vez que le acariciaba la barriga.

Las chicas me obligaron a ir a comer con ellas, ya que llevaba muchísimas horas sin ingerir alimento alguno. Tampoco me entraba nada por la situación de Iván, era incapaz de que mi estómago se abriera y me pidiera de comer. Cogí un sándwich para pelearme con él y simular que comía algo, pues solo quería estar con Iván y no dejar de escucharlo ni de mirarlo. Me fue bien pasar ese ratito con las chicas, pude despejarme.

Querían que fuera a ducharme a casa, pero me negué; no me iba a mover de allí hasta que le dieran el alta a Iván. Ellas me entendieron y decidieron que iban a coger ropa a casa para que me pudiera cambiar, ya que en la habitación de Iván había baño con ducha. Aprovecharía el momento en el que no estuvieran las enfermeras para poderme asear, aunque fuera un poco.

Estuvimos varios días acompañados por todos nuestros amigos, se turnaban entre ellos para no dejarnos solos. Después de cinco días de insistirles y ver la recuperación tan temprana de Iván, decidieron irse a casa a descansar. Fue una semana muy intensa, hasta tuvimos la visita de Corrado, que se acercó a ver cómo estaba Iván. Apenas se dirigieron la palabra, él estuvo hablando conmigo y eso al afectado, que era Iván, no le hizo mucha gracia. Pero esta vez Corrado no iba con dobles intenciones, solo se preocupó por Iván y eso dijo mucho de él.

A media tarde aparecieron en la habitación dos médicos adjuntos, que formaban parte del equipo, para hacerle varias pruebas a Iván y así saber cómo iba su evolución. Por lo que comentaban, la recuperación era increíble; tanto que, si no fuera por la herida de la cara, parecía que no le hubiese ocurrido nada.

Eran las ocho de la tarde y todos se habían ido a casa. Por fin nos quedábamos solos Iván y yo. Tenía ganas de estar en silencio, de mirarnos y tocarnos. Yo estaba medio tumbada en el sofá de piel marrón de la habitación que iba a ser mi cama y leía un libro para dejar que Iván descansara,

ya que fue una semana llena de emociones, sin descanso alguno.

—¿Cómo estás? —me preguntó Iván. Me senté bien y lo miré, cerré el libro y lo dejé encima del sofá.

—¿Yo? Bien.

—Martina, ven, anda. Por favor. —Me lo pedía mientras daba toques en su cama y me ponía esos ojitos de forma tierna que hacían que mi corazón se derritiera. Me levanté, me acerqué a él y me senté a su lado—. Tenía ganas de estar a solas contigo; cuando te vi el primer día que abrí los ojos, me rompí por dentro. Tu mirada me hablaba por sí sola, me decía que estabas destrozada. Me hizo recordar lo de un año atrás.

Presioné los labios y expulsé aire por la nariz.

—Tuve mucho miedo, Iván. El destino decidió arrebatarte de mi vida. No sabía de ti, ni qué te ocurría, ni qué te pasaría. Se me vinieron a la mente cosas que no me hubiera imaginado nunca. Se me caía el techo encima. No recordaba tu voz, me sentía vacía por dentro, como si todos mis órganos decidieran no funcionar. Que hubiera una posibilidad de que te fuera a perder, pero para siempre... —Suspiré. Iván me cogió de la mano y nos quedamos mirándola, entrelazó sus dedos con los míos.

—Yo también te eché de menos. No recuerdo nada de lo sucedido, solo que estábamos preparando el equipo para sumergirnos y que tú estabas en una excursión en un catamarán. Luego desperté aquí, os vi borrosamente a Christian y a ti, nada más. Lo único que me viene a la memoria es como un recuerdo, como si estuviera en una habitación sin puerta ni ventana, solo. Gritaba por si alguien me escuchaba, pero lo único que se oía era mi voz resonando. Fue una enorme sensación de vacío, de ansia por salir o que alguien pudiera oírme.

Me abalancé sobre él y coloqué mis manos sobre sus mejillas. Después me sinceré:

—Nunca me había planteado así la vida, con mis padres no me dieron una segunda oportunidad como contigo. Quiero que sepas que te amo, disfruto viéndote pasear por ahí en calzoncillos, mostrando al mundo tus mejores atributos. Me excitas solo con mirarte y con que intentes en todo momento y en todos los lugares hacerme el amor. Eres una persona celosa, te dejas la tapa del váter subida, sí, no repones el papel higiénico una vez que se agota o te dejas la leche fuera de la nevera, pero todas esas cositas que hacen que me salga un poco de mis casillas me encantan. Creo que me estoy empezando a enamorar, y, Dios, cómo duele.

Iván sonrió y se acercó a mí.

—Lo hago para que no te pienses que soy perfecto y no te acostumbres a que vayamos a tener una relación lineal y bonita. Me encantan las montañas rusas.

Me acerqué un poquito más a él.

—Ahora te deseo más. Me encantas.

Noté cómo la mano de Iván se deshacía de la mía. La dejó caer sobre mi pierna y con su dedo índice empezó a dibujar un camino desde mi rodilla hasta mi zona más sensible, que lo esperaba con ganas. Pasó su mano por debajo de mi vestido, mis ojos se encontraron con los suyos, cogió aire y nos empezamos a besar. Mientras nuestros labios se rozaban y se humedecían uno con el otro, fue subiendo la mano cada vez más, hasta entrar en mi bikini. A continuación empezó a rozar su dedo índice en mi vagina. Nuestros besos empezaron a ser cada vez más intensos; mis manos pasaron hacia su nuca, con una lo agarraba del pelo y con la otra presionaba su cuello hacia mi cara.

No podía dejar de besarlo, notar cómo su dedo jugaba con mi clítoris hacía que enloqueciera. Mis pulmones empezaron a coger aire profundamente, mi corazón daba golpes para que le pudiera llegar sangre a todo mi organismo, mi boca acumulaba más saliva de lo normal y me costaba

tragar. Tenía todo el vello de punta. Fui bajando la mano que agarraba del pelo a Iván hacia su pecho para acariciarlo con las uñas, notaba cómo él se iba excitando por segundos. Seguí bajando la mano por su abdomen, no pude evitar acariciarlo, acerqué la punta de mis dedos a su calzoncillo y se abrieron camino por este, fui bajando hasta llegar a cogerle el pene. Paró de besarme y respiraba aceleradamente, me miraba con más intensidad. Sabía que el cerebro de Iván ya no dominaba su cuerpo, sino que estaba secuestrado por la fiera que tenía en su interior, que era imparabile y creaba tantísimo deseo en mí.

Iván paró de tocarme para agarrarme y subirme encima de él; se quejó un momento y soltó un pequeño gruñido, pero sus ansias de hacerlo le podían más.

Me puso de rodillas encima de él y empecé a frotarme. Introdujo sus manos en mi vestido, agarrándome el culo; la temperatura de mi cuerpo se elevaba y me molestaba todo. Fue subiendo las manos por mi espalda y me quitó la parte de arriba del bikini. Empezó a acariciarme los pechos y yo me bajé los tirantes del vestido, dejándolos al descubierto. Nos miramos e Iván empezó a lamer mis pezones; primero uno, luego el otro, mientras iba agarrando con intensidad mis pechos. Le bajé como pude *el slip* y aparté hacia un lado las braguitas del bikini para que pudiera penetrar sin ningún impedimento y así poder sentirlo dentro de mí.

Cogí aire intensamente, al mismo tiempo que él, y me salió un pequeño gemido. Iván pasó una de sus manos por mi lumbar rozándome parte del glúteo, para ir empujándome hacia delante. Mis manos agarraban sus hombros con fuerza; miré hacia el techo, estaba muy caliente, no sabía si por la situación o porque ya llevábamos más tiempo de lo habitual sin estar uno dentro del otro. Llegamos al clímax en un suspiro.

Nos quedamos abrazados. Yo le acariciaba el pelo, que lo tenía despeinado, con ese aire desenfadado suyo; me encantaba enredar los dedos en esos mechones rubios. De vez en cuando inspiraba para olérselo mientras él lanzaba su aliento en mi cuello. Sincronizando nuestras respiraciones y bajando nuestras pulsaciones a la vez, apoyé mis labios en su frente, lo besé suavemente y me bajé. Cuando me estaba colocando bien las braguitas y el vestido, entró una enferma.

—Hola, chicos. ¿Cómo te encuentras, Iván?

—Ahora muy bien —le contestó Iván mientras se tapaba con las sábanas y me mostraba sonriente que tenía mi parte de arriba del bikini en la mano.

La enfermera estaba de espaldas a él, sacando sábanas y almohadas del armario. A la vez que él me miraba oliendo la prenda de baño, yo le negaba con la cabeza e intentaba disimular con los brazos que iba sin sujetador.

Con toda la ropa de cama en brazos, la enfermera se dirigió hacia el sofá:

—¿Te ayudo? —le pregunté a la enfermera. Hizo un gesto con el hombro indicando que como quisiera.

Nos pusimos las dos a preparar el sofá en cama para que yo pudiera dormir allí. Mientras acabábamos de ajustar las sábanas, la enfermera me insinuó:

—He visto tu ropa colgada en el armario. A primera hora de la mañana o ahora, a la última, aprovecha para ducharte; normalmente no hay visita de personal sanitario en ese intervalo de tiempo y podrás estar tranquila.

—Muchas gracias.

—Nada de gracias, que llevas aquí desde que él entró y no te has ido a descansar.

—No me quiere dejar solo por si alguna de vosotras me echáis el ojo —le dijo Iván con su sonrisa pícara. Me giré para mirarlo con cara de sorprendida y abriéndole los ojos de par en par.

—Ja, ja, ja, ja. Bueno, la muchacha no es tonta, yo también lo haría —comentó la enfermera en

el momento en que salía de la habitación, cerrando la puerta.

Apagué la luz de la estancia, dejando encendida la del cabezal de la cama. Me acerqué a Iván y le di un beso de buenas noches; él se quedó con los brazos abiertos, en un gesto interrogativo.

—Pero ¿dónde piensas que vas a dormir? —Me giré hacia él indicándole el sofá.

—Aquí, señorito.

—Lo que te gusta dormir en un sofá...

—Sí, porque lo que es contigo en la misma cama no va a ser dormir, más bien será trasnochar.

—No me puedes dejar aquí solo... Que estoy herido, ¿no te doy pena?

—No te dejo solo, estoy aquí, a dos metros de ti.

Le sonreí mientras me sentaba en el sofá y abría las sábanas. Sabía que a Iván esas cosas le reventaban, pero ambos teníamos que descansar. Y los dos compartiendo colchón era inviable.

—De acuerdo, pues que duermas... bien. Bueno, que duermas algo —me soltó algo molesto a la vez que se tumbaba en la cama y bajaba el respaldo con el mando a distancia. Luego se puso de lado, dándome la espalda.

—¿Que duerma algo? ¿Será posible...? Yo te deseo dulces sueños, mi vida.

Me coloqué bien la almohada y me acomodé en posición fetal. Puse una mano por encima para apoyar la cabeza sobre ella y la otra debajo del cojín.

Se me fueron cerrando los párpados sin darme cuenta, el cansancio podía conmigo esa noche.



## 26. Ni convaleciente me dejaba de seducir

Oí cómo alguien cerraba una puerta y abrí los ojos, pero la claridad que entraba por los ventanales de la habitación hacía que no pudiera ver bien del todo. Cerré los ojos y me coloqué la mano encima de la cara, haciendo de visera. Bostecé, estaba agotadísima, era como si hubiera dormido veinticuatro horas seguidas. Volví a abrir los párpados lentamente y giré la cabeza hacia la cama de Iván para ver si se había despertado. Él estaba allí sentado, en una silla acolchada, a mi lado, mirándome. Nuestros ojos se encontraron y nos miramos fijamente. Volví a ver ese brillo en su pupila, ese verde intenso que me provocaba necesidad. Sus pestañas abundantes y rizadas eran las causantes de esa expresión tan penetrante, tan felina, que hacía que mi corazón enloqueciera y acelerara su bombeo. Tenía la boca entreabierta, podía notar su tensión; poco a poco la iba abriendo para sonreírme, mostrando aquella dentadura blanca y perfecta que tenía. Tragué saliva, pues estaba muy atractivo allí sentado, mirándome.

Giré todo el cuerpo hacia ese lado y sonriendo le pregunté:

—¿Llevas mucho rato ahí sentado?

—El suficiente. —Tenía un tono tajante, pero a la vez seductor; me excitaba mucho verlo así. Me senté y estiré los brazos para poder enderezar mis vértebras.

—¿Aún estás enfadado?

—No. Enfadado, no. —Colocó el codo en el brazo de la silla, dejando caer la barbilla sobre su mano.

Me levanté y cogí aire. Me iba al armario a por el neceser y la ropa limpia que me llevaron mis amigas con la intención de ducharme en un momento, antes de que pasara más la mañana.

—Ya no me acordaba de cómo era mirarte mientras duermes —me dijo Iván mientras se ponía en pie, acercándose a mí muy despacio—. Tienes una carita tan dulce cuando sueñas... Lo echaba de menos.

Rodeó mi cintura con sus brazos, dejando las manos caer encima de mi culo. Notar su calor me excitaba por momentos. Me lo iba acariciando con suavidad y de vez en cuando me daba algún apretón que otro. Coloqué las mías por detrás de su cuello, dejándome colgar. Fui acercándome a él, me encantaba tener sus labios cerca de mí, mirarlos con detenimiento, notar cómo salía sutilmente ese aire que erizaba mi piel al rozarlos. Fue subiendo la mano por mi espalda hacia mi nuca, me la agarró, entrelazó sus dedos en mi pelo y me presionó con fuerza. Mis labios fueron acercándose a los suyos, tomé aire por la nariz y lo solté despacio por la boca. Iván cerró la suya, apretando la mandíbula. Sin pensarlo, me empezó a besar, más sensual de lo normal; de cuando en cuando me daba pequeños mordisquitos en el labio inferior. Lo agarré por las mejillas y me separé de él.

—Iván, me tengo que duchar antes de que entre alguna enfermera. —Cerró la boca con fuerza, intentándose controlar, y asintió con los ojos.

Cogí mis cosas y me fui al lavabo. Abrí la ducha y mientras se graduaba la temperatura del agua

cerré la puerta y me fui quitando la ropa. Cuando entré, empecé a dejar caer el agua por mi cuello y espalda, me iba girando para que cayera también por la parte de delante. Seguidamente metí la cabeza debajo del chorro; qué relajación notar cómo caía en la parte superior de la frente, a la vez que cerraba los ojos para desconectar... Era como si desapareciera toda la tensión acumulada en mi cuerpo durante aquellos días. Abrí los ojos para coger el jabón y me encontré a Iván apoyado en la pared, desnudo, con el bote de gel en las manos. Acompañaba la estampa con una sonrisa picarona.

—Iván, tu vía; no la puedes mojar...

—Me la han quitado esta mañana y me han recetado hacerte el amor.

Me enseñaba la mano mientras se iba acercando a mí lentamente. Mi pecho se iba hinchando, porque mis pulmones recogían aire con intensidad. Mi mente empezó a cerrar unas puertas y a abrir otras, en ese despiste se escapó esa loba que tenía enjaulada dentro de mí. Tragué como pude y me lancé hacia él. Se quejó un poco.

—Ay, lo siento, Iván. ¿Te he hecho daño? —Miraba su cara para ver si le sangraba algo, pero él me negaba con la cabeza—. Con tu presencia y tu actitud me haces olvidar que estás convaleciente y que tu cara es la que se ha llevado la peor parte.

—No pasa nada, a mí también se me olvida.

Empecé a besarle por la mejilla, desde la barbilla hasta el lóbulo; Dios, me desataba tenerlo tan cerca, ni verlo convaleciente retenía esa adicción que tenía a su cuerpo.

—Iván... —le susurré.

—Calla —me dijo al oído.

Me mordió suavemente la oreja y gemí lentamente. Su cuerpo atrajo al mío como si fueran polos opuestos. Me eché hacia atrás hasta llegar a la pared, allí se presionó más contra mí. Me puse a mil, la loba que tenía dentro empezó a aullar avisando que en breve iba a salir. Miré hacia arriba mientras caía agua encima de nosotros; empezó a lamerme el cuello, frotando su lengua prolongadamente. Sus manos me agarraban con fuerza por la parte de abajo del culo y subí la pierna para capturar su cuerpo. Me cogió con fuerza y me elevó, empujándome contra la pared. Mis manos se dividían para acariciarle el pelo y el hombro. Empecé a besarle desenfadadamente, jugando con nuestras lenguas y arrastrando de vez en cuando mi labio inferior por su morro. Soltó una de sus manos para poder agarrarme un pecho y empezó a lamerme el pezón con su lengua juguetona. Mientras entraba en mí, cada vez más vivamente, nuestras miradas se fundieron. Me encantaba notarlo, pero mirarnos me excitaba aún más. Sentía sus músculos tensos y marcados, esa respiración que iba siendo más profunda cada vez que me embestía, su corazón, que se sincronizaba con el mío, dándose toques entre ellos. Sus manos se volvían locas, sin dueño que las guiara; no paraban de tocarme, acariciarme y, sobre todo, agarrarme.

En una de esas embestidas sin control se me escapó un gemido bastante sonoro. Iván me puso la mano en la boca, por si me iban a salir más. Y en cinco segundos llegamos los dos al orgasmo. Dejamos sacar todo el aire que habíamos recogido en nuestro interior, empezó a besarme desde el hombro hasta el cuello. Lo abracé, tan fuerte que quería entrar en él, dejando reposar mi frente encima de su cabeza. Respiré hondo para oler su pelo y me fue bajando poco a poco; acercó su cara a la mía y me confesó:

—Me encanta tenerte cerca, pero lo que más me gusta es estar dentro de ti, notar la presión cuando la tengo dentro. Me hace sentir vivo, y ahora más que nunca.

Lo besé y se oyó como si se abriera la puerta de la habitación:

—Buenos días.

Era una voz femenina. Nos quedamos los dos parados, sin hacer movimiento alguno, para que

no supieran que estábamos en el baño; como si no fuera a echar de menos a Iván, que era el paciente, al no verlo en la habitación. Como era de esperar, llamaron a la puerta del lavabo.

—¿Todo bien?

—Sí, me estoy acabando de duchar. Es que me han quitado la vía esta mañana y necesitaba refrescarme un poco —contestó Iván a esa voz femenina que se preocupaba por él. Lo hizo abrazado a mí, sonriéndome mientras hablaba.

Yo lo miraba con cara de vergüenza y con los ojos abiertos como platos, pero esta vez la boca la tenía cerrada, o más bien apretada con bastante presión, por la situación que estábamos viviendo. Lo agarraba con fuerza, quería esconderme dentro de él por si abrían la puerta.

—Perfecto, vendré en unos diez minutos —se despedía la voz femenina.

En cuanto cerró la puerta, empezamos a partirnos de risa. ¿No podíamos ser una pareja normal que hacía el amor en la cama de un hotel, en la de una casa, o como mucho en un coche? No, a nosotros nos gustaba hacerlo donde fuera, cualquier lugar era perfecto, con la consecuencia de que podíamos ser pillados por cualquiera.

Salimos del baño ya vestidos y arreglados. Le llevaron el desayuno a Iván y mientras se lo tomaba me convenció para que fuera a la cafetería a comer algo.

Entré en la cafetería, que era muy grande. Los colores que predominaban eran el gris, el azul marino y el blanco. Había mesas preparadas por todo el local; en la parte derecha estaba la barra del bar, con jarras de diferentes zumos y el bufé libre, lleno de bollería, de fruta y parte de plancha: beicon, huevos revueltos... Cogí una bandeja, un vaso para el zumo y un plato para ponerme algo de comer.

Una vez que lo tuve todo y lo pagué, me di la vuelta para decidir qué mesa elegir, y cuando me dirigía hacia ella noté que alguien me miraba. Era la doctora Fernández, que entraba por la puerta y me saludaba con la mano. Cogió un café y se dirigió hacia la mesa en la que yo estaba sentada.

—¿Puedo?

—Sí, claro que sí. Siéntese.

—Trátame de tú, por favor. ¿Cómo se encuentra el paciente?

—Pues muy bien, mejor de lo que me hubiera imaginado. —Me venían a la mente imágenes de cómo estábamos momentos antes Iván y yo. Se me escapó una sonrisilla.

—Me alegro muchísimo.

—Por cierto, Sara; era así, ¿verdad? —me dijo que sí—, estamos muy agradecidos por el trato dispensado por tu parte y por el hospital, obviamente. Pero ahora que te tengo enfrente quería darte las gracias de corazón por tu atención y preocupación.

—Tranquila; lo de tu pareja, Iván, me recordó a alguien muy especial, a mi hermano. Fue verlo y, mirara donde mirara, cada rasgo suyo me evocaba a él, era como si la vida me hubiera dado una segunda oportunidad y pudiera verlo por última vez para despedirme. Me acerqué rápidamente con los tacones en la mano y no pude dejarlo. Me hizo revivir muchas cosas. Discúlpame. —Se detuvo y se secó una lágrima que se le escapó por el rabillo del ojo—. Me alegro de que esté bien. A ver cómo va progresando la recuperación.

—Pues ahora tenían que pasar los médicos e informarnos: ayer nos comentaban que evolucionaba de forma muy positiva y que en breve le darían el alta.

—Me alegro muchísimo, de verdad. —Me agarró de la mano y nos sonreímos. A continuación miró el móvil, ya que le vibraba—. Te tengo que dejar, me reclaman. Que vaya todo muy bien.

Se despidió alzando la mano, se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta y descolgó el móvil. A lo lejos se la oyó decir:

—¿Papá?

Acabé de desayunar, recogí todo y me fui hacia la habitación. Cuando estaba andando por el pasillo y antes de llegar al puesto de enfermería, oí:

—¿Os habéis enterado ya? Le dan el alta al macizorro que llegó inconsciente.

—¿Qué me dices? Para uno que llega de buen ver, no dura algo más de una semana. Qué lástima, de verdad —contestaba otra chica.

—A mí quien me dio cosa fue su pareja, que no se separó de él ni un instante. ¿Visteis el interés que mostraba la doctora Fernández por el paciente? ¿Qué raro no?, porque ella, al no trabajar aquí...

—Sí, ya vi el interés que tenía. Yo creo que le recordaba a su hermano, vosotros lo llegasteis a conocer.

Debieron de contestar con la cabeza, porque dejé de escuchar. Pasé por delante y las saludé, dándoles los buenos días. Ellas me sonrieron algo sorprendidas, sabían que las podía haber oído.

En ese momento salieron dos doctores de la habitación de Iván, así que agilicé mis pasos para llegar y saber qué había ocurrido. Entré por la puerta y me encontré a Iván vistiéndose. Se estaba acabando de poner las bambas, sentado en el sofá.

—Que me dan el alta. Prepárate, porque esta noche reanudamos por donde lo dejamos.

—¿Retomar el qué? —le pregunté extrañada.

Abrí el armario para recoger las cosas que había dentro y lo iba mirando de reojo, ya que no me acordaba de qué habíamos dejado a medias.

—La cena que teníamos pendiente tú y yo.

—¡Ah! Me parece perfecto. ¿Dónde vamos?

—Es sorpresa; tú ponte sexi y recuerda: con bikini debajo. El resto lo hago yo. —Se le escapó una risilla.

Una vez que tuvimos los papeles del alta y todo recogido salimos del hospital abrazados para esperar a Christian, que nos iba a recoger.

Llegamos al apartamento y nada más pisar el suelo las chicas ya me querían raptar, comentaban que tenían preparado un día solo para nosotras. A mí no me apetecía mucho, el último no tuvo un buen final. Por lo que decían iba a ser más tranquilito que la última vez y no me dejaron ni responder, me cogieron de la mano y me llevaron a casa. Allí ya tenían hasta la ropa decidida. No entendía mucho todo ese revuelo, pero supuse que querían que desconectáramos de los peores días transcurridos en nuestras vidas. Lo único que podía hacer era sonreírles.

Me vibró el bolsillo trasero del pantalón, era mi móvil. Lo giré y vi que era un mensaje de Iván: «Martina, ámate y déjate llevar. Si no coincidimos en la comida, nos vemos en la cena. Te amo xxx».

Se me escapó una pequeña risotada y las chicas se giraron hacia mí. Les agité el móvil diciendo

—Es Iván, ¿comeremos con ellos?

—Sí, dile que sí. Que tenemos mesa reservada en el restaurante de aquí, el de la playa, que Christian sabe todo.

Bajé y subí la cabeza, asintiéndole. Agarré el móvil para contestar a Iván, ya me había enviado otro mensaje: «Solo ha pasado una hora desde la última vez que lo hicimos, pero ya echo de menos estar dentro de ti, estoy deseando tenerte cerca para poder oler tu piel. Soy adicto a ti».

Le contesté: «Comeremos juntos; me refiero a la comida, ja, ja, ja. Deseando que pasen las horas para acabar esa cena y empezar con el postre».

Cuando estuvimos todas listas nos fuimos. Primero nos dirigimos a un salón de belleza, donde nos hicieron las uñas. Fue divertido pasar esa mañana con ellas, nos reímos mucho. Luego estuvimos en una peluquería, donde nos lavaron y peinaron un poco el pelo; hasta nos hicieron un masaje en la cara que fue increíble, daba gusto pagar servicios así.

Salimos de allí y, cuando creía que ya habíamos acabado, mi sorpresa fue que aún quedaba una cosa más: un masaje corporal con esencias. Estábamos todas en la misma sala, te hacían quitar la ropa y te entregaban una especie de tanga de papel para que te lo pusieras. Tenías que tumbarte boca abajo en la camilla y entraba la chica, te tapaba con la manta y empezaba a colocarte bien las extremidades. A Esther le estaban haciendo uno diferente al nuestro, por su embarazo. La habitación tenía la luz tenue y de fondo música oriental, se oía como agua caer y sonidos de la naturaleza; la verdad es que estuvimos las cinco bastante calladas. Qué profesionalidad y qué masajes, una salía de allí como nueva.

Ya era casi mediodía y nos dirigimos hacia el chiringuito para comer con los chicos.

Cuando llegamos ya estaban todos sentados en uno de los extremos de la mesa, por lo que nosotras empezamos a llenar los huecos libres que habían dejado ellos. Miré a Iván para saber cómo se encontraba; si no fuera por la inflamación de la cara, pensaría que no le había ocurrido nunca nada. Hablaba con uno y con otro, con mucha soltura. De vez en cuando se dirigía a mí, me miraba con esa cara de seducción que hacía alterarse a todo mi sistema nervioso.

Me vibró el móvil, lo giré y vi que era Iván: «¿Nos escaqueamos y vamos al lavabo, a echar uno rápido?».

Le contesté: «Como si no se fuera a notar...».

Levanté la vista hacia él y comprobé que no me quitaba ojo de encima. Recibí otro mensaje: «Estás preciosa con ese peinado. Te lo haría aquí mismo, encima de la mesa».

Aquello se iba calentando por momentos; levanté el rostro y busqué dónde estaba el agua. La vi al lado de Esther, por lo que le dije:

—Esther, pásale el agua a Iván, que le hace falta. Tiene mucho calor.

Ella me miró extrañada, ya que nadie le pidió agua, y menos Iván. Se la acercó con cara de intriga, Iván alargó el brazo para cogerla y le dio las gracias.

Pero Esther no las tenía todas consigo, de manera que me volvió a mirar y se dio cuenta de que estaba observando el móvil, así que soltó:

—¿Qué, le estás escribiendo guarradas a Martina?

Esa pregunta hizo que todas las conversaciones —no solo las de nuestra mesa, sino también las del resto del restaurante— se detuvieran durante un instante y que todas las miradas fueran a Iván. Me tapé la boca y no pude evitar reírme a carcajada limpia. Iván tenía los ojos abiertos como platos, hasta creí verle las mejillas algo sonrojadas, apretaba los labios y miraba a Esther sorprendido.

Todos empezamos a reírnos y Christian nos confesó, poniéndole la mano en el hombro a Iván:

—Este chico ha sido siempre sexualmente activo, como la mayoría, pero contigo, Martina, es un no parar. Cada vez que lo veo está más delgado, ¿qué le haces?

—¿Y tú para qué lo quieres saber? —dijo Gloria tirándole un chusco de pan a Christian, que lo detuvo al vuelo.

—Para aprender, así lo ensayo contigo, a ver si también funciona.

Volvimos a reírnos y al final toda la conversación de la comida giró en torno al sexo. Era un parloteo muy ameno y divertido, fue diferente a lo que hablábamos normalmente. Daba la sensación de que todos empezábamos a entablar otro tipo de sintonía y habíamos subido de nivel

como amigos. Poder hablar con naturalidad de cosas así era muy agradable, y, como era de esperar, el asunto fue subiendo de tono. Empezamos a saber lo que más nos gustaba a cada uno, qué posturas preferíamos, las formas diferentes de hacerlo que nos hacía enloquecer, si lo pasábamos mejor arriba o abajo... Hasta empezamos a explicar anécdotas de lugares poco habituales donde habíamos practicado el sexo. La sensación fue la de saber un poco más de cada uno, descubriendo cómo éramos y, sobre todo, romper esa barrera y disfrutar con otras personas del tema del sexo. Acabó siendo una sesión de risoterapia, y me di cuenta de que en momentos como ese me encantaba formar parte de un grupo de amigos así.



## 27. Reanudando lo que habíamos dejado a medias

Después de la comida, se fueron todos a descansar un poco a casa. Yo necesitaba estar sola, pensar en lo vivido durante los últimos días y conectar conmigo misma. Me fui a dar una vuelta por la playa. Me descalcé, me puse en la orilla y empecé a andar. Me relajaba mucho el sonido del mar, resultaba muy agradable sentir el agua tocando mis pies y haciendo que estos «desaparecieran». El sol no era muy abrasador, el día era perfecto, acompañado de una pequeña brisa refrescante que hacía que estar en la playa no fuera agobiante. Mirar esa agua tan transparente me hacía pensar muchísimo. Me detuve y decidí sentarme; dejé las bambas en el suelo, doblé las piernas y me las agarré con los brazos. Apoyé la cabeza sobre mis rodillas y observé el pequeño oleaje que había.

Nunca me hubiera imaginado que podía llegar a experimentar lo que sentía por Iván, pero la vida me lo demostró casi arrebatándomelo de las manos para siempre. Sabía que lo amaba, por cómo me hacía sentir y por cómo lo deseaba. Fue muy duro plantearme que lo podía dejar de ver, de oír, de oler y de besar para siempre. Me sentí como si mi sistema nervioso se congelara poco a poco, haciendo que todos mis órganos pararan de funcionar y dejándome vacía por dentro. Era una sensación que me había hecho valorar mucho las cosas y la forma de sentir. Cuando perdí a mis padres era relativamente pequeña, me pilló en plena adolescencia, pero Lucía, mi hermana, mi todo, fue la responsable de que no notara demasiado el hueco que eso pudo crear en mí. Aunque no niego que pasamos momentos muy duros, ya que en ningún minuto de mi vida había dejado de pensar en ellos, al menos que yo recordara. Pero Iván era diferente, no había hecho hueco en mi corazón, me había dejado huella, una marca que no sabía que podía existir. Se trataba de algo inexplicable; él era el responsable de que mi corazón latiera, de que mis venas decidieran transportar sangre para que mi organismo funcionara. Era el causante de las discusiones entre mi cerebro y mi corazón.

Yo tenía claro quién era yo antes de conocerlo, tenía mi vida más o menos organizada, no me hacía falta nada. Pero lo conocí a él y me revolucionó, como las agujas de una brújula cuando le acercas un imán, que se vuelven locas. Así dejó él mi vida. Me había hecho ver otra parte de lo que era vivir, que a las personas, aparte de desearlas, las puedes amar, como si fueran un brazo tuyo al que puedes perder. Y aquellos días me habían dejado claro que no quería perderlo. Cogí aire, cerré los ojos y alcé la cabeza para que el sol resplandeciera en mi cara. En ese momento noté una presencia a mi lado; abrí los ojos y vi quién se sentaba. Era Dani.

—¿Cómo estás, preciosa? —me preguntó. Lo miré directamente a los ojos.

—Estoy pillada, Dani. Estoy pillada... —Él me sonrió y con su dedo índice me rozó la mejilla.

—Mi chica, que es la primera vez que se enamora. ¿Ves como existe el amor?

Dejé escapar aire por la nariz y, proyectando una sonrisa, le decía que sí con la cabeza.

—No sabía que era doloroso a la vez.

—Ya era hora de que encontraras a esa persona que entra en tu vida como un tornado y te pone

todo patas arriba sin que sepas cómo actuar ni qué hacer. Esa que te hace sentir diferente cuando estás con ella, que es capaz de hacerte tanto reír llorando como llorar riendo. Aquella que solo con estar cerca de ti, sin decir nada, ameniza tus problemas e ilumina tus días grises. La que convierte algo que odias en una simple tontería. Aprendes a perdonar, sentir, escuchar, amar y vivir a la vez. Esa persona es Iván, ¿verdad? —Me pasó el brazo por encima del hombro y me aproximó a él. Apoyé mi cabeza en su hombro y mirando al horizonte le contesté:

—Sí, es él. El tío capullo ha venido para quedarse. Estoy jodidamente enamorada de él.

—Bienvenida al club. Ahora ya sabes qué es amar a una persona. —Apoyó su cabeza encima de la mía y nos quedamos un rato más sin hablar, mirando al mar.

Cuando llegamos al apartamento ya estaban todas un poco revolucionadas; iban de un lado para otro, abrían y cerraban habitaciones. No entendía mucho el porqué, miré el móvil y vi que me había escrito Iván: «Te paso a recoger a las ocho y media. Deseando verte, mi vida. xxx».

Me puso feliz leerlo y le contesté: «¡Perfecto! Con ganas de saber qué me tienes preparado, mmmmm».

Me acerqué a la habitación de Gloria, que estaba hablando con Esther, me apoyé en el marco de la puerta y dejaron de hablar para mirarme.

—Dime, Martina. ¿Ocurre algo? —me dijo Gloria.

—No, no nada. ¿Alguna va a necesitar el baño? —le pregunté señalando el lavabo con el dedo índice de mi mano derecha.

—No, tranquila, pasa tú —me respondió Gloria, y las dos se quedaron mirándome con una sonrisa.

—Vale, de acuerdo —le contesté, un poco extrañada por la actitud que mostraban.

Me di la vuelta para dirigirme a la ducha, y cuando estaba entrando por la puerta del baño paré y volví a la habitación. Dejaron de hablar para atenderme y les pregunté con curiosidad:

—¿Ocurre algo, chicas?

—Ah, no, no ocurre nada. Que hemos quedado todos para ir a cenar con Cristina en su casa, ya que han venido Esther y Dani. Ha sido todo un poco de última hora —me aclaró Gloria.

—¡Ah! —le contesté con extrañeza.

—Tú e Iván vais a cenar fuera, ¿no? Eso me ha dicho Christian.

—Sí, sí. Creo que me va a llevar al mismo sitio en el que tuvimos nuestra primera cena romántica, aquí en Cerdeña.

—Pues, hija, ya estás tardando. Ve a limpiarte, que esta noche, con el ritmo que lleváis, hay mandanga —me dijo Esther, tan burra como siempre, pero esta vez rascándose la barriga de futura mamá. Le negué con la cabeza.

—Qué bestia eres, tía. Ni siendo mamá se te aflojan las burradas, de verdad —le decía Gloria mientras la empujaba suavemente por el brazo.

Reanudé mi camino y fui hacia el baño. Cuando estaba entrando por la puerta, vino Nuria con un vestido lindísimo en la mano y me dijo:

—Martina, ¿a ti te gusta este vestido?

Se acercaba a mí mostrándome un vestido de color blanco, ajustadito. Lo agarré y lo miré: la parte de delante tenía una cremallera plateada con bordes negros desde el pico del cuello hasta el final, y era corto, de tirantes gruesos. Muy ajustado, su tela era elástica y algo rígida. Bajé el vestido de mi vista para ver a Nuria y preguntarle:

—¿No te gusta?

—Sí, sí que me gusta, pero es que no me queda bien ya. Y, no sé, si te gusta, pues pruébatelo

para ver si a ti te queda bien.

—Ah, perfecto. Me ducho y me lo pruebo. Si me queda bien lo llevo para la cena, que lo de la cremallera tiene su toque y sé que a Iván lo va a poner a tono.

Nuria se empezó a reír, y yo con ella. Lo doblé en mi brazo y me fui a la ducha. Cuando acabé me probé el vestido, y la verdad es que me quedaba como un guante. No tenía ganas de peinarme mucho, porque si la cena iba a acabar como acabó la de hacía un año, no me iba a durar nada el peinado. Me peiné y me lo dejé secar al viento, le di un toque de color a mi cara y salí del baño. El pasillo estaba en silencio, parecía como si se hubieran ido todas del piso. Miré la hora y vi que faltaban diez minutos para que fueran las ocho y media. Cogí la barra de labios para guardarla en el bolso y empecé a dar vueltas por el piso porque no encontraba mi perfume, no sabía dónde lo había dejado, así que me fui a la habitación de Nuria a ver si daba con el suyo, ya que más o menos compartíamos gustos para las fragancias. Entré en su habitación y lo encontré rápidamente, gracias a Dios. Me eché en la nuca, en las muñecas y algo en el pelo. Cuando ya iba por el pasillo, oí como si la puerta del piso se abriera. Me asomé, era Gloria.

—¿Os habéis ido todos ya? —le pregunté.

—Sí, es que la embarazada tiene sus horarios y decía que estaba muerta de hambre —me respondió Gloria encogiendo los hombros. Se me escapó una risotada.

—Gloria.

—Dime —me respondió algo nerviosa.

—¿Te gusta cómo voy? —Se detuvo y me miró.

—Vas preciosa, como siempre. Te queda espectacular. Cuando te vea Iván no va a poder cerrar la boca —me contestó con una risa picantona.

—Pero no me hace el culo gordo, ¿no? —Se lo decía enseñándole mi trasero mientras la miraba por encima del hombro.

—Qué culo gordo ni qué culo gorda... No seas tonta, te queda genial.

—Y, por cierto, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? Nada, que se me ha olvidado el móvil en la habitación.

—Vale, pues que vaya bien la cena con todos. —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

Bajé las escaleras hasta la portería. Cuando ya estaba llegando a la puerta para salir, vi a Iván esperándome. Verlo allí, de pie, seguía provocando en mí ese descontrol. Llevaba un pantalón chino de color azul marino cogido con un cinturón de color marrón, una camisa blanca con dos de los botones del cuello desabrochados y las mangas dobladas. Dejaba ver su bronceado y parte de su cuerpo. Estaba apoyado en un coche de color negro, con los brazos cruzados. Nada más asomarme por la puerta se puso en pie y vino hacia mí, mirándome de forma penetrante. Sus ojos me hacían olvidar la inflamación y las rozaduras de su cara.

—Estás impresionante, cariño.

—¿Te gusta? Me lo ha dado Nuria.

—¿Si me gusta?... Me dan ganas de quitártelo.

Se acercó a mí, me agarró por la cintura dejando las manos abiertas en mi espalda y me empujó lentamente hacia él. Subí la mirada hasta su cara, lo agarré por la mandíbula y nos besamos. Lo hice muy suavemente, para no hacerle daño, ya que notaba cómo se le entrecortaba de vez en cuando la respiración.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Me acabo de tomar la medicación y hasta que no me haga efecto estaré un poco dolorido.

—Es que tienes un buen porrazo.

—Ya. Me he visto, vaya careto tengo. No sé ni cómo te llego a poner...

—Porque eres atractivo igualmente. ¿Y este coche?, ¿de dónde lo has sacado? —Le señalé el coche sobre el que estaba apoyado. Se giró mirándolo y me explicó:

—Me lo ha dejado Marco, porque con la moto y el casco sin visera me iba a molestar el aire en la cara. Y los ojos los tengo bastante sensibles, me lloran con nada.

Me agarró de la mano y, abriéndome la puerta del copiloto, me invitó a entrar. Los asientos eran de piel negra, parecía una nave espacial con tanta pantalla táctil y lucecitas. Nos pusimos en marcha, empezaron a sonar canciones italianas. Me recosté de lado y lo único que podía hacer era mirarlo embobada.

—¿Dónde me vas a llevar? —Dejó de mirar a la carretera un segundo para mirarme a mí y con cara de interesante me dijo:

—Ya lo verás. —Soltó una de sus manos del volante para dejarla encima de mi pierna. Volvió a mirar hacia la carretera y continuó—: Aunque, teniéndote cerca con ese vestido tan provocador, pararía en cualquier lugar para quitártelo con la boca y hacerte el amor toda la noche.

Sonreí y lo agarré de la mano. Iván era increíble, ni con molestia en la cara dejaba de acecharme.

Fue decelerando el coche hasta llegar a un rellano y lo aparcó. Miré a mi alrededor para poderme situar y para saber si algo de ese lugar me resultaba familiar. Estaba oscuro, ya que era de noche y no había iluminación en la zona, solamente teníamos la luz de la luna llena, con su dulce resplandor. Salí del coche y me acerqué al acantilado, había una barandilla de madera y me apoyé en ella. Miré hacia abajo y vi adónde me había llevado. Estábamos en aquella playa solitaria, con aquel chiringuito perdido en la nada, donde me sorprendió con nuestra primera cena romántica y donde hicimos el amor por primera vez. Se me acercó por la espalda y me abrazó por la cintura, dejando su cara descansar sobre mi hombro. Giré la cabeza hacia su cara y le di un beso en la mejilla. Él se colocó frente a mí y fue acercando sus labios a mi boca lentamente, cerró los ojos y me besó con pasión. Colocó su mano en mi mandíbula, se separó durante un instante y me susurró:

—Tenemos que bajar, que he vuelto a reservar el chiringuito solo para nosotros.

Le asentí con la cabeza y nos dirigimos hacia las escaleras para ir a nuestra cena romántica. Fui bajando poco a poco, porque de vez en cuando había alguna piedrecita que otra y con esos taconazos era difícil ser estilosa. Iván se paró y me cogió en brazos.

—¿Qué haces? Que aún estás convaleciente, bájame va.

—Calla, si es un momento.

—Al final te sangrará la herida, verás.

—Ya hemos llegado. ¿Mejor? —Me lo decía mientras me dejaba en el suelo cuidadosamente; me coloqué el vestido, porque se me había subido un poquito con el traqueteo.

Miré hacia el chiringuito y vi a una chica y a un chico detrás de la barra. Ya sabían que estábamos allí, decidían cosas entre ellos e iban de un lado a otro. Giré la vista a la derecha y encontré nuestra mesa para dos preparada, colocada con vistas al mar e iluminada por farolillos con velas en su interior. Teníamos dos copas ya listas y un pequeño centro de mesa de flores y velas de diferentes tamaños. Era muy romántico. Nos fuimos acercando (he de aclarar que los tacones se me hundían en la arena) cogidos de la mano y conforme nos aproximábamos a la mesa empezó a sonar la canción de la banda sonora de *Kiss me*. Me encantaba aquella película; ese chico popular que se acababa enamorando de la chica rara por una apuesta... Me quedé mirando a Iván, que alzó mi mano para darme una vuelta y acercarme a él.

—Martina —me nombró a escasos milímetros de mí.

—Dime.

—¿Sabes qué es el hilo rojo?

—¿Hilo rojo? —Lo miraba con cara de extrañada.

En ese momento Iván sacó un hilo rojo del bolsillo de su pantalón, y mientras me ataba un nudo en el dedo meñique empezó a explicar:

—Sabes que no creo en almas gemelas. —Asentí con la cabeza—. Las relaciones humanas están predestinadas por un hilo rojo.

Vi cómo en ese momento se acercaba un grupo de personas hacia nosotros, iban todas de blanco. No me lo podía creer.

—¿Qué hacéis aquí?

Estaban todos: Gloria, Christian, Nuria, Albert, Roberto, Marco, Cristina, Esther y Dani. Llevaban un hilo atado entre ellos, en el dedo meñique. Y se pusieron alrededor de nosotros. Los miraba sorprendida, no entendía nada. Ellos no hablaban, solo sonreían. En ese instante Iván siguió hablando y le presté atención:

—Las personas conectadas por este hilo tendrán una gran historia, sin importar el lugar, el tiempo o las circunstancias. Se ata en el dedo meñique porque va directo al corazón. Este hilo rojo es invisible, se ata a aquellas personas que se tienen que enseñar mutuamente y tienen que contar una historia. Y ellos están aquí por la nuestra.

Lo ayudé como pude a atar el hilo rojo a su dedo meñique, ya que estaba atacada por los nervios, tenía todo el cuerpo revolucionado y me temblaban las manos. Nadie había hecho nunca algo tan bonito por mí. Cuando conseguimos atarle el hilo, me cogió de la mano y nos miramos fijamente a los ojos:

—Que sepas que este hilo se puede enredar, contraer y hasta estirar, pero nunca se puede romper. Así es como hemos vivido nuestra relación, pero después del accidente tengo más claro que quiero pasar la vida a tu lado.

—Iván... —No pude continuar, mis ojos dejaron escapar todas las lágrimas acumuladas.

Puse mis manos en su nuca, lo agarré con firmeza y acerqué mis labios a los suyos, besándolo desenfadadamente. Cerré los ojos para poder sentirlo mejor, empecé a respirar profundamente y eso hizo que oliera su perfume. Mis manos notaban su piel suave y cómo lentamente se le iba erizando. El juego que mantenían nuestras lenguas hacía subir los latidos de mi corazón. Me impresionaba lo que aún provocaba Iván en mí, sabía que él era esa persona de la que hablaba el hilo rojo.

Nos separamos y nos abrazamos.

—Iván —le susurré.

—¿Qué?

—Te amo.

De repente empecé a notar múltiples brazos alrededor de nosotros; abrí los ojos y vi que eran ellos, que también nos abrazaban.

—Yo también te amo, preciosa —me contestó Iván.

—Y yo —dijo Gloria.

—Yo también —siguió Christian.

—Y yo —continuó Esther.

Y así todos. Fue una noche muy especial, nos habíamos declarado Iván y yo delante de todos nuestros amigos. Aceptándonos como éramos, con nuestras imperfecciones.

# HOME

## 28. Volvemos a casa

Después de estar varios días desconectando de todo lo sucedido y a pocas horas de volver a nuestra rutina, exprimimos al máximo el tiempo que nos quedaba visitando pueblos y conociendo un poco más Cerdeña. Luego nos tocó hacer maletas para volver a casa.

Una vez sentados en el avión, Iván descansaba. Tenía la cabeza reposando en el respaldo y los ojos cerrados. La inflamación de la cara se le fue disminuyendo pasados los días y en las heridas se le formaron costras que cada vez eran más pequeñas. Tenía las manos apoyadas en los antebrazos del asiento. Miré hacia la ventana, estábamos ya en pista preparados para despegar. Qué sensación provocaba el avión cuando cogía el vuelo, notaba cómo el estómago se encogía y se hacía pequeño, dejando un vacío en mi interior. Los pulmones se ensanchaban para coger aire, el máximo que podían para controlar la respiración y, una vez que el avión se estabilizaba, todo volvía a la normalidad. Esa impresión era la misma que me hacía sentir Iván: creaba esa adrenalina dentro de mí cuando me miraba, cuando lo tenía cerca, que hacía entrecortar mi respiración. Era el causante de mi revolución.

Me giré, miré su mano y la acaricié suavemente. La abrió y se la cogí. Fui subiendo la vista hacia su cara y comprobé que él estaba mirándome en silencio. Nos sonreímos.

Una vez que aterrizamos, quité el modo avión de mi teléfono y en ese momento aparecieron varias llamadas perdidas de Judith y un mensaje suyo que ponía: «Avísame cuando estéis por aquí, necesito hablar».

Me extrañó bastante ese mensaje, ya que Judith era una persona bastante distante. A Dani y a mí nos reñía cuando cuchicheábamos. Siempre la habíamos llamado «la mujer de hielo» en relación a ese aspecto. Por eso sabía que lo que había detrás de ese mensaje era algo serio.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara? —me decía Iván mientras me levantaba el mentón y yo dejaba de mirar la pantalla del móvil para verlo a él.

—Nada. Es Judith, que quiere hablar conmigo, me ha llamado varias veces.

—Bueno, querrá contarte sus vacaciones.

—No. Ella no es así. No cuenta nunca nada, se lo tenemos que sacar siempre con sacacorchos. Por eso sé que pasa algo.

—Tranquila, estará cambiando la chica —me tranquilizaba a la vez que recogía las maletas del compartimiento. Me pasó el brazo por encima de los hombros y nos pusimos en marcha para salir del avión.

Después de una hora llegamos a casa; salir del aeropuerto era una odisea. Iván quiso quedar con sus padres para explicarles en persona todo lo ocurrido en Italia. Sabíamos que les iba a molestar por no decirselo cuando sucedió, pero fue decisión de él.

Esa misma tarde quedamos con ellos, en una cafetería del centro del pueblo. Estaba un poco atacada porque cuando vieran la cara de Iván se iban a empezar a preocupar, y cuando lo supieran todo la preocupación iba a pasar a enfado.

Una vez que estuvimos enfrente de El Buen Café nos agarramos de la mano, mirándonos fijamente a los ojos. Cogimos aire intensamente y pasamos al interior.

La cafetería era espectacular, predominaba la madera desgastada y tenía como un pequeño bufé en medio del local donde podías coger lo que quisieras de comer, con mil variedades de bollería, desde dulce hasta salada. En un lateral estaba la barra, en la que había distintos tipos de café: moca, con chocolate, sabor a menta, tailandés, colombiano, italiano..., era increíble. Inhalar esa mezcla de diferentes aromas de café me encantaba; cerré los ojos y respiré hondo, aquel olor apaciguaba todos mis nervios. Iván me apretó la mano, abrí los ojos y vi a sus padres de pie, esperándonos. Conforme nos acercábamos el rostro de la madre fue cambiando al fijarse en la cara de su hijo. Se le empezaron a cerrar un poco los ojos por lo que estaba viendo, le salió una pequeña arruguita en el entrecejo y se le fue apretando la boca. Sabía de dónde salía ese gesto, se lo había visto mil y una veces a Iván cuando algo no le gustaba. En ese momento dejé que avanzara él; sí, lo dejé un poco desprotegido, pero la mirada de su madre me intimidaba.

—Pero, Iván, ¡mírate! ¿Qué te ha ocurrido, hijo mío? —Se lo preguntaba mientras lo agarraba de la cara y se la giraba de un lado a otro.

—Mamá, tranquila. Me di un porrazo buceando.

—¿Eso es verdad? —Se dirigió a mí sin dejarle de coger la cara.

Presioné los labios para formar una sonrisa y abrí los ojos un poco más de lo normal. Iván me miraba como diciéndome que omitiera parte de la información. Noté que el padre de Iván se movía un poco, me fijé en él y vi que estaba justamente detrás de Teresa y me hacía gestos con la mano para que le siguiera el rollo y no la preocupara más de lo que ya estaba. Ahí entendí que Antonio ya sabía todo lo ocurrido desde el principio. Me centré en la madre de Iván y le contesté:

—Sí, es verdad. Se golpeó la cara en una inmersión. —Mi cabeza asentía sin parar, para darme más credibilidad.

En ese momento Antonio me guiñó el ojo, cogió a Teresa por el hombro y propuso que nos sentáramos. La tarde fue muy amena, la madre de Iván se iba calmando a cada minuto que pasaba. Yo entendía su actitud, era lo más normal, comprendía la unión que había entre madre e hijo.

Cuando la charla con los padres de Iván ya estaba casi finalizada, me sonó el teléfono; era Judith. Miré a Iván y le mostré la pantalla del teléfono. Les indiqué con mi dedo índice que salía para coger la llamada, entretanto silencié el móvil para no molestar a los demás. En el momento en que ya estaba llegando a la puerta, respondí:

—¿Sí?

Judith me comentó que quería hablar conmigo, que era algo urgente, pero necesitaba verme. Le pregunté si le ocurría algo grave, pero no me quería decir nada. Me empezó a preocupar, porque nunca la había notado así. Me propuso vernos en media hora en su casa. Le escribí a Dani preguntando si él sabía algo de lo que me quería comentar Judith, pero estaba en las mismas que yo.

Nos despedimos de los padres de Iván y nos fuimos andando hacia casa de Judith.

Una vez abajo, le escribí para preguntarle si podía ir con Iván y me comentó que no había ningún problema. Llamamos a su puerta y nos abrió; durante un instante la miré detenidamente por si notaba algo en su rostro, pero continuaba como siempre, aunque se le veía mejor aspecto que antes de las vacaciones; supuse que había descansado más que las últimas veces.

—Hola, chicos, pasad al comedor. ¿Queréis algo de beber? —Nos invitaba con el brazo señalando la puerta que teníamos justo enfrente.

Pasamos; yo iba un poco más avanzada que ellos, y cuando crucé el marco de la puerta vi que había alguien sentado en el sofá.

—¿Qué coño haces aquí? —Me giré rápidamente hacia Iván, sabía que no le iba a hacer mucha gracia, y seguidamente miré a Judith.

Mi cara tuvo que explicar muchísimo, porque Iván se puso recto y bastante tenso cuando avanzó dos pasos y pudo ver quién estaba sentado en el comedor.

—Yo tenía ganas de verte —espetó con tono de enfado. Cerró las manos en un puño, estaba furioso, se le iban marcando todos los músculos del brazo hasta llegar al cuello. Nunca lo había visto así.

—Espera, Iván. Todo esto tiene una explicación —se interpuso Judith, poniéndole a Iván las manos en los antebrazos para frenarlo. La persona que estaba creando esa situación era Santi. No entendíamos muy bien qué hacía allí.

—Tranquilo, antes de todo quiero volver a disculparme por lo mal que me porté, mi actitud no fue normal. —Era Santi queriendo disculparse. Pero Iván no le dejó acabar:

—Fuiste un cerdo, no tienes otro adjetivo.

Sus ojos empezaron a mirarlo con odio, de vez en cuando notaba cómo apretaba más las manos, y yo tenía miedo de que uno de esos puños fuera a la cara de Santi. Lo agarré por la muñeca y puse mi mano en su pectoral, notaba cómo iba cogiendo aire profundamente y su corazón me daba toques secos en la palma de la mano.

—Tranquilízate y deja que se expliquen. —le dije. Dejó escapar aire por la nariz y sus pulmones se fueron deshinchando.

—Vamos a sentarnos, por favor —nos pidió Judith con mucha suavidad.

Nosotros nos sentamos en unas sillas que cogimos de la mesa y ellos dos se ubicaron en el sofá. Volví a mirar a Santi, no me podía creer que estuviera allí, con esa tranquilidad, después de haber actuado como lo hizo, estaba rabiosa. Entonces me acordé de que me había llamado el día de la excursión en catamarán y de que lo bloqueé. Después de recordar eso, mis ganas de saber qué estaba ocurriendo se incrementaron.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Por qué tanta insistencia en hablar? —pregunté.

Judith y Santi se miraron, se les escapó una leve sonrisa y agarrándose de la mano nos dijeron a la vez:

—Estamos juntos.

—¡¡¿Queeé??!! —exclamamos Iván y yo con incredulidad. No daba crédito y pregunté:

—Pero ¿desde cuándo?

—¿Y cómo? —preguntó a continuación Iván. Se agarró las piernas con fuerza y negando la cabeza dijo—: Esto es surrealista. No nos lo quitamos ni con agua caliente. —Estaba molesto.

En ese instante casi me puse a reír a carcajada limpia, en esas situaciones a mi nerviosismo le daba por ahí. No me podía creer nada de lo que estaba ocurriendo y mi cuerpo iba a reaccionar de un momento a otro. Pero no sabía cómo, ya que no respondía a las órdenes de mi cerebro.

—Coincidimos en Noruega. Y una cosa llevó a la otra.

—¿Sabes lo que hizo este impresentable, por llamarle algo, a Martina?

—Sí, sí. Me lo explicó todo cuando lo nuestro empezó a ir más en serio.

Y ahí fue cuando mi cuerpo se la jugó a mi cerebro y me descojoné. Los tres se quedaron mirándome sorprendidos.

—Y no había otra persona en el mundo en la que fijarse, ¿verdad? —Se lo dije directamente a Santi.

—Lo sé, Martina. Esto salió de la nada, fui a Noruega para desconectar y reflexionar sobre mi comportamiento contigo. Nunca me había pasado con nadie. Me obsesioné.

Iván empezó a negar con la cabeza y a expulsar y recoger aire por la nariz, sin parar. Se mordió

el labio y explotó:

—Pues si no quieres que te mate, no te acerques. ¿Lo has entendido? —le advirtió señalándolo con el dedo.

—Iván, relájate, por favor. —le pedí, dándole toques en la pierna, para que reaccionara y se relajara—. Ya sabiéndolo todo, necesitamos un tiempo y volver a recuperar esa confianza. No forcemos más la situación, poco a poco se irán viendo las cosas.

Nos levantamos los dos a la vez, yo necesitaba salir de esa habitación. Entre lo que estaba viviendo y ver a Iván de esa manera me faltaba aire. Y, si no salíamos en breve, Iván iba a matar a Santi.

Me despedí de Judith dándole dos besos y susurrándole:

—Ahora entiendo por qué necesitabas hablar.

—Me he enamorado, Martina. —Me lo confesó mirándome fijamente a los ojos. Mi estómago se encogió por asco hacia la persona de la que se había enamorado, pero su mirada hizo que mi corazón se ablandara y diera mi brazo a torcer para darles una oportunidad.

Miré a Santi y me despedí con la cabeza. Me di la vuelta y lo oí decir:

—Lo siento.

—Más lo voy a sentir yo —dijo Iván mientras con un gesto de su mano se despedía de Judith.



## 29. Juntos, las cosas se viven mejor

Después de varios meses, las cosas fueron calmándose, aunque Santi no pasaba por la pastelería ni a ver ni a recoger a Judith. Nos resultaba más cómodo a todos, aunque sabía que para ella era bastante duro. Un día u otro íbamos a tener que acabar con todo aquello, e iba a ser pronto.

Era sábado por la tarde y mi hermana, Lucía, nos dejó a Hugo porque se iba con Adrián al teatro y luego a cenar. Mi sobrino estaba encantado de quedarse con nosotros a dormir, ya que tocaba cenar *pizzas* y para rematar había sesión de cine con palomitas, y él era el que elegía película.

Lucía y mi cuñado habían vuelto a estar como antes, hasta me daba la sensación de que incluso mejor. Una vez al mes nos dejaban a Hugo para que ellos pudieran disfrutar como pareja y volver a enamorarse, ya que desde que fueron padres se olvidaron uno del otro.

Mientras Iván y Hugo luchaban por el mejor sitio del sofá, yo iba preparando las *pizzas*. En el momento en que las estaba colocando en el horno, Iván se acercó a la cocina y se apoyó en la isla. Cerré la puerta y me giré hacia él. Abrió un poco las piernas para que me pudiera acercar; lo agarré por la cintura y, estando pegada a él, volví a hablarle del tema:

—Iván... —Me hizo un gesto de interrogación con la cabeza. Tenía que aprovechar ese momento de fogosidad y de receptividad para hablar del tema de Santi—. Tenemos que hacer el pacto de paz con Santi.

—Ni hablar.

Se puso tieso como un palo, no iba a ser fácil ablandarlo. Me acerqué muchísimo más a él, hasta que noté que se estaba excitando. Coloqué mi cara justamente enfrente de la suya, pasé mi dedo índice por su labio, acariciándolo suavemente.

—No sigas, Martina, no puedo.

—¿No puedes qué? —le susurré.

—Que estás jugando conmigo para intentar que sea amigo de Santi. No te entiendo, de verdad.

—No, no quiero que seas amigo de Santi, no lo vamos a ser. Pero hazlo por Judith, ella es quien lo está sufriendo. Tú imagínate que no pudieras ir a verme ni a buscarme al trabajo. Que tuviéramos que vernos en otro lugar a dos calles del negocio, para no cruzarte con alguien que no quiere verte.

—No es mi problema. La cagó. —Me lo dijo clavando su mirada en mis pupilas. Notaba cómo cogía aire profundamente y su gesto era más serio.

—Ya. Pero si fueras tú, ¿qué harías?

—No hay posibilidad de que la pudiera cagar así. Una de las cosas que me han enseñado en mi casa es que hay que respetar a las personas. Y no es no. ¿Siempre tienes que ponerte en la piel de los demás?

Estaba bastante molesto, pero sus gestos me indicaban que tenía una posibilidad. Pasó sus manos por detrás de mi cintura acariciándome sin parar, desde la lumbar hacia el culo. Lo notaba

muy tenso por esa conversación y necesitaba amenizar la situación. Torcí la cabeza hacia un lado y vi que un trozo de calabacín crudo se quedó en la encimera; lo cogí y me lo puse dentro de la boca, sin dejarlo de mirar, aproveché para sacar un poco la lengua y así chuparme la yema del dedo y acabé tocando mi labio. No me quitaba de encima su mirada, estaba fija en mi boca y, al sacar el dedo, puso los ojos en blanco.

—Iván —lo llamé con voz muy sensual, dejando escapar aire de mi boca para que le rozara la piel de su rostro—, tenemos que dejar que Judith y Santi hagan vida normal. Tarde o temprano tendremos que cruzarnos y mejor que sea cordialmente. No somos nadie para decidir con quién debe o no debe estar. Y si en su día hubiera tenido a alguien apoyándome para no volver a hablar contigo...

Me agarró de la mano con la vista puesta en mí; su cara hablaba por sí sola, le había tocado esa parte del corazón donde se queda aquella vivencia de un error para recordar que no hay que volver a repetirla.

Me unió las dos manos y se quedó mirándolas. Respiró hondo y al momento de expulsar el aire subió su cara hacia la mía:

—De acuerdo, que hagan su vida, pero paralela a la nuestra. No sé cómo puedo reaccionar si lo tengo cerca.

Le agarré con una mano la cara y le fui apretando hasta dejar su boca con forma de pez. Y contenta dije:

—¿Si es que cómo no te voy a amar?! Eres la cosa más bonita que han visto mis ojos. — Empecé a besarlo sin parar, por toda la cara. Me abrazó y empezó a reírse.

—Haces lo que quieres conmigo.

—Tita, tita. —Era Hugo, que venía corriendo con mi móvil en la mano.

—¿Qué ocurre, Hugo?

—Es Dani, tita. —Cogí el teléfono corriendo.

—Dani, ¿qué pasa? ¡No me digas! Qué guay, vale, sí, sí. Ahora iremos para allá.

Colgué el teléfono; Iván y Hugo estaban expectantes, esperando a saber qué ocurría.

—Que están de parto, Noa ya viene.

Se me escaparon dos lágrimas de felicidad. Iván, emocionado, me agarró, me alzó y empezó a dar vueltas.

—¿Qué quieres hacer? ¿Vamos al hospital?

—Me gustaría, pero ¿qué hacemos con Hugo?

—Pues se lo dejamos a mis padres, ellos encantados. Lo tienen como a un nieto.

Hugo nos miraba a uno y a otro alegremente e iba afirmando con la cabeza.

—¿Te va bien a ti, chico?

—Clarooooo, los abus Antonio y Teresa molan mazo.

—Decidido. Llamo a mis padres y nos vamos pitando al hospital.

—Perfecto; mientras escribo en el grupo para darles la noticia a todos. ¡Qué ilusión! —decía mientras daba saltitos de alegría.

Llegamos al hospital y nos fuimos a la sala de espera de maternidad. Dani nos iba informando por el chat de amigos. Gloria se presentó con copas y champán para celebrarlo. Eran las tres de la mañana, llevábamos cinco horas esperando y aún no teníamos noticias cuando Christian decidió abrir la botella y empezar a servir a todos una copa. Nos hicimos fotos para recordar el momento y las enviamos al grupo. En ese instante, las puertas automáticas se abrieron y apareció Dani con Noa en brazos. Nos quedamos paralizados, no nos lo esperábamos y fuimos corriendo a verla.

Qué bonita era, tenía los ojos abiertos como platos, mirándolo todo, e iba muy abrigadita. En ese momento Dani me preguntó:

—¿Quieres cogerla?

Le dije que sí con la cabeza, no podía articular palabra. Estaba emocionada. Dani la colocó entre mis brazos. La acurruqué, estaba calentita, tenía la temperatura bastante elevada. No la podía dejar de mirar, me tenía cautivada. Se colocó la manita en la cara y se la aparté para que no se la arañara con esas uñas tan largas. Cuando me agarró del dedo, al tocarme, con esa manita tan suave, me puso la piel de gallina. Mi corazón empezó a latir tan fuerte que creía llegarlo a oír.

—Hola, Noa, soy el tito Iván. —Se acercó a nosotras pasando una mano por mi hombro y con la otra rozando a Noa. Cruzamos nuestras miradas y empezamos a sonreír.

Antes de devolverla a los brazos de su papá, le susurré al oído:

—Bienvenida a esta familia de locos, cariño mío.

Pasadas unas horas subieron a Esther a la habitación. Estábamos desayunando en la cafetería del hospital cuando recibimos un mensaje suyo: «Desgraciados, yo pariendo y vosotros pasándolo bomba en la sala de espera. Anda que me habéis llevado champán, que era a la que más falta le hacía... Por cierto, ¿a que es preciosa mi niña?».

Nos empezamos a reír; era muy fuerte, esa chica ni siendo madre iba a cambiar. Para mí la mejor, con un carácter potente, que te decía lo que pensaba y luchaba por las personas a las que quería hasta el final. Ella era auténtica, y por fin había centrado su corazón con Dani. Era tan espontánea que no sabías cuándo iba a salir su don de «boca chancla». Estaba contenta de la familia que habían formado Dani y ella.

Después de tantas buenas experiencias decidimos irnos para casa y así dejar descansar a los nuevos papás.

Conforme íbamos llegando a la puerta de urgencias para salir e ir a por el coche, entraban Judith y Santi. Oí un pequeño gruñido que salía de la boca de Iván, lo cogí de la mano para que pudiera controlarse. Me la fue apretando cada vez con más intensidad. Nos paramos para hablar un poco con Judith, Santi guardó las distancias. Le conté cómo había ido todo, le mostré varias fotos de la pequeña Noa y le dije el número de habitación. Nos despedimos e Iván lo hizo con la cabeza; ya era un gran paso, había podido estar cerca y no se había lanzado contra Santi para matarlo.

Me empezó a gustar lo de combatir las situaciones que nos deparaba el futuro, sobre todo cuando lo hacíamos juntos. Así las cosas sabían mejor.

## Quince años más tarde

*Cariño, estate tranquila. Las cosas del amor no son fáciles y son muy dolorosas. Esta fue la historia de papá y mía. No resultó fácil, nuestra relación fue y sigue siendo como una montaña rusa, pero cada subida y bajada intentamos superarla juntos.*

*No busques el amor perfecto, tú vive cada instante de tu vida como si fuera único y deja que tu corazón, de vez en cuando, no haga caso a la razón y decida.*

*El amor es complicado, no quieras entenderlo. No esperes ni busques, cuando menos te lo pienses ese corazón empezará a latir para revolucionar todo tu cuerpo y comenzará a contradecir las órdenes que salen de tu cabeza; te la jugará cuando menos quieras que lo haga. Y ese es el momento en el que tienes que empezar a disfrutar y dejarte llevar. Querrás a muchas personas, pero solo habrá una que cuando te mire haga que tu corazón se vuelva loco, cuando te toque haga encogerse a tu estómago hasta dejarlo pequeño para que así haya suficiente espacio y las mariposas que te hace sentir cuando lo tienes cerca puedan revolotear. Esa persona es la diferente a todas, porque a esa la amarás.*

Era un viernes por la tarde, pero no era uno cualquiera. Ese viernes, día diecinueve de junio, habían partido el corazón a mi pequeña de doce años. Era el chico guapo de la clase. Iván estaba furioso, quería ir a buscar al chuleta que le había roto en mil pedazos el corazón a su niñita preciosa y darle un escarmiento. Pero todos hemos pasado por eso, y con mucho cariño teníamos que hacerle ver que no iba a ser el único, que iba a ver alguno más. Eso si su padre no la tenía encerrada en casa. Era increíble la sobreprotección que le daba. Iván lo llevaba fatal, su pequeñita se estaba haciendo mayor.

El día siguiente también fue especial, nuestra ahijada Noa se graduaba en Educación Secundaria como la primera del grupo. Iba a estudiar Bachillerato Tecnológico porque quería ser topógrafa. Dani y Esther estaban muy contentos por el ritmo de estudios y las notas que sacaba. Lo que llevaba fatal Dani era el noviazgo con Hugo, mi sobrino. Esther estaba encantada, decía que a su hija le iba bien un madurito en la vida, ella en su línea. Yo feliz porque se quedaba en la familia.

Gloria había dejado de trabajar para ayudarnos en la pastelería, ya que la faena aumentaba y con ello el negocio, habíamos abierto una tienda más y Judith era la responsable del otro establecimiento. El tema de Santi lo llevábamos como podíamos, Iván no lo quería cerca, le molestaba su presencia. Tenía esa espinita que no hemos sido capaces de quitarle; por ahora solo convivimos, con mucho respeto.

El día que fuimos papás de Sara (le pusimos el mismo nombre que le salvó la vida a Iván, como agradecimiento), Santi vino al hospital. Iván caminaba nervioso de un lado hacia otro de la habitación y se fue a tomar el aire hasta que decidieran marcharse. Judith lo entendía, aunque no lo compartía.

Christian sigue *pregnado* de la esencia de Gloria. Dos años antes habían decidido ser papis y, como el destino sabía que Gloria quería ser madre solamente una vez en la vida, le trajo mellizos, Marta y Enzo. Christian sigue preguntándonos qué hacemos para tener la misma actividad sexual que al principio, comenta que lo nota en nuestra piel y sonrisa.

Roberto y Sergio siguen siendo esos titos guais que se llevan a todos los niños a hacer carreras

de motos, a ver el fútbol y celebrar las copas. Cuando hace calor se los llevan a los parques acuáticos; ellos son los solteros, pero los que más caña dan. Y para los peques son los titos cañeros.

Nuria decidió enseñar al mundo su casa y su forma de decorar. En la actualidad es *influencer* y las revistas utilizan su hogar para las portadas. Firmas que le regalan cosas para que las publicite en su canal, es increíble lo que les ha cambiado la vida a ella y a Albert. En el grupo los llamamos «los titos vividores».

Cristina sigue con Marco, totalmente enamorada. Celebraron su boda un año después del nacimiento de Noa, en el Lago di Como; alquilaron un castillo para celebrar el convite, fue espectacular.

A Corrado lo veíamos todos los veranos, ya que íbamos a veranear a Cerdeña. No había perdido su don de halagarme y piropearme, lo cual encendía a Iván. A Sara y a mí nos hacía gracia cómo aún llegaba a ponerse celoso por cosas así. Me decía mi hija que era muy *cuqui* tener un hombre al lado que sintiera miedo de perderme.

Y lo mejor de todo es que van pasando los años y seguimos atrapados por el deseo.

FIN

## CONFESIONES DE LA AUTORA

Este libro tiene parte de mí, de mis amigos y de mi familia. Ellos son los que día a día están conmigo y, sin querer, participan en mis historias. Los nombres escogidos son los de personas importantes en mi vida, que van atados a sus descripciones.

Antonio y Teresa son mis padres, dos pilares muy fuertes para mí, cuyo cariño y forma de habernos hecho crecer a mi hermana y a mí desde pequeñas quiero agradecer.

Algunas partes de esta historia son hechos reales que he vivido en primera persona, pero me reservo desvelar cuáles son. Dejo a la imaginación de quien lo desee averiguarlos. Otras partes son hechos que suceden a mi alrededor y que adorno con una pizca de inspiración.

En esta novela hablo de temas que pueden ser delicados, especialmente para quienes, por desgracia, hayan atravesado situaciones similares. Mi intención, lejos de herir sus sentimientos, es la de darles visibilidad desde el más profundo respeto.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero darte las gracias, Vero, por tu amistad, por tu paciencia y por comentar qué te parecen mis locuras escritas en papel. Sobre todo, por estar en cada momento de subidón y de bajón que vivo cuando estoy escribiendo.

A ti, Tamara, por estar ahí sin pedírtelo, porque el mundo debería tener muchas más personas como tú. Eres mi hada madrina y lo sabes.

A José Manuel y a Taira, por aguantar mis cosas, mis impaciencias y mis dudas. Especialmente porque con vuestra confianza y profesionalidad habéis conseguido que mi sueño se cumpla, disfrutando cada paso que damos juntos para darle cuerpo a una nueva historia. Sin duda, caminaría una y otra vez a vuestro lado con los ojos cerrados.

Para finalizar, quiero dar las gracias a todos aquellos lectores que han confiado en mí, primero en *Mi mejor casualidad*, la cual no pensaba que fuera a llegar tan lejos. Eso ha hecho que tuviera ganas de seguir escribiendo.

## Table of Contents

- [1. Vacaciones](#)
  - [2. Iván y sus amigos](#)
  - [3. Cenamos juntos y el postre eres tú](#)
  - [4. Excursión en catamarán](#)
  - [5. Confesiones](#)
  - [6. ¿Qué quiere de mí ahora?](#)
  - [7. La cena del reencuentro](#)
  - [8. ¿En qué punto estamos?](#)
  - [9. Una solución al problema](#)
  - [10. ¿Me vas a contar qué te pasó?](#)
  - [11. Quieren que escriba un libro](#)
  - [12. Intercambiamos la piel](#)
  - [13. Vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto](#)
  - [14. No te voy a dejar solo](#)
  - [15. vuestras locuras hacen que os quiera](#)
  - [16. Si te hubiera conocido antes, todo sería diferente](#)
  - [17. La he cagado, y lo peor es que no me acuerdo](#)
  - [18. Los padres de Iván](#)
  - [19. Secretos y revelaciones](#)
  - [20. Martina, lo siento](#)
  - [21. El gran día, la presentación](#)
  - [22. Destino con sorpresa](#)
  - [23. Una excursión solo con las chicas y el italiano](#)
  - [24. No sé qué haría si te perdiera](#)
  - [25. Necesitaba oír tu voz](#)
  - [26. Ni convaleciente me dejaba de seducir](#)
  - [27. Reanudando lo que habíamos dejado a medias](#)
  - [28. Volvemos a casa](#)
  - [29. Juntos, las cosas se viven mejor](#)
- [Quince años más tarde](#)
- [Confesiones de la autora](#)
- [Agradecimientos](#)